



Blake

Crouch Wayward

Pines.

El paraíso

Lectulandia

El agente federal Ethan Burke se dirige a Wayward Pines en busca de dos de sus colegas desaparecidos, cuando el coche en el que viaja con un compañero se sale de la carretera. Unas horas más tarde Ethan despierta en medio de un pueblo encantador, un pueblo en el que los pájaros cantan y los niños corretean por las calles. No sabe dónde está, ni cómo salir de allí... Sin documentación ni dinero, Burke deberá desvelar los secretos de esta comunidad tan idílica en la que nada es lo que parece...

Bienvenido a Wayward Pines, un lugar del que no querrás marcharte nunca...

Lectulandia

Blake Crouch

Wayward Pines. El paraíso

Wayward Pines - 1

ePub r1.1

lenny 30.05.15

Título original: *Pines*
Blake Crouch, 2012
Traducción: Aleix Montoto
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny
Corrección de erratas: sorprenent
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A pesar de las pruebas de que la evolución humana sigue en curso, los biólogos admiten que nadie sabe hacia dónde se dirige.

Time Magazine, 23 de febrero de 2009

Que estés paranoico no significa que no vayan a por ti.

JOSEPH HELLER

1

Se dio la vuelta y se quedó tumbado de espaldas. El sol le daba en la cara y podía oír el murmullo de un río cercano. Sintió una punzada en el nervio óptico y una constante e indolora palpitación en la base del cráneo. El lejano trueno de una migraña se acercaba. Tras colocarse de costado, se incorporó y puso la cabeza entre las rodillas. Sintió la inestabilidad del mundo mucho antes de abrir los ojos, como si el eje de la Tierra se hubiera soltado y ahora él se balanceara de un lado a otro. Al respirar hondo, notó como si alguien le atravesara las costillas del costado izquierdo con una cuña de acero, pero sobrellevó el dolor con un gruñido y se obligó a abrir los ojos. Debía de tener el ojo izquierdo muy hinchado, pues parecía como si mirara por una ranura.

La hierba más verde que hubiera visto nunca —un bosque de hojas largas y suaves— descendía hasta la orilla. El agua estaba limpia y fluía veloz entre las rocas que sobresalían. Al otro lado del río, se alzaba un acantilado de más de trescientos metros. A lo largo de las cornisas, crecían los pinos. Su olor y el del agua dulce inundaban el aire.

Iba vestido con pantalones y americana negros. Debajo de ésta, llevaba una camisa Oxford de color blanco con el cuello salpicado de sangre. Una corbata negra colgaba de un nudo que estaba demasiado flojo.

En el primer intento de ponerse en pie, las rodillas le flaquearon y cayó al suelo con fuerza suficiente para sentir un inmenso dolor en su caja torácica. El segundo intento fue exitoso y, a pesar de tambalearse, consiguió permanecer de pie. El suelo se movía como la cubierta de un barco en plena tempestad. Se volvió lentamente, arrastrando los pies para no perder el equilibrio.

Al dar la espalda al río, se encontró en el borde de un campo abierto. A lo lejos, las superficies metálicas de unos columpios y unos toboganes resplandecían bajo el intenso sol del mediodía.

No se veía ni una sola alma.

Más allá del parque, divisó unas casas victorianas y, algo más lejos, unos edificios. El pueblo estaba a un kilómetro y medio, y se encontraba en medio del anfiteatro de piedra que conformaban los acantilados circundantes. Éstos se elevaban varios cientos de metros y estaban compuestos de rocas con vetas rojizas. En los rincones más altos y recónditos de las montañas todavía había restos de nieve, pero en el valle hacía bueno y el azul cobalto del cielo resplandecía sin nubes.

El hombre comprobó los bolsillos de los pantalones, y luego los del abrigo.

No llevaba cartera. Ni pinza para billetes. Ni carnet de identidad. Ni llaves. Ni teléfono.

Sólo una pequeña navaja del ejército suizo en uno de los bolsillos interiores.

Cuando llegó al otro lado del parque, estaba más tenso y más confuso, y las palpitaciones que sentía en las cervicales ya no eran indoloras.

Sabía seis cosas:

El nombre del actual presidente del país.

El aspecto del rostro de su madre, si bien no podía recordar su nombre o el sonido de su voz.

Que sabía tocar el piano.

Y pilotar un helicóptero.

Que tenía treinta y siete años.

Y que debía ir a un hospital.

Más allá de esos hechos, era incapaz de comprender lo que le rodeaba. Como si el mundo estuviera escrito en una lengua extranjera. Podía sentir la verdad flotando en la periferia de su conciencia, pero se encontraba fuera de su alcance.

Comenzó a recorrer una tranquila calle residencial sin dejar de estudiar cada uno de los coches que había aparcados. ¿Sería suyo alguno de ellos?

Las casas que había a cada lado tenían un aspecto impoluto: las habían pintado recientemente, sus perfectos patios de reluciente hierba estaban rodeados por una cerca de madera y tenían el nombre de cada familia estarcido en letras mayúsculas a un lado del buzón negro.

En casi cada patio, había un resplandeciente jardín repleto no sólo de flores, sino de vegetales y frutas.

Todos los colores eran extremadamente puros y vívidos.

Cuando cruzó la segunda manzana, el dolor le hizo dar un respingo. El esfuerzo de caminar le había obligado a respirar hondo, y el daño en el costado lo obligó a detenerse. Tras quitarse la americana, sacó los faldones de la camisa de los pantalones y la desabotonó. Su cuerpo tenía todavía peor aspecto del que había imaginado: por todo su costado izquierdo se extendía una magulladura de color morado oscuro con el centro amarillento.

Algo lo había golpeado. Con fuerza.

Se pasó la mano por la superficie del cráneo. El dolor de cabeza era cada vez más pronunciado, sobre todo en el lado derecho, pero no parecía haber sufrido ningún trauma grave.

Volvió a abotonarse la camisa, se metió de nuevo los faldones en los pantalones y siguió recorriendo la calle.

La conclusión más lógica era que había sufrido alguna especie de accidente.

Quizá de tráfico. O se había caído. O quizá le habían atacado; eso explicaría por qué no llevaba la cartera encima.

Debería ir inmediatamente a la policía.

A no ser...

¿Y si había hecho algo malo? ¿Y si había cometido un crimen?

¿Era eso posible?

Quizá sería mejor que esperara a ver si recordaba algo.

A pesar de que nada en este pueblo le resultaba familiar, se dio cuenta de que, mientras avanzaba a trompicones por la calle, iba leyendo los nombres que había en cada buzón. ¿Era su subconsciente quien lo hacía? ¿Acaso, en lo más hondo de su memoria, sabía que uno de estos buzones tendría su nombre impreso en un lado? ¿Y que verlo le haría recordarlo todo?

A unas manzanas de distancia, los edificios más altos se elevaban por encima de los pinos y, por primera vez, pudo oír ruido de coches en marcha, voces lejanas y el zumbido de los sistemas de ventilación. Estaba llegando al centro del pueblo.

Se detuvo en medio de la calle y ladeó involuntariamente la cabeza.

Se quedó mirando un buzón que pertenecía a una casa victoriana roja y negra de dos pisos.

Y leyó el nombre que había a un lado.

El pulso se le aceleró, aunque no comprendía por qué.

MACKENZIE.

—Mackenzie.

El nombre no le decía nada.

—Mack...

Pero la primera sílaba sí. O, más bien, provocaba en él cierta respuesta emocional.

—Mack. Mack.

¿Se llamaba Mack? ¿Era ése su nombre?

—Mi nombre es Mack. Hola, soy Mack, encantando de conocerlo.

No.

El modo en que su boca pronunciaba la palabra no le resultaba natural. No parecía pertenecerle. Para ser sincero, odiaba la palabra. Le inspiraba...

Miedo.

Qué raro. Por alguna razón, esa palabra le infundía miedo.

¿Le había hecho daño alguien llamado Mack?

Siguió caminando.

Tres manzanas después, llegó a la esquina de la calle Main con la Sexta y se sentó en un banco, a la sombra. Lentamente y con cuidado, respiró hondo. Miró a un lado y otro de la calle, desesperado por ver algo que le resultara familiar.

No había ninguna cadena de tiendas a la vista.

Sí una farmacia en la esquina opuesta.

Al lado, una cafetería.

Y, junto a la cafetería, un edificio de tres plantas con un letrero encima de la escalerilla de entrada:

WAYWARD PINES HOTEL

El olor a granos de café hizo que se pusiera en pie. Se volvió y divisó un lugar llamado The Steaming Bean a media manzana. El olor parecía provenir de allí.

Ajá.

No era precisamente el dato más útil en ese momento, pero al parecer le encantaba el buen café. Lo adoraba. Otra pequeña pieza del puzle que constituía su identidad.

Se dirigió a la cafetería y abrió la puerta mosquitera. Era un lugar pequeño y pintoresco. Sólo por el olor, podía decir que elaboraban un gran producto. En la barra, situada en la pared derecha, había cafeteras, molinillos, batidoras y botellas de distintos sabores. Tres taburetes estaban ocupados. En la pared opuesta había unos pocos sofás y sillones. Y una estantería con libros de bolsillo de lomos desvaídos. En las paredes colgaba una muestra de arte local: una serie de autorretratos en blanco y negro de una mujer de mediana edad cuya expresión no cambiaba de foto a foto. Únicamente lo hacía el foco de la cámara.

Se acercó a la caja registradora.

Cuando la camarera veinteañera de rastas rubias por fin lo vio, él creyó advertir un fugaz indicio de pánico en sus bonitos ojos.

«¿Me conoce?»

En un espejo que había detrás de la caja registradora vio su reflejo e inmediatamente comprendió lo que había provocado esa expresión de rechazo: tenía un enorme moratón en el lado izquierdo del rostro, y el ojo izquierdo le sobresalía de tal forma que casi se le cerraba de lo hinchado que estaba.

«Dios mío. Alguien me ha dado una paliza.»

Dejando de lado el horrible moratón, no era feo. Debía de medir un metro ochenta, quizá ochenta y cinco. Tenía el pelo corto y negro, y una barba de dos días oscurecía la mitad inferior de su rostro. A juzgar por la forma en que la americana colgaba de sus hombros y la tirantez de la camisa en el pecho, su complexión era sólida y musculosa. Pensó que parecía el ejecutivo de una gran empresa; su aspecto debía de ser rematadamente bueno cuando iba limpio y afeitado.

—¿Qué le pongo? —preguntó la camarera.

Habría matado por una taza de café, pero no tenía un centavo.

—¿Hacéis un buen café aquí?

La pregunta pareció confundir a la mujer.

—Eeh... Sí.

—¿El mejor del pueblo?

—Es la única cafetería del pueblo, pero, sí, nuestro café es la hostia.

El hombre se inclinó sobre el mostrador.

—¿Me conoce? —susurró.

—¿Cómo dice?

—¿Me reconoce? ¿He venido alguna vez aquí?

—¿No sabe si ha estado aquí antes?

Él negó con la cabeza.

Ella lo estudió un momento, como si evaluara su sinceridad e intentara determinar si ese tipo con el rostro magullado estaba loco o si tan sólo trataba de tomarle el pelo.

—No creo haberlo visto en mi vida —dijo finalmente.

—¿Está segura?

—Bueno, tampoco es que esto sea Nueva York.

—Cierto. ¿Lleva mucho trabajando aquí?

—Poco más de un año.

—Y está segura de que no soy un cliente habitual...

—Estoy convencida.

—¿Le puedo preguntar otra cosa?

—Claro.

—¿Dónde estamos?

—¿No sabe dónde está?

Él vaciló. Una parte de él no quería admitir un desamparo tan absoluto y total. Cuando finalmente negó con la cabeza, la camarera frunció el ceño como si no pudiera creer la pregunta.

—No le estoy tomando el pelo —dijo él.

—Estamos en Wayward Pines, Idaho. Su cara... ¿Qué le ha pasado?

—No... Todavía no lo sé. ¿Hay algún hospital en el pueblo? —En cuanto hizo la pregunta, un mal presentimiento le recorrió el cuerpo.

¿Una premonición que no acababa de entender?

¿O un recuerdo profundamente enterrado pasándole sus fríos dedos por la columna vertebral?

—Sí, a siete manzanas al sur de aquí. Debería ir a urgencias inmediatamente. Si quiere, puedo llamar a una ambulancia.

—No es necesario. —Se apartó del mostrador—. Gracias... ¿Cómo se llama?

—Miranda.

—Gracias, Miranda.

Cuando volvió a salir a la calle, la luz del sol hizo que su paso vacilara y que su incipiente dolor de cabeza aumentara. No había tráfico, así que cruzó sin mirar al otro lado de la calle Main y se dirigió hacia la Cinco. Al pasar por delante de una joven madre, su hijo pequeño susurró algo que sonó como:

—¿Es él, mami?

Tras hacer callar a su hijo, la mujer miró al hombre como pidiendo disculpas y dijo:

—Lo siento. No pretendía ser maleducado.

Llegó a la esquina de la calle Cinco con Main y se detuvo frente a un edificio con el rótulo PRIMER BANCO NACIONAL DE WAYWARD PINES estarcido en el cristal de la puerta doble. Al otro lado de la esquina, cerca de un callejón, divisó una cabina.

Cojeando, se dirigió hacia ella tan rápido como pudo y se metió dentro.

El listín telefónico era el más delgado que hubiera visto nunca. Comenzó a pasar las hojas esperando encontrar algún dato revelador, pero no eran más que ocho páginas con cientos de nombres que, como todo lo demás de ese pueblo, no tenían ningún significado para él.

Dejó caer el listín, que quedó colgando de su cadena metálica, y apoyó la frente en el frío cristal.

El teclado del teléfono llamó entonces su atención.

El feliz descubrimiento lo hizo sonreír.

«Recuerdo mi número de teléfono.»

Antes de descolgar el auricular, tecleó el número varias veces para estar seguro. Sus dedos parecían deslizarse con la fluidez de un movimiento aprendido de memoria.

Tendría que llamar a cobro revertido y esperar que hubiera alguien en casa, suponiendo que viviera con alguien. El problema era que no podía dar ningún nombre, al menos no uno auténtico, pero quizá esa persona reconocía su voz y aceptaba la llamada.

Descolgó y se llevó el auricular a la oreja.

Marcó el 0.

No había señal.

Lo comprobó varias veces, sin éxito.

Le sorprendió la rapidez con la que se enfureció. Una oleada de miedo y rabia se extendió por su cuerpo, y colgó el auricular con un golpe. Sin importarle lo que les pudiera suceder a sus nudillos, echó el brazo derecho hacia atrás con la intención de atravesar el cristal con el puño, pero el dolor que sintió en sus maltrechas costillas hizo que se doblara en el suelo de la cabina.

La palpitación en la base del cráneo regresó con fuerza.

Su visión se volvió doble, luego borrosa, y finalmente todo se desvaneció.

Cuando volvió a abrir los ojos, la cabina estaba a oscuras. Se agarró a la cadena metálica que sujetaba el listín telefónico y se puso en pie. A través del cristal, que estaba muy sucio, vio cómo el sol comenzaba a esconderse detrás de la hilera de acantilados que rodeaba la frontera oriental del pueblo.

En cuanto el sol desapareció, la temperatura descendió diez grados.

Todavía se acordaba de su número de teléfono. Practicó varias veces en el teclado para estar seguro, y comprobó que no hubiera señal. Sólo se oía una leve crepitación de ruido blanco que no recordaba haber oído antes.

—Hola. ¡Hola!

Colgó y volvió a coger el listín. La primera vez, había mirado apellidos con la esperanza de que alguno le trajera algún recuerdo o le causara alguna emoción. Esta vez repasó los nombres propios, recorriendo la lista con el dedo índice mientras

intentaba ignorar el dolor que sentía en la base del cráneo.

Nada en la primera página.

Nada en la segunda.

Nada en la tercera.

Hacia el final de la sexta página, su dedo índice se detuvo.

SKOZIE Mack y Jane

Calle Tres, 403, este, W. Pines, 83278.....559-0196

Miró por encima las dos últimas páginas: Skozie era el único Mack que aparecía en el listín de Wayward Pines.

Empujó la puerta de cristal con el hombro y salió de la cabina. Ahora que el sol se había escondido por detrás de los acantilados, había comenzado a oscurecer con rapidez y la temperatura había empezado a caer.

«¿Dónde dormiré esta noche?».

Comenzó a caminar por la acera con paso tambaleante. Una parte de él le decía que debía ir directamente al hospital. Estaba enfermo. Deshidratado. Confundido. Sin dinero. Le dolía todo el cuerpo. Y cada vez le costaba más respirar por culpa del dolor que sentía en las costillas cuando los pulmones se inflaban y las presionaban.

Pero algo en él todavía se resistía a la idea de ir al hospital, y, mientras se alejaba del centro en dirección a la residencia de Mack Skozie, entendió de qué se trataba.

De nuevo... miedo.

No sabía por qué. No tenía sentido. Pero no quería pisar ese hospital.

Ni ahora ni nunca.

Era un desasosiego de lo más extraño. Indeterminado. Como cuando uno camina de noche por un bosque y no sabe de qué tiene miedo exactamente, pero eso no hace sino aumentar su temor.

Tras recorrer dos manzanas, llegó a la calle Tres. Al torcer la esquina y comenzar a caminar en dirección este, alejándose del centro, el pecho se le agarrotó inexplicablemente.

Pasó por delante de un buzón que tenía el número 201 en un lado.

Supuso que la residencia de Skozie debía de estar a apenas dos manzanas.

Un poco más adelante, en un jardín, jugaban unos niños, turnándose para saltar sobre un aspersor. Al llegar a su altura, intentó andar erguido y con paso firme, pero no podía evitar inclinarse hacia la derecha para suavizar el dolor de las costillas.

En cuanto lo vieron aparecer, los niños se detuvieron y, sin ningún disimulo, observaron cómo avanzaba arrastrando los pies. Esa mezcla de curiosidad y de desconfianza lo incomodó.

Avanzando todavía más lentamente en dirección a la siguiente manzana, cruzó otra calle bajo las grandes ramas de tres enormes pinos.

Los números de las coloridas casas victorianas de esta manzana comenzaban

todos con el tres.

Skozie sería la siguiente.

Las palmas de las manos le habían empezado a sudar y las palpitations de la cabeza sonaban como el pum-pum-pum de un bombo enterrado en lo más profundo de su cráneo.

Durante dos segundos, volvió a ver doble.

Cerró con fuerza los ojos y, cuando los volvió a abrir, se le había pasado.

Se detuvo al llegar al cruce. Antes tenía la boca seca. Ahora parecía que tenía un algodón dentro. Le costaba respirar y podía sentir la bilis en la garganta.

«Cuando le veas la cara, le encontrarás un sentido a todo esto».

Comenzó a cruzar la calle con paso vacilante.

Estaba anocheciendo, y el frío de las montañas había descendido al valle.

El crepúsculo había dotado a los acantilados que rodeaban Wayward Pines de un tono rosado, idéntico al del cielo. Intentó encontrar el paisaje hermoso y conmovedor, pero el dolor se lo impedía.

A lo lejos, vio a una pareja de ancianos que paseaba cogida de la mano.

Por lo demás, la calle estaba vacía y en silencio. El tráfico del centro del pueblo ya no se oía.

Cruzó el liso asfalto negro y llegó a la acera opuesta.

Delante tenía el buzón del número 401.

El del 403 era el siguiente.

Se veía obligado a mantener los ojos entrecerrados para evitar ver doble y mantener a raya las dolorosas palpitations de su migraña.

Tras quince dolorosos pasos, llegó al buzón negro del número 403.

SKOZIE.

Para mantener el equilibrio, se agarró a la punta de un tablón de la cerca de madera.

Extendió la mano para abrir el pestillo de la cancela y luego la empujó con la punta de su rasguñado zapato negro.

Las bisagras crujieron.

La verja golpeó suavemente contra la cerca.

El sendero estaba hecho de retazos de ladrillos antiguos y conducía a un porche cubierto en el que había un par de balancines separados por una pequeña mesa de hierro forjado. La casa era de color morado, con adornos verdes, y a través de las delgadas cortinas se veía luz en el interior.

«Adelante. Has de averiguar qué te ha pasado.»

Se dirigió hacia la casa.

Cada vez veía peor.

Llegó al porche y, justo cuando ya estaba a punto de caer desplomado, extendió el brazo y se apoyó en el marco de la puerta. Con un incontrolable temblor en las manos, cogió la aldaba y la alzó.

Se negó a pensarlo ni siquiera un segundo.

Golpeó la aldaba cuatro veces en la lámina de latón.

Se sentía como si alguien le estuviera golpeando en la nuca cada cuatro segundos mientras unas abrasadoras manchas oscuras le nublaban la vista como diminutos agujeros negros.

Al otro lado de la puerta, oyó los crujidos del suelo de madera bajo el peso de unos pasos que se acercaban.

Tuvo la sensación de que se le licuaban las rodillas.

Para mantener el equilibrio, se cogió a uno de los postes que soportaban el tejado del porche.

La puerta de madera se abrió, y un hombre que por edad podría haber sido su padre se lo quedó mirando desde detrás de la puerta mosquitera. Era alto y delgado, con escaso pelo de color gris, una perilla blanca y microscópicas venas rojas en las mejillas que sugerían toda una vida dándole a la bebida.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó el hombre.

No reconoció al anciano. Se irguió y parpadeó con fuerza para atenuar la migraña. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para mantenerse en pie sin apoyarse.

—¿Es usted Mack? —Notaba el miedo en su voz y supuso que este hombre también lo percibiría.

Se odió por ello.

El anciano se inclinó hacia adelante para ver mejor al desconocido que estaba en su porche.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Es usted Mack?

—Sí.

Se acercó un poco para ver mejor al anciano. Advirtió la amarga dulzura del vino tinto en su aliento.

—¿Me conoce? —preguntó.

—¿Cómo dice?

El miedo comenzó a dar paso a la rabia.

—Le pregunto si me conoce. ¿Me ha hecho usted esto?

—No lo había visto en mi vida —dijo el anciano.

—¿De verdad? —Involuntariamente, sus puños comenzaron a cerrarse—. ¿Hay algún otro Mack en este pueblo?

—No que yo sepa. —Mack abrió la mosquitera y salió al porche—. Amigo, no parece encontrarse muy bien.

—Es que no me encuentro bien.

—¿Qué le ha pasado?

—Dígamelo usted, Mack.

De repente, se oyó una voz en el interior de la casa.

—¿Cariño? ¿Va todo bien?

—¡Sí, Madge, todo va bien! —Mack se lo quedó mirando—. ¿Por qué no me deja que lo lleve al hospital? Está herido. Necesita...

—No pienso ir a ningún lado con usted.

—Entonces ¿por qué está en mi casa? —dijo Mack en un tono de voz más arisco—. Le acabo de ofrecer ayuda. ¿No la quiere? Está bien, pero...

Un ruido empezó a crecerle en lo más hondo del estómago y dejó de oír al anciano, que seguía hablando. Aquel ruido era como el aullido de un tren de mercancías que fuera directamente hacia él. Los agujeros negros se multiplicaron y el mundo comenzó a dar vueltas. No se podría mantener en pie otros cinco segundos sin que le explotara la cabeza.

Levantó la mirada hacia Mack. La boca del hombre seguía moviéndose y el tren de mercancías se acercaba con gran estrépito. El ritmo del ruido encajaba exactamente con el brutal martilleo de su cabeza, y no podía apartar la mirada de la boca y los dientes del anciano. Sus sinapsis bullían intentando hacer conexión, pero el ruido —el maldito ruido— y la palpitación...

No notó que se le doblaban las rodillas.

Ni siquiera advirtió que caía hacia atrás.

Un segundo estaba en el porche.

Al siguiente, en la hierba.

Tumbado de espaldas y con la cabeza dándole vueltas por el duro golpe que se había dado contra el suelo.

Desde el suelo, vio cómo Mack se inclinaba con las manos en las rodillas y se lo quedaba mirando. Sin embargo, no pudo oír lo que le decía por culpa del estrépito del tren que recorría su cabeza.

Iba a perder la conciencia —lo podía notar, faltaban apenas unos segundos—, y lo deseaba, quería dejar de sentir ese dolor, pero...

Las respuestas.

Estaban ahí.

Tan cerca.

No tenía sentido, pero había algo en la boca de Mack. En sus dientes. No podía dejar de mirarlos. No sabía por qué, pero en ellos había...

Una explicación.

Respuestas a todo.

Y se le ocurrió algo: dejar de esforzarse.

Dejar de quererlo tan desesperadamente.

Dejar de pensar.

Limitarse a permitir que acudiera a él.

Los dientes losdienteslosdienteslosdienteslosdientes...

No son unos dientes.

Es la brillante y reluciente rejilla de un radiador con las letras

estampadas en la parte frontal.

Stallings, el hombre que va sentado en el asiento del acompañante, no lo ve venir.

En las tres horas de viaje hacia el norte desde Boise, ha quedado claro que Stallings adora el sonido de su propia voz, y hace lo que ha estado haciendo durante todo el rato: hablar. Él lo ha dejado de escuchar hace rato, en cuanto ha descubierto que podía desconectar por completo mientras fuera intercalando un «No lo había pensado» o «Hum, interesante» cada cinco minutos más o menos.

Se vuelve hacia él para hacer una de estas contribuciones simbólicas a la conversación cuando lee la palabra MACK a apenas unos metros de la ventanilla de Stallings.

No tiene tiempo de reaccionar —apenas puede leer la palabra— antes de que la ventana de Stallings estalle en mil trozos de cristal que salen despedidos en todas direcciones.

El airbag del volante se activa, pero lo hace un milisegundo tarde y no consigue evitar que su cabeza se golpee contra la ventana con suficiente fuerza para atravesarla.

El lateral derecho del Lincoln Town Car se convierte en un apocalipsis de cristales rotos y metal doblado, y la cabeza de Stallings recibe el impacto directo del radiador del camión.

Él siente en la cara el calor del motor del camión que acaba de embestir el coche.

Y el repentino olor a gasolina y a líquido de frenos.

Hay sangre por todas partes: en el lado interior del parabrisas roto, en el salpicadero y en lo que queda de los ojos de Stallings.

Repara por unos instantes en cómo el Lincoln, empujado por el camión, se desliza a lo largo del cruce en dirección al lateral de un edificio con una cabina cerca de un callejón. Y entonces pierde la conciencia.

2

Una mujer sonriente estaba inclinada sobre él. Al menos, los dientes de su boca parecían bonitos, aunque la visión borrosa y doble le impedía estar del todo seguro. Ella se acercó un poco más. Sus dos cabezas se fundieron en una y sus rasgos quedaron suficientemente definidos. Pudo comprobar entonces que se trataba de una mujer hermosa. Llevaba un uniforme de manga corta de color blanco y con botones frontales hasta el final de la falda, que quedaba justo por encima de las rodillas.

No dejaba de decir su nombre.

—Señor Burke... ¿Puede oírme, señor Burke? Señor Burke...

Ya no le dolía la cabeza.

Con mucho cuidado, respiró hondo hasta que el dolor de las costillas se lo impidió.

Debió de hacer una mueca de dolor, porque la enfermera dijo:

—¿Todavía sufre molestias en el costado izquierdo?

—¿Molestias? —Soltó una risa entre quejidos—. Sí, se podría decir que sufro molestias.

—Si quiere, puedo ir a buscar algo más fuerte para el dolor.

—Creo que me las arreglaré.

—Está bien, pero no se haga el mártir, señor Burke. Si hay algo que pueda hacer para que esté más cómodo, dígamelo. Yo me encargaré. Me llamo Pam, por cierto.

—Gracias, Pam. Creo que la recuerdo de la última vez que estuve aquí. Nunca olvidaría ese uniforme clásico de enfermera. No sabía que todavía los hacían.

Ella se rio.

—Bueno, me alegra oír que está recuperando la memoria. Eso es bueno. El doctor Miter vendrá pronto a verlo. ¿Le importa que le tome la presión?

—Adelante.

—Muy bien.

La enfermera Pam cogió un tensiómetro de un carrito que había al pie de la cama y envolvió el brazalete alrededor del bíceps izquierdo del señor Burke.

—Nos ha dado un buen susto desapareciendo así —dijo Pam mientras inflaba el brazalete. Luego permaneció en silencio mientras la aguja descendía.

—¿He aprobado? —preguntó él.

—Sobresaliente. La sistólica es de ciento veintidós. La diastólica, de setenta y cinco. —Abrió el velcro y le quitó el brazalete—. Cuando lo han traído, estaba delirando —dijo ella—. No parecía saber dónde se encontraba.

Él se incorporó en la cama. La niebla de su cabeza se estaba comenzando a disipar. Se encontraba en una habitación privada de hospital que le resultaba familiar. Junto a la cama había una ventana. Las persianas estaban echadas, pero la luz que se filtraba parecía lo bastante tímida para ser de primera hora de la mañana o de última de la tarde.

—¿Dónde me han encontrado? —preguntó.

—En el patio de Mack Skozie. Se desmayó. ¿Recuerda qué estaba haciendo ahí? Mack nos ha dicho que parecía usted muy agitado y confuso.

—Me desperté ayer junto al río. No sabía quién era o dónde estaba.

—Se marchó del hospital. ¿No lo recuerda?

—No. Fui a casa de Skozie porque era el único Mack del listín telefónico.

—Creo que no le entiendo.

—Mack era el único nombre que tenía algún significado para mí.

—¿Y eso?

—Porque Mack es la última palabra que leí antes de que el camión se nos llevara por delante.

—Ah, sí... El camión que chocó con su coche era un Mack.

—Exacto.

—La mente es algo muy extraño —dijo la enfermera mientras rodeaba la cama y se dirigía hacia la ventana—. Sus caminos son inescrutables. Realiza las conexiones más extrañas.

—¿Cuándo me trajeron otra vez al hospital?

Ella abrió las persianas.

—Hace un día y medio.

Entró la luz.

Se estaba haciendo de día. El sol comenzaba a asomar por encima de la pared oriental de los acantilados.

—Ha sufrido usted una grave conmoción cerebral —dijo ella—. Podría haber muerto.

—Así es como me sentía.

La luz de la mañana que bañaba el pueblo era increíble.

—¿Qué tal su memoria? —preguntó Pam.

—Es raro. En cuanto recordé el accidente, todo volvió a mí. Fue como si alguien hubiera accionado un interruptor. ¿Cómo está el agente Stallings?

—¿Quién?

—El hombre que iba sentado en el asiento del acompañante cuando tuvo lugar el accidente.

—Oh.

—No ha sobrevivido, ¿verdad?

La enfermera Pam se acercó a la cama. Extendió la mano y la colocó en su muñeca.

—Me temo que no.

Se lo esperaba. No había visto un traumatismo como aquél desde la guerra. Aun así, resultaba duro confirmar sus sospechas.

—¿Eran amigos? —preguntó la enfermera.

—No. Lo había conocido ese mismo día.

—Debe de haber sido horrible. Lo siento.

—¿Qué daños he sufrido yo?

—¿Cómo dice?

—Mis heridas...

—El doctor Miter podrá informarle mejor que yo. Por lo que yo sé, ha sufrido una conmoción cerebral, pero ya la ha superado. También tiene unas pocas costillas fisuradas, así como algunos cortes y magulladuras superficiales. Teniendo en cuenta el accidente, podría haber sido mucho mucho peor.

Se volvió y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, echó un vistazo por encima del hombro y dijo:

—Entonces ¿estamos seguros de que está recuperando la memoria?

—Absolutamente.

—¿Cuál es su nombre de pila?

—Ethan —dijo él.

—Excelente.

—¿Me podría hacer un pequeño favor? —preguntó Ethan.

Una enorme y reluciente sonrisa se dibujó en el rostro de la enfermera.

—Usted dirá.

—He de llamar a algunas personas. A mi esposa. A mi jefe. ¿Se ha puesto alguien en contacto con ellos?

—Creo que justo después del accidente alguien de la oficina del *sheriff* llamó a sus contactos de emergencia y les explicó lo que le había pasado y cómo se encontraba.

—En el momento del choque llevaba un iPhone en el bolsillo de la americana. ¿No sabrá dónde puede estar?

—No, pero me puedo poner mi uniforme Nancy Drew de detective e intentar averiguar su paradero.

—Se lo agradecería.

—¿Ve ese pequeño botón rojo que hay en la barandilla de la cama?

Ethan bajó la mirada.

—Estoy a un clic.

La enfermera Pam volvió a sonreír y se marchó.

En la habitación no había televisor ni teléfono. El mejor y único entretenimiento era el reloj de pared que colgaba encima de la puerta, de modo que permaneció durante varias horas tumbado en la cama mirando cómo el segundero recorría su órbita infinita y la mañana daba paso al mediodía y luego a la tarde.

No podía estar seguro, pero su habitación parecía encontrarse en la tercera o cuarta planta. La enfermera Pam había dejado abiertas las persianas, y, cuando se cansó de mirar el reloj, se volvió cuidadosamente hacia su costado bueno y se dedicó

a contemplar las calles de Wayward Pines.

Desde su privilegiado punto de vista, podía ver la calle Main y varias manzanas a cada lado.

Sabía de sobra que se trataba de un pueblo pequeño y tranquilo, pero aun así le sorprendió la inactividad que reinaba en Wayward Pines. Pasó una hora y, en la avenida más concurrida del pueblo, apenas contó una docena de personas y ni un solo coche. Lo único que perturbaba un poco la tranquilidad del lugar se encontraba a dos manzanas: las obras de una casa.

Pensó en su mujer y en su hijo, allá en Seattle. Esperaba que ya estuvieran de camino para verlo. Seguramente habían cogido el primer avión disponible. Tendrían que volar primero a Boise o a Missoula, y ahí alquilar un coche para el largo trayecto hasta Wayward Pines.

Cuando volvió a mirar el reloj, eran las cuatro menos cuarto.

Llevaba todo el día tumbado en la cama y el doctor Miter, o comoquiera que se llamara, no se había tomado la molestia de ir a verlo. Ethan había pasado una significativa cantidad de tiempo en hospitales y, según su experiencia, las enfermeras y los médicos no lo dejaban a uno solo durante más de diez segundos; siempre acudía alguien a llevarle un nuevo medicamento o a examinarlo.

Allí prácticamente lo ignoraban.

La enfermera Pam no había regresado con su iPhone y sus pertenencias. ¿Tan ocupada podía estar en este hospital en medio de la nada?

Extendió la mano hacia el panel de control que había en la barandilla de la cama y con el pulgar presionó el botón para llamar a la enfermera.

Quince minutos después, la puerta de su habitación se abrió y apareció la enfermera Pam.

—Oh, Dios mío, lo siento mucho. No he visto que había llamado hasta hace diez segundos. Creo que tenemos problemas con el intercomunicador. —Se detuvo al pie de la cama y colocó las manos en la barandilla de metal—. ¿Qué puedo hacer por usted, Ethan?

—¿Dónde está el doctor Miter?

Ella hizo una mueca.

—Ha estado toda la tarde ocupado con una operación urgente. Una de esas pesadillas de cinco horas. —Se rio—. Pero esta mañana le he informado de su estado y de lo rápido que ha recuperado la memoria, y opina que usted está evolucionando estupendamente.

Alzó los pulgares de ambas manos.

—¿Cuándo podré verlo?

—Dentro de una media hora traeremos la cena, y después el doctor hará la ronda. Ethan intentó disimular su creciente frustración.

—¿Ha conseguido encontrar mi teléfono y las otras cosas que llevaba encima antes del accidente? Entre ellas deberían estar mi cartera y un maletín negro.

La enfermera Pam se llevó una mano a la frente y marcó el paso.

—Estoy en ello, capitán.

—Mientras tanto, tráigame un teléfono. Necesito hacer algunas llamadas.

—Claro, comisario.

—¿Comisario?

—¿No es usted una especie de comisario o algo así?

—No, soy un agente especial del Servicio Secreto de Estados Unidos.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Creía que se encargaban de proteger al presidente.

—También hacemos algunas otras cosas.

—¿Y qué está haciendo en nuestro pequeño pedazo de paraíso?

Una fría y distante sonrisa se dibujó en el rostro de Ethan.

—Eso no se lo puedo decir.

En realidad sí podía, pero no tenía ganas.

—Bueno, bueno... Ahora me ha dejado intrigada.

—El teléfono, Pam.

—¿Cómo dice?

—De verdad que necesito llamar.

—Ahora mismo.

La cena llegó al cabo de un rato —unos mejunjes verdes y marrones servidos en los distintos recipientes de una reluciente bandeja metálica—, pero el teléfono no. Así que Ethan decidió marcharse.

Sí, ya lo había hecho una vez, pero entonces estaba fuera de sí a causa de una grave conmoción cerebral.

Ahora pensaba con claridad.

Ya no le dolía la cabeza ni tenía dificultades para respirar, y, si el médico estuviera realmente preocupado por su estado, el muy capullo habría tenido la cortesía de ir a verlo en algún momento de las últimas diez horas.

Ethan esperó a que la enfermera Pam se hubiera marchado. Antes de hacerlo, ésta le dijo que la comida del hospital «¡Sabe mucho mejor de lo que su aspecto sugiere!».

En cuanto la puerta se cerró, se quitó la vía intravenosa de la muñeca y, tras pasar las piernas por encima de la barandilla, sintió el frío suelo de linóleo bajo las plantas de sus pies desnudos. Su equilibrio todavía era inestable, pero aun así estaba a años luz de cómo se encontraba cuarenta y ocho horas antes.

Procurando no hacer ruido, se dirigió al armario y lo abrió.

Su camisa, su americana y sus pantalones estaban en un colgador, y sus zapatos en el suelo.

No encontró sus calcetines.

Ni sus calzoncillos.

«Supongo que tendré que prescindir de ellos.»

Sólo sintió dolor cuando se inclinó para coger los pantalones: una aguda punzada en el costado izquierdo que remitió en cuanto volvió a erguirse.

Echó un vistazo a sus piernas desnudas y, como siempre, la cicatriz le hizo evocar la habitación de paredes marrones cuyo hedor a muerte ya nunca lo abandonaría. Hacía ya ocho años de todo aquello.

Revisó los bolsillos y confirmó que la pequeña navaja que siempre llevaba consigo todavía estaba en la americana. Bien. Se trataba de una reliquia de cuando a los veintipocos años trabajaba de mecánico de helicópteros. Era más un talismán que una herramienta funcional, pero saber que estaba ahí le ofrecía cierto consuelo.

Se miró en el espejo e intentó anudarse la corbata. Le llevó cinco intentos conseguirlo. Parecía que sus torpes dedos no hubieran anudado una en años.

Cuando finalmente consiguió un mediocre nudo Windsor, dio un paso atrás para verse bien en el espejo.

Los moratones de su rostro tenían mejor aspecto, pero en la americana había aún rastros de hierba y manchas de tierra, así como un pequeño rasgón en el bolsillo de la izquierda. La camisa Oxford blanca también estaba manchada; se podían ver restos de sangre cerca del cuello.

Había perdido varios centímetros de cintura en los últimos días y tuvo que abrocharse el cinturón en el último agujero. Aun así, los pantalones le iban un poco grandes.

Abrió el grifo, se mojó las manos y se pasó los dedos por el pelo.

Intentó hacerse la raya y que el cabello le quedara lo más digno posible.

Se enjuagó la boca varias veces con agua tibia, pero seguía teniendo la sensación de que sus dientes estaban cubiertos de musgo.

Se olió las axilas: apestaban.

También necesitaba afeitarse. Hacía años que no tenía un aspecto tan descuidado.

Se puso los zapatos, los ató y salió del cuarto de baño en dirección a la puerta.

Su primer instinto fue marcharse sin avisar a nadie, y esto le desconcertó. Era un agente federal y contaba con la autoridad del gobierno de Estados Unidos. Esto significaba que todo el mundo tenía que hacer lo que les pidiera. Incluidos enfermeras y médicos. ¿No querían que se marchara? Le importaba una mierda. Y, sin embargo, una parte de él no deseaba montar ningún jaleo. Era una estupidez, lo sabía, pero su intención era evitar que la enfermera Pam lo pillara.

Cogió la manilla de la puerta y la abrió un par de centímetros.

El tramo de pasillo que podía ver estaba vacío.

Aguzó el oído.

No se oía a ninguna enfermera.

Ni pasos.

Únicamente silencio.

Asomó la cabeza.

Una rápida mirada a izquierda y derecha confirmó su sospecha. De momento, el lugar estaba vacío, incluso el mostrador que había a unos quince metros, y que en circunstancias normales debería haber estado lleno de enfermeras.

Salió al pasillo (cuyo suelo era de linóleo, con cuadros blancos y negros) y cerró la puerta tras de sí.

El único ruido era el de las luces fluorescentes del techo: un zumbido débil y constante.

De repente, se dio cuenta de lo que debería haber hecho en primer lugar y, aguantando el dolor en las costillas, se inclinó para desatarse los zapatos.

Comenzó a recorrer el pasillo con los pies desnudos.

Todas las puertas de su ala estaban cerradas y por las rendijas no se filtraba luz alguna. Aparte de la suya, ninguna de las habitaciones parecía estar ocupada.

El mostrador se encontraba en la intersección de cuatro pasillos, tres de los cuales conducían a otras tantas alas de habitaciones.

Detrás del mostrador había un pasillo más corto que llevaba a una puerta de doble hoja. Encima de ésta, había una placa en la que se podía leer la palabra CIRUGÍA.

Ethan se detuvo delante del ascensor que había frente al mostrador y apretó el botón de llamada.

A través de las puertas, oyó que se ponían en marcha las poleas.

—Vamos.

Iba muy lento.

Se dio cuenta de que debería haber bajado por la escalera.

No dejaba de mirar hacia atrás por si alguien se le acercaba por la espalda.

Finalmente, las puertas se abrieron con un chirrido que le dio dentera. Se hizo a un lado por si iba alguien dentro.

No salió nadie.

Entró rápidamente y presionó el botón con la letra G.

Con la mirada puesta en los números luminosos que había encima de la puerta, observó cómo el ascensor descendía lentamente del tercer piso, y pasó todo un minuto —tiempo suficiente para volver a ponerse los zapatos— hasta que la G se iluminó y la puerta se abrió con otro chirrido.

Salió a otra intersección de pasillos.

No muy lejos, oyó unas voces cercanas.

Y el rechinar de las ruedas de una camilla.

Se alejó en la dirección opuesta. Tras recorrer tres largos pasillos, empezó a pensar que se había perdido, pero finalmente vio un letrero en el que ponía: SALIDA.

Bajó a toda velocidad medio tramo de escalera, abrió la puerta con un pie y salió al aire libre.

Era última hora de la tarde. El cielo estaba completamente despejado y comenzaba a anochecer. La luz del crepúsculo teñía las montañas circundantes de

distintos tonos de rosa y naranja. Ethan permaneció un momento de pie en un corto sendero que se alejaba del hospital, un edificio de ladrillo de cuatro pisos que le recordó más bien a una escuela o un manicomio.

Respiró tan profundamente como el dolor en las costillas le permitió. Resultaba increíble aspirar este aire fresco con aroma a pino después del hedor antiséptico del hospital.

Llegó a la acera y comenzó a recorrer la calle Main en dirección a los edificios del centro.

Había más gente en la calle que antes.

Pasó por delante de un restaurante situado en una pequeña casa con un patio al lado. Había gente cenando bajo unos álamos de cuyas ramas colgaban lucecitas blancas.

El olor a comida hizo que le rugiera el estómago.

En la esquina de Main con la calle Cinco, cruzó y regresó a la cabina en la que había perdido la consciencia dos días atrás.

Entró y repasó el listín hasta que encontró la dirección de la oficina del *sheriff* de Wayward Pines.

De camino a la parte oriental del pueblo, comenzó a oscurecer y la temperatura descendió. Hacía días que no se sentía tan bien.

Pasó por delante de una barbacoa.

El olor a carbón en la brisa.

El aroma amargo de la cerveza en vasos de plástico.

Las risas de los niños resonando por el valle.

El chasquido de un aspersor cercano, parecido al de una cigarra.

Mirara lo que mirase, parecía un cuadro.

Era como el ideal platónico de un pueblo. No debían de vivir más de cuatrocientas o quinientas personas, y se preguntó qué las había llevado a ese sitio. ¿Cuántos habían descubierto Wayward Pines por accidente, se habían enamorado del lugar y se habían quedado? ¿Cuántos habían nacido allí y nunca habían dejado el pueblo?

Aunque siempre había sido un urbanita, Ethan entendía que uno no dejara nunca un lugar como ése. ¿Por qué abandonar lo que parecía la perfección total y absoluta? La quintaesencia de Estados Unidos, rodeada por la naturaleza más increíble que sus ojos hubieran contemplado jamás. Había visto fotografías de Wayward Pines antes de salir de Seattle, pero ninguna conseguía hacer justicia a ese pequeño valle.

Sin embargo, él estaba allí.

Y gracias a este hecho, o mejor dicho, por su culpa, ese lugar no era perfecto.

En su experiencia, allí donde se congregaban seres humanos, había un lado oscuro.

Así era el mundo.

La perfección era algo superficial. Epidérmico. Si uno rascaba un poco, comenzaba a ver tonalidades más oscuras.

Al llegar al hueso, la oscuridad era total.

No podía apartar la mirada de las montañas. La pared oriental de la más alta de ellas debía de alcanzar los cien o ciento veinte metros de altura. En la cima sólo había roca y hielo.

Los últimos rayos horizontales del sol iluminaban los picos que quedaban a su espalda. Se detuvo un momento y se dio la vuelta para ver cómo se apagaba su resplandor.

En cuanto la luz se hubo ido, la roca se volvió del color del acero pavonado.

Y su naturaleza cambió.

Seguía siendo hermosa.

Pero más lejana.

Indiferente.

En el letrero que había encima del cristal de la puerta de doble hoja podía leerse:

OFICINA DEL SHERIFF DE WAYWARD PINES

Mientras recorría el sendero bordeado por pinos en dirección a la entrada principal, una nueva sensación de frustración se apoderó de él.

A través del cristal, advirtió que el vestíbulo estaba a oscuras y vacío.

Aun así, agarró la manilla de la puerta y tiró de ella.

Cerrada.

Era tarde, sí, pero maldita fuera.

Ethan retrocedió y miró la fachada del edificio, de una sola planta. En un extremo, parecía filtrarse algo de luz a través de la persiana de una ventana.

Volvió a acercarse a la puerta y llamó con los nudillos.

Nada.

Volvió a llamar con más fuerza, golpeando el cristal tan fuerte que las puertas repiquetearon en sus marcos.

Pasaron cinco minutos, pero no acudió nadie.

Cuando llegó a la calle Main, en el cielo habían aparecido dos estrellas y un planeta, y el fresco que quince minutos antes le había parecido agradable ahora atravesaba su fina camisa Oxford y comenzaba a entumecer sus pies sin calcetines.

Lo peor, sin embargo, era que las primeras señales de verdadera hambre habían comenzado a manifestarse en forma de un dolor sordo en la boca del estómago y un leve mareo.

Caminó varias manzanas hasta el hotel Wayward Pines y ascendió los escalones de piedra que conducían a la entrada.

A través de los paneles de cristal de la puerta, vio luz en el interior y a una mujer joven sentada detrás del mostrador de recepción.

Ethan entró en el vestíbulo y sintió una agradable ráfaga de aire caliente.

Un gran piano ocupaba un rincón. Al otro lado, había una enorme chimenea en la que ardía un fuego crepitante.

Se detuvo un momento y alzó las manos hacia el calor. La resina de pino hirviendo desprendía un dulce olor a cera. Si se hubiera tumbado en el sofá, podría haber dormido durante días.

Un momento después, dejó la chimenea atrás y se dirigió al mostrador de recepción.

La mujer sonrió a Ethan.

Parecía tener veintitantos años. Era mona, aunque algo entrada en carnes. Llevaba el pelo negro recogido con una corta coleta, vestía una blusa blanca bajo un chaleco negro y, según su tarjeta identificativa, se llamaba Lisa.

Ethan apoyó los antebrazos en el mostrador para mantener el equilibrio.

—Buenas noches —dijo Lisa—. Bienvenido al hotel Wayward Pines. ¿En qué puedo ayudarte?

Su saludo sonó algo extraño. No las palabras, sino su forma de decirlas. Como si estuviera recitando algo que rara vez tenía que decir.

—¿Tiene alguna habitación libre?

—Desde luego.

Lisa tecleó algo en su ordenador.

—¿Sólo para esta noche? —preguntó.

—Sí. Al menos por ahora.

Ethan echó un vistazo al monitor del ordenador. Era una monstruosidad prehistórica, como salida de finales de la década de los ochenta. No podía recordar la última vez que había visto un dinosaurio así.

—Tengo una habitación con cama de matrimonio en la primera planta. No se puede fumar ni están permitidas las mascotas.

—Perfecto.

Lisa terminó de teclear.

—¿Pagará con tarjeta de crédito?

Ethan sonrió.

—Ésa es una pregunta interesante.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Hace unos días sufrí un accidente. Un camión chocó con el lateral de mi coche. A una manzana de aquí. Quizá lo vio.

—No, no lo vi.

—Bueno, me acaban de dar de alta del hospital, y la cosa es que... todavía no he

podido localizar mi cartera. De hecho, ninguno de mis efectos personales.

—Oh, lamento oír eso.

Le pareció que la sonrisa de Lisa perdía una parte de su entusiasmo inicial.

—Entonces ¿cómo piensa pagar, señor...?

—Burke. Ethan Burke. Verá, es lo que intento decirle. No podré pagar mi habitación hasta que recupere mi cartera mañana por la mañana. Me han informado de que mis cosas las tiene el *sheriff*. No estoy seguro de por qué... —se encogió de hombros—, pero así son las cosas.

—Me temo que no me está permitido realizar una reserva sin un anticipo en efectivo o al menos el número de una tarjeta de crédito. Es la política del hotel. Por si se produce algún desperfecto en la habitación, algo que no estoy sugiriendo que vaya a pasar, o por si hay algún otro problema...

—Lo entiendo. Soy plenamente consciente del propósito de los depósitos. Lo que le estoy diciendo, sin embargo, es que podré pagarle mañana por la mañana.

—¿No tiene siquiera el carnet de conducir?

—Está todo en mi cartera.

Lisa se mordió el labio inferior y Ethan advirtió lo que estaba pasando: una simpática trabajadora haciendo acopio de valor para decirle a alguien que no.

—Señor Burke, me temo que, sin una tarjeta de crédito ni dinero en efectivo o algún tipo de identificación, no puedo darle una habitación para esta noche. Me encantaría. De verdad. Pero es la política del hotel y...

Se calló de golpe cuando Ethan se inclinó por encima del mostrador.

—Lisa, ¿sabe por qué llevo un traje negro?

—No.

—Soy un agente especial del Servicio Secreto de Estados Unidos.

—¿Se refiere a uno de esos tipos que protegen al presidente?

—Ésa es sólo una de nuestras funciones. Nuestra misión principal es proteger la integridad de la infraestructura financiera de la nación.

—¿Y está investigando algo en Wayward Pines?

—Así es. Acababa de llegar cuando sufrí el accidente.

—¿Qué tipo de investigación?

—No puedo comentar los detalles.

—No me estará tomando el pelo, ¿verdad?

—Si lo estuviera haciendo, estaría cometiendo un crimen federal.

—¿De verdad es un agente especial?

—Sí. Y estoy cansado y le pido que se apiade de mí. Necesito una habitación para esta noche. La pagaré, se lo prometo.

—¿Mañana por la mañana?

—Mañana por la mañana.

Con la llave en la mano, subió a duras penas la escalera hasta la segunda planta y llegó a un largo y silencioso pasillo. Unos farolillos que colgaban de la pared cada veinte metros proyectaban una débil luz amarillenta sobre la moqueta persa.

Su habitación, la número 226, estaba al final del pasillo.

Abrió la puerta, entró en la habitación y encendió la luz.

La decoración era muy rústica.

Había dos cuadros con icónicas escenas del Oeste pobremente ejecutadas.

Un vaquero sobre un caballo salvaje encabritado.

Un grupo de rancheros reunidos alrededor de una hoguera.

El aire de la habitación estaba viciado y no había televisor.

Tan sólo un antiguo teléfono negro de disco en una de las mesillas de noche.

La cama era enorme y parecía mullida. Ethan se sentó en el colchón y se desató los zapatos. Caminar sin calcetines había causado que le comenzaran a salir ampollas en la parte trasera de los pies. Se quitó la americana y la corbata, y desabrochó los tres primeros botones de su camisa Oxford.

En el cajón de la mesita de noche había un listín telefónico. Lo sacó, lo dejó sobre la cama y descolgó el auricular del teléfono.

Daba línea.

«Gracias a Dios.»

Curiosamente, su número de teléfono no acudió de inmediato a su mente. Se pasó un minuto entero intentando visualizar la pantalla de su iPhone cuando lo marcaba. El otro día había conseguido recordarlo, pero...

—Dos... Cero... Seis... —Sabía que comenzaba con esos tres números, el prefijo de Seattle, y en cinco ocasiones los marcó en el teléfono, pero en todas ellas se quedó en blanco después del seis.

Marcó el 411.

Después de dos timbrazos, contestó una operadora.

—¿Ciudad y apellido?

—Seattle, Washington. Ethan Burke. B-U-R-K-E.

—Un momento, por favor. —Ethan pudo oír cómo la mujer tecleaba algo, hubo una larga pausa, y finalmente—: ¿B-U-R-K-E?

—Así es.

—Señor, con ese apellido no me aparece nadie.

—¿Está segura?

—Sí.

Era extraño, pero, teniendo en cuenta la naturaleza de su trabajo, era probable que su número no apareciera en el listín. Aunque, ahora que lo pensaba, estaba casi seguro de que sí. Casi.

—Está bien. Gracias.

Colgó, abrió el listín telefónico y buscó el número de la oficina del *sheriff*.

Sonó cinco veces y saltó el contestador automático.

Tras el pitido, Ethan dijo:

—Soy el agente especial Ethan Burke, del Servicio Secreto de Estados Unidos, delegación de Seattle. Como sabe, hace varios días estuve implicado en un accidente de tráfico que tuvo lugar en la calle Main. Necesito hablar con usted tan pronto como le sea posible. El hospital me ha informado de que tiene usted mis efectos personales, entre los cuales están mi cartera, mi teléfono, mi maletín y mi arma. Mañana por la mañana a primera hora pasaré a recogerlos. Si alguien escucha este mensaje antes, que por favor me llame al hotel Wayward Pines. Mi habitación es la doscientos veintiséis.

Ya se había hecho de noche cuando Ethan descendió los escalones de la entrada del hotel. Los pies le dolían horrores, pero estaba hambriento.

La cafetería contigua al hotel estaba cerrada, así que se dirigió al norte bajo un cielo repleto de estrellas. Pasó por delante de una librería, un par de tiendas de regalos y un bufete de abogados.

No era tan tarde, pero como todo estaba cerrado las aceras de la calle Main estaban vacías. Había comenzado a aceptar la terrible posibilidad de no poder cenar cuando divisó el reflejo de una luz en el pavimento de la siguiente manzana. Su paso se aceleró involuntariamente en cuanto percibió el olor a comida caliente procedente de un respiradero del edificio que tenía delante.

Al llegar a la entrada, pudo ver a través del cristal de la fachada el interior de un *pub* tenuemente iluminado llamado The Biergarten.

Se le hinchó el corazón de alegría: todavía estaba abierto.

Entró.

Había tres mesas ocupadas, pero el resto del local estaba desierto.

Se sentó en un taburete de la barra.

A través de unas puertas batientes, oyó el chisporroteo de carne asándose en una parrilla.

Sentado en este *pub*, con los brazos apoyados en la gastada barra, se sintió en paz por primera vez en varios días. El recuerdo de Stallings y el accidente era demasiado reciente y amenazaba con atribularlo, pero no pensaba permitir que dominara su mente. Respiró hondo y procuró permanecer tan sereno como le fuera posible.

Cinco minutos después, una mujer alta con el pelo castaño recogido con palillos chinos apareció por las puertas batientes y se metió detrás de la barra.

Se acercó a Ethan con una amplia sonrisa y le colocó un posavasos delante.

—¿Qué quiere tomar?

Llevaba una camiseta negra con el nombre del *pub* serigrafado en el pecho.

—Una cerveza estaría bien.

La camarera cogió un vaso de pinta y se acercó a los tiradores de cerveza.

—¿Rubia? ¿Negra?

—¿Tienen Guinness?

—Tenemos una parecida.

Ella ya había accionado el tirador de cerveza cuando él recordó que no tenía dinero.

La camarera colocó el vaso rebosante de espuma delante de Ethan y preguntó:

—¿Sólo va a beber o quiere ver el menú?

—Quiero comer algo —dijo él—, pero me va a matar.

La mujer sonrió.

—Todavía no, apenas lo conozco.

—No tengo dinero.

Ella dejó de sonreír.

—¿Y cómo piensa pagar?

—Tiene una explicación. ¿Sabe el accidente de coche que tuvo lugar hace unos días en la calle Main?

—No.

—¿No ha oído hablar de él?

—No.

—Bueno, pues hubo uno a unas pocas manzanas de aquí, y yo estuve implicado. De hecho, acabo de salir del hospital.

—¿Por eso tiene esos moratones?

—Efectivamente.

—Todavía no entiendo qué tiene que ver todo esto con que no me pague.

—Soy agente federal.

—Le repito la pregunta.

—Al parecer, el *sheriff* tiene mi cartera y mi teléfono. Bueno, en realidad tiene todas mis pertenencias. Un auténtico dolor de cabeza.

—¿Es usted del FBI o algo así?

—Del Servicio Secreto.

La mujer sonrió y se inclinó hacia él sobre la barra. Antes no se había dado cuenta por la escasa luz, pero de cerca Ethan comprobó que era realmente guapa. Unos pocos años más joven que él, con pómulos de modelo, torso corto y piernas largas. Seguramente, a los veintitantos debía de ser una chica impresionante, y la verdad era que ahora, con treinta y cuatro o treinta y cinco, tampoco estaba nada mal.

—No tengo claro si es un timador o algo parecido: entrar aquí con su traje negro y esta loca...

—No la estoy engañan...

Ella llevó un dedo a los labios de Ethan.

—O bien es exactamente quien dice ser, o es un mentiroso increíble. Es una buena historia, y me encantan las buenas historias. En cualquier caso, no tengo

inconveniente en dejarlo cenar a crédito.

—De verdad que no es ningún embuste... ¿Cómo se llama?

—Beverly.

—Yo Ethan.

Ella le dio la mano.

—Encantada de conocerte, Ethan.

—Mañana por la mañana, en cuanto recupere mi cartera y mis cosas, vendré y...

—Deja que lo adivine... ¿Me dejarás una buena propina?

Ethan negó con la cabeza.

—Te estás burlando de mí.

—Lo siento.

—Si no me crees, yo...

—Te acabo de conocer —dijo ella—. Cuando hayas acabado de cenar sabré si volveré a verte o no.

—Ahora es demasiado pronto para decirlo, ¿eh? —repuso él, y sonrió. Tenía la sensación de que había conseguido convencerla.

Ella le llevó el menú, y él pidió patatas fritas y una hamburguesa con queso lo más cruda que el Departamento de Sanidad permitiera.

Tan pronto como Beverly desapareció en la cocina, él dio un trago a su cerveza.

Hum. Había algo raro. Estaba desbravada, y aparte de un leve amargor al final, prácticamente no sabía a nada.

Dejó el vaso en la barra justo cuando Beverly regresaba a la barra.

—Voy a cenar gratis, así que no debería quejarme —dijo—, pero esta cerveza no está bien.

—¿De verdad? —Acercó la mano al vaso—. ¿Te importa?

—Adelante.

Ella cogió el vaso y le dio un trago. Luego se lamió la espuma del labio superior y volvió a dejar el vaso en la barra.

—A mí me sabe bien.

—¿De verdad?

—Sí.

—No, está desbravada y, no sé... Es sólo que... no sabe a nada.

—Qué raro. Yo no lo noto. ¿Quieres probar otra cerveza?

—No, seguramente tampoco debería estar bebiendo alcohol. Tomaré agua.

Ella le llevó un vaso con hielo y le sirvió agua.

Ethan agarró con ambas manos la humeante hamburguesa con queso.

Beverly estaba limpiando el otro extremo de la barra cuando él la llamó. Tenía la hamburguesa a unos centímetros de su boca.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—Nada. Todavía. Ven un momento.

Ella se acercó.

—Mi experiencia —comenzó a decir— es que el ochenta por ciento de las veces que pido una hamburguesa poco hecha me traen una muy hecha. Por alguna razón que desconozco, la mayoría de los cocineros son incapaces de cocinar una hamburguesa como se les pide, pero así son las cosas. ¿Y sabes lo que hago cuando me traen una hamburguesa demasiado hecha?

—¿La devuelves? —A ella no pareció hacerle ninguna gracia.

—Exacto.

—Realmente eres difícil de complacer, ¿lo sabías?

—Soy consciente de ello —respondió él, y le dio un mordisco a la hamburguesa.

Masticó el bocado durante unos diez segundos.

—¿Y bien? —preguntó Beverly.

Ethan volvió a dejar la hamburguesa en el plato y tragó el bocado mientras se limpiaba las manos con la servilleta de algodón.

Señaló la hamburguesa.

—Es una auténtica maravilla.

Beverly se rio y entornó los ojos.

Para cuando Ethan hubo terminado hasta la última miga del plato, era el único cliente del local.

La camarera retiró su plato y luego regresó para servirle más agua.

—¿Tienes donde pasar la noche, Ethan?

—Sí, he convencido a la recepcionista del hotel para que me dé una habitación.

—¿Así que ella también se ha tragado tu embuste? —Beverly soltó una sonrisita.

—Hasta el fondo.

—Bueno, ya que invito yo, ¿puedo ofrecerte postre? Nuestra «muerte de chocolate» es de otro mundo.

—Gracias, pero debería retirarme.

—¿Qué es exactamente lo que estás haciendo aquí? Me refiero a la razón oficial. Si no puedes hablar de ello...

—Investigo la desaparición de unas personas.

—¿Quiénes?

—Dos agentes del Servicio Secreto.

—¿Desaparecieron aquí? ¿En Wayward Pines?

—Hará un mes. El agente Bill Evans y la agente Kate Hewson estaban aquí realizando una investigación clasificada. Hace diez días que nadie sabe nada de ellos. Se perdió todo contacto. Nadie ha recibido ningún *email*. Ni ninguna llamada. Incluso la señal del GPS de su coche se apagó.

—¿Y te han enviado para que los encuentres?

—Solía trabajar con Kate. Éramos compañeros cuando trabajaba en Seattle.

—¿Eso es todo? —dijo Beverly.

—¿Cómo dices?

—¿Sólo compañeros?

Un estremecimiento indefinido —tristeza, vacío, rabia— le recorrió el cuerpo.

Pero lo ocultó bien.

—Sí, sólo éramos compañeros. Aunque también amigos. Estoy aquí para encontrarlos. Descubrir qué ha pasado. Llevarlos de vuelta a casa.

—¿Crees que les ha pasado algo malo?

Él no contestó. Se limitó a mirarla, pero eso ya era una respuesta.

—Bueno, Ethan, espero que encuentres lo que buscas. —Beverly sacó la cuenta de uno de los bolsillos de su delantal y la dejó encima de la barra.

—Veamos la magnitud de la tragedia.

Ethan bajó la mirada a la cuenta. No era una factura detallada. Beverly había escrito a mano una dirección sobre las columnas.

Primera Avenida, n.º 604

—¿Qué es esto? —preguntó Ethan.

—Mi dirección. Si necesitas algo, cualquier cosa, o tienes algún problema...

—¿Cómo? ¿Estás preocupada por mí?

—No, pero sin dinero, teléfono ni carnet de identidad, quizá necesites ayuda.

—De modo que ahora ya me crees.

Beverly extendió la mano y la dejó un segundo encima de la de él.

—Siempre te he creído.

Una vez fuera del *pub*, Ethan se quitó los zapatos y comenzó a recorrer la acera con los pies descalzos. El suelo estaba frío, pero al menos así podía caminar sin que le dolieran.

En vez de regresar al hotel, tomó una de las calles que salían de Main y se adentró en el vecindario.

Pensando en Kate.

Casas victorianas iluminadas por el resplandor de las luces de sus porches bordeaban la calle.

El silencio era total.

En Seattle no había noches así.

Siempre se oía algún grito lejano, alguna ambulancia, la alarma de un coche, o el repiqueteo de la lluvia en la calle.

Allí, el silencio absoluto sólo se veía interrumpido por el débil ruido que hacían sus pies en la acera...

Un momento.

No, había otro ruido. El canto de un grillo solitario en un arbusto cercano.

Esto le hizo pensar en su infancia en Tennessee y recordó esas noches de mediados de octubre que pasaba sentado en el porche cubierto, mirando los campos de soja mientras su padre fumaba en pipa y el coro de grillos había quedado reducido a uno solo.

¿No había escrito sobre esto el poeta Carl Sandburg? Ethan no recordaba el verso al pie de la letra, sólo que tenía algo que ver con el canto del último grillo tras una helada.

Una esquirra musical.

Sí, ésa era la expresión que le gustaba.

Una esquirra musical.

Se detuvo delante del arbusto. Creía que el canto se detendría de golpe, pero siguió sonando a un ritmo tan constante que casi parecía mecánico. Había leído en algún lugar que los grillos hacían ese sonido frotando las alas.

Ethan se quedó mirando el arbusto.

Una especie de enebro.

Su olor era fuerte y aromático.

Una farola cercana proporcionaba suficiente luz para iluminar las ramas, y se inclinó para ver si descubría al grillo.

El canto no disminuyó.

—¿Dónde estás, pequeñín?

Ladeó la cabeza.

Algo sobresalía ligeramente entre las ramas, pero no era un grillo, sino una especie de caja del tamaño de un iPhone.

Metió la mano entre las ramas y tocó su superficie.

El volumen del canto bajó.

Apartó la mano.

Volvió a subir.

¿Qué diantre era esto?

El canto del grillo salía de un altavoz.

Eran casi las diez y media cuando llegó a la habitación del hotel. Dejó los zapatos en el suelo, se desnudó y se metió en la cama sin ni siquiera apagar las luces.

Antes de salir a cenar había dejado entreabierta una de las ventanas, y ahora podía sentir en el pecho una corriente de aire fresca que ventilaba la cargada atmósfera de la habitación.

Al cabo de un minuto, tenía frío.

Se levantó, retiró la colcha y la sábana y se metió debajo.

Ethan luchaba por su vida y estaba perdiendo. La furibunda criatura que tenía encima estaba a punto de arrancarle la garganta. Había conseguido detenerla unos instantes cogiéndola por el cuello, pero la fuerza de ese monstruo era tremenda. Los dedos de Ethan se clavaban en su piel lechosa y traslúcida y podía notar sus fornidos músculos. Pero era incapaz de detenerlo. Había empezado a tener calambres en los tríceps y se le doblaban los brazos. La cara y los dientes de la criatura estaban cada vez más cerca...

Ethan se despertó de golpe, cubierto de sudor, con la respiración jadeante y el corazón laténdole tan fuerte que parecía como si le temblase el pecho.

No tuvo ni idea de dónde se encontraba hasta que vio el cuadro de los vaqueros y la hoguera.

El despertador que había en la mesita de noche marcaba las 3.17.

Encendió la luz y se quedó mirando el teléfono.

«Dos, cero, seis... Dos, cero, seis...»

¿Cómo podía ser que no recordara su número de teléfono? ¿O el móvil de Theresa? ¿Cómo era eso posible?

Se sentó en un lateral de la cama, se puso en pie y se dirigió a la ventana.

Abrió la persiana y miró la calle, que estaba tranquila.

Edificios a oscuras.

Aceras vacías.

«Mañana todo irá mejor», pensó.

Recuperaría su teléfono, su cartera, su arma y su maletín. Llamaría a su esposa y hablaría con su hijo. Llamaría también a Seattle e informaría de la situación a su superior. Por fin retomaría la investigación que le había llevado a Wayward Pines.

3

Se despertó con dolor de cabeza y la luz del sol filtrándose por el hueco de la persiana.

Se dio la vuelta y miró el despertador.

—Mierda.

12.21.

Se había quedado dormido.

Se levantó y al ir a coger los pantalones —que había dejado tirados en el suelo— oyó que alguien llamaba a la puerta de su habitación. No, en realidad alguien llevaba ya un rato llamando a la puerta de su habitación: ahora se daba cuenta de que el lejano martilleo no estaba dentro de su cabeza.

—¡Señor Burke! ¡Señor Burke!

Era la voz de Lisa, la recepcionista.

—¡Un segundo! —exclamó. Se puso los pantalones y, tambaleándose, se dirigió a la puerta. Descorrió el pestillo y le abrió—. ¿Sí? —preguntó Ethan.

—Tenía que dejar libre la habitación a las once.

—Lo siento, yo...

—¿Qué ha pasado con lo de «mañana por la mañana»?

—No me he dado cuenta...

—¿Ha podido recuperar ya la cartera?

—No, me acabo de despertar. ¿De verdad son las doce pasadas?

Ella no contestó, se limitó a mirarlo furiosa.

—Ahora mismo voy hacia la oficina del *sheriff* —dijo—, y en cuanto haya recuperado...

—Necesito que me devuelva la llave, y que deje la habitación.

—¿Cómo dice?

—Quiero que deje la habitación. Que se vaya. No me gusta que se aprovechen de mí, señor Burke.

—Nadie se está aprovechando de usted.

—Estoy esperando.

Ethan se la quedó mirando fijamente en busca de algo —benevolencia, alguna fisura en su determinación—, pero no encontró un ápice de compasión.

—Deje que me vista. —Comenzó a cerrar la puerta, pero ella se lo impidió con el pie—. ¿Es que quiere mirarme? ¿De verdad? —Ethan se dio la vuelta y volvió a meterse en la habitación—. Muy bien. Disfrute del espectáculo.

Y, efectivamente, lo hizo. Lisa permaneció en el umbral mirando cómo Ethan se calzaba los pies desnudos, se abotonaba la manchada camisa blanca y tardaba un par de agónicos minutos en ponerse la corbata.

Cuando finalmente se hubo puesto la americana, cogió la llave de la habitación, que estaba en la mesita de noche, y al salir la dejó en la palma de la mano de la

repcionista.

—Dentro de un par de horas se sentirá fatal por esto —dijo mientras comenzaba a recorrer el pasillo en dirección a la escalera.

En la farmacia que había en la esquina de la calle Main y la Seis, Ethan cogió una botellita de aspirinas del estante y se dirigió a la caja registradora.

—No tengo dinero para pagar esto —dijo al tiempo que lo dejaba en el mostrador—. Pero le prometo que dentro de media hora estaré de vuelta con mi cartera. Es una larga historia, pero tengo un dolor de cabeza tremendo y necesito tomar algo ahora.

El farmacéutico estaba contando píldoras en una bandeja de plástico para dispensar una receta. Bajó la barbilla y miró a Ethan por encima de la montura plateada y rectangular de sus gafas.

—¿Qué es exactamente lo que me está pidiendo?

Era un hombre calvo, de cuarenta y tantos años. Pálido. Delgado. Y con unos grandes ojos marrones que parecían todavía más grandes a través de las gruesas lentes de sus gafas.

—Que me ayude. La cabeza me duele... Mucho.

—Pues vaya al hospital. Esto es una farmacia, no vendemos a crédito.

Por un instante, Ethan volvió a ver doble y de nuevo sintió el terrible martilleo en la base de la cabeza. Cada palpitación enviaba una insoportable oleada de dolor a través de la columna vertebral.

En ningún momento tuvo conciencia de salir de la farmacia.

De repente, estaba caminando a trompicones por la acera de la calle Main.

Se sentía cada vez peor y se preguntó si no debería volver al hospital, pero eso era lo último que quería hacer. Lo que necesitaba era una maldita aspirina. Algo que le aliviara el dolor de cabeza para poder desenvolverse con normalidad.

Se detuvo en el siguiente paso de peatones. Al intentar reorientarse para dirigirse a la oficina del *sheriff*, recordó una cosa. Metió la mano en el bolsillo interior de su americana, sacó un trozo de papel y lo desdobló.

Primera Avenida, n.º 604

Se sentía indeciso. ¿Llamaba a la puerta de esa absoluta desconocida y le pedía una medicina? Por otro lado, no quería ir al hospital, y no podía aparecer por la oficina del *sheriff* con aquel incapacitante dolor de cabeza. Tenía intención de cantarle las cuarenta, y eso solía ir mejor cuando uno no sentía deseos de tumbarse en posición fetal en una habitación a oscuras.

¿Cómo se llamaba?

Ah, sí, Beverly.

Lo más probable era que la noche anterior cerrara el bar, así que seguramente

estaría en casa. Qué diantre, ella se ofreció. Podía pasar por su casa, pedirle unas aspirinas y deshacerse de este dolor de cabeza antes de ir a la oficina del *sheriff*.

Cruzó la calle y enfiló Main hasta que llegó a la Nueve. Ahí dobló la esquina y se dirigió hacia el este.

Las calles cruzaban Main.

Las avenidas eran paralelas.

Calculó que la casa de Beverly estaba a unas siete manzanas.

Al llegar a la tercera, se le habían comenzado a formar llagas en los pies, pero no se detuvo. Le dolían, pero también lo distraían del martilleo de la cabeza.

La escuela ocupaba toda la manzana entre la Quinta y la Cuarta Avenida, y Ethan pasó cojeando por delante de la valla metálica que cercaba el campo de juego.

Era la hora del recreo de los niños de ocho o nueve años y estaban enfrascados en un elaborado juego de persecución. Una niña de coletas rubias corría detrás de todo aquel que se le ponía a la vista mientras un coro de gritos resonaba entre los edificios de ladrillo.

Ethan miró cómo jugaban e intentó no pensar en la sangre que había comenzado a acumularse en los zapatos, y que se enfriaba rápidamente entre los dedos de sus pies.

De repente, la niña de las coletas rubias se detuvo y se lo quedó mirando.

Por un momento, los demás niños siguieron corriendo y gritando, pero, poco a poco, también se detuvieron, advirtiendo primero que su perseguidora ya no iba tras ellos y, luego, lo que había llamado su atención.

Uno a uno, todos fueron volviéndose hacia Ethan. Éste habría jurado que sus inexpresivos rostros contenían algún elemento de velada hostilidad.

Reprimiendo el dolor, sonrió y los saludó con la mano.

—Eh, niños.

Ninguno de ellos le devolvió el saludo ni le respondió. Permanecieron inmóviles como una colección de estatuillas. El único movimiento era el de sus cabezas volviéndose y observándolo hasta que desapareció por la esquina del gimnasio.

—Qué mocosos más raros —murmuró Ethan para sí, al tiempo que los niños retomaban sus juegos y se volvían a oír sus risas y gritos.

Tras cruzar la Cuarta Avenida, volvió a apretar el paso. El dolor en los pies era cada vez más intenso, pero hizo caso omiso. «Sigue adelante. Sonríe, sopórtalo y sigue adelante.»

A la altura de la Tercera Avenida, prácticamente iba corriendo y las costillas le comenzaron a doler otra vez. Pasó por delante de una serie de casas que tenían un aspecto más descuidado. Se preguntó si sería la zona pobre de Wayward Pines. ¿Podía tener un pueblo como éste una parte mala?

Al llegar a la Primera Avenida, se detuvo.

La calle era ahora de tierra. Hacía tiempo que no había gravilla y sobresalían numerosos baches. No había ninguna acera ni ninguna otra calle. Había llegado al

extremo oriental de Wayward Pines y, detrás de las casas que bordeaban esta calle, la civilización llegaba abruptamente a su fin. Una empinada ladera, repleta de pinos, ascendía varios cientos de metros hasta la base de ese anfiteatro de acantilados que rodeaba el pueblo.

Cojeando, Ethan siguió avanzando por la calle de tierra.

Podía oír a los pájaros cantando en el bosque cercano, y nada más. Estaba completamente aislado del escaso ajetreo que había en Wayward Pines.

Cuando los números de los buzones llegaron al 500, Ethan sintió un ligero alivio. La casa de Beverly estaba en la siguiente manzana.

El mareo volvía a amenazar y nuevas oleadas —de momento suaves— sacudieron su cuerpo.

La siguiente intersección estaba completamente vacía.

No había una sola alma.

Un cálido viento descendía de la montaña formando remolinos de polvo por la calle.

Ahí estaba. 604, la segunda casa a la derecha. Lo sabía por la pequeña placa de acero atornillada a lo que quedaba del buzón, que estaba completamente cubierto de herrumbre, salvo unos enormes agujeros dentados. Oyó un leve gorjeo en su interior y por un momento creyó que se trataba de otro altavoz, pero entonces atisbó el ala del pájaro que había anidado dentro.

Levantó la mirada hacia el edificio.

Seguramente, antaño había sido una encantadora casa victoriana de dos pisos, con techo de dos aguas, porche con columpio y un sendero de piedra que atravesaba el patio hasta la entrada.

La pintura de las paredes hacía tiempo que se había desconchado. Incluso desde la calle, Ethan podía ver que ahora ya no quedaba una sola mota. Los tablones que seguían sujetos a la estructura se habían decolorado por la acción del sol, y la mayoría se encontraba en las etapas finales de descomposición. En las ventanas no había ni un cristal.

Cogió el recibo de la cena de la noche anterior y volvió a comprobar la dirección. La letra era clara: «Primera Avenida, n.º 604», pero quizá Beverly se había equivocado de número, o había escrito «avenida» en vez de «calle».

Ethan se abrió camino a través de las hierbas del patio delantero. Eran tan altas que apenas dejaban ver las piedras del sendero que había debajo.

Los dos escalones que conducían al porche cubierto parecían haber pasado por una astilladora. Subió por ellos hasta la plataforma del porche. Su peso provocó un ensordecedor crujido.

—Beverly...

La casa pareció tragarse su voz.

Tras recorrer cuidadosamente el porche, cruzó la entrada sin puerta y volvió a llamar a la mujer. El viento gemía al pasar a través del armazón de madera de la casa.

Se adentró tres pasos en el salón y se detuvo. En el suelo podían verse muelles herrumbrosos entre los restos de un viejo sofá destrozado. También una mesita de centro cubierta de telarañas y, debajo de éstas, las páginas de una revista ya irreconocible por la humedad y la descomposición.

No podía ser que Beverly quisiera que él fuera allí, ni siquiera aunque le estuviera gastando una broma. Debió de anotar una dirección equivocada...

De repente, advirtió un olor. Dio un paso hacia adelante procurando no pisar tres clavos que sobresalían de un tablón.

Una ráfaga de viento sacudió la casa, y Ethan volvió a percibir el olor. Al instante, enterró la nariz en el interior del codo. Siguió avanzando, pasó por delante de una escalera y llegó al estrecho pasillo que unía la cocina con el comedor. En éste, una cascada de luz iluminaba los astillados restos del techo, que habían destrozado la mesa.

Se abrió camino a través de un campo minado de tablones maltrechos y de agujeros por los que se podía entrever el espacio que había debajo del entarimado de la casa.

La nevera, el fregadero, el horno... La herrumbre cubría todas las superficies de metal como si de moho se tratara. Este lugar le recordaba a las viejas fincas en las que él y sus amigos solían entrar en sus exploraciones veraniegas por los bosques que había detrás de sus granjas. Establos y cabañas abandonados, con los tejados repletos de agujeros por los que se infiltraban los rayos de luz. Una vez, en un viejo escritorio encontró un periódico de cincuenta años de antigüedad en el que se anunciaba la elección de un nuevo presidente. Quiso llevárselo a casa para enseñárselo a sus padres, pero el papel se deshizo en sus manos.

Hacía más de un minuto que Ethan evitaba respirar por la nariz, pero aun así podía advertir que el hedor era cada vez mayor. Le parecía notarlo en las comisuras de los labios, y su intensidad —peor que la del amoníaco— hacía que le lloraran los ojos.

El extremo del pasillo estaba a oscuras, todavía protegido por un techo que goteaba después de las últimas lluvias (cuandoquiera que éstas hubieran tenido lugar).

La puerta que había al final del pasillo estaba cerrada.

Ethan parpadeó para evitar que se le acumulasen las lágrimas en los ojos y extendió la mano hacia el pomo, pero no había ninguno.

Empujó la puerta con el pie.

Las bisagras chirriaron.

La puerta golpeó contra la pared y Ethan cruzó el umbral.

Como en su recuerdo de aquellas viejas fincas, por los agujeros de las paredes entraban rayos de luz que iluminaban un laberinto de telas de araña y el único mueble que había en la habitación.

El armazón de metal todavía estaba en pie, y de los restos del colchón sobresalían

muelles como cabezas de cobre.

No había oído las moscas hasta ahora porque habían permanecido congregadas en el interior de la boca del hombre. Eran muchas, y zumbaban como un pequeño motor fuera borda.

Había visto cosas peores en la guerra, pero nunca había oído nada igual.

Le habían atado las muñecas a la cabecera, y los tobillos, al pie de la cama. La piel de la pierna que quedaba a la vista estaba hecha jirones. La arquitectura interna del lado izquierdo del rostro del hombre estaba a la vista hasta las raíces de los dientes. También tenía el estómago hinchado. Ethan podía ver el bulto que había debajo del traje andrajoso, que era negro y con una hilera de botones.

Como el suyo.

Si bien tenía la cara destrozada, tanto la extensión como el color del pelo coincidían.

La altura también.

Ethan retrocedió un paso y se apoyó en el marco de la puerta.

Dios santo.

Era el agente Evans.

De vuelta en el porche de la casa abandonada, Ethan se inclinó, apoyó las manos en las rodillas y respiró hondo varias veces a través de la nariz para purgar el olor. Pero no se iba. El hedor a muerte se había incrustado en su cavidad nasal, y podía notar su picor amargo y pútrido en el fondo de la garganta.

Se quitó la americana y la camisa, forcejeando con las mangas. El hedor estaba ahora en las fibras de su ropa.

Descamisado, volvió a recorrer la espesa maleza que antaño había sido el patio delantero y llegó a la calle.

Tenía la parte trasera de los pies en carne viva y el martilleo en el cráneo persistía, pero la adrenalina le impedía sentir dolor alguno.

Apretó el paso al tiempo que los pensamientos se arremolinaban en su cabeza. Había sentido la tentación de registrar los bolsillos de la americana y de los pantalones del hombre para ver si encontraba una cartera con algún documento identificativo, pero abstenerse de hacerlo había sido más inteligente. Mejor no tocar nada y dejar que los miembros del equipo forense, dotados con guantes de plástico, máscaras y todas las herramientas necesarias, examinaran la habitación.

Todavía no se hacía a la idea.

Habían asesinado a un agente federal en ese pequeño paraíso.

Él no era ningún médico forense, pero estaba bastante seguro de que el estado del rostro de Evans no se debía únicamente a la descomposición. Tenía hundida una parte del cráneo. Le habían roto los dientes. Y le faltaba un ojo.

Le habían torturado.

Recorrió las seis manzanas a toda velocidad y finalmente llegó a la entrada de la oficina del *sheriff*.

Dejó la americana y la camisa en un banco, y abrió una de las hojas de la puerta.

La zona de recepción consistía en una habitación con paneles de madera, moqueta marrón y cabezas disecadas de animales colocadas encima de todo mueble vertical que hubiera disponible.

En el mostrador, una mujer de unos sesenta y tantos años y pelo largo y plateado estaba jugando al solitario con una baraja de cartas. En el letrero del mostrador podía leerse el nombre BELINDA MORAN.

Ethan se acercó al mostrador y observó cómo la mujer colocaba cuatro cartas más antes de hacerle caso.

—¿Puedo ayudarlo en al...? —Abrió unos ojos como platos y lo miró de arriba abajo, arrugando la nariz ante el hedor de la descomposición humana que debía de desprender—. Va usted con el torso desnudo —dijo ella.

—Ethan Burke, agente especial del Servicio Secreto de Estados Unidos. He venido a ver al *sheriff*. ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—El *sheriff*.

—Ah. Pope. *Sheriff* Arnold Pope.

—¿Está en su despacho, Belinda?

En vez de contestar su pregunta, la mujer cogió el auricular del teléfono y marcó una extensión de tres dígitos.

—Hola, Arnie. Hay un hombre aquí que quiere verte. Dice que es agente secreto o algo así.

—Agente especial de...

Ella alzó un dedo.

—No lo sé, Arnie. Va con el torso desnudo y... —Volvió la silla giratoria para que Ethan no la oyera y susurró—: Huele mal. Muy mal... Está bien, se lo diré.

Se volvió otra vez hacia Ethan y colgó el teléfono.

—El *sheriff* Pope le atenderá dentro de un momento.

—Necesito verlo ahora mismo.

—Lo comprendo. Puede esperarlo ahí. —Señaló unas sillas que había en un rincón.

Ethan vaciló un momento, pero finalmente se volvió y se dirigió a la zona de espera. Sería mejor que este encuentro fuera lo más cordial posible. Según su experiencia, los cuerpos de seguridad locales se ponían a la defensiva o incluso se volvían hostiles cuando los federales llegaban dando órdenes. Teniendo en cuenta lo que había encontrado en esa casa abandonada, en los próximos días tendría que trabajar codo con codo junto a ese tipo. Mejor empezar con buen pie.

Se sentó en una de las cuatro sillas de la zona de espera.

Llegar corriendo había provocado que comenzara a sudar y, ahora que sus

pulsaciones estaban regresando a la normalidad, la capa de sudor que cubría su torso desnudo se había comenzado a enfriar por culpa del aire acondicionado que salía del conducto que tenía justo encima.

Las revistas que había en la mesita de centro no eran muy actuales: apenas unos viejos números del *National Geographic* y del *Popular Science*.

Ethan se reclinó en la silla y cerró los ojos.

El dolor de cabeza estaba regresando: notaba cómo cada una de las palpitaciones se intensificaba. De hecho, en medio del silencio de la oficina del *sheriff* —donde no se oía otra cosa que las cartas— prácticamente podía oír el martilleo.

—¡Sí! —oyó decir a Belinda.

Ethan abrió los ojos a tiempo de ver cómo la mujer colocaba la última carta y ganaba la partida. Luego las recogió, las barajó y volvió a comenzar.

Pasaron otros cinco minutos.

Y otros diez más.

Belinda terminó otra partida y estaba volviendo a barajar las cartas cuando Ethan notó el primer síntoma de irritación: un tic en el ojo izquierdo.

El dolor iba en aumento y, según sus cálculos, llevaba esperando unos quince minutos. En ese lapso de tiempo, el teléfono no había sonado una sola vez, y nadie más había entrado en el edificio.

Cerró los ojos e inició una cuenta atrás desde sesenta al tiempo que se masajeaba las sienes. Cuando volvió a abrir los ojos, seguía sentado con el torso desnudo y sintiendo frío, Belinda seguía jugando a las cartas y el *sheriff* todavía no había aparecido.

Ethan se puso en pie y, tras un leve mareo de unos diez segundos, volvió al mostrador de recepción y esperó a que Belinda levantara la mirada.

Ella colocó cinco cartas antes de hacerle caso.

—¿Sí?

—Lamento molestarla, pero ya hace veinte minutos que estoy esperando.

—Hoy el *sheriff* está muy ocupado.

—Estoy seguro de ello, pero necesito hablar con él inmediatamente. Puede coger el teléfono y decirle que, si me hace esperar más, voy a entrar yo mismo y...

De repente, el teléfono sonó.

Ella contestó.

—¿Sí...? Está bien, lo haré. —Colgó y sonrió a Ethan—. Ya puede pasar. Su despacho está al fondo de ese pasillo.

Ethan llamó con los nudillos, golpeando justo debajo de la placa con el nombre.

—¡Pase! —exclamó una voz grave desde el otro lado.

Giró el pomo, abrió la puerta y entró.

El suelo era de madera oscura y tenía profundos rasguños. A su izquierda, la

enorme cabeza de un alce estaba colgada en la pared frente a un escritorio grande y rústico. Detrás del escritorio, había tres antiguas vitrinas repletas de rifles, escopetas, pistolas y lo que debían de ser suficientes cajas de munición para ejecutar tres veces a los residentes de ese pequeño pueblo.

Un hombre diez años mayor que él estaba reclinado en un sillón de piel, con las botas de vaquero encima de la mesa. Tenía un pelo ondulado y rubio que probablemente se volvería blanco al cabo de una década, y la mandíbula salpicada de una barba canosa de varios días.

Pantalones de color marrón oscuro.

Camisa de manga larga de color verde oscuro.

La estrella del *sheriff* resplandecía bajo las luces del despacho. Parecía de latón sólido, estaba intrincadamente grabada y tenía las letras W. P. incrustadas en negro en el centro.

Mientras se acercaba al escritorio, a Ethan le pareció ver que el *sheriff* amagaba una sonrisita.

—Ethan Burke, Servicio Secreto.

Extendió la mano por encima del escritorio y el *sheriff* vaciló, como si en su fuero interno debatiera si le apetecía moverse o no. Finalmente, retiró los pies del escritorio y se irguió en el sillón.

—Arnold Pope. —Se dieron la mano—. Siéntese, Ethan.

Ethan tomó asiento en una de las sillas de madera con respaldo.

—¿Cómo se encuentra?

—He estado mejor.

—Me lo imagino. Seguramente, también ha oído mejor. —Una fugaz sonrisa se dibujó en el rostro de Pope—. Fue un accidente brutal el que sufrió hace un par de días. Realmente trágico.

—Sí, esperaba averiguar algo más al respecto. ¿Quién chocó con nosotros?

—Los testigos dicen que fue un camión remolcador.

—¿El conductor está detenido?

—Lo estaría si pudiera encontrarlo.

—¿Me está diciendo que se dio a la fuga?

Pope asintió.

—Se marchó pitando después del accidente. Cuando llegué a la escena ya hacía rato que se había ido.

—¿Y nadie tiene la matrícula o cualquier detalle que nos pueda ayudar a identificarlo?

Pope negó con la cabeza y cogió algo de su escritorio: una bola de nieve con la base dorada. Comenzó a pasarse la bola de una mano a otra, y los edificios de miniatura que había dentro de la cúpula de cristal se vieron sacudidos por un torbellino de nieve.

—¿Qué esfuerzos se están realizando para localizar el camión? —preguntó Ethan.

—Tenemos varias cosas en marcha.

—¿Ah, sí?

—No le quepa la menor duda.

—Me gustaría ver al agente Stallings.

—Su cadáver está en la morgue.

—¿Y dónde se encuentra la morgue?

—En el sótano del hospital.

De repente, Ethan se acordó. Llegó hasta él de la nada. Como si alguien se lo hubiera suspirado al oído.

—¿Podría darme un trozo de papel? —preguntó Ethan.

Pope abrió un cajón, cogió un pósito y se lo dio a Ethan junto con un bolígrafo. Éste arrastró la silla hacia adelante y, tras colocar el pósito en la mesa, anotó un número.

—Creo que tiene usted mis cosas —dijo Ethan mientras se guardaba el pósito en un bolsillo.

—¿Qué cosas?

—El móvil, la pistola, la cartera, la placa, el maletín...

—¿Quién le ha dicho que las tenía?

—Una enfermera del hospital.

—No sé de dónde habrá sacado esa idea.

—Un momento. ¿Me está diciendo que no tiene mis cosas?

—No.

Ethan se quedó mirando fijamente a Pope.

—¿Es posible que todavía estén en el coche?

—¿Qué coche?

Se esforzó por no alzar el tono de voz.

—El que conducía cuando sufrí el accidente.

—Podría ser, pero estoy convencido de que los enfermeros de la ambulancia cogieron sus cosas.

—Dios mío.

—¿Qué?

—Nada. ¿Le importaría que antes de irme hiciera unas llamadas de teléfono? Hace varios días que no hablo con mi esposa.

—Yo lo hice.

—¿Cuándo?

—El día del accidente.

—¿Y está de camino?

—No tengo ni idea. Sólo le conté lo que había pasado.

—También necesito hablar con mi superior...

—¿Cómo se llama?

—Adam Hassler.

—¿Es quien lo envió aquí?

—Así es.

—¿También fue él quien le dijo que no me avisara con antelación de que los federales iban a irrumpir en mi pueblo? ¿O esa decisión fue únicamente suya?

—¿Cree que tengo alguna obligación de...?

—Cortesía, Ethan. Cortesía. Aunque, claro, siendo un agente federal puede que no esté familiarizado con el concepto.

—Pensaba ponerme en contacto con usted cuando llegara, señor Pope. No tenía intención alguna de dejarlo al margen.

—Ah, bueno. En ese caso...

Ethan vaciló. Quería mostrarse transparente, pero sin darle más información de la necesaria. Sin embargo, la cabeza lo estaba matando y la doble visión amenazaba con dividir al *sheriff* en dos gilipollas.

—Me enviaron aquí en busca de dos agentes del Servicio Secreto.

Pope enarcó las cejas.

—¿Han desaparecido?

—Hace once días.

—¿Y qué estaban haciendo en Wayward Pines?

—No me ofrecieron ningún informe detallado de su investigación, aunque sé que estaba relacionada con David Pilcher.

—Ese nombre me suena. ¿Quién es?

—Siempre aparece en las listas de los hombres más ricos. Es uno de esos multimillonarios solitarios. Nunca habla con la prensa. Posee varias empresas biofarmacéuticas.

—¿Y tiene alguna relación con Wayward Pines?

—De nuevo, eso no lo sé. Pero si el Servicio Secreto estaba aquí, probablemente había alguna investigación relacionada con un crimen financiero. Eso es todo lo que sé.

De repente, Pope se puso en pie. Sentado detrás del escritorio, a Ethan ya le había parecido un hombre corpulento, pero ahora pudo comprobar que medía casi dos metros.

—Puede utilizar el teléfono de la sala de reuniones, agente Burke.

Ethan no se movió.

—No he terminado, *sheriff*.

—La sala de reuniones está por aquí. —Pope rodeó el escritorio y se dirigió hacia la puerta—. La próxima vez no debería ir con el torso desnudo. Es sólo una sugerencia.

Un creciente enojo se estaba sumando al dolor de cabeza que sentía Ethan.

—¿Le gustaría saber por qué voy con el torso desnudo, *sheriff*?

—No especialmente.

—Uno de los agentes que vine a buscar se está descomponiendo en una casa que

se encuentra a seis manzanas de aquí.

El *sheriff* se detuvo ante la puerta, de espaldas a Ethan.

—Acabo de encontrar su cuerpo justo antes de venir aquí —añadió.

Pope se volvió y lanzó una mirada furibunda a Ethan.

—Desarrolle lo de que acaba de «encontrar su cuerpo».

—Anoche, una camarera del The Biergarten me dio su dirección por si necesitaba alguna cosa. Esta mañana, me he despertado con un terrible dolor de cabeza. Como no tenía dinero, me han echado del hotel. He ido a casa de la camarera a pedirle una aspirina para el dolor de cabeza, pero al parecer me dio una dirección equivocada.

—¿Qué dirección es?

—El 604 de la Primera Avenida. Se trata de una vieja casa abandonada. En ruinas. Encadenaron al agente Evans a una cama en una de las habitaciones.

—¿Está seguro de que se trata del hombre que busca?

—En un ochenta por ciento. Estaba en un avanzado estado de descomposición y su rostro había sufrido fuertes traumatismos.

El semblante ceñudo que el *sheriff* había mantenido desde que Ethan había entrado en su despacho desapareció y sus rasgos parecieron suavizarse. Se acercó a Ethan y se sentó a su lado.

—Le pido disculpas, agente Burke. Lo he hecho esperar en recepción. No me gustó que no me llamara antes de venir al pueblo y, bueno, tiene razón. No tenía ninguna obligación. Tengo mal genio, uno de mis muchos fallos, y mi comportamiento ha sido inadmisibile.

—Disculpas aceptadas.

—Ha pasado dos días duros.

—Así es.

—Haga sus llamadas y hablaremos cuando haya terminado.

Una larga mesa presidía la sala de reuniones. Entre las sillas y la pared apenas había espacio suficiente para poder pasar y llegar al teléfono de disco que se hallaba al otro lado.

Sacó el pósito del bolsillo y descolgó el auricular.

Había señal de llamada.

Marcó el número.

Sonó.

El sol de la tarde se filtraba por la persiana y unas rayas de cegadora luz resplandecían en la pulida superficie de madera de la mesa.

—Vamos, cariño, cógelo —dijo al tercer timbrazo.

Al quinto, saltó el contestador.

—Hola, has llamado a casa de los Burke. Lamentamos no poder contestar a tu llamada..., excepto si eres un teleoperador. En ese caso nos alegramos y, en realidad,

probablemente no hayamos cogido el teléfono a propósito, así que te animamos a que olvides este número. Los demás podéis dejar un mensaje después de la señal.

—Theresa, soy yo. Dios, hace siglos que no oigo tu voz. Supongo que ya sabes que sufrí un accidente. Al parecer, nadie encuentra mi teléfono. Así que, si me has intentado localizar, lo siento. Me hospedo en el hotel Wayward Pines, habitación doscientos veintiséis. También puedes llamar a la oficina del *sheriff*. Espero que tú y Ben estéis bien. Intentaré volver a llamarte pronto. Te quiero, Theresa. Mucho.

Colgó e intentó recordar el número del móvil de su esposa. Consiguió acordarse de los siete primeros dígitos, pero los últimos tres permanecían envueltos en la penumbra.

El número de su oficina en Seattle, sin embargo, le vino a la memoria al instante. Marcó y al tercer timbrazo contestó una mujer cuya voz Ethan no reconoció.

—Servicio Secreto.

—Hola, soy Ethan Burke. Necesito hablar con Adam Hassler, por favor.

—Ahora mismo no está disponible. ¿Puedo ayudarlo yo en algo?

—No, necesito hablar con él. ¿Está fuera de la oficina?

—Ahora mismo no está disponible. ¿Puedo ayudarlo yo en algo?

—¿Y si le llamo al móvil? ¿Me podría dar su número, por favor?

—Oh, me temo que no me está permitido dar esa información.

—¿Es que no me ha oído? Soy el agente Ethan Burke.

—¿Puedo ayudarlo yo en algo?

—¿Cómo se llama?

—Marcy.

—Es nueva, ¿verdad?

—Éste es mi tercer día.

—Mire, estoy en Wayward Pines, Idaho, en medio de una situación de mierda. Pásame inmediatamente con Hassler. Me da igual lo que esté haciendo. Tanto si está en una reunión como si está cagando... Haga que se ponga al maldito teléfono.

—Oh, lo siento.

—¿Cómo dice?

—Si me habla así no voy a poder continuar esta conversación.

—Marcy...

—Sí...

—Le pido disculpas. Lamento haberle alzado la voz, pero necesito hablar con Hassler. Es urgente.

—Si quiere le puedo dejar un recado.

Ethan cerró los ojos.

Y apretó con fuerza los dientes para evitar ponerse a dar gritos por teléfono.

—Dígale que llame al agente Ethan Burke a la oficina del *sheriff* de Wayward Pines, o al hotel Wayward Pines, habitación doscientos veintiséis. Que lo haga en cuanto reciba este mensaje. El agente Evans está muerto. ¿Me ha entendido?

—¡Le daré el recado! —dijo Marcy en un animado tono de voz, y colgó el teléfono.

Ethan apartó el auricular de su rostro y lo golpeó cinco veces contra la mesa.

Al colgar, advirtió que el *sheriff* Pope estaba de pie en la puerta de la sala de reuniones.

—¿Va todo bien, Ethan?

—Sí, es sólo que... estoy teniendo algunos problemas para localizar a mi superior.

Pope entró en la sala y cerró la puerta. Se sentó a la mesa, delante de Ethan.

—¿Ha dicho que han desaparecido dos agentes? —preguntó Pope.

—Así es.

—Hábleme del otro.

—Se llama Kate Hewson. Trabaja en la oficina de Boise y, antes, en la de Seattle.

—¿La conoció ahí?

—Éramos compañeros.

—¿Y se trasladó?

—Sí.

—Y Kate vino aquí con el agente... ¿Cómo se llamaba?

—Bill Evans.

—Para llevar a cabo esta investigación de alto secreto, ¿verdad?

—Así es.

—Me gustaría ayudarlo, si le parece bien.

—Por supuesto, Arnold.

—Muy bien, empecemos por el principio. ¿Qué aspecto tiene Kate?

Ethan se reclinó en la silla.

Kate.

Se había pasado el último año haciendo grandes esfuerzos para no pensar en ella, de modo que le llevó un momento recordar su rostro. Su recuerdo abrió una herida que justo estaba comenzando a cicatrizar.

—Mide aproximadamente un metro sesenta y pesa unos cincuenta kilos.

—Una chica pequeña.

—La mejor policía que he conocido nunca. La última vez que la vi llevaba el pelo corto, pero puede que se lo haya dejado crecer desde entonces. Ojos azules. De una belleza poco común.

Todavía podía saborearla.

—¿Alguna marca distintiva?

—Sí. Tiene una leve marca de nacimiento en la mejilla. De color *beige* y del tamaño de una moneda de cinco centavos.

—Avisaré a mis agentes, quizá podríamos incluso hacer un retrato robot para enseñarlo por el pueblo.

—Eso sería genial.

—¿Por qué ha dicho que la trasladaron a Boise?

—No lo he dicho.

—Bueno, ¿y lo sabe?

—Una reorganización interna, dijeron. Me gustaría ver el coche.

—¿El coche?

—El Lincoln Town Car negro que conducía cuando tuve el accidente.

—Ah, claro.

—¿Dónde se encuentra?

—En un cementerio de coches que hay en las afueras del pueblo. —El *sheriff* se puso en pie—. ¿Cuál era la dirección?

—El 604 de la Primera Avenida. Lo acompañaré.

—No hace falta.

—Quiero hacerlo.

—Pero yo no quiero que lo haga.

—¿Por qué?

—¿Necesita alguna otra cosa?

—Me gustaría conocer los resultados de su investigación.

—Venga mañana después del almuerzo. Veremos en qué punto nos encontramos.

—¿Y me llevará al cementerio de coches a ver el Lincoln?

—Creo que podremos arreglarlo, pero de momento esto es todo. Vamos, lo acompañaré a la salida.

Tanto la americana como la camisa de Ethan olían ligeramente mejor cuando se las puso y comenzó a alejarse de la oficina del *sheriff*. Él todavía apestaba, pero supuso que el ofensivo olor a descomposición llamaría menos la atención que un hombre caminando por la calle vestido únicamente con los pantalones.

Andaba lo más rápido que podía, pero el mareo regresaba en oleadas y la cabeza le seguía doliendo. Cada paso enviaba nuevas descargas de un dolor agónico a los rincones más recónditos de su cráneo.

The Biergarten estaba abierto y vacío, a excepción de un camarero de aspecto aburrido que permanecía sentado detrás de la barra leyendo un libro de bolsillo (una de las primeras novelas de F. Paul Wilson).

—¿Trabaja Beverly esta noche? —preguntó Ethan cuando llegó a la barra.

El hombre alzó un dedo.

Terminó de leer un pasaje.

Finalmente, cerró el libro y dedicó toda su atención al visitante.

—¿Qué quiere tomar?

—Nada. Estoy buscando a la mujer que atendía la barra anoche. Se llamaba Beverly. Morena. Treinta y tantos. Bastante alta.

El camarero descendió del taburete y dejó el libro en la barra. Tenía el pelo largo,

canoso, del color del agua de fregar sucia, y lo llevaba recogido en una cola de caballo.

—¿Estuvo usted aquí anoche? ¿En este restaurante?

—Así es —respondió Ethan.

—¿Y dice que una morena alta atendía la barra?

—Exacto. Se llamaba Beverly.

El hombre negó con la cabeza. Ethan detectó cierta burla en su sonrisa.

—Sólo dos personas en nómina atienden esta barra. Un tipo llamado Steve y yo.

—No, la mujer a la que me refiero me sirvió anoche. Comí una hamburguesa, y me senté ahí mismo —dijo, y señaló el taburete del rincón.

—No se lo tome mal, amigo, pero ¿cuánto dice que bebió?

—Nada. Y no soy su amigo. Soy un agente federal. Y sé que estuve aquí anoche, y también quién me sirvió.

—Lo siento. No sé qué decirle. Creo que debió de ir a otro restaurante.

—No, yo...

De repente, la visión de Ethan se nubló.

Se llevó los dedos a las sienes.

Notaba su pulso en las arterias temporales. Cada latido del corazón le provocaba un frío dolor de cabeza, como los que solía tener de niño: esa fugaz pero atroz punzada que llegaba tras morder con demasiada ansia un polo o un helado.

—¿Señor? ¿Está bien, señor?

Tambaleándose, Ethan retrocedió unos pasos:

—Ella estuvo aquí. Lo sé. No sé por qué están haciendo... —consiguió decir.

Estaba tan contrariado que la bilis se le empezó a acumular en la garganta. Un momento después se encontraba en la acera con las manos en las rodillas e inclinado sobre un charco de vómito.

Se irguió y se limpió la boca con la manga de la americana.

El sol ya se había escondido por detrás de los acantilados y comenzaba a refrescar.

Tenía que hacer varias cosas (localizar a Beverly, encontrar a los enfermeros de la ambulancia y recuperar sus cosas), pero lo único que quería era acurrucarse en una cama en una habitación a oscuras y dormir hasta que se le pasara el dolor. Y la confusión. Y una sensación cada vez más difícil de ignorar.

Terror.

La cada vez más ineludible impresión de que algo iba muy muy mal.

Ethan ascendió con dificultad los escalones de piedra y entró en el hotel.

La chimenea calentaba el vestíbulo.

Una pareja joven ocupaba uno de los sofás que había cerca del fuego mientras se tomaba unas copas de centelleante vino. Debían de estar disfrutando de unas

vacaciones románticas; para ellos, Wayward Pines tenía un aspecto completamente distinto que para Ethan.

Un hombre ataviado con un esmoquin estaba sentado al piano y tocaba *Always Look on the Bright Side of Life*.

Finalmente, llegó al mostrador de recepción y se obligó a sonreír a pesar del dolor.

La misma recepcionista que lo había echado de la habitación esa mañana comenzó a hablar antes incluso de levantar la mirada.

—Bienvenido al hotel Wayward Pines. ¿En qué puedo ayud...?

Al ver a Ethan se calló de golpe.

—Hola, Lisa.

—Estoy impresionada —dijo ella.

—¿Impresionada?

—Ha vuelto para pagar. Me dijo que lo haría, pero lo cierto es que no pensaba que lo fuera a hacer. Le pido disculpas por...

—No, verás, no he conseguido recuperar mi cartera.

—¿Me está diciendo que no ha vuelto para pagar la habitación de anoche, tal y como me prometió múltiples veces que haría?

Ethan cerró los ojos y respiró hondo para apaciguar el intenso dolor que sentía.

—Lisa, no se puede ni imaginar el día que he tenido. Necesito tumbarme unas pocas horas. Ni siquiera necesito una habitación para toda la noche. Sólo un lugar en el que echarme y dormir. Me duele tanto la cabeza...

—¿Cómo? —Lisa se deslizó en la silla y se inclinó hacia el mostrador—. ¿Todavía no puede pagar y me está pidiendo otra habitación?

—No tengo otro sitio al que ir.

—Me ha mentado.

—Lo siento. De verdad que pensaba que ahora ya tendría...

—¿No comprende que me he metido en un lío por usted? ¿Que podría perder mi trabajo?

—Lo siento, no quería...

—Váyase.

—¿Cómo dice?

—¿Es que no me ha oído?

—No tengo ningún otro sitio al que ir. No tengo teléfono. No tengo dinero. No he comido desde anoche, y...

—Eso no es problema mío.

—Sólo necesito tumbarme unas pocas horas. Se lo suplico.

—Mire, ya se lo he explicado lo más claramente que he podido. Ahora debería irse.

Ethan no se movió. Se la quedó mirando con la esperanza de que advirtiera en sus ojos el dolor que sentía. Quizá entonces se apiadaría de él.

En vez de eso, Lisa descolgó el auricular del teléfono y comenzó a marcar.

—¿Qué está haciendo? —preguntó él.

—Llamando al *sheriff*.

—Está bien. —Alzó las manos en señal de rendición y se apartó del mostrador—. Me iré.

—Y no quiero volver a verlo por aquí —exclamó Lisa cuando Ethan llegó a la puerta.

Casi se cae al descender los escalones, y para cuando llegó a la acera la cabeza le daba vueltas. Las farolas y las luces de los coches que pasaban comenzaron a arremolinarse a su alrededor. Tenía la sensación de que la fuerza de sus piernas se desvanecía como si alguien hubiera retirado un tapón de drenaje.

A pesar de todo, empezó a caminar por la acera. A unas ocho manzanas, se alzaba el edificio de ladrillo rojo. Todavía le provocaba miedo, pero necesitaba ir al hospital. Quería una cama, dormir, medicinas. Lo que fuera para que la cabeza le dejara de doler.

O iba al hospital, o tendría que dormir a la intemperie; en un callejón o un parque, expuesto a los elementos.

Pero estaba a ocho manzanas, muy lejos: ahora cada paso le costaba un terrible esfuerzo, y las luces se desintegraban y daban vueltas a su alrededor. Eran cada vez más intensas, más pronunciadas, distorsionando su visión como si sólo pudiera ver el mundo igual que una fotografía nocturna de larga exposición en la que las luces de los coches devienen varas brillantes y las farolas arden como sopletes.

Chocó con alguien.

El hombre lo empujó y dijo:

—Mire por dónde va.

En el siguiente cruce, se detuvo. No sabía si podría cruzar la calle.

Dio unos tambaleantes pasos hacia atrás, se sentó en el suelo y se reclinó contra la pared de un edificio.

La calle se llenó de gente. No la podía ver bien, pero oía pasos en la acera y fragmentos de conversaciones.

Perdió toda noción del tiempo.

Puede que lo soñara.

Acto seguido, estaba tumbado en el suelo y notó en la cara el aliento de alguien que le decía algo.

Oía las palabras, pero era incapaz de encontrarles sentido alguno.

Abrió los ojos.

Había caído la noche.

Estaba temblando.

Una mujer se había arrodillado a su lado. Tenía la mano en su hombro y lo sacudía mientras le decía algo.

—Señor... ¿Está bien? ¿Puede oírme? ¿Puede mirarme y decirme qué le pasa?

—Está borracho —dijo una voz masculina.

—No, Harold. Está enfermo.

Ethan intentó enfocar el rostro de la mujer, pero estaba oscuro y veía borroso. Lo único que distinguía eran esas farolas que brillaban como pequeños soles al otro lado de la calle y, ocasionalmente, las vetas de luz de los coches que pasaban por delante.

—Me duele la cabeza —dijo en un tono de voz que sonó demasiado bajo, dolorido y asustado para ser suyo—. Necesito ayuda.

Ella le tomó la mano y le dijo que no se preocupara y no tuviera miedo, que la ayuda ya estaba de camino.

Y, a pesar de que la mano que sostenía la suya no pertenecía a una mujer joven —la piel era demasiado tirante y fina, como la del papel viejo—, en esa voz había algo tan familiar que le rompió el corazón.

4

Cogieron el transbordador de Bainbridge Island y se dirigieron hacia Port Angeles, al norte de la península. El convoy que partió de Seattle consistía en cuatro coches con quince de los amigos más cercanos de Burke.

Theresa deseaba que hiciese buen día, pero llovía y hacía frío. Apenas podía ver nada más allá de su estrecho carril de la autopista. Ni siquiera se distinguían las montañas Olímpicas.

Pero nada de eso importaba.

Habrían ido hiciera el tiempo que hiciese, y, si nadie más hubiera querido acompañarlos, ella y Ben habrían ido solos.

Conducía su amiga Darla. Theresa iba en el asiento trasero con la mano de su hijo de siete años entre las suyas y la vista puesta en el bosque, apenas un borrón de color verde oscuro tras la ventanilla cubierta de gotas de lluvia.

Tras varios kilómetros por la autopista 112, llegaron al sendero que conducía a Striped Peak.

Todavía estaba nublado, pero había dejado de llover.

Comenzaron a caminar sin decir nada, siguiendo la costa. El silencio era total, salvo por el impacto de sus pisadas en el barro y el roce de los impermeables.

Theresa bajó la mirada hacia una ensenada que había a los pies del sendero. El agua no era tan azul como recordaba. Culpó a las nubes, y no a su memoria, del cambio de color.

El grupo pasó por delante de los búnkeres de la segunda guerra mundial, ascendió a través de los helechos y se internó en el bosque.

Había musgo por todas partes.

Los árboles todavía goteaban.

El bosque seguía siendo frondoso, a pesar incluso de estar a principios de invierno.

Se acercaban a la cumbre.

Nadie había dicho una sola palabra durante todo el trayecto.

A Theresa le ardían las piernas y las lágrimas habían comenzado a acudir a sus ojos.

Al llegar a la cima empezó a llover. No mucho, apenas unas pocas gotas que caían de lado empujadas por el viento.

Theresa se adentró en el claro.

Estaba llorando.

En un día despejado, la vista alcanzaba varios kilómetros y el mar era visible a cientos de metros.

Ese día el pico estaba cubierto de niebla.

Se dejó caer en la hierba mojada, colocó la cabeza entre las rodillas y siguió llorando.

Tan sólo se oía el repiqueteo de la llovizna sobre la capucha del impermeable.

Ben se sentó a su lado. Ella rodeó sus hombros con el brazo y dijo:

—Has aguantado muy bien la caminata. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, supongo. ¿Es esto?

—Sí, es esto. Se podría ver mucho más si no fuera por la niebla.

—¿Qué hacemos ahora?

Ella se secó los ojos y respiró hondo.

—Ahora voy a decir algunas cosas sobre tu padre. Y puede que alguien más también lo haga.

—¿Yo también he de hacerlo?

—Sólo si quieres.

—No quiero.

—No pasa nada.

—No significa que ya no lo quiera.

—Ya lo sé.

—¿Crees que le habría gustado que hablara sobre él?

—No si fueras a sentirte incómodo.

Theresa cerró los ojos un momento.

Luego se puso en pie.

Sus amigos deambulaban por los helechos, calentándose las manos con el aliento.

El tiempo en la cima era desapacible. El fuerte viento empujaba los helechos en oleadas verdes, y el aire era lo bastante frío para convertir su aliento en vapor.

Theresa llamó a sus amigos e hicieron un corrillo bajo la lluvia y el viento.

Contó entonces la historia del viaje a la península que ella y Ethan habían hecho pocos meses después de haber comenzado a salir. Se hospedaron en un hostel de Port Angeles, y una tarde descubrieron el sendero que conducía a Striped Peak. Alcanzaron la cima al atardecer y, mientras ella miraba el estrecho y el sur de Canadá al otro lado, él hincó una rodilla en el suelo y le propuso matrimonio.

Esa mañana, él había comprado un anillo de juguete en la máquina expendedora de una tienda. Dijo que no lo había planeado, pero que durante ese viaje se había dado cuenta de que quería pasar el resto de su vida con ella. Luego añadió que nunca había sido tan feliz como en ese momento, en lo alto de esa montaña, con el mundo extendiéndose bajo sus pies.

—Yo tampoco había planeado algo así —dijo Theresa—, pero le dije que sí, y luego contemplamos cómo el sol desaparecía por detrás del mar. Ethan y yo siempre hablábamos de volver aquí un fin de semana, pero ya sabéis lo que dicen de la vida y de hacer otros planes. En cualquier caso, tuvimos nuestros momentos buenos... —besó a su hijo en la cabeza— y otros que no lo fueron tanto, pero creo que Ethan nunca fue más feliz ni se sintió más despreocupado acerca del futuro que hace trece años, durante esa puesta de sol en lo alto de esta montaña. Como sabéis, las circunstancias que rodean su desaparición... —Se calló para contener la oleada de

emoción que constantemente amenazaba con embargarla—. Bueno, no tenemos su cuerpo, ni sus cenizas, ni nada. Pero... —sonrió entre lágrimas— he traído esto.

Sacó un viejo anillo de plástico del bolsillo. Hacía tiempo que había perdido el color dorado, pero todavía lucía el prisma de cristal de color esmeralda. Algunos amigos habían comenzado a llorar.

—Más tarde me dio un anillo con un diamante, pero me ha parecido más apropiado traer esto. Quería dejar aquí algo que Ethan apreciara... ¿Me ayudas, Ben? —Theresa sacó entonces una paleta de jardín de su mochila, que estaba mojada.

Se arrodilló y apartó los helechos hasta que la tierra quedó a la vista.

Estaba empapada por la lluvia, y se podía cavar con facilidad. Tras varias paladas, le pasó la paleta a Ben para que hiciera lo mismo.

—Te quiero, Ethan —susurró—, y te echo mucho de menos.

Luego dejó caer el anillo en la pequeña tumba y la volvió a cubrir con tierra. Finalmente, niveló el suelo con la parte posterior de la paleta.

Esa noche, ya de vuelta en su casa de Queen Anne, Theresa dio una fiesta.

Llenó su casa de amigos, conocidos, colegas y mucho alcohol.

Tiempo atrás, sus amigos más íntimos —ahora profesionales responsables y domesticados— habían sido una panda de salvajes con tendencia a los excesos, y de vuelta a casa todos prometieron correrse una gran juerga en honor de Ethan.

Mantuvieron su palabra.

Bebieron como cosacos.

Contaron historias sobre Ethan.

Rieron y lloraron.

A las diez y media, Theresa salió al balcón, que daba a un pequeño patio y desde el que, cuando estaba despejado, se podía ver la silueta de la ciudad de Seattle y la mole blanca del monte Rainier al sur. Esa noche, los edificios del centro habían quedado oscurecidos por la neblina y su presencia se limitaba a iluminar las nubes con el resplandor del neón.

Ella se apoyó en la barandilla mientras se fumaba un cigarrillo con Darla —algo que no había hecho desde la universidad— y sostenía en una mano su quinto *gin-tonic* de la noche. Hacía siglos que no bebía tanto. Sabía que al día siguiente lo pagaría caro, pero de momento se deleitaba en este maravilloso embotamiento que la protegía de las duras aristas de la realidad, las preguntas sin respuesta y el miedo que siempre la acompañaba y que acosaba sus sueños.

—¿Y si no me pagan su seguro de vida?

—¿Por qué no habrían de hacerlo, querida?

—No hay pruebas de su muerte.

—Eso es ridículo.

—Tendré que vender esta casa. No puedo hacer frente a la hipoteca con mi sueldo de asistente legal.

Notó que Darla le rodeaba un brazo con el suyo.

—No pienses en eso ahora. Recuerda que tienes amigos que te quieren. Y que nunca dejarán que te pase nada. Ni a ti ni a Ben.

Theresa dejó su vaso vacío en la barandilla.

—No era perfecto —dijo.

—Lo sé.

—Ni por asomo. Pero los errores que cometió... cuando llegó el momento, los reconoció. Yo lo quería. Incluso cuando me enteré, sabía que lo perdonaría. Aunque él lo hubiera vuelto a hacer, la verdad es que habría seguido a su lado. Era suya, ¿sabes?

—Entonces ¿os habíais reconciliado por completo antes de que se marchara?

—Sí. Bueno, todavía teníamos... asuntos por resolver. Lo que hizo...

—Lo sé.

—Pero ya habíamos pasado por lo peor. Íbamos a terapia de pareja. Lo habríamos superado. Y ahora... soy madre soltera.

—Ve a dormir, Theresa. Ha sido un día muy largo. No toques nada. Mañana por la mañana vendré para ayudarte a limpiar.

—Hace casi quince meses de su desaparición, y cada mañana al despertar sigo sin creer que esto esté sucediendo. Sigo esperando una llamada o un mensaje suyo. Ben no deja de preguntarme cuándo volverá papá a casa. Sabe la respuesta, pero le sucede como a mí... Es la misma razón por la que no dejo de mirar el móvil.

—¿Por qué, querida?

—Porque quizá esta vez tendré una llamada perdida de Ethan. Porque quizá esta vez, cuando Ben me pregunte, tendré una respuesta distinta. Le podré decir que papá volverá la semana que viene.

Alguien llamó a Theresa.

Ella se volvió lentamente. Su equilibrio era algo precario por culpa de la ginebra.

Parker, uno de los jóvenes asociados en el bufete en el que trabajaba, estaba en el umbral de la puerta corredera de cristal.

—Ha venido alguien a verte, Theresa.

—¿Quién es?

—Un tipo llamado Hassler.

Theresa sintió un estremecimiento en el estómago.

—¿Quién es? —preguntó Darla.

—El jefe de Ethan. Mierda, estoy borracha.

—¿Quieres que le diga que no puedes...?

—No, quiero hablar con él.

Theresa fue detrás de Parker.

Todo el mundo había bebido mucho y la fiesta estaba en las últimas.

Jen, su compañera de habitación en el penúltimo año de la universidad, dormía en el sofá.

Otras amigas suyas se habían reunido en la cocina alrededor del iPhone de alguien. Estaban muy borrachas e intentaban pedir un taxi con el manos libres.

Su hermana, Margie, abstemia y posiblemente la única persona sobria en la casa, la cogió del brazo cuando pasó a su lado y le susurró que Ben estaba durmiendo pacíficamente en su habitación del primer piso.

Hassler la esperaba en el vestíbulo. Iba vestido con un traje negro, llevaba la corbata negra aflojada y tenía bolsas bajo los ojos. Theresa se preguntó si habría acudido directamente de la oficina.

—Hola, Adam —dijo ella.

Se dieron un rápido abrazo y un beso igualmente rápido en la mejilla.

—Lamento no haber podido venir antes —dijo Hassler—. Ha sido... Bueno, ha sido un día de locos. Pero quería pasarme un momento.

—Te lo agradezco. ¿Quieres tomar algo?

—Una cerveza estaría bien.

Theresa se acercó al barril medio vacío de Fat Tire y le sirvió un vaso de plástico.

Se sentó con Adam en el tercer escalón de la escalera.

—Lo siento —dijo ella—. Estoy un poco borracha. Queríamos despedirnos de Ethan como en los viejos tiempos.

Hassler dio un trago a su cerveza. Tenía uno o dos años más que Ethan. Olía levemente a Old Spice y todavía llevaba el mismo corte de pelo al rape que cuando lo conoció años atrás en la fiesta de Navidad de la compañía. Una sombra rojiza —de apenas un día— comenzaba a asomar en su mandíbula. A un lado de la cadera, podía advertir la protuberancia de su pistola.

—¿Todavía tienes problemas con el seguro de vida de Ethan? —preguntó Hassler.

—Sí. Están demorando el pago. Creo que tendré que demandarlos.

—Si te parece bien, me gustaría llamarlos la semana que viene. A ver si consigo acelerar las cosas.

—Te lo agradecería mucho, Adam.

Ella se dio cuenta de que estaba hablando lentamente y con mucho cuidado para no arrastrar las palabras.

—¿Me enviarás los datos de contacto del liquidador de seguros? —preguntó él.

—Sí.

—Quiero que sepas, Theresa, que lo primero en lo que pienso cada día al levantarme es en averiguar qué le pasó a Ethan. Y lo haré.

—¿Crees que está muerto?

Una pregunta que nunca habría hecho sobria.

Hassler permaneció en silencio un momento, mirando fijamente el vaso de cerveza que sostenía en las manos.

—Ethan... era un gran agente. Quizá el mejor que tenía. No estoy diciendo eso — dijo finalmente.

—¿Y crees que a estas alturas ya deberíamos haber sabido algo de él o...?

—Exacto. Lo siento.

—No, es... —Las lágrimas le impidieron continuar. Hassler le dio un pañuelo y ella lloró un momento antes de secarse los ojos—. No saber nada... es muy duro. Antes rezaba para que todavía estuviera vivo. Ahora sólo por recuperar su cadáver. Algo físico que me proporcione una respuesta y me permita pasar página. ¿Puedo pedirte algo, Adam?

—Claro que sí.

—¿Tú qué crees que pasó?

—Quizá ahora no es el momento...

—Por favor.

Hassler se terminó su vaso de cerveza.

Luego se dirigió al barril, lo volvió a llenar y regresó.

—Partamos únicamente de lo que sabemos, ¿de acuerdo? Ethan llegó a Boise en un vuelo directo desde Seattle a las 8.30 de la mañana del 24 de septiembre del año pasado. Se dirigió a la oficina local en el edificio del U. S. Bank y se encontró con el agente Stallings y su equipo. Mantuvieron una reunión de dos horas y media, y luego Ethan y Stallings se marcharon de Boise a las 11.15, aproximadamente.

—E iban a Wayward Pines para...

—Entre otras cosas, para investigar la desaparición de los agentes Bill Evans y Kate Hewson.

Oír ese nombre fue como si le clavaran un cuchillo en las costillas.

De repente, quería otra copa.

Hassler prosiguió:

—Tú hablaste por última vez con Ethan a las 13.20. Se habían detenido a poner gasolina en Lowman, Idaho.

—Casi no tenía cobertura porque estaban en las montañas.

—En aquel momento, se encontraban a una hora de Wayward Pines.

—Lo último que me dijo fue: «Te llamaré esta noche desde el hotel, cariño», y yo intenté decirle adiós y que lo quería, pero la llamada se cortó.

—Ésa fue la última vez que alguien habló con tu marido. Al menos alguien que siga vivo. Lo demás... ya lo sabes.

Lo sabía, y no necesitaba volver a oírlo.

A las 15.07, en una intersección de Wayward Pines, un camión Mack arrolló al coche en el que iba Ethan. Stallings murió al instante. A causa de la violencia del choque y la devastación que sufrieron los asientos delanteros, hubo que trasladar el coche a otro lugar para extraer el cuerpo de Ethan. Sin embargo, cuando consiguieron arrancar la puerta y levantar el techo para acceder al interior del coche, descubrieron que estaba vacío.

—También he venido por otra cosa, Theresa: quería compartir contigo los últimos descubrimientos. Como sabes, la investigación interna que realizamos en el Lincoln Town Car de Stallings no acabó de convencernos.

—Sí.

—Decidí entonces cobrarme un favor que me debían unos miembros del equipo de análisis científico del FBI, el CODIS. Realizan un trabajo increíble, son los mejores en su especialidad, y se han pasado una semana analizando el coche.

—¿Y...?

—Mañana puedo enviarte su informe por *email*. Pero, para abreviar, no han encontrado nada.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no han encontrado nada. Ningún rastro de células dermatológicas, ni restos de sangre, ni pelo, ni sudor residual. Ni siquiera lo que llaman ADN degradado. Si Ethan hubiera ido en ese coche durante las tres horas que separan Boise de Wayward Pines, este equipo habría encontrado al menos algún rastro molecular.

—¿Cómo es posible eso?

—Todavía no lo sé.

Theresa se agarró a la barandilla y se puso en pie.

Luego se dirigió al improvisado bar que había en la cómoda del salón.

Ni siquiera consideró la idea de servirse un *gin-tonic*. Metió unos cubitos de hielo en un vaso y lo llenó de un vodka de primera.

Dio un largo trago y, tambaleándose, regresó a la escalera.

—No sé cómo procesar esto, Adam —dijo, y con el siguiente trago, supo que ésta sería la copa que terminaría por tumbarla.

—Yo tampoco. Antes me has preguntado qué creía que había pasado.

—¿Y bien?

—No tengo respuestas. Todavía no. Que esto quede entre nosotros, pero estamos revisando el historial del agente Stallings. E investigando a todo aquel que tuvo acceso a la escena del accidente antes de mi llegada. Pero de momento no hemos obtenido nada. Y, como sabes, esto sucedió hace más de un año.

—Hay algo en todo esto que no encaja —dijo ella.

Hassler se la quedó mirando con ojos apesadumbrados.

—No jodas —dijo.

Theresa lo acompañó al coche y se quedó de pie bajo la lluvia, viendo cómo las luces traseras se hacían cada vez más pequeñas antes de desaparecer en lo alto de la colina.

Estuvo un rato contemplando la calle: las luces de los árboles de Navidad brillaban en el interior de las casas de sus vecinos. Ella y Ben todavía no habían puesto uno, y no creía que ese año fueran a hacerlo. El gesto supondría una aceptación de esta pesadilla, la asunción definitiva de que Ethan ya no regresaría a

casa.

Más tarde, cuando la fiesta ya había terminado y todo el mundo se había ido a casa, Theresa se tumbó en el sofá de la planta baja mientras la cabeza le daba vueltas.

A pesar del alcohol, no podía dormir.

Cada vez que abría los ojos, su mirada se posaba en el reloj de la pared y veía la manecilla de las horas en algún lugar entre las dos y las tres de la madrugada.

A las 2.45, incapaz de soportar un segundo más las náuseas y el mareo, se levantó del sofá y, tambaleándose, se dirigió a la cocina.

Cogió uno de los pocos vasos limpios que quedaban en el armario y lo llenó de agua del grifo.

Bebió y volvió a llenar el vaso dos veces más hasta que consiguió calmar su sed.

La cocina estaba hecha un desastre.

Atenuó la luz y comenzó a cargar el lavaplatos. Había algo satisfactorio en ello. Lo puso en marcha y luego recorrió la casa con una bolsa de basura para recoger vasos de plástico, platos de papel y servilletas usadas.

Hacia las cuatro, la casa tenía mejor aspecto y ella ya no se sentía tan borracha, si bien había comenzado a notar un leve martilleo detrás de los ojos: la primera indicación del dolor de cabeza que se acercaba.

Se tomó tres aspirinas y permaneció de pie junto al fregadero de la cocina, escuchando el repiqueteo de la lluvia en el balcón. Estaba a punto de amanecer.

Luego llenó el fregadero de agua caliente y, tras verter un chorro de jabón, observó cómo las burbujas comenzaban a aflorar a la superficie.

Metió las manos en el agua.

Las dejó ahí hasta que el calor resultó insoportable.

Allí era donde estaba ella esa última noche, cuando Ethan llegó tarde de trabajar.

No oyó la puerta.

Tampoco sus pasos.

Estaba limpiando una sartén cuando de repente notó que unas manos rodeaban su cintura y luego el aliento de Ethan en la nuca.

—Lo siento, Theresa.

Ella sigue limpiando la sartén y dice:

—Las siete, las ocho. Eso es tarde. Son las diez y media, Ethan. Ni siquiera sé cómo llamar a esto.

—¿Cómo está nuestro pequeño?

—Dormido en el salón, esperando para enseñarte su trofeo.

Theresa odia que la mera presencia de las manos de Ethan en su cuerpo desarme su rabia en un milisegundo. Siente una cegadora atracción por él desde la primera vez que lo vio al otro lado de la barra en el Tini Bigs. Esa ventaja es injusta.

—He de volar a Boise a primera hora de la mañana —le dice al oído.

—Su cumpleaños es este sábado, Ethan. Sólo cumplirá seis años una vez en la vida.

—Ya lo sé. Y lo odio. Pero he de ir.

—¿Sabes lo que supondrá para él que no estés aquí? ¿Cuántas veces me va a preguntar por qué no estás...?

—Lo sé, Theresa. ¿Acaso crees que esto te duele más a ti que a mí?

Ella retira las manos de Ethan de su cintura y se da la vuelta para mirarlo a la cara.

—¿Esta nueva misión tiene algo que ver con ella? —le pregunta.

—Ahora no, Theresa. He de levantarme dentro de cinco horas para coger un vuelo. Ni siquiera he hecho la maleta.

Antes de salir de la cocina, se detiene y se da la vuelta.

Por un momento, se quedan mirándose en silencio. Entre ellos, se encuentra la mesa de la cocina y, sobre ésta, descansa un plato de comida fría que será el último que Ethan coma bajo este techo.

—Ya sabes que eso terminó —dice él—. Ambos pasamos página. Pero tú sigues actuando como si nada hubiera...

—Estoy cansada de esto, Ethan.

—¿De qué?

—Tu trabajo, tu trabajo, y tu trabajo. ¿Qué queda para nosotros? Las sobras.

Ethan no responde, pero ella advierte un temblor en los músculos de su mandíbula.

Él permanece de pie bajo las luces halógenas, ataviado con ese traje negro del que ella nunca se cansa. Incluso a estas horas, después de una jornada de quince horas, su aspecto es fantástico.

De nuevo, su enfado vuelve a menguar.

Una parte de ella necesita acercarse a él, estar con él.

Es increíble el poder que tiene sobre ella.

Hay algo de magia en ello.

Ella se acerca a Ethan y él la envuelve con los brazos y entierra la nariz en su pelo. Es algo que últimamente hace a menudo, en un intento de volver a capturar el olor del primer encuentro; aquella mezcla de perfume y acondicionador que, junto con el propio aroma del cabello de Theresa, le provocó un vuelco en el corazón. Ahora, sin embargo, ha cambiado, o se ha perdido, o se ha vuelto una parte tan integral de él que ya no puede detectar la fragancia que siempre le hacía recordar esos primeros días. La definía aún más que el pelo corto rubio y los ojos verdes. Transmitía novedad. Frescura. Era como una de esas despejadas tardes de octubre en las que el cielo está azul y radiante, las primeras nevadas han llegado a las montañas Cascades y a las Olímpicas, y los árboles de la ciudad están comenzando a cambiar de color.

La abraza.

El dolor y la vergüenza por los que la ha hecho pasar siguen presentes. No puede asegurarlo, pero sospecha que, si ella le hubiera hecho lo mismo, él ya se habría marchado. Le maravilla el amor que siente por él. Su lealtad. Mucha más de la que se merece, y eso no hace sino intensificar la vergüenza.

—Voy a ver un momento a Ben —susurra Ethan.

—De acuerdo.

—Cuando vuelva, ¿te sentarás conmigo mientras ceno?

—Claro que sí.

Él deja su abrigo en la barandilla de la escalera, se quita los zapatos negros y sube al primer piso saltándose el quinto escalón para evitar el chirrido que hace.

No hay más tablones en mal estado, y pronto llega al umbral de la habitación. Abre un poco la puerta y mira a través de ella.

Para su quinto cumpleaños, pintaron el espacio en las paredes de su dormitorio: negrura. Estrellas. Galaxias lejanas. Planetas. Algún satélite o un cohete. Un astronauta flotando.

Su hijo duerme envuelto en un revoltijo de mantas. Tiene un pequeño trofeo en las manos: un niño de plástico dorado chutando una pelota de fútbol.

Ethan cruza la habitación sin hacer ruido, esquivando los Legos y Hot Wheels que hay por el suelo.

Se arrodilla junto a la cama.

Sus ojos se han acostumbrado a la oscuridad y ahora ya puede distinguir los rasgos del rostro de Ben.

Suaves.

Serenos.

Están cerrados, pero tiene los ojos de su madre.

Y la boca de su padre.

Arrodillado en la oscuridad, junto a la cama de su hijo de casi seis años, al final

de otro día que se ha perdido por completo, Ethan siente un dolor físico.

Su hijo es lo más perfecto y hermoso que sus ojos han visto nunca, y se convertirá en un hombre más pronto de lo que se puede imaginar. Siente con gran intensidad la inexorable pérdida de miles de momentos con él.

Acaricia la mejilla de Ben con el dorso de la mano.

Luego se inclina hacia adelante y lo besa en la frente.

Y le coloca un mechón detrás de la oreja.

—No te puedes ni imaginar lo orgulloso que estoy de ti —susurra.

El año pasado, la mañana del día en el que murió en una residencia aquejado por la edad y la neumonía, el padre de Ethan le preguntó con su áspera voz:

—¿Pasas tiempo con tu hijo?

—Todo el que puedo —contestó, pero su padre se dio cuenta de que mentía.

—Eres tú quien sale perdiendo, Ethan. Llegará un día en el que se habrá hecho mayor, y entonces será demasiado tarde. Un día en el que darías todo un reino para retroceder en el tiempo y pasar una hora con tu hijo pequeño. Sostenerlo en brazos. Leerle un libro. Jugar a la pelota con esa persona que te idolatra. Él todavía no ve tus defectos. Siente por ti un amor absoluto, y eso no durará, así que aprovéchalo.

Ethan piensa a menudo en esa conversación, sobre todo cuando está tumbado en la cama, de noche, mientras los demás están dormidos. Es entonces cuando comienza a darle vueltas a su vida. No puede evitar que el peso de las facturas y el futuro y sus viejas equivocaciones y todos esos momentos que se está perdiendo —toda la felicidad perdida— le opriman el pecho.

—¿Me puedes oír? Ethan...

A veces tiene la sensación de que no puede respirar.

A veces, esos pensamientos llegan con tal rapidez que ha de encontrar un recuerdo perfecto.

Aferrarse a él.

Como si fuera un bote salvavidas.

—Ethan, quiero que prestes atención a mi voz. Deja que te conduzca a la superficie de la conciencia.

Rememorarlo una y otra vez hasta que la ansiedad retrocede y llega el cansancio y finalmente puede dejarse llevar por él.

—Sé que es difícil, pero has de intentarlo.

Al único momento del día en el que se siente en paz.

—Ethan.

Los sueños.

Abrió los ojos de golpe.

Tenía una luz encima: un pequeño punto azul brillante y cegador.

Una linterna de bolsillo.

Ethan parpadeó y la luz desapareció. Cuando volvió a abrir los ojos, un hombre con gafas de montura metálica lo estaba mirando a menos de medio metro.

Sus ojos eran pequeños y negros.

Y llevaba la cabeza afeitada.

Una tenue barba blanca era lo único que podía dar una pista sobre su edad. Por lo demás, su piel era suave y lisa.

El hombre sonrió: tenía unos dientes blancos y perfectos.

—¿Me puede oír?

En su tono de voz había cierta formalidad. Sugería cordialidad.

Ethan asintió.

—¿Sabe dónde está?

Ethan tuvo que pensarlo un momento. Había estado soñando con Seattle, con Theresa y Ben.

—Comencemos con otra cuestión. ¿Recuerda su nombre? —preguntó el hombre.

—Ethan Burke.

—Muy bien. Probemos otra vez. ¿Sabe dónde está, Ethan?

Podía sentir la respuesta en el umbral de su memoria, pero también había confusión, varias realidades compitiendo entre sí.

En una, estaba en Seattle.

En otra, en un hospital.

En otra, en un idílico pueblo de montaña llamado... Había un agujero en su memoria.

—Ethan.

—Sí...

—Si le dijera que se encuentra en un hospital en Wayward Pines, ¿le despierta eso algún recuerdo?

No sólo despertó un recuerdo: hizo que todo le viniera a la cabeza de golpe, como si de repente lo hubiera arrollado con fuerza un jugador de fútbol americano. El recuerdo de los últimos cuatro días se ordenó en una secuencia de acontecimientos a la que le encontraba sentido.

—Sí —dijo Ethan—. Sí, lo recuerdo.

—¿Todo?

—Eso creo.

—¿Qué es lo último que recuerda?

Le llevó un momento sacudir las telarañas de las sinapsis, pero finalmente lo consiguió.

—Tenía un terrible dolor de cabeza. Estaba sentado en la acera de la calle Main, y...

—Perdió la conciencia.

—Exacto.

—¿Todavía le duele la cabeza?

—No, se me ha pasado.

—Soy el doctor Jenkins.

El hombre le dio la mano a Ethan y luego se sentó en una silla que había junto a la cama.

—¿Qué clase de doctor es usted? —preguntó Ethan.

—Psiquiatra. Si no le importa, necesito que me conteste a unas preguntas. La primera vez que lo trajeron al hospital, les contó al doctor Miter y a su enfermera unas cosas muy interesantes. ¿Recuerda a qué me refiero?

—No.

—Les dijo que no había podido ponerse en contacto con su familia. Y que había un cadáver en una de las casas del pueblo.

—No recuerdo haber hablado con ninguna enfermera o doctor.

—Estaba usted delirando. ¿Tiene antecedentes de trastornos mentales?

Ethan permanecía reclinado sobre la cama.

Con gran esfuerzo, se acomodó.

A través de las rendijas de la persiana cerrada se colaban rayos de luz.

Era de día.

En lo más profundo de su inconsciente, ese hecho lo alegró.

—¿Qué clase de pregunta es ésta?

—Las que me pagan por hacer. Anoche llegó a este hospital sin cartera ni identificación alguna...

—Hace varios días sufrí un accidente de coche, y ni el *sheriff* ni los enfermeros de la ambulancia hicieron su jodido trabajo, de modo que ahora estoy atrapado aquí sin teléfono, dinero ni carnet de identidad. No he perdido mi cartera.

—Relájese, Ethan. Nadie ha dicho que haya hecho algo malo. De nuevo, necesito que conteste a mis preguntas. ¿Tiene usted antecedentes de trastornos mentales?

—No.

—¿Y alguien de su familia?

—No.

—¿No ha sufrido nunca trastorno por estrés postraumático?

—No.

—Pero sirvió en la guerra del Golfo.

—¿Cómo sabe eso?

Jenkins señaló su cuello.

Ethan bajó la mirada y vio la chapa identificativa que colgaba de su cuello. Era extraño. Siempre la guardaba en el cajón de la mesita de noche. No podía recordar la última vez que la había llevado. Estaba seguro de no haberlo hecho en este viaje ni, desde luego, de haberla empaquetado o haber tomado la decisión de ponérsela.

Examinó la información grabada en el acero inoxidable: nombre, rango, número de seguridad social, tipo de sangre y preferencia religiosa (NINGUNA PREFERENCIA RELIGIOSA).

Sargento mayor Ethan Burke.

—Ethan...

—¿Qué?

—¿Sirvió en la guerra del Golfo?

—Sí, pilotaba un UH-60.

—¿Qué es eso?

—Un helicóptero Black Hawk.

—¿Llegó a entrar en combate?

—Sí.

—¿Muchas veces?

—Se podría decir que sí.

—¿Lo hirieron?

—No entiendo qué tiene que ver esto con...

—Limítese a contestar a mis preguntas, por favor.

—Me derribaron en la segunda batalla de Faluya, en el invierno de 2004. Era una misión de evacuación médica, y acabábamos de recoger a unos marines heridos.

—¿Murió alguien?

Ethan exhaló un largo suspiro.

La verdad era que la pregunta lo había sorprendido y, de repente, se vio asaltado por una retahíla de imágenes que le había costado muchas sesiones de terapia aceptar.

La onda de choque cuando la granada, lanzada con un cohete, explota a su espalda.

La cola y el rotor trasero cayendo a la calle desde una altura de cincuenta metros.

La repentina presión de la fuerza G cuando el helicóptero comienza a dar

vueltas.

El aullido de las alarmas.

La imposible rigidez de los mandos.

El impacto, no tan fuerte como había temido.

La pérdida de consciencia durante medio minuto.

El cinturón de seguridad atascado, que le impide alcanzar el cuchillo de combate.

—Ethan. ¿Murió alguien?

Fuego insurgente al otro lado de los restos del helicóptero, alguien les dispara con un fusil AK-47.

A través del parabrisas roto, ve cómo dos médicos se alejan cojeando del helicóptero.

Confundidos por la explosión.

—Ethan...

Van directamente hacia el rotor de cuatro palas, que sigue dando vueltas a gran velocidad...

No lo ven.

Les da de lleno.

La sangre salpica el parabrisas.

Más disparos.

Los insurgentes se acercan.

—Ethan...

—Todos murieron, excepto yo —contestó Ethan.

—¿Usted fue el único superviviente?

—Así es. Me capturaron.

Jenkins anotó algo en un bloc encuadernado en piel, y luego dijo:

—Necesito hacerle unas cuantas preguntas más, Ethan. Cuanto más sincero sea, más posibilidades tendré de ayudarle, y eso es lo único que quiero. ¿Oye voces?

Ethan intentó reprimir una mirada de odio.

—¿Está de broma?

—Limítese a contestar...

—No.

Jenkins anotó algo en su bloc.

—¿Ha experimentado dificultades de habla? Algo como un discurso desordenado o confuso, por ejemplo.

—No. Tampoco deliro. Ni he sufrido ninguna alucinación, ni...

—Bueno, en realidad no puede saber si ha sufrido alguna alucinación, ¿no? En ese caso, creería que lo que ha visto y oído es real. Es decir, si yo y esta habitación del hospital fuéramos producto de una alucinación, tampoco notaría la diferencia, ¿verdad?

Ethan deslizó las piernas por un lateral de la cama y se puso en pie.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Jenkins.

Ethan se dirigió hacia el armario.

Se sentía débil y las piernas apenas lo sostenían.

—No está en condiciones de marcharse. Todavía están evaluando la resonancia magnética que le han hecho. Podría tener una lesión craneal y desconocemos la gravedad. Necesitamos continuar la evaluación y...

—Haré que me examinen. Pero no aquí. No en este pueblo.

Ethan abrió la puerta del armario y descolgó su traje.

—¿Es verdad que fue a la oficina del *sheriff* con el torso desnudo?

Ethan se puso la camisa blanca. Parecía que la habían lavado desde la última vez que la llevó puesta. El hedor a descomposición humana había sido reemplazado por un aroma a detergente.

—Apestaba —dijo Ethan—. Olía al hombre muerto que acababa de...

—Se refiere al de la casa abandonada que dice que encontró.

—No digo que lo encontré. Lo encontré.

—Y me han dicho que acudió a la residencia de Mack y Jane Skozie, a quienes no había visto nunca, y acosó verbalmente al señor Skozie en el porche delantero de su casa. ¿Diría que esto se ajusta a la verdad?

Con dedos trémulos y algunas dificultades para pasar los botones por los ojales, Ethan comenzó a abotonarse la camisa. Lo hizo de forma desordenada, pero no le importaba. Tenía que vestirse. Salir de allí. Largarse de ese pueblo.

—Ir por ahí con una posible lesión cerebral no parece algo muy inteligente —dijo Jenkins. Se había puesto en pie.

—Aquí hay algo raro —dijo Ethan.

—Ya lo sé, eso es lo que he estado intentando...

—No. Me refiero al pueblo. A su gente. A usted. Hay algo extraño, y va listo si cree que me voy a quedar aquí sentado para dejar que me sigan dando por el culo...

—No le estoy dando por el culo, Ethan. Nadie aquí lo está haciendo. ¿No se da cuenta de lo paranoico que suena eso? Sólo estoy intentando determinar si está sufriendo un episodio psicótico.

—Pues la respuesta es no.

Ethan se puso los pantalones, los abotonó y cogió los zapatos.

—Perdone que no dé crédito a su opinión. «Estado anormal de la mente, generalmente caracterizado por una pérdida de contacto con la realidad.» Ésa es la definición clásica de psicosis, Ethan. Podría estar causada por el accidente de coche. O por haber visto a su compañero muerto. O quizá por el resurgimiento de algún viejo trauma de la guerra.

—Salga de mi habitación —dijo Ethan.

—Ethan, su vida podría estar...

Ethan miró a Jenkins desde el otro lado de la habitación, y algo en los ojos del agente, en su lenguaje corporal, debió de sugerir una verdadera amenaza de violencia, porque el psiquiatra trató de esquivar su mirada y, por primera vez, se calló.

La enfermera Pam, que se encontraba detrás del mostrador de enfermería, levantó la mirada de unos papeles.

—¡Señor Burke! ¿Qué diantre está haciendo vestido y fuera de la cama?

—Me voy.

—¿Se va? —Lo dijo como si no hubiera comprendido lo que le había dicho—. ¿Del hospital?

—De Wayward Pines.

—Pero si ni siquiera está en condiciones para estar fuera de...

—Necesito mis cosas ahora mismo. El *sheriff* me dijo que posiblemente los enfermeros de la ambulancia las cogieron del coche.

—Creía que las tenía el *sheriff*.

—No.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Bueno, me puedo poner el disfraz Nancy Drew de detective y...

—No me haga perder el tiempo. ¿Sabe dónde están?

—No.

Ethan se dio la vuelta y se alejó pasillo abajo.

La enfermera Pam gritó su nombre.

Él se detuvo delante del ascensor y pulsó el botón de llamada.

Ella fue detrás. Él podía oír sus rápidos pasos repiqueteando sobre el linóleo de cuadros negros y blancos.

Se detuvo a unos pocos metros de Ethan.

Él medía diez o doce centímetros más que ella. También era algo mayor.

—No puedo dejar que se vaya —afirmó—. No hasta que sepamos qué le pasa.

Las puertas del ascensor se abrieron con un chirrido.

Ethan se metió dentro.

—Gracias por su ayuda y por su interés —dijo, y presionó la G tres veces hasta

que el botón se iluminó—. Pero creo que ya me he dado cuenta.

—¿Qué dice?

—Es este pueblo lo que está mal.

Pam colocó un pie en el umbral del ascensor, impidiendo que se cerraran las puertas.

—Ethan, por favor. No está pensando con claridad.

—Quite el pie.

—Estoy preocupada por usted. Todo el mundo lo está.

Hasta entonces, Ethan había permanecido reclinado en la pared del ascensor. De repente, dio un paso adelante, se detuvo a unos centímetros de Pam y se la quedó mirando fijamente desde el otro lado del umbral del ascensor.

Bajó la mirada y, con la punta de su zapato negro, dio un golpecito en la punta del zapato blanco de la enfermera.

Por un momento, ella permaneció inmóvil. Ethan se preguntó si tendría que obligarla a apartar el pie del umbral de la puerta.

Finalmente, la enfermera Pam lo hizo por sí misma.

Una vez en la acera, Ethan pensó que el pueblo parecía demasiado tranquilo para la hora que era. No se oía un solo coche. De hecho, no se oía nada, salvo el canto de los pájaros y el viento empujando las copas de los árboles que se cernían sobre el jardín delantero del hospital.

Se dirigió hasta la mitad de la calzada.

Una vez ahí, aguzó el oído y miró a su alrededor.

Podía sentir los cálidos rayos del sol en el rostro.

La brisa era agradablemente fresca.

Levantó la mirada al cielo: un cristalino azul oscuro.

No había ninguna nube.

Impecable.

Sin duda, se trataba de un lugar hermoso, pero, por primera vez, las montañas que rodeaban el valle le inspiraron algo más que sobrecogimiento. Por alguna razón, lo que ahora sentía era miedo. Un temor cuyo origen no conseguía determinar.

Se sentía... extraño.

Quizá había sufrido una herida. Pero quizá no.

Quizá el hecho de haber permanecido alejado del mundo exterior durante cinco días estaba comenzando a pasarle factura.

Sin iPhone, ni internet, ni Facebook.

Ahora que lo pensaba, le parecía imposible no haber tenido contacto alguno con su familia, ni con Hassler, ni con nadie que no fuera de Wayward Pines.

Comenzó a caminar en dirección a la oficina del *sheriff*.

Sería mejor marcharse. Reagruparse. Volver a repararlo todo desde el otro lado de

esas montañas.

En la comodidad de un pueblo normal.

Porque definitivamente allí había algo que no cuadraba.

—¿Está el *sheriff* Pope?

Belinda Moran levantó la mirada de su partida de solitario.

—Hola —dijo—. ¿En qué puedo ayudarlo?

Ethan volvió a hacerle la misma pregunta en un tono de voz más alto.

—¿Está el *sheriff* Pope?

—No, ha salido un momento.

—Entonces ¿volverá pronto?

—No sé cuándo volverá.

—Pero ha dicho «un momento», o sea, que...

—No es más que una expresión, joven.

—¿Me recuerda? Soy el agente Burke, del Servicio Secreto.

—Sí. Ahora lleva camisa. Me alegro de que por fin haya decidido vestirse.

—¿Me ha llamado alguien?

Ella frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿Por qué habría de llamarlo alguien aquí?

—Porque les dije a varias personas que podrían localizarme aquí.

Belinda negó con la cabeza.

—No ha llamado nadie preguntando por usted.

—¿Ni mi esposa, Theresa, ni un agente llamado Adam Hassler?

—No ha llamado nadie preguntando por usted, señor Burke, y usted no tiene ningún permiso para recibir llamadas en esta oficina.

—Necesito volver a utilizar el teléfono de la sala de reuniones.

Belinda frunció el ceño.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué?

Ella no le respondió. Se limitó a mantener el ceño fruncido.

—Theresa, soy yo. Sólo intentaba localizarte. He vuelto a estar en el hospital. No sé si has llamado a la oficina del *sheriff* o al hotel, pero no he recibido ningún mensaje. Sigo en Wayward Pines. No he conseguido encontrar el teléfono ni la cartera, pero ya estoy hasta las narices de este lugar. Voy a tomar prestado un coche patrulla de la oficina del *sheriff*. Te llamo esta noche cuando llegue a Boise. Te echo de menos, te quiero.

Colgó y se inclinó hacia adelante en la silla. Volvió a descolgar y, entonces, cerró los ojos e intentó recordar el número.

Apareció en su memoria.

Lo marcó y, tras cuatro timbrazos, volvió a oír la misma voz de la última vez.

—Servicio Secreto.

—Soy Ethan Burke. Quiero hablar con Adam Hassler.

—No está disponible en este momento. ¿Puedo ayudarlo yo en algo?

—¿Es usted Marcy?

—Sí.

—¿Recuerda nuestra conversación de ayer?

—Recibimos muchas llamadas cada día, y no puedo recordar tod...

—Me dijo que le daría al agente Hassler mi recado.

—¿De qué se trataba?

Ethan cerró los ojos y respiró hondo. Si la insultaba, ella le colgaría. Si esperaba a estar de vuelta en Seattle, podría destriparla en público y hacer que la despidieran de inmediato.

—Se trata de un agente del Servicio Secreto muerto en Wayward Pines, Idaho.

—Hum. Bueno, si dije que le daría su recado, estoy segura de que lo hice.

—Pero no sé nada de él. Fíjese bien: un agente de la oficina de Hassler, en este caso yo, tiene como misión encontrar a otro agente. Y mire usted por dónde que, cuando lo encuentra, resulta que está muerto. Lo han asesinado. Ahora dígame: ¿no le parece extraño que, veinticuatro horas después de avisarlo, Hassler todavía no me haya devuelto la llamada?

Hubo una breve pausa.

—¿Hay algo en que pueda ayudarlo yo?

—Sí, me gustaría hablar ahora mismo con el agente Hassler.

—Oh, lo siento, no está disponible en este momento. ¿Hay algo...?

—¿Dónde está?

—No está disponible.

—¿Dón-de es-tá?

—No está disponible en este momento, pero estoy segura de que lo llamaré en cuanto pueda. Ha estado muy liado.

—¿Quién es usted, Marcy?

Ethan notó que le quitaban el auricular del teléfono de las manos.

El *sheriff* Pope colgó el auricular de golpe y lo fulminó con la mirada.

—¿Quién le ha dicho que puede venir aquí y utilizar mi teléfono?

—Nadie, yo sólo...

—Así es. Nadie. Póngase en pie.

—¿Cómo dice?

—He dicho que se ponga en pie. Puede salir de aquí por su propio pie, o puedo arrastrarlo por el vestíbulo yo mismo.

Ethan se puso en pie lentamente y se quedó mirando al *sheriff* desde el otro lado de la mesa.

—Está hablando con un agente federal, señor.

—No estoy muy convencido de eso.

—¿Qué diantre quiere decir?

—Se presenta usted aquí sin identificación, ni teléfono, ni nada...

—Ya le he explicado mi situación. ¿Ha acudido al 604 de la Primera Avenida a ver el cadáver del agente Evans?

—Sí.

—¿Y bien?

—Lo estamos investigando.

—¿Ha llamado a los especialistas para que examinen los...?

—Estamos en ello.

—¿Qué significa eso?

Pope se lo quedó mirando. Ethan pensó: «Está desquiciado y no tienes ningún apoyo en este pueblo. Límate a conseguir un coche y a salir de aquí. Ya irás a por él cuando regreses con la caballería. Perderá la placa y lo procesarán por entorpecer una investigación federal».

—He de pedirle un favor —dijo Ethan en un tono conciliador.

—¿Qué?

—Me gustaría tomar prestado uno de sus vehículos.

El *sheriff* se rio.

—¿Por qué?

—Bueno... Obviamente, desde el accidente no dispongo de ninguno.

—Esto no es un local de alquiler de vehículos.

—Necesito transporte, Arnold.

—No es posible.

—¿Acaso no es el *sheriff*? Puede hacer lo que quiera, ¿no?

El *sheriff* parpadeó.

—No puedo dejarle ninguno. —Pope comenzó a caminar en dirección a la puerta —. Vamos, señor Burke...

Se detuvo delante de la puerta abierta y esperó a Ethan.

Cuando éste llegó a su altura, Pope lo agarró del brazo y tiró de él. Su mano, grande y poderosa, le aplastó el bíceps.

—Puede que dentro de no mucho tenga que hacerle unas preguntas.

—¿Sobre qué?

Pope se limitó a sonreír.

—Ni se le ocurra marcharse del pueblo.

Mientras se alejaba de la oficina del *sheriff*, Ethan echó un vistazo por encima del hombro y vio que Pope lo observaba a través de las persianas de la sala de reuniones.

El sol ya se había escondido por detrás de las montañas.

El pueblo estaba en silencio.

Recorrió una manzana y se sentó en el bordillo de una silenciosa calle.

—Todo esto es muy extraño —susurró para sí, y luego lo repitió varias veces.

Se sentía débil y hambriento.

Pensó en todo lo que le había sucedido desde que había llegado a Wayward Pines e intentó encajar las piezas. Creía que, si conseguía verlo todo en conjunto, podría desentrañar todos esos extraños acontecimientos y resolver el problema. O, al menos, encontrarle un sentido. Pero, cuanto más lo intentaba, más tenía la sensación de estar pensando dentro de una nube.

Tuvo una epifanía: allí sentado no iba a conseguir cambiar absolutamente nada.

Se puso en pie y comenzó a caminar en dirección a la calle Main.

«Debería ir al hotel. Puede que haya algún recado de Theresa o de Hassler.»

Eran falsas esperanzas. Lo sabía. No encontraría ningún mensaje. Sólo animosidad.

«No estoy perdiendo la cabeza. No estoy perdiendo la cabeza.»

Dijo en voz alta su nombre. Su número de la Seguridad Social. Su dirección en Seattle. El apellido de soltera de Theresa. La fecha de nacimiento de su hijo. Todo parecía real. Fragmentos de información que conformaban su identidad.

Esos nombres y números le resultaban tranquilizadores.

Al llegar a la manzana siguiente, un sonido metálico llamó su atención.

Al otro lado de la calle, había un solar vacío con varias mesas de *picnic*, unas cuantas barbacoas y un par de fosos de tierra para jugar a las herraduras. Unas familias estaban celebrando una fiesta. Junto a un par de neveras rojas había un grupo de mujeres charlando mientras dos hombres cocinaban hamburguesas y perritos calientes en una barbacoa. Espirales de humo se elevaban al sereno cielo vespertino. El olor a carne hizo que a Ethan le doliera el estómago, y se dio cuenta de que tenía más hambre de la que creía.

Tenía un nuevo objetivo: comer.

Cruzó la calle en dirección al canto de los grillos y el sonido de los aspersores.

No pudo evitar preguntarse si serían reales.

Los niños se perseguían en la hierba. Corrían, reían, gritaban.

Estaban jugando.

El ruido metálico provenía del juego de las herraduras. Dos grupos de hombres permanecían de pie en fosos opuestos. El humo de los cigarrillos envolvía sus cabezas como halos en expansión.

Ethan ya casi había llegado al solar. Pensó que lo mejor sería acercarse a las mujeres y utilizar su encanto. Parecía un grupo de personas decentes viviendo un auténtico momento del sueño americano.

Mientras cruzaba la calzada en dirección al solar, pasó la mano por la americana para alisar las arrugas y colocar bien el cuello.

Había cinco mujeres. Una de veintipocos, tres entre los treinta y los cuarenta, y

otra, con el pelo canoso, de cincuenta y tantos o sesenta y pocos.

Bebían limonada en vasos de plástico transparente y comentaban cotilleos del vecindario.

Todavía no lo había visto nadie.

Cuando estaba a unos diez metros, y mientras intentaba pensar en un modo no intrusivo de interrumpir la conversación de las mujeres, una de ellas —que debía de tener su edad— se volvió hacia él y sonrió.

—¡Ey, hola! —dijo ella.

Vestía una falda por debajo de las rodillas, zapatos planos de color rojo y una blusa de cuadros. Llevaba el pelo corto y con un peinado retro, digno de una serie televisiva de los años cincuenta.

—Hola —dijo Ethan.

—¿Se quiere unir a nuestra pequeña fiesta vecinal?

—He de admitir que el olor de lo que sea que estén cocinando en esa barbacoa ha llamado mi atención.

—Me llamo Nancy. —La mujer se apartó del grupo y le ofreció la mano.

—Ethan —dijo él.

—¿Eres nuevo aquí? —preguntó ella.

—Llegué al pueblo hace unos días.

—¿Y qué te parece nuestra pequeña aldea?

—Tenéis un pueblo encantador. Muy cálido y acogedor.

—Oh, gracias. Al final puede que sí te demos de comer... —dijo ella, y se rio.

—¿Vives por aquí? —preguntó Ethan.

—Sí, todos vivimos cerca. Los vecinos intentamos juntarnos para hacer una barbacoa al menos una vez a la semana.

—Qué Mayberry^[1] de vuestra parte.

La mujer se sonrojó.

—¿Y qué estás haciendo en Wayward Pines, Ethan? —preguntó ella.

—Oh, estoy de vacaciones.

—Qué envidia. Yo ya ni recuerdo mis últimas vacaciones.

—Cuando uno vive en un sitio como éste —dijo Ethan al tiempo que señalaba las montañas circundantes—, ¿por qué querría marcharse?

—¿Te apetece un vaso de limonada? —preguntó Nancy—. Es casera y está deliciosa.

—Desde luego.

Ella le tocó el brazo.

—Ahora vuelvo. Luego te presentaré a los demás.

Mientras Nancy iba a las neveras, Ethan echó un vistazo a las demás mujeres en busca de una oportunidad para entrar en la conversación.

La mayor del grupo —una mujer con el pelo completamente blanco— se reía de algo. Él tuvo la sensación de que había oído esa risa antes.

Luego ella se colocó el pelo detrás de las orejas y Ethan pudo ver la marca de nacimiento que tenía en el rostro. Era una mancha del tamaño de una moneda de cinco centavos. El corazón le dio un vuelco.

No podía ser, pero...

La misma altura.

La misma complexión.

Su voz le resultaba, también, incuestionablemente familiar.

—Ésta no te la perdono, Christine —oyó que le decía a otra mujer más joven mientras se alejaba del grupo.

Se acercó a los hombres y entrelazó su mano con la de un individuo alto y de espaldas anchas que lucía una melena de pelo ondulado y plateado.

—Vamos, Harold. Nos vamos a perder nuestro programa —dijo ella tirando de él.

—Un lanzamiento más —protestó él.

La mujer lo soltó. Ethan permanecía estupefacto. Harold cogió entonces una herradura de la arena, apuntó y la lanzó.

La herradura voló sobre la arena y se insertó en la varilla metálica.

Los hombres del equipo de Harold estallaron en vítores. Él les correspondió con unas cuantas reverencias teatrales mientras dejaba que la mujer del pelo blanco se lo llevara.

Sus amigos les dieron las buenas noches.

—Aquí está tu limonada, Ethan. —Nancy le ofreció el vaso.

—Lo siento, me he de ir —respondió él, luego se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la calle.

—¿No te quieres quedar y comer? —exclamó Nancy a su espalda.

Cuando llegó a la esquina, vio que la pareja mayor estaba a una manzana de distancia.

Aceleró el paso.

Los siguió varias manzanas mientras ellos caminaban con el paso de dos personas que no tienen ni una sola preocupación en el mundo. Iban charlando con las manos entrelazadas. Sus voces y risas se perdían entre los pinos.

En un momento dado, desaparecieron detrás de una esquina.

Ethan corrió hasta la siguiente intersección.

Pintorescas casas victorianas a ambos lados de la calle.

Ni rastro de la pareja.

De repente, resonó en la calle el ruido de una puerta al cerrarse. Ethan se volvió e identificó la casa de la que procedía. Era una de color verde con los bordes blancos. En el porche delantero había un columpio. La tercera por la izquierda.

Cruzó la calle y caminó por la acera hasta llegar a su altura.

Tenía un pequeño jardín de perfecta hierba verde y el porche delantero estaba bajo la sombra de un viejo pino. El apellido del buzón no le sonaba. Se apoyó en la cerca de madera. Estaba anocheciendo. Las luces de algunas casas se habían

comenzado a encender. A través de algunas ventanas abiertas se podían oír fragmentos de conversaciones.

El silencioso valle se enfriaba mientras en lo alto de las montañas circundantes se podían ver los últimos rayos de sol del día.

Ethan descorrió el pestillo de la verja y la abrió.

Recorrió un viejo sendero de piedra hasta el porche.

Los escalones crujieron bajo su peso.

Se detuvo delante de la puerta.

Podía oír voces al otro lado.

Y pasos.

Una parte de él no quería llamar.

Dio unos golpecitos en el cristal de la puerta exterior y retrocedió un paso.

Esperó un minuto, pero no acudió nadie.

Volvió a llamar una segunda vez, golpeando con más fuerza.

Se acercaron unos pasos. Oyó que descorrían el cerrojo. La puerta de madera se abrió.

El hombre de espaldas anchas se lo quedó mirando a través del cristal.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

Ethan sólo necesitaba verla de cerca, bajo la luz del porche. Confirmar que no era ella, que no se estaba volviendo loco. Dedicar su atención exclusivamente a la miríada de problemas que tenía en ese pueblo.

—Busco a Kate.

El hombre permaneció un momento en silencio.

Finalmente, abrió la puerta de cristal.

—¿Quién es usted?

—Ethan.

—¿Quién?

—Un viejo amigo.

El hombre se volvió y exclamó:

—Cariño, ¿podrías venir un momento a la puerta?

Ella respondió con algo que Ethan no pudo oír bien, y a lo que el hombre contestó:

—No tengo ni idea.

Entonces apareció una sombra al final del pasillo que conducía a la cocina. La mujer pasó fugazmente por delante de la luz de una lámpara del techo y recorrió el salón con los pies descalzos.

El hombre se hizo a un lado y ella ocupó su lugar.

Ethan se la quedó mirando a través de la puerta de cristal.

Cerró los ojos y los volvió a abrir. Seguía de pie en el porche, y ella detrás del cristal.

—Sí... —dijo ella.

Esos ojos.

Inconfundibles.

—¿Kate?

—Sí...

—¿Hewson?

—Ése era mi nombre de soltera.

—Oh, Dios mío.

—Lo siento... ¿Lo conozco?

Ethan no podía apartar los ojos de ella.

—Soy yo —dijo—. Ethan. Vine aquí en tu busca, Kate.

—Creo que me está confundiendo con otra persona.

—Te reconocería donde fuera. Con la edad que fuera.

Ella volvió la cabeza por encima del hombro y dijo:

—Sí, cariño. Ahora voy.

Kate abrió la puerta y salió hasta la alfombrilla de bienvenida. Llevaba unos pantalones de color crema y una desvaída camiseta azul sin mangas.

Y un anillo de casada.

Olía como Kate.

Pero era mayor.

—¿Qué sucede? —preguntó Ethan.

Ella lo cogió de la mano y lo condujo al columpio que había al final del porche.

Se sentaron.

La casa se encontraba en una pequeña elevación, y desde el porche se veía el valle y el pueblo. Las luces de casi todas las casas se habían encendido, y habían aparecido tres estrellas.

Un grillo, o la grabación de un grillo, se oía entre los arbustos.

—Kate...

Ella puso una mano en su pierna, apretó, y se inclinó hacia él.

—Nos están observando.

—¿Quién?

—Chsssss. —Ella señaló disimuladamente el techo con el dedo y susurró—: Y escuchando.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Es que ya no me encuentras guapa? —Ese tono sarcástico y mordaz era típico de Kate. Ella bajó la mirada un momento, y cuando volvió a levantarla sus ojos resplandecían—. Cuando por las noches me peino delante del espejo, todavía pienso en tus manos recorriendo mi cuerpo. Ya no es el de antes.

—¿Cuántos años tienes, Kate?

—Ya no lo sé. Es difícil llevar la cuenta.

—Llegué aquí en tu busca hace cuatro días. Perdieron el contacto contigo y con Evans, y me enviaron para que os encontrara. Evans está muerto. —A ella esa

afirmación no pareció sorprenderle—. ¿Qué estabais haciendo aquí tú y Bill?

Ella se limitó a negar con la cabeza.

—¿Qué está pasando?

—No lo sé.

—Pero vives aquí.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Hace años.

—Eso es imposible. —Ethan se puso en pie. Los pensamientos se le arremolinaban en la cabeza.

—No tengo respuestas, Ethan.

—Necesito un teléfono, un coche, una pistola si tienes...

—No puedo, Ethan. —Ella se puso en pie—. Deberías marcharte.

—Kate...

—Ahora.

Él le sostuvo las manos.

—Tú eras la mujer que anoche me atendió cuando perdí la conciencia en la calle.

—La observó detenidamente. Las líneas de expresión y las patas de gallo surcaban su rostro, pero todavía era hermosa—. ¿Qué me está pasando?

—Basta. —Ella intentó soltarse.

—Estoy metido en un problema —dijo él.

—Ya lo sé.

—Dime qué...

—Ethan, ahora estás poniendo mi vida en peligro. Y la de Harold.

—¿Por qué?

Ella se dio la vuelta y comenzó a caminar en dirección a la puerta. Cuando llegó, volvió la cabeza y, por un momento, en la oscuridad, a Ethan le pareció que todavía tenía treinta y seis años.

—Podrías ser feliz, Ethan.

—¿De qué estás hablando?

—Aquí podrías tener una vida maravillosa.

—Kate...

Ella abrió la puerta y entró en su casa.

—Kate...

—¿Qué?

—¿Estoy loco?

—No —dijo ella—. En absoluto.

Cerró la puerta tras de sí y echó el cerrojo. Ethan se acercó entonces a la puerta de cristal y contempló su propio reflejo. Casi esperaba ver a un hombre de sesenta años, pero su aspecto seguía siendo el mismo.

Ya no tenía hambre.

Ni estaba cansado.

Descendió los escalones del porche, recorrió el sendero y llegó a la acera. Sentía una opresión en el centro del pecho. Era una sensación familiar, como la que solía tener justo antes de una misión, al caminar hacia el helicóptero mientras el equipo de tierra cargaba la ametralladora Gatling de calibre cincuenta y los misiles Hellfire.

Miedo.

Ethan no vio el coche hasta que llegó a la siguiente manzana. Se trataba de un Buick LeSabre de la década de los ochenta, con el parabrisas cubierto de hojas de pino secas y las ruedas algo flojas.

Las puertas estaban cerradas.

Se acercó entonces al porche de la casa más cercana y cogió un querubín de piedra que había bajo una ventana. A través de las finas cortinas, vio a un niño que tocaba una preciosa pieza en un piano vertical. La ventana estaba abierta unos diez centímetros, y las notas llegaban con claridad al porche.

Al lado del niño, había una mujer que iba volviendo las páginas de la partitura.

Aunque sólo medía unos treinta centímetros, el querubín era de hormigón sólido y debía de pesar más de diez kilos.

Ethan lo cargó hasta la calle.

No había forma de hacer esto en silencio.

Arrojó el ángel a la ventanilla del conductor y el cristal se rompió con facilidad. Luego abrió la puerta y se sentó al volante, encima de los restos de cristales rotos. El impacto había decapitado el ángel, y Ethan cogió la cabeza del asiento trasero.

Dos golpes fueron suficientes para romper la cobertura de plástico que había debajo de la columna de dirección y dejar a la vista el cilindro de arranque.

Dentro del coche había poca luz.

Tuvo que buscar los cables de arranque y alimentación a tientas.

La música del piano había dejado de sonar. Echó un vistazo al porche y vio dos siluetas detrás de la cortina.

Ethan cogió la navaja de bolsillo que llevaba en la americana, abrió la hoja más larga y cortó los cables blancos, con los que esperaba arrancar el coche. Luego peló el plástico de los extremos y enroscó los cables.

La luz del salpicadero se encendió.

La puerta de la casa se abrió al tiempo que encontraba el cable de arranque.

—Mira la ventanilla del coche —se oyó decir a un niño.

Ethan peló el plástico del cable de arranque, dejando a la vista los hilos de cobre.

—Espera aquí, Elliot —dijo la mujer.

Por favor, por favor, por favor.

Ethan juntó el cable de arranque con el de alimentación. Una chispa azul refulgió en la oscuridad.

El motor carraspeó.

La mujer comenzó a recorrer el patio en dirección al coche.

—Vamos —dijo Ethan.

Volvió a juntar los cables, y el motor volvió a carraspear.

Una vez.

Dos.

Tres.

A la cuarta, arrancó.

Encendió los faros y puso primera al mismo tiempo que la mujer llegaba a la puerta del acompañante y se ponía a gritar al otro lado del cristal.

Ethan salió pitando calle abajo.

Al llegar al primer cruce, giró a la izquierda y levantó ligeramente el pie del pedal para reducir la velocidad. No quería llamar la atención. No era más que alguien que estaba dando un agradable paseo vespertino.

Según el indicador de gasolina, todavía le quedaba un cuarto del depósito. La luz de la reserva aún no se había encendido. Ningún problema. Había combustible suficiente para salir de Wayward Pines. A unos sesenta kilómetros, había un pueblo con gasolinera. Lowman, Idaho. Estaba al pie de esa misma carretera. Se habían detenido en ella de camino a Wayward Pines. Todavía recordaba a Stallings, trajeado, junto al surtidor de gasolina y llenando el depósito. Ethan se había acercado al borde de la carretera desierta y había contemplado los edificios vacíos que había enfrente: un motel y un colmado cerrados, y un restaurante, todavía abierto pero sin apenas clientela. De un conducto de ventilación del tejado salía humo con olor a grasa.

Desde ahí, casi sin cobertura, había llamado a Theresa.

Apenas recordaba la conversación que habían mantenido. En aquel momento él tenía la cabeza en otro sitio.

Fue la última vez que habló con su esposa.

Esperaba haberle dicho que la quería.

Al llegar a otro cruce, detuvo el Buick y encendió el intermitente izquierdo. Exceptuando un puñado de gente en las aceras, hasta donde podía ver el centro estaba muerto y la calle Main vacía.

Ethan giró suavemente a la izquierda y aceleró lentamente en dirección al sur.

Pasó por delante del *pub*, del hotel y de la cafetería.

Unas manzanas después, cruzó por delante del hospital.

No había afueras.

Los edificios simplemente terminaban.

Aceleró.

Se alegraba de salir al fin del pueblo. Con cada revolución del cigüeñal tenía la sensación de quitarse un palpable peso de los hombros. Debería haber hecho esto dos días atrás.

Esta zona no parecía estar habitada. La carretera seguía una trayectoria recta a

través de un bosque de pinos tan grandes que debían de tener más de cien años.

El viento que se colaba dentro del coche era frío y aromático.

La niebla flotaba entre los árboles y sobre la carretera.

La luz de los faros apenas servía de nada. La visibilidad era cada vez menor.

La luz de la reserva se encendió.

Mierda.

La salida sur del pueblo consistía en una empinada y serpenteante pendiente de varios kilómetros, y en cualquier momento comenzaría la ascensión. En ella gastaría toda la gasolina que le quedaba. Debería dar media vuelta y regresar al pueblo para poner gasolina y asegurarse así de llegar a Lowman.

Ethan frenó para tomar una larga y pronunciada curva.

Entonces, la niebla se espesó todavía más. La visibilidad era ahora prácticamente nula. Ethan ralentizó y siguió avanzando muy lentamente sin otra guía que el desvaído haz de luz amarillento de los faros.

Finalmente, la carretera volvió a enderezarse y Ethan dejó atrás la niebla y los árboles.

A lo lejos vio un letrero.

Todavía se encontraba a varios centenares de metros de distancia, y lo único que podía distinguir eran cuatro figuras con los brazos entrelazados.

Lucían una amplia sonrisa dentada.

Un niño con pantalones cortos y camiseta de rayas.

Madre e hija ataviadas con vestidos.

El padre trajeado, con un sombrero fedora en la cabeza y saludando con la mano.

Bajo la perfecta familia sonriente, se podía leer en letras mayúsculas:

BIENVENIDO A WAYWARD PINES,
DONDE EL PARAÍSO ES UN HOGAR

Ethan pasó de largo el letrero a toda velocidad. En paralelo a la carretera había una cerca de madera. Los faros del coche iluminaban de refilón un pasto y unas cuantas reses de ganado.

Luces a lo lejos.

Dejó atrás el pasto.

Pronto volvía a haber casas a ambos lados.

La carretera se ensanchó y perdió la doble línea amarilla.

Se había convertido en la Primera Avenida.

Volvía a estar en el pueblo.

Ethan aparcó, miró por el parabrisas e intentó no dejarse llevar por el pánico. Tenía que haber una explicación muy sencilla. Seguro que se había saltado el desvío hacia el puerto de montaña. Debía de haber pasado a su lado sin verlo por culpa de la densa niebla.

Dio media vuelta y volvió a enfilar la carretera. Al llegar a la pastura, iba a cien

kilómetros por hora.

Una vez de vuelta a la niebla y los altos pinos, buscó un letrero o alguna indicación que señalara el desvío de la carretera que llevaba al puerto, pero no vio nada.

En el punto más cerrado de la curva, aparcó a un lado y puso punto muerto.

Dejó el coche en marcha y descendió.

Cruzó al otro lado de la carretera y comenzó a caminar por la cuneta.

La espesura de la niebla le impedía ver el coche. Todavía podía oír el motor, pero el ruido era más débil a cada paso.

Tras recorrer unos doscientos metros, se detuvo.

Había llegado al otro lado de la curva, donde la carretera se volvía a enderezar y regresaba al pueblo.

Ya no podía oír el motor del coche.

No soplaban viento alguno, y el bosque permanecía inmóvil y en silencio.

La niebla se cernía a su alrededor. Parecía contener una carga eléctrica, pero sabía que ese zumbido no era más que un ruido microscópico que se encontraba en su cabeza, audible únicamente por la total ausencia de sonidos a su alrededor.

Era imposible.

La carretera no debería llevar de nuevo al pueblo.

Debería adentrarse un kilómetro más en esos pinos y luego iniciar una larga serie de zigzags por el lateral de la montaña en dirección al sur.

Descendió de la cuneta y comenzó a caminar hacia los árboles.

El suelo estaba cubierto de hojas de pino y le daba la sensación de estar caminando sobre cojines.

El aire era húmedo y frío.

Estos árboles... Nunca había visto unos pinos tan altos y con tan poco sotobosque. Había mucho espacio y no costaba nada avanzar entre los troncos. Perderse no debía de ser muy difícil.

Dejó la niebla atrás y al levantar la mirada vislumbró la centelleante luz de las estrellas entre las copas de los árboles.

Recorrió otros cincuenta metros y se detuvo. Sería mejor que regresara. Seguro que había otras carreteras para salir del pueblo, y ya estaba comenzando a desorientarse. Echó un vistazo hacia atrás y creyó reconocer el camino que había tomado para llegar a este punto, pero no estaba seguro. Todo tenía el mismo aspecto.

De repente, oyó un grito.

Se quedó inmóvil.

El corazón le latía con fuerza.

El grito que acababa de oír sólo podía compararse con el de un ser humano sufriendo o asustado. Parecía el de una hiena o un *banshee*^[2]. Quizá un coyote. O el mítico grito de batalla de los soldados confederados. Alto y claro. Frágil. Terrible. Y, por debajo de la superficie, como el zumbido de unos cables eléctricos enterrados, la

sensación de que no era la primera vez que lo oía.

Se oyó otro grito.

Más cerca.

Una alarma se le activó entre ceja y ceja y en la boca del estómago: lárgate de aquí. No lo pienses. Hazlo. Ahora.

Apretó a correr entre los árboles de vuelta a la niebla y el frío. A las veinte zancadas ya resollaba.

Al llegar a la carretera, el terreno hacía subida, y Ethan tuvo que trepar a cuatro patas para llegar al asfalto. A pesar del frío, había comenzado a sudar. El agua salada se le metía en los ojos y le escocía. Recorrió a toda velocidad la doble línea amarilla en dirección a la curva hasta que vio dos cilindros de luz que atravesaban la niebla a lo lejos.

Aminoró el paso y, por encima del ruido de su respiración jadeante, oyó al fin el motor en marcha del coche robado.

Cuando llegó a su lado, abrió la puerta del conductor y se sentó al volante. Desesperado por marcharse de ese lugar, puso el pie en el embrague y la mano en el cambio de marchas.

Mirando con el rabillo del ojo le pareció ver una sombra en el espejo retrovisor lateral. Miró entonces por el del interior del coche y, a través del resplandor rojo de las luces de frenado, divisó un coche patrulla, apenas visible por la niebla, aparcado a unos diez metros del parachoques trasero.

Cuando volvió a mirar por la ventanilla del conductor, el cañón de una escopeta lo estaba apuntando a unos pocos centímetros de distancia. Una linterna iluminaba el interior del coche con una intensa luz que resplandecía en los elementos cromados y el cristal.

—Debe de estar mal de la cabeza.

Era el *sheriff* Pope.

El cristal amortiguaba ligeramente el iracundo tono de su voz.

Se preguntó si el *sheriff* Pope le dispararía si ponía primera y pisaba a fondo el acelerador. A esta distancia, con un arma de calibre 12, el disparo lo decapitaría.

—Ponga ambas manos en el volante muy lentamente —dijo Pope— y utilice la derecha para apagar el coche.

—Ya sabe quién soy. Será mejor que no se interponga en mi camino. Me voy de este pueblo —dijo Ethan a través del cristal.

—Y un cuerno.

—Soy un agente del gobierno de Estados Unidos, con todo...

—No, usted es un tipo sin identificación ni placa que acaba de robar un coche y que podría haber asesinado a un agente federal.

—¿De qué diantre está hablando?

—No se lo voy a decir otra vez, amigo.

Algo obligó a Ethan a obedecer. Llevarle la contraria a ese hombre podía ser

peligroso. Incluso podía costarle la vida.

—Está bien —dijo Ethan—. Deme un segundo. He puentado el coche. He de separar los cables para apagarlo.

Ethan encendió la luz interior del coche, metió las manos debajo de la columna de dirección y desanudó los cables blancos.

Las luces se apagaron.

El motor se detuvo.

Todo quedó a oscuras, salvo el intenso resplandor de la linterna de Pope.

—¡Salga del coche!

Ethan tiró de la manilla, empujó la puerta con el hombro y bajó del coche. La niebla envolvía el haz de la linterna. La furiosa sombra de Pope se intuía detrás de la luz y la escopeta. Sus ojos quedaban ocultos bajo el ala de su sombrero Stetson.

Ethan percibió el olor a aceite del arma. Supuso que Pope era uno de esos tipos que cuidan con gran celo de su arsenal.

—¿No le dije que no se marchara del pueblo? —exclamó Pope.

Ethan habría respondido, pero de repente el haz de luz cayó al suelo. Un segundo antes de que le golpeará, se dio cuenta de que la sombra que se dirigía hacia su cabeza era la culata de la escopeta.

El ojo izquierdo se le había cerrado por culpa del golpe. Estaba caliente e hinchado, y palpitaba. Utilizó el otro ojo para observar la sala de interrogatorios. Claustrofóbica y vacía. Paredes de bloques de hormigón pintados de blanco. Suelo de cemento. Y una sola mesa de madera. Frente a Ethan estaba sentado Pope, sin sombrero ni chaqueta, con las mangas de la camisa verde oscuro arremangadas, lo que dejaba a la vista unos gruesos antebrazos de marcados músculos y llenos de pecas.

Ethan se limpió el hilo de sangre que le caía del corte que tenía encima de la ceja izquierda.

Bajó la mirada al suelo.

—¿Me podría dar una toalla, por favor?

—No. Puede permanecer sentado, sangrar y contestar a mi pregunta.

—Más adelante, cuando todo esto haya acabado y haya salido de prisión, lo invitaré a mi casa para que vea su placa. Estará enmarcada y colgada encima de la repisa de mi chimenea.

Esto provocó una radiante sonrisa.

—¿Eso cree?

—Ha agredido a un agente federal. Eso supone el punto final de cualquier carrera.

—Cuénteme otra vez cómo descubrió el cadáver en el 604. Y no me venga con chorradas de camareras inexistentes...

—¿De qué está hablando?

—De la verdad.

—Lo que le conté es la verdad.

—¿En serio? ¿Quiere ir por esa vía? Porque quizá le interese saber que fui al *pub*.

—Los dedos de Pope tamborileaban sobre el tablero de la mesa—. En ese establecimiento ni siquiera trabaja una mujer, y nadie lo vio ahí hace cuatro noches.

—Alguien está mintiendo.

—Lo que me pregunto es... ¿cuál es la verdadera razón por la que ha venido a Wayward Pines?

—Ya se lo dije.

—¿La «investigación»? —dijo Pope haciendo el símbolo de las comillas con los dedos.

Ethan respiró hondo. Podía sentir la rabia repiqueteando contra su pecho como si se tratara de arena en el interior de una calavera blanqueada. Le volvía a doler la cabeza, y sabía que en parte se debía al golpe que Pope le había dado en la cara. Pero también notaba ese viejo y familiar martilleo en la base del cráneo que lo había acompañado desde que se despertó junto al río sin saber quién era o dónde estaba. Y había algo más: el desconcertante *déjà vu* que rodeaba el interrogatorio.

—Hay algo extraño en este lugar —dijo Ethan. Un cúmulo de emociones le congestionaba el pecho. Ya eran cuatro los días de dolor, confusión y aislamiento—. Esta tarde he visto a mi antigua compañera.

—¿Quién?

—Kate Hewson. Ya le hablé de ella. Estaba más vieja. Tenía al menos veinte años más de los que debería tener. ¿Cómo es eso posible? Dígamelo.

—No lo es.

—¿Y por qué no consigo ponerme en contacto con nadie? ¿Por qué no hay ninguna carretera que salga del pueblo? ¿Acaso es una especie de experimento?

—Claro que hay carreteras que salen del pueblo. ¿Tiene idea de lo disparatadas que suenan sus palabras?

—En este lugar hay algo extraño.

—No, lo único extraño es usted. Tengo una idea...

—¿Qué?

—¿Qué le parece si le doy una hoja de papel y le dejo algo de tiempo para que escriba en ella todo lo que quiera contarme? ¿Tendrá suficiente con una hora?

La oferta provocó un escalofrío en Ethan.

—¿Quizá contestaría con más rapidez a mis preguntas si llevara puesta una capucha negra? ¿O si lo colgara de las muñecas y le hiciera cortes? ¿Le gustaría que le hiciera cortes, Ethan? —Pope sacó algo de su bolsillo y lo arrojó encima de la mesa, delante de Ethan.

—¿La tenía usted? —dijo Ethan al ver la cartera. La cogió y la abrió: detrás de una funda de plástico transparente había unas credenciales del Servicio Secreto, pero no eran las suyas.

Era la placa de William V. Evans.

—¿Dónde está la mía? —preguntó Ethan.

—Sí, ¿dónde? William Evans. Agente especial. Servicio Secreto. Oficina de Boise. ¿Cómo supo que el cadáver de la casa abandonada era el de Evans?

—Ya se lo he dicho. Me enviaron aquí a buscarlo a él y a Kate Hewson.

—Ah, por cierto. Se me olvidaba. He llamado al agente Hassler, de Seattle. Nunca ha oído hablar de usted.

Ethan se limpió más sangre del rostro y se inclinó hacia adelante.

—No sé qué está intentando hacer, qué juego...

—Mi teoría es que el agente Evans lo estaba persiguiendo y finalmente le encontró aquí, en Wayward Pines. Entonces usted lo asesinó y secuestró a su compañero, el agente Stallings, con la intención de marcharse del pueblo en su coche. El problema fue que, en plena huida, tuvo mala suerte y sufrió un accidente. Stallings murió y usted recibió un fuerte impacto en la cabeza. Seguramente se le aflojó algún tornillo y, al despertar, comenzó a creer que usted era agente del Servicio Secreto.

—Sé quién soy.

—¿De verdad? ¿No le parece extraño que nadie pueda encontrar su identificación?

—Sí, porque deliberadamente la están...

—Exacto, todos estamos involucrados en una gran conspiración. —Pope se rio—. ¿Se ha planteado la posibilidad de que nadie pueda encontrar la placa de Ethan Burke porque no existe? ¿Porque usted no existe?

—Está loco.

—Creo que está delirando, amigo. Usted asesinó al agente Evans, ¿verdad?

—No.

—Maldito pirado psicópata... ¿Con qué lo golpeó?

—Que lo jodan.

—¿Dónde está el arma del crimen, Ethan?

—Que lo jodan.

Ethan podía sentir cómo la ira crecía en su interior. Una rabia pura e inflamable.

—La verdad es que no sé si miente usted muy bien o si de veras se cree toda esta elaborada mentira que ha construido —dijo Pope.

Ethan se puso en pie.

Su equilibrio era precario.

Sintió cómo una náusea nacía en la boca de su estómago.

Por el rostro le caían hilos de sangre que goteaban desde la barbilla hasta un pequeño charco en el suelo.

—Me voy —dijo Ethan, y dio un paso en dirección a la puerta que había detrás del *sheriff*—. Ábrala.

Pope no se movió.

—Siéntese antes de que se haga daño de verdad —dijo con la confianza de un hombre que ha hecho muchas veces aquello con lo que amenazaba, y que de buen

grado lo volvería a hacer.

Ethan rodeó la mesa y pasó junto al *sheriff* en dirección a la puerta.

Intentó abrirla.

Estaba cerrada.

—Vuelva a sentar su maldito culo. Todavía no hemos terminado.

—Abra la puerta.

Pope se puso lentamente en pie, se volvió y se acercó a Ethan. Se pegó tanto a él que éste podía oler su aliento a café y ver las manchas de sus dientes. El *sheriff* le sacaba diez centímetros y probablemente pesaba unos veinte kilos más.

—¿Cree que no puedo obligarlo, Ethan? ¿Que no soy capaz de hacer algo así?

—Esta detención es ilegal.

Pope sonrió.

—Está muy equivocado, caballero. Dentro de esta habitación no existen cosas como la ley o el gobierno. Estamos solos usted y yo. Yo soy la única autoridad en un pequeño mundo cuyas fronteras son estas paredes. Y podría matarlo ahora mismo si así lo quisiera.

Ethan dejó que los nudos de tensión de su espalda se relajaran y levantó ambas manos con las palmas abiertas confiando en que Pope lo tomara por una señal de deferencia y derrota.

—Está bien, tiene razón, deberíamos hablar... —dijo, al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás.

De repente, se dio impulso con la punta de los pies como accionado por un resorte y aplastó la nariz de Pope con la frente.

Ethan notó cómo crujía el cartílago y un chorro de sangre le manchaba el pelo. Cogió a Pope por sus anchos muslos y trató de levantarlo. El *sheriff* intentó a su vez agarrarle el cuello con el brazo, pero reaccionó demasiado tarde.

Los talones de sus botas resbalaron en la sangre que había en el suelo y perdió el equilibrio.

Ethan hincó entonces el hombro en su estómago, empujándolo con fuerza hacia el suelo.

Pope se quedó momentáneamente sin respiración. Ethan aprovechó para sentarse a horcajadas encima de él y alzó el brazo derecho para golpearle.

De repente, sin embargo, el *sheriff* se revolvió y lo arrojó contra la pata de la mesa de madera, lo que provocó que se hiciera un corte en la mejilla.

Ethan se esforzó por levantarse, pero unos intensos puntos de luz nublaban su visión. Cuando consiguió ponerse en pie, advirtió que lo había hecho demasiado tarde.

Podría haber esquivado el puñetazo si hubiera tenido la cabeza despejada y los reflejos despiertos, pero en su estado actual no reaccionó a tiempo.

La fuerza del golpe le giró la cara de tal modo que sus vértebras torácicas crujieron.

De repente, se encontró a sí mismo mareado y tendido boca arriba sobre la mesa de madera, viendo con el ojo bueno cómo ese *sheriff* maniaco se le echaba encima para golpearle otra vez. La sangre de su nariz rota le salpicaba el rostro como si hubiera explotado.

Levantó las manos para intentar protegerse la cara, pero el puño del *sheriff* se abrió paso entre sus manos con facilidad e impactó en su nariz.

Las lágrimas afloraron a sus ojos y notó el sabor de la sangre en la boca.

—¿Quién eres? —exclamó el *sheriff*.

Ethan no podría haber respondido aunque hubiera querido. Estaba perdiendo la consciencia. Lo que podía ver de la sala de interrogatorios comenzó a dar vueltas a su alrededor mezclado con instantáneas de otra...

Vuelve a estar en esa habitación de paredes marrones y suelo de tierra situada en la barriada de Al-Golan. Una bombilla se balancea sobre su cabeza mientras Aashif lo mira fijamente a través de una capucha de tela negra que sólo deja a la vista dos cosas: un par de malévolos ojos marrones, y una sonriente boca con unos dientes demasiado blancos y perfectos para ser producto de un agujero de mierda cuartomundista del Próximo Oriente.

Está atado por las muñecas con una cadena colgada del techo, aunque tiene los pies lo bastante cerca del suelo para poder alzarse sobre los pulgares y suavizar la presión. No podrá mantenerse así mucho tiempo antes de que las falanges cedan bajo su peso. Cuando finalmente lo hagan, no tendrá forma alguna de evitar que se le corte la circulación en las manos.

Aashif se encuentra a unos centímetros de su rostro. Sus narices casi se tocan.

—Probemos con una pregunta que no deberías tener problemas en contestar... ¿De qué parte de Estados Unidos eres, primer suboficial especialista Ethan Burke?
—pregunta el hombre en un excelente inglés con acento británico.

—De Washington.

—¿La capital?

—No, el estado.

—Ah. ¿Tienes hijos?

—No.

—Pero estás casado...

—Sí.

—¿Cómo se llama tu esposa?

Ethan no responde y se prepara para recibir otro golpe.

Aashif sonríe.

—Relájate. De momento, no habrá más puñetazos. ¿Conoces el dicho «Una muerte causada por mil cortes»? —Aashif sostiene en alto una cuchilla de afeitar que brilla bajo la luz de la bombilla—. Proviene de un método de ejecución chino

abolido en 1905 llamado lingchi, que se podría traducir como «descuartizamiento lento» o «muerte prolongada».

Aashif se acerca a continuación al maletín que hay en una mesa cercana. Está forrado con espuma negra y encima de él descansa una aterradora colección de cuchillos que Ethan ha estado intentando ignorar las últimas dos horas.

Pope golpeó otra vez a Ethan. A éste, el puñetazo le trajo a la memoria el olor a sangre antigua y podrida que flotaba en esa casa de tortura de Faluya...

—Ahora te llevarán a una habitación y te darán un bolígrafo, una hoja de papel y una hora. Ya sabes lo que quiero —dice Aashif.

—No.

Aashif le da un puñetazo en el estómago.

Pope le dio un puñetazo en la cara.

—Me estoy cansando de pegarte. Ya sabes lo que quiero. ¿Cómo no vas a saberlo? Te lo he pedido más de veinte veces. Dime que lo sabes. Dímelo.

—¿Quién eres? —exclamó Pope.

—Lo sé —musitó casi sin aliento.

—Tienes una hora. Y, si lo que escribes no me hace feliz, prepárate para el lingchi.

Aashif coge una Polaroid de un bolsillo de su dishdasha negra.

Ethan cierra los ojos, pero los vuelve a abrir cuando Aashif dice:

—Mira esto, o te arrancaré los párpados.

Es la fotografía de un hombre colgado por las muñecas en esta misma habitación.

Estadounidense. Probablemente soldado, aunque no puede saberlo con seguridad.

A pesar de llevar ya tres meses de combate, no había visto nunca una mutilación como ésta.

—Tu paisano todavía está vivo en esta fotografía —dice su torturador. En su voz puede advertirse cierto tono de orgullo.

Ethan intentó abrir los ojos para ver a Pope. Estaba a punto de perder la consciencia. Deseaba que sucediera para aliviar el dolor que sentía, pero todavía más para borrar de su mente la imagen de Aashif en aquella sala de tortura.

—¿Quién eres? —preguntó Pope.

Ethan dejó caer los brazos a los lados.

—¿Quién eres?

«Hay una parte de mí que nunca salió de esa habitación de Faluya con olor a sangre rancia», pensó sin ya siquiera intentar defenderse.

Se quedó a la espera del golpe de gracia que lo dejara inconsciente e interrumpiera tanto los viejos recuerdos como el sufrimiento actual.

Llegó dos segundos después. Un puñetazo que impactó en su barbilla y que le hizo ver un estallido de luz incandescente como el de una bombilla al apagarse.

6

El lavaplatos estaba cargado y en funcionamiento. A pesar de haber superado el umbral del agotamiento absoluto hacía rato, Theresa estaba de pie junto al fregadero secando la última fuente. Cuando hubo terminado, la metió en el armario, colgó el trapo en la puerta de la nevera y apagó la luz.

Mientras recorría el salón a oscuras en dirección a la escalera, tuvo la sensación de que se cernía sobre ella algo mucho peor que las consecuencias emocionales de este largo largo día.

Un devastador vacío.

Al cabo de unas pocas horas, saldría el sol. En cierto modo, sería el primer día del resto de su vida sin él. Este último día lo había dedicado a despedirse y a buscar la poca paz que podía tener sin Ethan. Sus amigos lo habían llorado y lo echarían de menos, pero pasarían página —ya lo estaban haciendo—, e inevitablemente se olvidarían.

Ella no podía apartar de sí la sensación de que a partir del día siguiente estaría sola.

Con su dolor.

Con su amor.

Con su pérdida.

Había en ello algo tan tremendamente desolador que tuvo que detenerse al pie de la escalera, apoyarse en la barandilla y recobrar el aliento.

De repente, alguien llamó a la puerta. Theresa se sobresaltó y el pulso se le aceleró por un instante.

Se volvió y se quedó mirando la puerta. Pensó que quizá lo había imaginado.

Eran las 4.50 de la madrugada.

¿Qué diantre podía querer nadie a estas...?

Volvieron a llamar. Ahora con más fuerza.

Cruzó el vestíbulo con los pies desnudos y se puso de puntillas para echar un vistazo por la mirilla.

Bajo la luz del porche, vio a un hombre debajo de un paraguas que esperaba en la escalerilla de entrada.

Era bajo, estaba completamente calvo y su rostro se le antojó una sombra inexpresiva bajo la goteante marquesina. El traje negro que llevaba le hizo pensar que se podía tratar de un agente federal con noticias sobre Ethan. ¿Qué otra razón podía haber para que alguien llamara a su puerta a esas horas?

Pero la corbata no encajaba.

Era de rayas azules y amarillas, demasiado llamativa para un federal.

Por la mirilla, vio cómo el hombre extendía el brazo y volvía a llamar.

—Señora Burke —dijo—. Sé que no la estoy despertando. La he visto hace unos minutos junto al fregadero de la cocina.

—¿Qué quiere? —repuso ella a través de la puerta.

—Necesito hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—Su marido.

Ella cerró los ojos y volvió a abrirlos.

El hombre todavía estaba ahí, y ella se había desvelado por completo.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—Sería más sencillo si pudiéramos sentarnos y hablar cara a cara.

—Es de noche y no tengo ni idea de quién es usted. Ni por asomo le voy a dejar a entrar en mi casa.

—Le interesa oír lo que tengo que contar.

—Dígamelo a través de la puerta.

—No puedo.

—Entonces vuelva mañana por la mañana. Hablaremos entonces.

—Si me marchó, señora Burke, no me volverá a ver nunca más. Y, créame, eso sería una tragedia para usted y para Ben. Le juro que no pretendo hacerle daño alguno.

—Váyase de mi propiedad o llamaré a la policía.

El hombre metió la mano en su abrigo y sacó una Polaroid.

Al verla por la mirilla, Theresa sintió que algo se rompía en su interior.

Era una fotografía de Ethan. Se encontraba encima de una mesa de operaciones de acero, ataviado con una bata y bajo una luz azul. El costado izquierdo de su rostro estaba completamente magullado, y Theresa era incapaz de decir si estaba vivo o muerto. Antes de ser consciente de lo que hacía, sus manos estaban retirando la cadena y abriendo la cerradura.

En cuanto la puerta estuvo abierta, el hombre recogió el paraguas y lo dejó apoyado en la pared de ladrillos. A su espalda, una lluvia fría y constante creaba una suerte de corriente de ruido blanco en la ciudad dormida. Una Mercedes Sprinter estaba aparcada unas casas más abajo. No era una furgoneta habitual en aquella calle. Se preguntó si sería del hombre.

—David Pilcher —dijo él, ofreciéndole la mano.

—¿Qué le ha hecho? —preguntó Theresa, sin responder al saludo—. ¿Está muerto?

—¿Puedo entrar?

Ella se hizo a un lado y Pilcher cruzó el umbral. Las puntas de sus zapatos estaban cubiertas de relucientes gotas de agua.

—Si quiere, puedo quitármelos —dijo, señalando los zapatos.

—No se preocupe.

Ella lo condujo al salón y se sentaron cara a cara. Theresa en el sofá, Pilcher en una silla de madera que ella había llevado de la mesa del salón.

—¿Ha celebrado una fiesta esta noche? —preguntó él.

—Una celebración por la vida de mi marido.

—Qué bonito.

De repente, ella se sintió muy cansada. Sus retinas apenas podían soportar la luz de la bombilla que había sobre su cabeza.

—¿Por qué tiene una fotografía de mi marido, señor Pilcher?

—Eso no importa.

—A mí sí.

—¿Y si le dijera que su marido está vivo?

Durante diez segundos, Theresa fue incapaz de respirar.

Se oía el ruido del lavaplatos, de la lluvia sobre el tejado y de las pulsaciones de su corazón. Nada más.

—¿Quién es usted? —preguntó ella.

—No importa.

—Entonces cómo puedo fiarme de...

Él alzó una mano y frunció sus ojos negros.

—Será mejor que me escuche.

—¿Es usted del gobierno?

—No, pero, como ya le he dicho, no importa quién soy. Lo que le interesa es lo que he venido a ofrecerle.

—¿Ethan está vivo?

—Sí.

Ella sintió que su garganta se anudaba, pero mantuvo la compostura.

—¿Dónde está? —fue lo único que consiguió susurrar.

Pilcher negó con la cabeza.

—Podría contárselo todo, pero no me creería.

—¿Cómo lo sabe?

—Por experiencia.

—¿No me va a decir dónde está mi marido?

—No, y, si me lo pregunta otra vez, me pondré en pie, saldré por esta puerta y no volverá a verme nunca más, lo cual quiere decir que tampoco volverá a ver a Ethan.

—¿Está herido? —Theresa notaba cómo el nudo de emociones que se le había formado detrás del esternón amenazaba con desatarse.

—Se encuentra bien.

—¿Quiere usted dinero? Puedo...

—A Ethan no lo han secuestrado. Esto no tiene nada que ver con el dinero, Theresa. —Pilcher se echó hacia adelante hasta quedar sentado en el borde de la silla y se quedó mirando a la mujer a través de unos penetrantes ojos negros cuya intensidad sugería un gran intelecto—. He venido a ofrecerles a usted y a su hijo una oferta irrepetible.

Pilcher metió la mano en el bolsillo interior de su abrigo, sacó con cuidado un par de frasquitos de cristal de un centímetro y medio que contenían un líquido

transparente, y los dejó encima de la mesa. Llevaban un minúsculo tapón de corcho.

—¿Qué es eso? —preguntó Theresa.

—Una reunión.

—¿Una reunión?

—Con su marido.

—Esto es una broma...

—No lo es.

—¿Quién es usted?

—Lo único que puedo decirle es mi nombre.

—Bueno, eso no significa nada para mí. ¿Y qué es lo que espera? ¿Que me beba eso a ver qué pasa?

—Puede negarse si quiere, Theresa.

—¿Qué hay en los frasquitos?

—Un potente sedante de corta duración.

—Y cuando me despierte, ¿volveré a estar con Ethan como por arte de magia?

—Es un poco más complicado que eso, pero podríamos decir que sí.

Pilcher se volvió, echó un vistazo por la ventana y luego miró de nuevo a Theresa.

—Pronto amanecerá —dijo—. Necesito una respuesta.

Ella se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—No estoy en condiciones de tomar una decisión como ésta.

—Pero debe hacerlo.

Theresa se puso en pie.

—Podría ser veneno —dijo, señalando la mesa.

—¿Por qué piensa que quiero hacerle daño?

—No tengo ni idea. Puede que Ethan se viera envuelto en algo.

—Si quisiera matarla, Theresa... —Se quedó un momento callado—. Parece usted una persona a la que se le da bien adivinar las intenciones de los demás. ¿Qué le dice su instinto? ¿Cree que estoy mintiendo?

Ella se acercó a la repisa de la chimenea y estudió un retrato familiar que les habían hecho el año anterior: Ethan y Ben iban con polos blancos y ella con un vestido de verano del mismo color. Les habían retocado informáticamente la piel a los tres hasta la perfección y los rasgos se les marcaban más de lo normal a causa de la iluminación de estudio. En aquel momento, se rieron de lo cursi y poco natural del resultado, pero ahora, en la calma previa al amanecer y tras haber recibido la oferta de volver a verlo, esa fotografía le provocó un nudo en la garganta.

—Lo que está haciendo —dijo ella sin apartar la mirada de la imagen de su marido—, ofrecerle a una viuda en pleno duelo la posibilidad de volver a ver a su marido... Si es mentira, es una crueldad.

Se volvió hacia Pilcher.

—¿Es real? —le preguntó.

—Sí.

—Quiero creerle —dijo.

—Lo sé.

—Lo quiero con todas mis fuerzas.

—Comprendo que se trata de un salto de fe —repuso él.

—Aparece usted esta noche —dijo ella—. Cuando estoy cansada, borracha y no puedo dejar de pensar en él. Algo me dice que no es casualidad.

Pilcher extendió la mano, cogió uno de los frasquitos y lo alzó.

Ella se lo quedó mirando.

Respiró hondo.

Finalmente, comenzó a caminar en dirección a la escalera.

—¿Adónde va? —preguntó Pilcher.

—A buscar a mi hijo.

—Entonces ¿lo hará? ¿Vendrá conmigo?

Ella se detuvo al pie de la escalera y se volvió hacia Pilcher.

—Si lo hago —dijo—, ¿regresaré alguna vez a mi antigua vida?

—¿A qué se refiere con «antigua vida»? ¿A esta casa? ¿Esta ciudad? ¿Sus amigos? —preguntó Pilcher.

Theresa asintió.

—Si usted y Ben deciden venir conmigo, nada volverá a ser igual. No volverá a ver esta casa. Así que, en ese sentido, no.

—Pero estaré con Ethan. Volveremos a ser una familia.

—Sí.

Ella comenzó a subir la escalera para despertar a su hijo. Puede que fuera el cansancio, o quizá la emoción, pero todo parecía irreal. Y como si el aire estuviera cargado de electricidad. Una voz en la cabeza le decía que todo esto era una insensatez. Que nadie en su sano juicio se plantearía siquiera una proposición como ésa. Al llegar al primer piso y recorrer el pasillo en dirección a la habitación de Ben, admitió para sí que no estaba siendo lógica ni razonable. Pero se sentía completamente deshecha y sola, y, sobre todo, echaba tanto de menos a su marido que la posibilidad —por incierta que fuera— de volver a vivir con él y con su hijo, como una familia, justificaba renunciar a todo lo demás.

Theresa se sentó en la cama de Ben y lo sacudió en el hombro.

El niño se movió.

—Ben —dijo ella—. Despierta.

Él bostezó y se frotó los ojos. Ella lo ayudó a incorporarse.

—Todavía es de noche —dijo él.

—Ya lo sé. Tengo una sorpresa.

—¿De verdad?

—Hay un hombre abajo. Se llama Pilcher. Nos va a llevar a ver a papá.

Theresa advirtió cómo el rostro de Ben se iluminaba bajo la suave luz de la

lámpara de su mesita de noche.

Sus palabras le impactaron como un rayo de luz. La confusión del sueño se disolvió rápidamente y un estado de alerta se cristalizó en su mirada.

—¿Papá está vivo? —preguntó.

Ni siquiera ella estaba del todo convencida.

¿Y si Pilcher mentía?

Un salto de fe.

—Sí. Papá está vivo. Vamos. Has de vestirte.

Theresa y Ben se sentaron frente a Pilcher.

El hombre sonrió a Ben, le ofreció la mano y dijo:

—Me llamo David. ¿Y tú eres...?

—Ben.

Se dieron la mano.

—¿Cuántos años tienes, Ben?

—Siete.

—Oh, muy bien. ¿Te ha explicado tu madre por qué estoy aquí?

—Me ha dicho que nos vas a llevar a ver a papá.

—Así es. —Pilcher cogió los pequeños frascos de cristal y se los dio a Theresa—.

Ha llegado el momento —dijo—. Retire el tapón y bébanselo. No tienen nada que temer. Tarda cuarenta y cinco segundos en hacer efecto. Será repentino, pero no desagradable. Dele a Ben el frasquito con la dosis menor y luego tome usted el suyo.

Ella sacó los tapones de ambos frasquitos con las uñas.

El potente olor de un producto químico desconocido inundó el aire.

Por alguna razón, olerlo lo volvió real y la sacó de golpe del estado de confusión en el que se había hallado inmersa las últimas horas.

—Un momento —dijo.

—¿Qué sucede? —preguntó Pilcher.

¿En qué diantre estaba pensando? Ethan la mataría. Que se arriesgara ella todavía tenía sentido, pero ¿cómo se le ocurría poner en peligro a su hijo?

—¿Qué sucede, mamá?

—No lo vamos a hacer —dijo Theresa, y, tras poner otra vez los tapones en los frasquitos, los volvió a dejar encima de la mesa de centro.

Pilcher se la quedó mirando fijamente.

—¿Está completamente segura de esto?

—Sí. Yo... No puedo.

—Lo comprendo. —Pilcher recogió los frasquitos y se puso en pie.

Theresa se volvió hacia Ben. En los ojos del niño brillaban las lágrimas.

—Ve a la cama.

—Pero yo quiero ver a papá.

—Ya hablaremos de esto luego. Vamos. —Theresa se volvió hacia Pilcher—. Lo sient...

Se quedó callada de golpe.

Pilcher se había llevado a la cara una máscara de oxígeno transparente con un tubo que llegaba hasta el interior de la americana. En la otra mano, sostenía un pequeño bote de aerosol.

—No, por favor...

Pilcher apretó un par de veces el botón del spray.

Theresa intentó no respirar, pero ya notaba un sabor metálico y dulzón en la punta de la lengua. Aquel producto le envolvió la piel. Notaba cómo sus poros lo absorbían. También le había entrado en la boca. Estaba muy frío. Tenía la sensación de haber ingerido un trago de nitrógeno líquido.

Rodeó a Ben con los brazos y trató de mantenerse en pie, pero ya no se notaba las piernas.

El lavaplatos se había detenido y, salvo el repiqueteo de la lluvia en el tejado, la casa permanecía en absoluto silencio.

—Va a servir a un propósito mucho más valioso del que jamás habría imaginado.

Theresa intentó preguntarle a qué se refería, pero su boca parecía haberse petrificado.

Los colores de la habitación se fueron desintegrando en varios tonos de gris. Ella comenzó entonces a sentir una invencible pesadez en los párpados.

El pequeño cuerpo de Ben se volvió flácido y cayó sobre su regazo. Ella levantó la mirada hacia Pilcher, que sonreía detrás de su máscara de oxígeno y se desvanecía en la oscuridad, como todo lo demás.

El hombre cogió entonces un *walkie-talkie* de su abrigo.

—Arnold, Pam, ya estoy listo.

—Ethan, necesito que se tranquilice. ¿Me oye? Deje de resistirse.

A pesar de estar grogui, reconoció la voz. Era el psiquiatra.

Con gran esfuerzo, consiguió entreabrir los ojos y permitir que unas rendijas de luz llegaran a sus retinas.

Jenkins lo observaba con sus gafas de montura metálica. Ethan intentó entonces mover los brazos, pero, o los tenía rotos, o estaban inmovilizados.

—Tiene las muñecas esposadas a la barandilla de la cama —dijo Jenkins—. Órdenes del *sheriff*. No se alarme, pero está sufriendo un grave episodio de disociación.

Ethan abrió la boca y al instante notó la sequedad de la lengua y los labios. Era como si se los hubiera chamuscado al calor del desierto.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Significa que está sufriendo problemas de memoria, conciencia e incluso identidad. Lo que nos preocupa es que estos síntomas se deben a una hemorragia en el cerebro causada por el accidente de coche. Lo vamos a intervenir quirúrgicamente. ¿Comprende lo que le digo?

—No se lo autorizo —respondió.

—¿Cómo dice?

—No autorizo la intervención quirúrgica. Quiero que me lleven a un hospital de Boise.

—Es demasiado arriesgado. Podría morir antes de llegar.

—Quiero salir de este pueblo inmediatamente.

Jenkins desapareció.

Una cegadora luz le iluminó la cara.

—Enfermera, cálmelo, por favor —oyó que decía entonces Jenkins.

—¿Éste?

—No, el otro.

—No estoy loco —dijo Ethan.

Notó que Jenkins le daba unos golpecitos en el brazo.

—Nadie dice que lo esté. Es sólo que su mente se ha averiado y hemos de arreglarla.

La enfermera Pam apareció en el campo de visión de Ethan.

Su rostro era hermoso y sonriente. Había algo reconfortante en su presencia. Puede que la familiaridad con la que lo trataba fuera fingida, pero él se aferró a esa sensación de todos modos.

—Dios mío, señor Burke, tiene un aspecto terrible. A ver si podemos tranquilizarlo un poquito, ¿le parece?

La aguja de la jeringuilla era gigantesca. Sin duda, la más grande que Ethan hubiera visto nunca, y de su punta caían gotas plateadas de la droga que contenía.

—¿Qué hay ahí dentro? —inquirió.

—Algo que le calmará esos nervios.

—No quiero.

—Estese quieto un momento.

La enfermera le dio unos golpecitos en la vena antecubital del brazo derecho. Él tiraba con tanta fuerza de la esposa de acero que comenzó a notar cómo se le entumecían los dedos.

—No quiero.

La enfermera Pam levantó la mirada y luego acercó tanto su cara a la de Ethan que éste pudo notar cómo movía las pestañas al parpadear. Advirtió también el olor de su pintalabios y la claridad esmeralda de sus ojos.

—Estese quieto, señor Burke, o le clavaré este pedazo de aguja directamente en el hueso —dijo con una sonrisa.

Esas palabras lo aterrorizaron y se agitó todavía más. Las cadenas de las esposas repiqueteaban contra la barandilla.

—¡No me toque! —exclamó furioso.

—¿Prefiere que lo hagamos así? —preguntó la enfermera—. Está bien...

Sin dejar de sonreír, cogió la jeringuilla como un cuchillo y, antes de que él se diera cuenta de sus intenciones, le clavó la aguja hasta el fondo en uno de los glúteos.

Cuando la enfermera regresó junto al psiquiatra, a Ethan todavía le dolía la inyección.

—¿No se lo ha inyectado en una vena? —preguntó Jenkins.

—Se movía demasiado.

—¿Cuánto tardará en hacerle efecto?

—Quince minutos como mucho. ¿Está preparada la sala de operaciones?

—Sí, ya puede llevarlo. Me pasaré a verlo cuando terminen de remendarlo. Buena suerte, Ethan. Quedará como nuevo —le dijo Jenkins mientras se dirigía hacia la puerta.

—No se lo autorizo —dijo tan alto como pudo, pero Jenkins ya había salido de la habitación.

A través de sus hinchados ojos, Ethan vio cómo la enfermera Pam se dirigía a la cabecera de su camilla, la asía por la barandilla y comenzaba a empujarla por el suelo de linóleo. Una de las ruedas delanteras chirriaba.

—¿Por qué no respetan mis deseos? —preguntó entonces, esforzándose por controlar la voz y sonar menos agresivo.

Ella no respondió. Lo sacó de la habitación y comenzó a recorrer el pasillo, que seguía tan vacío y silencioso como siempre.

Él levantó la cabeza y comprobó que se acercaban al mostrador de enfermería.

Todas las puertas del pasillo estaban cerradas y por debajo no se filtraba ninguna luz.

—En esta planta no hay nadie más, ¿verdad? —preguntó.

La enfermera se limitó a silbar una melodía al ritmo del chirrido de la ruedecilla.

—¿Por qué me están haciendo esto? —insistió. La desesperación que se podía advertir en su tono de voz era auténtica y nacía del terror, que iba en aumento en la boca de su estómago.

Levantó la mirada hacia ella. Era un ángulo extraño. Tumbado en la camilla, veía la parte inferior de su barbilla, sus labios, su nariz, los paneles del techo y las largas luces fluorescentes.

—Pam —dijo—. Por favor. Hábleme. Dígame lo que está pasando.

Ella ni siquiera bajó la mirada hacia él.

Al llegar al mostrador de enfermería, Pam soltó la camilla, dejando que rodara hasta detenerse, y se dirigió hacia una puerta de doble hoja que había al final del pasillo.

Ethan miró el letrero que había encima.

CIRUGÍA

Una de las hojas de la puerta se abrió y apareció un hombre con una bata quirúrgica azul y las manos cubiertas con unos guantes de látex.

Una mascarilla ocultaba casi todo su rostro, salvo dos intensos ojos de un color prácticamente a juego con su bata.

—¿Por qué está despierto todavía? —le preguntó a la enfermera en un tono de voz bajo y suave.

—Se movía demasiado. No he podido encontrar la vena.

El cirujano se volvió hacia Ethan.

—Está bien, déjelo aquí hasta que la anestesia le haya hecho efecto. ¿Cuánto cree que tardará?

—Diez minutos.

El doctor asintió y, empujando enérgicamente la puerta con el hombro, regresó a la sala de operaciones. Tenía un lenguaje corporal agresivo y enojado.

—¡Ey! —exclamó Ethan—. ¡Quiero hablar con usted!

Durante los escasos segundos que las puertas permanecieron abiertas, pudo echar un rápido vistazo a la sala de operaciones...

En el centro de la habitación había una mesa de operaciones flanqueada por unas luces grandes y brillantes.

A su lado, un carrito de ruedas metálico con una selección de herramientas quirúrgicas.

Todo limpio y reluciente sobre un paño esterilizado.

Bisturís de todos los tamaños.

Sierras.

Fórceps.

Y demás instrumentos cuyo nombre desconocía, pero que parecían herramientas eléctricas.

Un segundo antes de que las puertas se cerraran, vio que el cirujano se detenía junto al carrito y sacaba un taladro de su funda.

Echó un vistazo a Ethan mientras apretaba el gatillo varias veces. El agudo chirrido del motor inundó la sala de cirugía.

El pecho del paciente comenzó a subir y a bajar agitadamente bajo la bata del hospital. Notó también el fuerte martilleo de su pulso al acelerarse. Cuando volvió a mirar el mostrador de enfermería, vio que Pam desaparecía detrás de una esquina.

Por un momento, se quedó solo en el pasillo.

No se oía nada, salvo el repiqueteo metálico de los bisturís y demás equipo quirúrgico al otro lado de la puerta de doble hoja, los pasos de la enfermera alejándose, y el zumbido del tubo fluorescente que había justo encima de su cabeza.

De repente, se le pasó por la cabeza una idea absurda: ¿y si efectivamente estaba loco? ¿Y si el cirujano de la sala de operaciones lo abría y lo arreglaba? ¿Desaparecería todo esto? ¿Perdería su identidad?

Consiguió incorporarse.

Se sentía grogui y atontado, pero eso podía deberse a la paliza que le había dado el *sheriff* Pope.

Bajó la mirada a sus muñecas. Ambas seguían esposadas a la camilla.

Tiró con fuerza. Las cadenas se tensaron y las manos se le empezaron a poner de color púrpura.

El dolor era insoportable.

Aflojó la tensión y luego tiró hacia atrás con suficiente fuerza para que los bordes de acero de los brazaletes se le clavaran en las muñecas. Se hizo un corte en la izquierda y la sangre salpicó la sábana.

Entonces se dio cuenta de que tenía las piernas libres.

Extendió la izquierda por encima de la barandilla e intentó alcanzar la pared, pero le faltaban diez centímetros.

Volvió a acostarse en la camilla y, por primera vez, se planteó fríamente hasta qué punto estaba jodido: drogado, encadenado, a punto de entrar en una sala de operaciones donde le iban a hacer Dios sabía qué.

Tenía que admitir que, durante la charla que había mantenido con el doctor Jenkins la última vez que se despertó en el hospital, había llegado a dudar de sí mismo y se había preguntado si no habría sufrido realmente alguna lesión neurológica.

Una lesión que hubiera alterado su percepción de la gente, el espacio y el tiempo.

Y es que en Wayward Pines nada tenía sentido.

Pero estos últimos acontecimientos —el comportamiento sociópata de la enfermera Pam, así como la negativa de ésta a hacer caso a sus objeciones a la intervención quirúrgica— le habían confirmado que a él no le sucedía nada malo, salvo el hecho de que la gente de ese pueblo pretendía hacerle daño.

Desde su llegada a Wayward Pines, había experimentado miedo y añoranza, se

había sentido desvalido, pero ahora había tocado fondo y la desesperación que sentía era absoluta.

Estaba convencido de que al otro lado de esas puertas le esperaba la muerte.

No volvería a ver a Theresa. Ni a su hijo.

La mera posibilidad hizo que afloraran lágrimas a sus ojos. Sentía que les había fallado. A ambos y en muchos aspectos.

Su ausencia física. Su ausencia emocional.

Sólo había vivido este nivel de pánico y pesadumbre en otra ocasión de su vida: Aashif y la barriada de Al-Golan.

Lingchi.

Ahora el miedo lo estaba empezando a consumir por completo, mientras anulaba su capacidad de asimilar información y actuar en consecuencia.

O quizá la droga había comenzado a llegar al cerebro y estaba tomando el control.

«Por Dios, no te vengas abajo ahora. Debes mantener el control.»

Oyó el chirrido de las puertas del ascensor abriéndose a unos tres metros a su espalda, seguido de unos pasos suaves y rápidos.

Intentó volverse para ver quién se acercaba, pero cuando lo hizo la camilla ya estaba en movimiento y alguien lo llevaba de vuelta al ascensor.

Levantó entonces la mirada y vio un hermoso rostro que le resultaba familiar. Conocía esos pómulos prominentes. En su estado actual, tardó cinco segundos en reconocer a la camarera del *pub*.

Ella lo llevó hasta el ascensor y maniobró la camilla para meterla dentro.

Luego pulsó uno de los botones.

Su rostro estaba demacrado y pálido, y vestía un impermeable azul del cual goteaba agua.

—Vamos, vamos —dijo ella mientras pulsaba repetidamente el botón con el -1.

—Yo te conozco —afirmó él, pero no conseguía recordar su nombre.

—Beverly. —Ella sonrió, pero estaba hecha un manojo de nervios—. Todavía estoy esperando esa gran propina que me prometiste. Madre de Dios, tienes un aspecto lamentable.

Las puertas comenzaron a cerrarse. Se oyó otro largo y quejumbroso chirrido peor que el de unas uñas contra una pizarra.

—¿Qué me está pasando? —preguntó mientras el ascensor iniciaba su descenso.

—Están intentando manipular tu mente.

—¿Por qué?

Ella metió una mano debajo del impermeable y cogió una llave del bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros.

Le temblaban los dedos.

Le costó tres intentos meter la llave en la cerradura de una de las esposas.

—¿Por qué? —volvió a preguntar él.

—Ya hablaremos cuando estemos a salvo.

El brazalete de la esposa se abrió.

Ethan se incorporó, le quitó la llave de la mano y procedió a abrir el otro brazalete.

El ascensor seguía su lento descenso. Ahora se encontraba entre la tercera y la segunda planta.

—Si el ascensor se detiene y entra alguien, arremetemos contra él. ¿De acuerdo? —dijo ella.

Él asintió.

—Pase lo que pase, no puedes dejar que vuelvan a llevarte a esa sala de operaciones.

El segundo brazalete se abrió y Ethan descendió de la camilla.

Su equilibrio era razonablemente bueno. Todavía no parecía haber señales de los efectos de la droga.

—¿Podrás correr?

—Me acaban de drogar. No podré llegar muy lejos.

—Mierda.

Sonó una campanilla que había encima de las puertas del ascensor.

Segunda planta.

Siguió descendiendo.

—¿Cuándo? —preguntó Beverly.

—Hace cinco minutos. Pero ha sido una inyección muscular, no intravenosa.

—¿Con qué droga?

—No lo sé, pero les he oído decir que estaría inconsciente dentro de diez minutos. Bueno..., ahora ya más bien ocho o nueve.

El ascensor llegó al vestíbulo. Siguió descendiendo.

—En cuanto paremos, torceremos a la izquierda y correremos hasta la puerta que hay al final del pasillo. Da a la calle.

El ascensor se detuvo.

Durante un largo rato, las puertas permanecieron cerradas.

Ethan cambió de postura sobre los talones de sus pies, listo para abalanzarse sobre alguien si los estaban esperando. La adrenalina recorría su cuerpo con ese electrificante estado de alerta que siempre sentía cuando el rotor comenzaba a girar justo antes de una misión.

Las puertas se abrieron unos centímetros con un chirrido, se detuvieron durante diez segundos, y luego se abrieron lentamente del todo.

—Un momento —susurró Beverly. Se asomó y echó un vistazo—. Está despejado.

Él la siguió por un pasillo largo y vacío.

El linóleo de cuadros blancos y negros cubría los al menos diez metros que había hasta las puertas del fondo. Todo se veía inmaculado y resplandeciente bajo la dura luz fluorescente.

Un portazo lejano hizo que se detuvieran de golpe.

Se oyeron unos pasos, pero era imposible determinar cuántas personas eran.

—¡Están bajando por la escalera! —susurró ella—. ¡Vamos!

La mujer se volvió y salió corriendo en la dirección opuesta, procurando que sus pies desnudos hicieran el menor ruido posible al pisar el suelo de linóleo y reprimiendo los quejidos provocados por lo que parecían unas magulladuras en las costillas. Ethan fue detrás de ella.

Llegaron a un mostrador de enfermería vacío al tiempo que una puerta al otro extremo del pasillo se abría de golpe.

Ella aceleró y giró por uno de los pasillos que cruzaban el principal. Él se esforzaba por mantener su paso, y echó un vistazo hacia atrás mientras corría, pero ya había torcido la esquina y no vio nada.

Esta ala estaba vacía y era la mitad de larga.

A medio camino, Beverly se detuvo y abrió una puerta a la izquierda.

Le indicó a Ethan que entrara, pero éste negó con la cabeza. En vez de eso, se inclinó hacia ella y le susurró algo al oído.

Ella asintió, entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Él se volvió hacia la puerta que había en la pared de enfrente.

La abrió y se metió dentro.

La habitación estaba vacía y a oscuras, pero, a juzgar por lo que le dejaba entrever la escasa luz que entraba del pasillo, parecía tener el mismo aspecto que la de la tercera planta en la que había estado él.

Cerró la puerta tan silenciosamente como pudo y se dirigió al cuarto de baño.

Palpó en la oscuridad hasta que sus dedos encontraron el interruptor.

La luz se encendió con un parpadeo.

De una repisa que había junto a la ducha colgaba una toalla. La cogió, se envolvió la mano con ella y se volvió hacia el espejo.

Echó el brazo hacia atrás.

«Tienes treinta segundos, quizá menos.»

Pero la imagen que vio reflejada en el espejo lo detuvo.

«Oh, Dios mío.» Sabía que no tenía buen aspecto, pero la verdad era que Pope le había dado una paliza tremenda. El tamaño del labio superior era el doble que el del inferior, tenía la nariz hinchada y amoratada como una fresa podrida, un corte cosido con lo que debían de ser veinte puntos le recorría la mejilla derecha, y sus ojos...

Era un milagro que pudiera ver algo. Estaban morados y la piel hinchada se replegaba sobre sí misma como si hubiera sufrido una grave reacción alérgica.

Pero ahora no tenía tiempo de preocuparse por ello.

Dio un puñetazo en la esquina inferior derecha del espejo y mantuvo el puño envuelto con la toalla contra el cristal roto para que los fragmentos no cayeran al suelo.

El golpe había sido perfecto: destrozos mínimos, fragmentos grandes.

Rápidamente, cogió los pedazos de cristal roto con la mano libre, los dejó en el lavabo y escogió el más grande.

Entonces se quitó la toalla de la mano derecha, apagó la luz y salió a tientas de la habitación.

No se veía nada, salvo una delgada línea de luz bajo la puerta.

Se acercó y pegó la oreja.

Apenas se oía nada, pero pudo distinguir cómo a lo lejos se abrían y cerraban puertas.

Estaban inspeccionando todas las habitaciones y, a juzgar por lo lejanos que sonaban los portazos, Ethan supuso que todavía se encontraban en el pasillo principal.

Esperaba no estar equivocado.

Se preguntó si las puertas del ascensor aún estarían abiertas. Si sus perseguidores veían que la cabina estaba en esa planta, sin duda deducirían que se encontraba en el sótano. Él y Beverly deberían haber enviado el ascensor de vuelta a la tercera planta, pero ahora ya no había forma de corregir eso.

Extendió el brazo y cogió la manilla.

Mientras la abría lentamente, procuró apaciguar su respiración para bajar las pulsaciones a un nivel que no lo hiciera sentir al borde del desmayo.

En cuanto el resbalón de la puerta quedó libre, Ethan tiró suavemente de ella.

La abrió cinco centímetros. Afortunadamente, las bisagras permanecieron en silencio.

Un largo triángulo de luz se extendió por el suelo de cuadros bajo sus pies desnudos.

Los portazos se oían cada vez más alto.

Agarró con firmeza el trozo de cristal y lo fue deslizando lentamente entre la puerta abierta y el marco, milímetro a milímetro, hasta que el reflejo del pasillo quedó a la vista.

Vacío.

Otra puerta se cerró.

Entre portazo y portazo, sólo se oían las pisadas de unos zapatos con suela de goma. Uno de los tubos fluorescentes que había cerca no funcionaba bien. Parpadeaba intermitentemente, alternando estallidos de luz y oscuridad.

La sombra precedió a la persona —un ligero oscurecimiento del suelo en las proximidades del mostrador de enfermería— y luego apareció la enfermera Pam.

Se detuvo en la intersección de los cuatro pasillos y permaneció un momento completamente inmóvil, con algo en la mano derecha que Ethan no pudo identificar, aunque uno de sus extremos desprendía reflejos.

Pasados treinta segundos, la enfermera se volvió y comenzó a recorrer el pasillo en el que se encontraba Ethan. Caminaba cuidadosa y resueltamente mediante zancadas cortas y precisas, y lucía una sonrisa que parecía demasiado amplia para su

rostro.

Tras dar unos cuantos pasos, se detuvo y se arrodilló para inspeccionar algo que había en el linóleo. Con la mano libre, pasó un dedo por el suelo y lo alzó. Ethan sintió una punzada de ansiedad al ver de qué se trataba. Por eso Pam había sabido qué pasillo tomar.

Agua del impermeable de Beverly.

Y la iba a conducir directamente a la habitación en la que se encontraba ésta.

La enfermera se puso en pie.

Comenzó a caminar lentamente, estudiando el linóleo a medida que avanzaba por las baldosas.

Ethan advirtió que el objeto que llevaba en la mano era una jeringuilla.

—Señor Burke... —dijo la enfermera.

Él no esperaba que dijera nada, y el sonido de su clara y maligna voz resonando por los pasillos vacíos del hospital le provocó un escalofrío en la columna vertebral.

—Sé que está por aquí. Y sé que puede oírme.

Se estaba acercando demasiado. Ethan comenzó a temer que, de un momento a otro, la enfermera viera el espejo que él sostenía en la mano.

Volvió a meter el fragmento de cristal en la habitación y cerró la puerta con todavía más cuidado y precisión que al abrirla.

—Como es usted mi nuevo paciente favorito —prosiguió la enfermera—, le voy a hacer una proposición especial.

Ethan advirtió algo en la base de su cráneo, una calidez que comenzaba por su columna y los huesos de sus brazos y piernas, y se extendía hasta las puntas de los dedos de las manos y los pies.

También podía notarlo detrás de los ojos.

La droga le estaba empezando a hacer efecto.

—Pórtese bien, salga ahora mismo y le haré un regalo.

No podía oír los pasos de la enfermera, pero, a medida que se adentraba en el pasillo, su voz era cada vez más alta.

—El regalo, señor Burke, es anestesia para su operación. Espero que comprenda que, si todavía no le ha hecho efecto, la droga que le he suministrado hace diez minutos lo va a dejar inconsciente de un momento a otro. Y, si me he de pasar una hora registrando todas las habitaciones hasta encontrarlo, me voy a enfadar mucho. Y será mejor que no me enfade mucho, porque ¿sabe qué sucedería? Cuando finalmente lo encuentre, no lo operaremos inmediatamente. Dejaremos que se le pase el efecto de la anestesia. Se despertará en la mesa de operaciones. Sin ataduras ni esposas, pero no será capaz de moverse porque le habré suministrado una dosis gigantesca de suxametonio, una droga paralizante. ¿Se ha preguntado alguna vez qué siente uno cuando lo operan? Bueno, señor Burke, podrá usted disfrutar de su propio *show* privado.

Por el volumen de su voz, calculó que ahora Pam debía de haber recorrido la

mitad del pasillo y se encontraba a menos de un metro y medio.

—Lo único que podrá hacer es parpadear. Ni siquiera será capaz de gritar cuando note cómo lo cortan, cosen y taladran. O nuestros dedos removiendo su interior. La operación durará horas, y usted permanecerá vivo, despierto y completamente alerta durante cada agónico segundo. Algo digno de una obra de terror.

Ethan colocó la mano en la manilla de la puerta. Podía sentir los efectos de la droga envolviéndole el cerebro, inundándolo hasta las puntas de las orejas. Se preguntó cuánto tiempo más podría permanecer en pie antes de que sus piernas cedieran.

«Ábrela lentamente. Muy lentamente.»

Apretó con fuerza la manilla, esperó a que la enfermera volviera a hablar y cuando lo hizo comenzó a abrir la puerta.

—Sé que puede oír mi voz, señor Burke. Estoy justo delante de la puerta de la habitación en la que se encuentra. ¿Está en la ducha? ¿Debajo de la cama? ¿Quizá detrás de la puerta, esperando a que pase de largo? —dijo, y se rio.

El resbalón cedió.

Ethan estaba convencido de que la enfermera se encontraba de espaldas a él y de cara a la habitación en la que se escondía Beverly, pero ¿y si no era así?

—Tiene diez segundos para salir, o mi generosa oferta de la anestesia expirará. Diez...

Ethan comenzó a abrir la puerta muy lentamente.

—Nueve...

Siete centímetros.

—Ocho...

Quince centímetros.

El pasillo volvió a quedar a la vista, y lo primero que divisó fue la melena caoba de la enfermera Pam.

Estaba justo delante.

—Siete...

De cara a la puerta de Beverly.

—Seis...

Agarraba la jeringuilla con la mano derecha como si de un cuchillo se tratara.

—Cinco...

Ethan siguió abriendo la puerta lentamente, dejando que las bisagras se deslizaran silenciosamente.

—Cuatro...

La detuvo antes de que golpeará contra la pared y permaneció de pie bajo el umbral.

—Tres...

Echó un vistazo al suelo para asegurarse de que no proyectaba ninguna sombra, aunque, si lo hubiera hecho, el tubo fluorescente parpadeante lo habría enmascarado

de todos modos.

—Dos, y uno. Ahora estoy enfadada. Muy muy enfadada. —La enfermera sacó algo del bolsillo y dijo—: Me encuentro en el sótano, en el ala oeste. Estoy segura de que está aquí. Esperaré a que lleguéis. Cambio.

Se oyó el crepitante ruido del *walkie-talkie* y luego una voz masculina:

—Oído. Vamos hacia allí.

A causa de la droga, a Ethan le habían comenzado a flaquear las rodillas y su vista estaba empeorando. Ahora veía borroso y doble.

De un momento a otro, llegaría más gente.

Tenía que actuar cuanto antes.

«Vamos, vamos, vamos», se dijo a sí mismo, pero no estaba seguro de si tendría la fuerza o la claridad mental necesarias.

Retrocedió unos pasos para tomar carrerilla, respiró hondo y arremetió.

Recorrió las siete zancadas que los separaban en apenas dos segundos.

Y chocó violentamente con la espalda de la enfermera. Ésta salió despedida hacia el otro lado del pasillo y se golpeó la cara contra la pared de hormigón.

Fue un impacto duro y devastador que la tomó completamente desprevenida, de modo que la velocidad y la exactitud de su reacción sorprendieron a Ethan. La enfermera echó el brazo derecho hacia atrás y le clavó la aguja en el costado.

Ethan sintió un dolor profundo, penetrante y cegador.

Se tambaleó con pasos vacilantes.

La enfermera se dio la vuelta. Tenía sangre en el costado derecho de la cara a causa del golpe que se había dado contra el hormigón. Echó hacia atrás la mano que sostenía la aguja y se abalanzó sobre él.

Él se habría defendido si hubiera podido ver bien, pero sus ojos parecían estar aletargados y las imágenes se arrastraban por su campo de visión como si hubiera tomado LSD.

Pam arremetió de nuevo. Él intentó esquivarla, pero calculó mal la distancia y ella consiguió clavarle la aguja en el hombro izquierdo.

Cuando la sacó, el dolor casi derriba a Ethan.

La enfermera lo sorprendió entonces con una patada en pleno plexo solar. Su fuerza lo hizo salir despedido contra la pared y lo dejó momentáneamente sin respiración. Ethan no había pegado nunca a una mujer, pero no podía evitar pensar en lo satisfactorio que resultaría darle un codazo en la mandíbula a esa zorra.

Posó la mirada en la aguja que la enfermera tenía en la mano y pensó: «Otra vez no, por favor».

Intentó alzar los brazos para protegerse la cara, pero apenas podía moverlos.

Los sentía pesados y lentos.

—¿No preferiría haber salido antes, cuando se lo he pedido amablemente? —dijo la enfermera.

Él lanzó un gancho que ella esquivó con facilidad al tiempo que le daba un rápido

puñetazo y le volvía a romper la nariz.

—¿Quiere que le vuelva a clavar la jeringuilla? —preguntó.

Él se habría abalanzado sobre Pam para tirarla al suelo e inmovilizarla, pero, teniendo en cuenta la aguja y los mercurios que estaban sus sentidos, acercarse demasiado a ella no parecía una buena idea.

Pam se rio y dijo:

—Está a punto de desfallecer. La verdad, esto resulta incluso divertido.

Ethan se apoyó en la pared y, arrastrando los pies, intentó alejarse de ella. La enfermera fue detrás de él y se dispuso a clavarle la jeringuilla de nuevo.

—Vamos a jugar a un pequeño juego —dijo Pam—. Yo intento clavarle la aguja y usted intenta detenerme.

Ella arremetió, pero él no sintió ningún dolor.

Había amagado. Estaba jugando con él.

—La siguiente, señor Burke, va a...

Algo golpeó a la enfermera con fuerza en un lado de la cabeza.

Pam cayó al suelo y se quedó inmóvil. A su lado, estaba Beverly, iluminada por el frenético parpadeo del fluorescente. Todavía sostenía la silla metálica con la que había golpeado a la enfermera, y parecía sorprendida por lo que acababa de hacer.

—Hay más gente de camino —dijo él.

—¿Puedes andar?

—Ya veremos.

Beverly tiró la silla a un lado y se acercó a Ethan.

—Apóyate en mí si pierdes el equilibrio.

—Ya lo he perdido.

Se cogió del brazo de la mujer y comenzaron a recorrer el pasillo. Para cuando llegaron al mostrador de enfermería, él apenas podía poner un pie delante del otro.

Echó un vistazo hacia atrás y vio que la enfermera intentaba incorporarse.

—Más rápido —dijo Beverly.

Aceleraron el paso. El pasillo principal todavía estaba vacío.

Ethan tropezó dos veces, pero en ambas ocasiones Beverly lo sostuvo y evitó que se cayera.

Los párpados le pesaban cada vez más. El sedante descendía sobre su cuerpo como una manta cálida y húmeda. Lo único que deseaba era encontrar un rincón tranquilo en el que acurrucarse y dormir hasta que se le pasara el efecto.

—¿Sigues consciente? —preguntó ella.

—Por poco tiempo.

La puerta que había al fondo del pasillo se encontraba a cinco metros.

—Vamos —dijo ella—. Ya los oigo bajando la escalera.

Él también lo podía oír: una confusión de voces y numerosos pasos.

Al llegar al final del pasillo, Beverly abrió la puerta y ayudó a Ethan a cruzarla. Llegaron a una estrecha escalera cuyos seis escalones conducían a otra puerta con un

letrero de SALIDA en rojo.

En cuanto ambos hubieron cruzado la primera puerta, ella se detuvo y dejó que se cerrara suavemente a sus espaldas.

Él oyó entonces las voces de la gente que llegaba al pasillo. Parecía como si sus pasos se alejaran, pero no estaba seguro.

—¿Nos han visto? —preguntó.

—No lo sé —contestó ella.

Ethan tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para ascender esos últimos escalones que conducían a la salida. Finalmente, salieron a la oscuridad. De inmediato, notó el pavimento mojado bajo sus pies y la fría lluvia filtrándose a través de la delgada tela de su bata.

Apenas se tenía en pie, pero Beverly siguió tirando de él en dirección a la acera.

—¿Adónde vamos? —preguntó él.

—Al único lugar en el que sé que no te encontrarán.

Él la siguió a una oscura calle.

No circulaba ningún coche y, a causa de la densa lluvia, apenas se veían las luces de las farolas y de las casas.

Recorrieron la acera hasta una tranquila calle. Pasada la segunda manzana, Ethan se detuvo e intentó sentarse en la hierba, pero la mujer no se lo permitió.

—Todavía no —dijo.

—No puedo seguir caminando. Apenas siento las piernas.

—Una manzana más, ¿de acuerdo? Puedes hacerlo. Tienes que hacerlo si quieres seguir con vida. Te prometo que dentro de cinco minutos podrás tumbarte y descansar.

Él se irguió y continuó andando a trompicones detrás de ella hasta llegar a una manzana a partir de la cual ya no había más casas ni farolas.

Entraron en un cementerio repleto de lápidas en ruinas intercaladas con matorrales de robles y pinos. Hacía mucho tiempo que los jardineros no cuidaban de él, y la hierba y los matojos le llegaban a Ethan por la cintura.

—¿Adónde me llevas? —dijo arrastrando unas palabras que su boca apenas podía pronunciar.

—Todo recto.

Se abrieron paso entre estatuas y lápidas, la mayoría tan erosionadas que Ethan no podía leer el texto grabado en ellas.

Tenía frío, la bata empapada y los pies llenos de barro.

—Aquí es.

Beverly señaló un pequeño mausoleo de piedra que se erguía en un bosquecillo de álamos. Él consiguió recorrer a duras penas los últimos seis metros y se desplomó entre los escombros de las dos macetas de piedra que flanqueaban la entrada.

La mujer tuvo que empujar tres veces con el hombro para que la puerta de hierro se abriera. Sus bisagras chirriaron con suficiente fuerza para despertar a los muertos.

—Necesito que entres —dijo ella—. Vamos, ya casi has llegado. Sólo un metro más.

Él abrió los ojos y subió a rastras los escalones que conducían a la estrecha entrada, a refugio de la lluvia. Beverly cerró la puerta tras ellos y, por un momento, la oscuridad en el interior de la cripta fue total.

Luego, Beverly encendió una linterna. El haz de luz atravesó la oscuridad e iluminó los colores de la vidriera que había en la pared del fondo.

La imagen mostraba unos rayos de sol atravesando las nubes e iluminando un solitario árbol en flor.

Ethan se desplomó sobre la fría piedra mientras ella abría una bolsa de lona.

Sacó una manta, la desplegó y la extendió sobre él.

—También tengo algo de ropa para ti —dijo—, pero ya te vestirás cuando te despiertes.

Él temblaba violentamente y se resistía a caer en la inconsciencia, porque había cosas que quería preguntar, que necesitaba saber. No quería arriesgarse a que ella no estuviera allí cuando se despertara.

—¿Qué es Wayward Pines? —preguntó.

La mujer se sentó a su lado y dijo:

—Cuando te despiertes, te...

—No, dímelo ahora. En los últimos dos días he visto cosas que son imposibles. Cosas que me hacen dudar de mi cordura.

—No estás loco. Sólo están intentando hacerte creer que lo estás.

—¿Por qué?

—Eso ya no lo sé.

Se preguntó si podía creer en ella y concluyó que, teniendo en cuenta su situación, sería mejor pecar de escéptico.

—Me has salvado la vida y te lo agradezco —dijo—, pero no puedo evitar preguntarme... ¿Por qué, Beverly? ¿Por qué eres la única persona en Wayward Pines que no pretende hacerme daño?

Ella sonrió.

—Porque ambos queremos lo mismo.

—¿El qué?

—Salir de aquí.

—Es imposible hacerlo por carretera, ¿verdad?

—Así es.

—Lo intenté hace varios días. ¿Qué es lo que pasa?

—Ethan, deja que la droga te haga efecto. Ya te lo explicaré todo cuando te despiertes. Te contaré todo lo que sé y cómo creo que podemos salir de aquí. Cierra los ojos.

Él no quería, pero no podía impedirlo.

—No estoy loco —dijo él.

—Ya lo sé.

Su cuerpo había entrado en calor bajo la manta y el temblor había comenzado a remitir.

—Dime una cosa —dijo—. ¿Cómo terminaste en Wayward Pines?

—Era representante de IBM. Vine aquí por una venta. Iba a equipar la sala de informática de la escuela local con nuestro Tandy 1000. Al llegar al pueblo, tuve un accidente de tráfico. Un camión salió de la nada y chocó contra mi coche. —Su voz se iba volviendo cada vez más suave, más lejana, más difícil de seguir—. Me dijeron que había sufrido un traumatismo encefálico y había perdido la memoria, razón por la cual mi primer recuerdo de este pueblo es despertarme una tarde junto al río.

Ethan quiso decirle que a él le había pasado lo mismo, pero no pudo abrir la boca para hablar. La droga se abrió camino por su sistema como un *tsunami*, engulléndolo por completo.

Iba a quedarse dormido de un momento a otro.

—¿Cuándo? —consiguió preguntar.

Ella no lo oyó. Tuvo que inclinarse hacia él y acercar el oído a su boca. Ethan, por su parte, hizo acopio de todas sus fuerzas para repetir la pregunta.

—¿Cuándo... llegaste... aquí? —susurró, aferrándose a sus palabras como si fueran un salvavidas que podía mantenerlo a flote. A pesar de ello, seguía hundiéndose y apenas le quedaban unos segundos de consciencia.

—Nunca olvidaré el día en que llegué. En muchos sentidos, es el día en que morí. Desde entonces, nada ha vuelto a ser igual. Fue una hermosa mañana de otoño. El cielo era de un azul profundo. Los álamos estaban cambiando de color. Fue el 3 de octubre de 1985. De hecho, la semana que viene es mi cumpleaños. Habré pasado en Wayward Pines todo un año.

Beverly no se atrevió a abrir la puerta. Prefirió echar un vistazo por un panel de la vidriera al que le faltaba el cristal. No vio nada en la oscuridad de la medianoche ni oyó nada, salvo el ruido de la lluvia que caía sobre la hierba, los árboles y el tejado del mausoleo.

Ethan estaba inconsciente a causa de la droga y, en cierto modo, lo envidiaba.

Cuando dormía, soñaba.

Con su vida anterior.

Con un hombre con el que con toda seguridad se habría casado.

Con su casa en Boise.

Con todos los planes que habían hecho juntos.

Con los niños que había esperado traer al mundo; a veces incluso soñaba con sus rostros.

Al despertar, seguía en Wayward Pines.

Ese hermoso infierno.

Cuando llegó, los acantilados que rodean el pueblo la impresionaron y maravillaron. Ahora, los odiaba por lo que eran y por aquello en lo que se habían convertido: barrotes de una prisión de la que nadie podía salir. Y los pocos que lo intentaban...

Todavía tenía pesadillas sobre esas noches.

El ruido de quinientos teléfonos sonando a la vez.

Los gritos.

«Esta noche no..., eso no va a suceder esta noche.»

La mujer se quitó el impermeable y se acercó a Ethan, que seguía acurrucado bajo la manta y contra la pared. Cuando su respiración finalmente se apaciguó, ella sacó una navaja del bolsillo exterior de la bolsa de lona.

Era plegable, estaba oxidada y no tenía filo, pero era lo único que había conseguido encontrar.

Tiró de la manta y le subió la bata de hospital. Luego le pasó la mano por la pierna hasta que notó el bulto en la parte trasera del muslo.

Dejó que sus dedos se entretuvieran más tiempo del necesario. Se odió por ello, pero había pasado mucho tiempo desde que había tocado a un hombre o uno la había tocado a ella.

Se había planteado la posibilidad de avisarlo, pero su estado lo había impedido y quizá era mejor así. De todas formas, era afortunado. Ella no había contado con el beneficio de la anestesia cuando se hizo esto a sí misma.

Dejó la linterna en el suelo de piedra para que iluminara la parte posterior del muslo izquierdo de Ethan.

Estaba cubierto de cicatrices.

El bulto no se veía, sólo se notaba —y muy poco— si uno sabía dónde tocar

exactamente.

Abrió la navaja que había esterilizado dos horas atrás con algodón y alcohol. El estómago se le revolvió al pensar en lo que iba a hacer, y rezó para que el dolor no lo despertara.

9

Ethan soñó que estaba atado y que algo le comía la pierna a pequeños bocados lo bastante profundos para hacerlo llorar en sueños.

Se despertó de golpe.

Gritando.

Lo rodeaba la oscuridad, y la parte posterior del muslo izquierdo le ardía con un dolor que conocía demasiado bien: alguien le estaba haciendo un corte.

Durante un terrible momento, tuvo la sensación de que se encontraba en aquella sala de tortura con el encapuchado Aashif, colgado del techo por las muñecas, con los tobillos encadenados al suelo y el cuerpo en tensión para que no pudiera forcejear o moverse por insoportable que fuera el dolor.

Alguien le sacudió los hombros.

Una voz de mujer dijo su nombre.

—Ethan, ya está, ya he terminado.

—Basta, por favor. Oh, Dios, basta, por favor.

—Estás a salvo. Te lo he sacado.

Parpadeó varias veces hasta que pudo enfocar el haz de luz que iluminaba el suelo.

Bajo esa luz indirecta, pudo distinguir unas paredes de piedra, dos criptas, una vidriera, y finalmente comenzó a recordarlo todo.

—¿Sabes dónde estás? —preguntó Beverly.

La pierna le dolía tanto que pensaba que iba a vomitar.

—Mi pierna..., le pasa algo.

—Ya lo sé. He tenido que sacar algo que había dentro.

Su cabeza empezó a despejarse. El hospital, el *sheriff*, su intento de marcharse del pueblo: poco a poco todo volvía a él. Sus recuerdos se iban organizando en una secuencia con sentido. También creía haber visto a Kate, pero no estaba seguro. Eso parecía más bien un sueño. O una pesadilla.

Con renovada claridad, el dolor que sentía en la pierna le dificultaba concentrarse en nada más.

—¿De qué estás hablando? —preguntó él.

Ella alzó la linterna para iluminarse la mano izquierda. Entre el pulgar y el índice sostenía algo que parecía un microchip. En el dispositivo semiconductor todavía se podían ver restos de sangre seca.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Su modo de monitorizar y seguir a la gente.

—¿Llevaba eso en la pierna?

—Todo el mundo lo lleva.

—Dámelo.

—¿Por qué?

—Para poder hacerlo pedazos.

—No, no, no. Es mejor que no lo hagas. Si no, sabrán que te lo has quitado. —Se lo dio—. Tíralo en el cementerio cuando nos vayamos.

—¿No nos encontrarán aquí?

—Ya me he escondido aquí antes con el chip. Estas gruesas paredes de piedra interfieren con la señal. Pero no podemos quedarnos aquí mucho tiempo. Pueden rastrear el chip en un radio de unos cien metros desde el origen de la señal.

Con cierta dificultad, Ethan se incorporó. Al tirar de la manta, dejó al descubierto un pequeño charco de sangre que relucía bajo la luz de la linterna. La incisión que tenía en la parte posterior de la pierna seguía sangrando. Se preguntó a qué profundidad debía de llevarlo. Se sentía mareado. La piel le dolía y estaba sudorosa por la fiebre.

—¿Llevas algo en la bolsa para cerrar la herida? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Sólo cinta de embalar.

—Cógela. Mejor que nada.

Beverly cogió la bolsa de lona y metió la mano dentro.

—¿He soñado que me decías que llegaste aquí en 1985, o es eso cierto? —inquirió él.

—Es cierto. —Sacó la cinta—. ¿Qué hago? No tengo conocimientos médicos.

—Envuélveme la pierna varias veces con ella.

Con mucho cuidado, Beverly comenzó a vendar el muslo de Ethan con la cinta.

—¿Te aprieta?

—No, está bien. Hemos de detener la hemorragia.

La mujer dio cinco vueltas al muslo, cortó la cinta y pegó el extremo.

—Te voy a decir algo que no vas a creer —dijo él.

—A ver.

—Llegué aquí hace cinco días...

—Eso ya me lo habías dicho.

—La fecha era 24 de septiembre de 2012.

Por un momento, ella se lo quedó mirando fijamente.

—¿Has oído hablar alguna vez del iPhone?

Ella negó con la cabeza...

—¿Internet? ¿Facebook? ¿Twitter?

... y siguió haciéndolo.

Ethan prosiguió:

—¿El presidente de Estados Unidos de América se llama...?

—Ronald Reagan.

—En 2008, Estados Unidos eligió a su primer presidente negro, Barack Obama.

¿Has oído hablar del desastre del Challenger?

Ethan advirtió que la linterna comenzaba a temblar en las manos de Beverly.

—No.

—¿De la caída del Muro de Berlín?

—No, no sé de qué me estás hablando.

—¿De las dos guerras del Golfo? ¿Del 11-S?

—¿Estás jugando conmigo? —Frunció el ceño. En parte enfadada, pero también por miedo—. Oh, Dios. Eres uno de ellos, ¿verdad?

—Claro que no. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y seis.

—Y naciste...

—El 1 de noviembre.

—¿De qué año?

—1950.

—Deberías tener sesenta y un años, Beverly.

—No entiendo qué es lo que quiere decir todo esto —dijo ella.

—Ya somos dos.

—La gente de aquí... no habla de cosas que sucedan fuera de Wayward Pines —explicó ella—. Es una de las reglas.

—¿De qué estás hablando?

—Lo llaman «Vivir el momento». No está permitido hablar de política. Ni de tu vida anterior. Ni de cultura popular: películas, libros, música. A no ser que esté disponible en el pueblo. No sé si lo has notado, pero prácticamente no hay marcas. Incluso el dinero es extraño. No me di cuenta hasta hace poco, pero todo lo que circula es de los cincuenta y sesenta. No hay nada posterior. Y tampoco hay calendarios ni periódicos. Sólo sé cuánto tiempo llevo aquí porque llevo un diario.

—¿Y todo esto por qué?

—No lo sé, pero cualquier infracción se castiga con severidad.

Debido a la opresión de la cinta, Ethan podía notar las palpitaciones de la herida en el muslo, pero al menos la hemorragia había remitido. De momento la dejaría así, pero dentro de poco tendría que aflojar la cinta.

—Si descubro que eres uno de ellos... —dijo ella.

—No lo soy, quienquiera que sean ellos.

A los ojos de Beverly comenzaron a aflorar lágrimas. Parpadeó para que cayeran y luego se limpió los relucientes restos de las mejillas.

Ethan se reclinó contra la pared.

Los escalofríos y los dolores estaban empeorando.

Todavía podía oír el repiqueteo de la lluvia contra el tejado, y a través de la vidriera comprobó que aún era de noche.

La mujer cogió la manta del suelo y se la puso a él sobre los hombros.

—Estás ardiendo —dijo ella.

—Antes te he preguntado qué es este sitio, pero no has llegado a contestarme.

—Porque no lo sé.

—Sabes más que yo.

—Cuanto más sabes, más extraño parece. Y menos sabes.

—Llevas aquí un año. ¿Cómo has sobrevivido?

Ella se rio con tristeza y resignación.

—Pues haciendo lo mismo que todo el mundo..., comportándome como si no pasara nada.

—¿A qué te refieres?

—A que todo es fantástico y vivimos en un pueblecito perfecto.

—Donde el paraíso es un hogar.

—¿Cómo dices?

—Donde el paraíso es un hogar. Es algo que leí en un letrero de las afueras del pueblo cuando intentaba salir de aquí en coche.

—Cuando me desperté en Wayward Pines, estaba tan desorientada y todo me dolía tanto a causa del accidente de coche que los creí cuando me dijeron que vivía aquí. Después de deambular bajo la niebla durante todo el día, el *sheriff* Pope me encontró y me llevó a The Biergarten, el *pub* en el que nos conocimos tú y yo. Me dijo que era camarera ahí, a pesar de que en mi vida había trabajado en un bar.

—¿Y le creíste?

—Sufría amnesia, Ethan. En aquel momento, sólo recordaba mi nombre.

—Pero más adelante recobraste la memoria.

—Sí. Y sabía que sucedía algo muy extraño. No podía ponerme en contacto con el mundo exterior. Sabía que ésta no era mi vida. Pero, no sé, había algo siniestro en Pope. A un nivel instintivo, supe que era mejor no preguntarle nada.

»No tenía coche, así que comencé a dar largos paseos hasta las afueras del pueblo. Sin embargo, siempre ocurrían cosas muy raras. Cada vez que llegaba al punto en el que la carretera vuelve sobre sí misma, adivina quién aparecía. Caí en la cuenta de que Pope no era un *sheriff*, sino un carcelero. De todos los que viven aquí. Y supuse que de algún modo controlaba mis movimientos, de modo que durante dos meses procuré mantener un perfil bajo. Iba a trabajar, volvía a casa, hice algunos amigos...

—¿Y estos amigos también hacían como que no pasaba nada?

—No lo sé. Se comportaban con normalidad. Nunca dieron muestra alguna de que las cosas les parecieran fuera de lo común. Al cabo de un tiempo, supuse que lo que mantenía a todo el mundo a raya era el miedo. ¿De qué?, no lo sé. Y desde luego no lo pregunté.

Ethan recordó la barbacoa entre vecinos que había visto en la calle el otro día (Dios, ¿de verdad fue la noche anterior?), y lo normal y perfectamente ordinaria que

le había parecido. Pensó entonces en las pintorescas casas victorianas de Wayward Pines y en las familias que vivían en ellas. ¿Cuántos residentes —reclusos— debían de mantener una apariencia fuerte y despreocupada durante el día, pero por la noche permanecían en sus camas insomnes y aterrados, intentando comprender la razón por la que los habían encerrado en esa paradisíaca prisión? Supuso que más de uno. Pero el ser humano siempre se adapta. Otros tantos debían de haberse convencido a sí mismos y a sus hijos de que las cosas eran exactamente como deberían ser. Y como habían sido siempre. ¿Cuántos debían de vivir el día a día, el momento, apartando de sí cualquier pensamiento o recuerdo de su vida anterior? Es más fácil aceptar aquello que no se puede cambiar que arriesgarlo todo e ir en pos de lo desconocido. De lo que hay más allá. Muchos reclusos de larga duración se suicidan o vuelven a cometer un crimen cuando se encuentran ante la perspectiva de una vida fuera de los muros de la prisión. Allí debía de suceder lo mismo.

Beverly prosiguió:

—Una noche, en el bar, unos pocos meses después de mi llegada, un tipo me pasó una nota. Ponía: «Mira la parte posterior de tu muslo izquierdo». Esa noche, en la ducha, lo noté por primera vez. Un pequeño bulto: tenía algo bajo la piel. Pero no sabía qué se suponía que debía hacer al respecto. A la noche siguiente, el tipo regresó al bar. Y me escribió un nuevo mensaje, esta vez en la cuenta: «Sácatelo. No lo destruyas. Así es como siguen tus pasos».

»Las tres primeras veces, me acobardé. A la cuarta, me armé de valor y lo hice. De día, siempre llevaba el chip conmigo. Como cualquier otra persona del pueblo. Y lo extraño es que había momentos en que esa realidad casi me parecía normal. Estaba en casa de alguien cenando, o en una fiesta a la que me había invitado algún vecino, y de repente tenía la sensación de que quizá las cosas siempre habían sido así y que mi vida anterior era un sueño. Comencé a entender por qué la gente llegaba a aceptar la vida en Wayward Pines.

»De noche, cuando mi turno en el *pub* terminaba, me iba a casa, dejaba el chip en la cama, donde se suponía que yo debía estar, y volvía a salir. Cada noche en una dirección distinta. Siempre llegaba a un callejón sin salida. Hacia el norte, este y oeste están esos altos acantilados. Intenté treparlos varias veces, pero, inevitablemente, los salientes eran cada vez más estrechos y al final siempre me quedaba sin asideros o llegaba a un punto en el que no tenía narices de seguir escalando. En la base de esos acantilados vi bastantes esqueletos; huesos viejos y rotos. Humanos. Gente que los había intentado escalar y se había caído.

»En mi cuarta salida nocturna, decidí ir hacia el sur por la carretera principal, la que me había traído a Wayward Pines. Descubrí lo mismo que tú: volvía sobre sí misma de nuevo hacia el pueblo en un bucle infinito. Pero seguí hacia el sur por el bosque. Y tras casi un kilómetro llegué a una cerca.

—¿Una cerca? —preguntó Ethan. Las palpitaciones del muslo se habían vuelto insoportables. Peor incluso que el dolor de la incisión de Beverly. Aflojó la cinta

adhesiva.

—Medía unos seis metros de alto y se extendía en ambas direcciones hasta donde me alcanzaba la vista. Había alambre de espino en lo alto, y zumbaba como si estuviera electrificada. Cada cuatro metros se repetía el mismo letrero: REGRESE A WAYWARD PINES. MÁS ALLÁ DE ESTE PUNTO MORIRÁ.

Ethan volvió a vendarse la pierna con la cinta.

Las palpitaciones remitieron. Todavía sentía dolor, pero parecía haberse apagado.

—¿Encontraste algún modo de pasar?

—No. Comenzaba a amanecer y pensé que sería mejor regresar al pueblo. Cuando me di la vuelta, había un hombre delante de mí. Al principio me asaltó el pánico, pero luego vi de quién se trataba.

—¿El tipo que te había dicho lo del chip?

—Así es. Dijo que me había seguido. Todas las noches que había salido.

—¿Quién era? —preguntó él, y no podía estar seguro con tan poca luz, pero le pareció que el rostro de Beverly se ensombrecía ligeramente.

—Bill.

Un cosquilleo, parecido a una corriente de baja intensidad, recorrió el cuerpo de Ethan.

—¿Cuál era su apellido? —preguntó.

—Evans.

—Dios mío.

—¿Qué?

—Evans era el hombre muerto que encontré en la casa a la que me enviaste.

—Sí. Quería que comprendieras lo peligroso que es este sitio.

—Mensaje recibido. Evans era uno de los agentes del Servicio Secreto que vine a buscar a Wayward Pines.

—No sabía que Bill trabajaba en el Servicio Secreto. No me contó nada sobre lo que llamábamos «nuestras vidas anteriores».

—¿Cómo murió?

Beverly recogió la linterna del suelo. Su bombilla estaba comenzando a perder intensidad.

La apagó.

Oscuridad total.

El rumor de la lluvia y nada más.

—Sucedió la noche que intentamos escapar. Todavía no entiendo exactamente cómo nos descubrieron. Dejamos los microchips en nuestras camas, tal y como habíamos hecho tantas otras veces antes. Bill y yo nos reunimos en el lugar que habíamos acordado..., pero no tuvimos la menor oportunidad.

Ethan advirtió que el dolor quebraba su voz.

—Tuvimos que huir por separado —dijo ella—. Yo conseguí llegar a casa, pero a él lo atraparon y lo despedazaron.

—¿Quién lo despedazó?

—Todo el mundo.

—¿Quién es todo el...?

—Todo el pueblo, Ethan. Lo oí gritar desde casa, pero no podía hacer nada. Al final, lo comprendí. Me di cuenta de qué era lo que retenía a todo el mundo aquí.

Durante lo que pareció un momento muy muy largo, ninguno de los dos dijo nada.

Finalmente, Ethan habló:

—Yo no llegué a la cerca, pero me adentré en el bosque más allá de la curva de la carretera que hay en el extremo sur del pueblo. Anoche. Y juraría que oí algo.

—¿Qué?

—Un grito. O un rugido. Puede que algo a medio camino entre ambas cosas. Lo extraño fue que tuve la sensación de que ya lo había oído antes. En un sueño. O en otra vida. Sentí un miedo parecido al que me habría provocado el aullido de un lobo. Algo profundamente atávico. Mi única respuesta fue correr. Ahora que me hablas de esta cerca electrificada, me pregunto por qué está ahí. ¿Para mantenernos encerrados? ¿O para mantener alejado algo que está fuera?

Al principio, Ethan creyó que el ruido estaba únicamente en su cabeza; que se trataba de algún efecto secundario de la droga que la enfermera le había administrado, o de los golpes en la cabeza que le había dado Pope y todo lo que había sufrido desde entonces.

Pero el ruido fue rápidamente en aumento.

Era un timbre.

No.

Muchos timbres.

Cientos y cientos.

—¿Qué es eso? —preguntó al tiempo que se ponía en pie.

Beverly ya estaba en la puerta, forcejeando para abrirla. Finalmente, las bisagras chirriaron, una ráfaga de aire frío entró en la cripta y el ruido se hizo más alto.

Él se dio cuenta de lo que era.

El sonido de quinientos teléfonos giratorios sonando a la vez, inundando el valle con un claro y siniestro timbre.

—Oh, Dios —dijo Beverly.

—¿Qué sucede?

—Así es como empezó todo la noche en la que Bill murió.

—No lo entiendo.

—Todos los teléfonos de todas las casas de Wayward Pines están sonando. Le van a decir a la gente que te busque y te mate.

Ethan había comprendido las palabras de Beverly, pero apenas era vagamente consciente de que debería estar muerto de miedo. Era algo que sabía, pero que no sentía, pues su mente ya se estaba replegando sobre sí misma y deslizándose a ese

estado de supervivencia adrenalínico e insensibilizado que había experimentado otras veces cuando había tenido la mala suerte de encontrarse de frente con la muerte. No había lugar para pensamientos o emociones menores y superfluos. Debía desviar y canalizar toda su energía en lo único que podría mantenerlo con vida: la percepción sensorial.

—Iré a tirar el chip y me esconderé aquí —dijo él.

—En Wayward Pines viven más de quinientas personas, y todas estarán buscándote. Imagino que, en algún momento, alguien vendrá aquí. Será mejor que no estés cuando eso ocurra.

Ethan le cogió la linterna de la mano y la encendió. Cojeando, se acercó a la bolsa de lona.

—¿Qué hay aquí dentro? —preguntó, arrodillándose junto a la bolsa.

—Ropa para ti. Zapatos. No sé si he acertado tu talla.

—¿Armas?

—Lo siento. No pude conseguir ninguna.

Ethan comenzó a sacar cosas: una camiseta negra de manga larga, unos pantalones vaqueros negros, unos zapatos negros, dos docenas de botellas de agua...

—¡Apaga la luz! —dijo Beverly en voz baja.

Ethan lo hizo.

—Tienes que marcharte ahora —dijo ella—. Están de camino.

—Deja que me vista y...

—Ya están en el cementerio. Puedo ver las linternas.

Él lo dejó todo en el suelo y se acercó a la puerta de hierro. En la oscuridad, distinguió cuatro haces de luz agitándose entre las lápidas.

Parecían estar a unos cientos de metros, aunque con esa lluvia era difícil juzgar la distancia.

Los teléfonos ya no se oían.

—Ve hacia el río, al extremo suroeste del pueblo. Ésa es la ruta que Bill y yo habíamos planeado tomar. Es la única dirección que no he explorado detenidamente. A Bill, que avanzó un poco más, le parecía prometedora.

—¿Dónde nos encontraremos?

—Ve al río y sigue su curso. Ya te encontraré.

Beverly se puso la capucha del impermeable en la cabeza, salió del mausoleo y apretó a correr. Ethan oyó cómo el ruido de sus pasos se alejaba hasta que pronto quedaron ahogados por la lluvia.

Él se quedó un momento en el umbral, alternando la atención entre las luces que se acercaban y la oscuridad total de la cripta, y preguntándose si tendría dos minutos para vestirse y recoger los suministros o era mejor que se largara.

Los haces de luz estaban cada vez más cerca. Los cuatro se movían en dirección al mausoleo, y ya se podían oír las voces de los portadores de las linternas.

«Decídete, maldita sea.»

Estaba malgastando unos segundos preciosos.

«Si te pillan en la cripta, eres hombre muerto. No hay escapatoria, y llegarán antes de que te hayas vestido.»

Salió corriendo.

Iba vestido únicamente con la bata del hospital y estaba descalzo: podía notar la hierba y los fríos charcos de barro bajo sus pies.

La lluvia lo estaba empapando.

Le dolía todo el cuerpo.

Y tenía escalofríos.

A cada zancada, sentía una punzada de dolor en el muslo izquierdo.

Hizo caso omiso a todo —el miedo, el dolor, el frío— y continuó corriendo entre los pinos y esquivando lápidas.

Los cuatro haces de luz a su espalda no parecían haber advertido su marcha, pues seguían una trayectoria perpendicular en dirección al mausoleo.

La oscuridad era casi total, y la desorientación de Ethan, absoluta. No tenía ni idea de si se estaba dirigiendo hacia el norte o el sur, ni si se estaba aproximando al pueblo o alejándose de él, pero siguió corriendo hasta que llegó al muro de piedra que constituía el destartado límite del cementerio.

Lo trepó y se quedó un momento sentado encima a horcajadas para recobrar el aliento y echar un vistazo al camino que había recorrido.

Más luces.

Al menos doce personas más se habían añadido a las cuatro primeras, y a cada segundo aparecían varias más. Era un verdadero ejército de luciérnagas emergiendo en la oscuridad. Todos se dirigían hacia él con un balanceo que le hizo temer que la gente que sostenía las linternas estaba corriendo.

Ethan tiró el chip junto al muro de piedra.

Luego se dejó caer al otro lado. No pudo evitar una mueca ante el intenso dolor que sintió en el muslo izquierdo, pero lo ignoró y comenzó a correr por un campo de hierba recién cortada.

A lo lejos, el haz de luz de una farola, difuminado por la densa cortina de lluvia, iluminaba el equipamiento de un parque.

Más allá, en una oscura arboleda de pinos, más linternas y más voces.

Oyó un grito procedente del cementerio y, a pesar de no estar seguro de si iba dirigido a él, tuvo el efecto de acelerarle el pulso.

Al acercarse al columpio y al tobogán, cayó en la cuenta de dónde estaba. El rumor de agua corriente que se oía por encima de la lluvia y los latidos de su corazón se lo confirmaron.

Aunque no podía verla por la oscuridad, a su izquierda se encontraba la herbosa ribera en la que se había despertado cinco días atrás.

Y el río.

Estuvo a punto de girar para dirigirse hacia él, pero de repente vio una luz donde

suponía que estaba la orilla.

Ethan dejó atrás el tobogán, se abrió paso a través de un seto que casi le arranca la delgada bata y salió a la calle.

La bata colgaba a jirones de su cuello igual que una capa andrajosa.

Como le impedía respirar, terminó quitándosela. Habría necesitado un minuto entero para recobrar el aliento, pero no tenía tiempo de detenerse y reabastecer sus pulmones.

Las luces del cementerio, el río y los pinos que había en el extremo norte del parque habían convergido en ese campo abierto. Ahora, el enjambre luminiscente se dirigía hacia él como una entidad única, acompañado por una confusión de voces ebrias por la mareante euforia de la cacería.

Ethan sintió una descarga de adrenalina en la sangre.

Siguió corriendo calle arriba completamente desnudo. Sus embarrados pies pisaban con fuerza la calle encharcada mientras la lluvia le golpeaba el rostro.

Se dio cuenta de que su objetivo había cambiado.

Era mejor que se olvidara de alcanzar el río. Necesitaba encontrar un lugar en el que esconderse y capear esta locura. No sabía cuánta gente lo estaba persiguiendo ni cuántos lo habían visto ya, pero corriendo desnudo por el pueblo sólo iba a conseguir que lo mataran pronto.

—¡Ahí! —exclamó una voz grave.

Ethan echó un vistazo hacia atrás y vio tres sombras que salían corriendo de una gran casa victoriana. El hombre que iba delante bajó corriendo los escalones, cruzó el patio delantero a toda velocidad y saltó la cerca blanca con considerable habilidad mientras sus compañeros se amontonaban delante de la verja e intentaban abrir el pestillo.

En cuanto llegó a la acera, el saltador aceleró. Iba vestido completamente de negro, y las pisadas de sus botas resonaban por toda la calle. Llevaba un machete cuya hoja resplandecía bajo la luz de las farolas. En el interior de su cabeza, Ethan oyó una voz que, en el apagado tono de un senador filibusterista leyendo un listín telefónico a las tres de la madrugada, le dijo: «Ese hombre está a cincuenta metros, está armado y te va a atrapar. ¿Qué vas a hacer al respecto?».

La ventana del ático es la más alta de la casa.

Tiene forma de lágrima y un alero encima que protege el cristal de la lluvia.

Es tarde y está oscuro. Cualquier otra noche, el rumor de la lluvia sobre el tejado de zinc habría resultado un sonido relajante.

Un sonido con el que dormirse.

Con el que soñar.

Afortunadamente, su teléfono no ha sonado con todos los demás.

Había confiado en que no esperaran que formara parte en esto, y la confirmación resulta un pequeño consuelo en medio de esta pesadilla.

Desde su atalaya del segundo piso, puede ver las linternas encendiéndose a lo largo del valle como las luces de una gran ciudad cobrando vida. Cientos de ellas. La mayoría lejanas, apenas unas motas brillantes bajo la cortina de lluvia. Otras lo bastante cerca para distinguir los conos de luz moviéndose a través de la niebla que se está comenzando a formar.

Cuando lo ve, el corazón le da un vuelco.

Desnudo.

Pálido.

Corriendo como un fantasma por la calle mientras lo persiguen tres hombres vestidos de negro y armados con machetes.

Ella sabía que esto iba a suceder, pero, por más que creyera estar preparada, ver en persona el miedo, el pánico y la desesperación de Ethan... Se tiene que morder el labio para no gritar.

«Estoy viendo su ejecución.»

Ethan desaparece tras los edificios de la calle Mayor y, como si hubiera recibido un perdigonazo en el pecho, ella se da cuenta de que lo ha visto por última vez, pues no piensa ir a la casa de la Primera Avenida para ver lo que queda de él y comprobar el daño que han infligido a su marido, el padre de su hijo.

Más y más gente inunda las calles. Todos corren en dirección a la calle Main.

A pesar del mal tiempo, la atmósfera es carnavalesca y cada vez se ven más disfraces, muchos sin duda preparados con antelación.

Aunque nadie habla nunca de la *fête*, sabe que hay gente que espera con ansia que suene el teléfono.

Y tener así la posibilidad de entregarse al desenfreno a altas horas de la noche.

Y saciar su sed de sangre.

La última vez, ella y Ben se unieron a la muchedumbre —tampoco tuvieron otra alternativa—, y, si bien no formaron parte del grupo que dio la paliza mortal a Bill Evans, sí estuvieron cerca.

Oyó sus gritos y ruegos mientras la muchedumbre se reía de él.

Más tarde, todo el pueblo estuvo festejando el acontecimiento en la calle Main

hasta el amanecer. Corrió el alcohol, hubo fuegos artificiales, bailaron y cantaron. Y, aunque ella no podía evitar sentirse asqueada, una indiscutible sensación de unidad se extendió por la muchedumbre como si el aire mismo estuviera electrificado.

Todo el mundo se abrazaba.

Presa del entusiasmo.

Una noche para la humanidad en toda su maldad, alegría y locura.

Una celebración en el infierno.

En sus cinco años en Wayward Pines, sólo habían tenido lugar cuatro *fêtes*.

La de esta noche era la quinta.

Theresa se seca las lágrimas y se aparta de la ventana.

Cruza lentamente el ático vacío, con cuidado de que sus pisadas no hagan ruido en el crujiente suelo de madera. Si despierta a Ben y éste ve que hay una *fête*, querrá salir y tomar parte en ella.

Desciende la escalera plegable, la vuelve a guardar y cierra la puerta del ático.

Resulta muy extraño permanecer en la primera planta de esta casa silenciosa teniendo en cuenta lo que está sucediendo fuera.

Recorre el pasillo y se detiene en el umbral de la puerta de la habitación de Benjamin.

Está durmiendo.

Tiene doce años y cada día se parece más a su padre.

Observándolo, se pregunta si, cuando lo atrapen, Ethan gritará.

Y si ella lo oirá.

En ese caso, ¿podrá soportarlo?

A veces las cosas parecen normales, como siempre han sido. Otras, en cambio, la tensión latente de las preguntas que ya no se permite formularse a sí misma amenaza con hacerla añicos como un cristal antiguo.

Pronto sonará música en la calle Main y lo más probable es que despierte a su hijo.

Ben querrá saber qué está pasando, y no le mentará.

Ni endulzará la verdad.

Es demasiado listo para eso.

Y ella lo respeta demasiado.

¿Qué le dirá?

Y la pregunta más difícil...

Dentro de una semana, cuando se despierte en mitad de la noche, sola en la oscuridad de su dormitorio, sin posibilidad alguna de volver a ver a su marido...

¿Qué se dirá a sí misma?

Ethan corrió hacia el siguiente cruce. Cada vez que echaba un vistazo hacia atrás, veía más luces, pero su preocupación inmediata era su perseguidor más cercano, el saltador, que había dejado atrás a sus compañeros, más lentos. Le resultaba familiar —esa calva, esas gafas de montura metálica—, y cuando lo tuvo a diez metros finalmente lo reconoció: era el imbécil en cuya farmacia había intentado comprar una aspirina.

La calle Main se encontraba a una manzana. Por encima de los edificios de uno y dos pisos podía oír un inquietante ruido: el animado bullicio de una multitud reunida.

Bajo ninguna circunstancia podía aparecer desnudo por la calle Main.

Pero, si no modificaba su trayectoria, dentro de unos veinte segundos eso era exactamente lo que terminaría haciendo.

Entre él y la calle Main sólo había un callejón de un carril que atravesaba las hileras de edificios. Sintió un último subidón de adrenalina al darse cuenta de que, si se adentraba en el callejón y se encontraba con alguien, quien fuera, ya no tendría nada que hacer.

Un farmacéutico con un machete lo despedazaría.

Bonita forma de morir.

En la esquina de la calle había un garaje de un piso, y supuso que, cuando torciera la esquina, el farmacéutico lo perdería de vista durante un par de segundos.

Si no había gente esperándolo en el callejón, sería suficiente.

Hasta entonces, había estado corriendo por el centro de la calle, pero había llegado el momento de cambiar el rumbo.

Giró bruscamente hacia la izquierda por la calzada mojada.

«No te caigas.»

Cruzó una franja de hierba, luego la acera, después más hierba y, al llegar a la entrada del callejón, se dio cuenta de que ni siquiera sabía lo que iba a hacer.

«No hay tiempo para trazar ningún plan. Limitate a reaccionar.»

A juzgar por la proximidad de los pasos del farmacéutico, estimó que se encontraba a unas seis zancadas.

Entró en el callejón.

El asfalto dio paso a la tierra.

Estaba más oscuro.

La niebla se mezclaba con el hedor de la basura mojada.

No vio a nadie en las inmediaciones, salvo un par de linternas a varias decenas de metros caminando despreocupadamente en su dirección.

De repente, colocó los pies de lado y en paralelo, como si frenara con unos esquís, para vencer la inercia que lo empujaba hacia adelante. Se detuvo tan bruscamente que el tirón de la gravedad estuvo a punto de voltearlo.

Rápidamente, se irguió y salió corriendo por donde había llegado, directamente

hacia la esquina del edificio.

«Vamos. Vamos. Vamos.»

El choque fue tremendo. Su frente impactó contra la parte inferior de la mandíbula del farmacéutico con tal fuerza que el golpe dejó a Ethan fuera de juego durante medio segundo.

Se recompuso rápidamente. Tenía la cara manchada de sangre.

El farmacéutico estaba sentado en el suelo, aturdido y escupiendo dientes hacia abajo.

A causa del fuerte golpe, a Ethan le llevó un par de segundos darse cuenta de que el largo objeto metálico que había en la calzada era el machete del hombre.

Extendió el brazo y lo recogió. El hombre se lo quedó mirando y el pánico que sintió ante lo que iba a suceder lo despabiló con más efectividad que un cubo lleno de sales aromáticas.

Ethan apretó con fuerza el mango del machete, que el farmacéutico había cubierto con cinta adhesiva para poder agarrarlo mejor bajo la lluvia.

El hombre levantó los brazos en un inútil intento de esquivar lo inevitable.

Ethan amagó con clavárselo y le dio una patada en la cara. El talón impactó en la maltrecha nariz del hombre, que salió despedido hacia atrás y se golpeó fuertemente la parte posterior de la cabeza contra la calzada.

El tipo soltó un quejido y se quedó tumbado, pero sus dos amigos se estaban acercando. Tardarían menos de diez segundos en llegar. Y detrás de ellos, a apenas una manzana, el ejército de linternas avanzaba por la calle como una manada de ganado. El ruido de sus pisadas sobre la calzada mojada se oía cada vez más alto.

Se volvió a meter en el callejón y comprobó aliviado que las dos luces que había visto antes ya no estaban.

Apretó a correr. Tenía que aprovechar al máximo esta breve ventana de invisibilidad.

A los pocos metros, vio un contenedor de basura y ni siquiera vaciló.

Lo rodeó, se puso a gatas y se metió detrás, entre el metal y la pared de ladrillo del edificio.

No podía oír nada por encima de su jadeante respiración y los fuertes latidos de su corazón. Hilos de sudor y de sangre le caían por la frente y se le metían en los ojos, estaba helado y el ácido láctico le ardía en los músculos como si acabara de alcanzar la meta en una maratón.

Al otro lado del contenedor, unos pasos lo cruzaron corriendo. El sonido que hicieron al alejarse le pareció música.

Había apoyado la cabeza en el suelo, y restos de tierra, cristal y grava se le clavaban en la mejilla.

La lluvia le caía sobre la espalda y formaba a su alrededor charcos que temblaban con cada nueva gota.

Podría haber permanecido ahí tumbado toda la noche y gran parte del día

siguiente.

«Levanta el culo. No debes permitir que se te agarroten los músculos.»

Colocó las palmas de la mano sobre la grava mojada y, con gran esfuerzo, se puso a gatas.

Salió de detrás del contenedor y aguzó un momento el oído.

Voces lejanas.

Pasos lejanos.

El bullicio en la calle Main.

Pero no parecía haber nada peligrosamente cerca.

Se puso en pie, echó un vistazo a la entrada del callejón y vio a gente corriendo en dirección a lo que fuera que estuviera pasando en la calle Main.

Pegado a la pared de ladrillo, comenzó a caminar en dirección opuesta, hacia la neblinosa oscuridad del callejón.

A los diez metros, se topó con una abertura en la pared de ladrillos: era una puerta de madera.

Echó un vistazo hacia atrás.

Llegaba alguien: un haz de luz se movía de un lado a otro del callejón y se oían pisadas sobre la grava.

Abrió la puerta, la niebla difuminó la luz procedente del interior.

Se metió rápidamente dentro, ajustó la puerta tras de sí y se volvió para cerrar con llave.

Habían perforado el cilindro y lo habían rellenado con un metal sólido.

No había forma de cerrarlo.

Comenzó a subir la estrecha escalera. El esfuerzo le provocó nuevas punzadas de dolor en la parte posterior del muslo izquierdo.

Al llegar al rellano del primer piso, oyó que abrían la puerta del callejón.

Se volvió y vio que en la planta baja había un hombre enorme ataviado con un impermeable amarillo que estaba empapado por la lluvia. Llevaba una linterna en una mano y un cuchillo de carnicero (que debía de haber cogido de una cubertería casera) en la otra.

Los ojos del hombre permanecían ocultos bajo la sombra de la capucha, pero sí se podía apreciar que tenía una marcada mandíbula y que sus manos, especialmente la que sostenía el cuchillo, eran firmes como rocas y no daban muestra alguna de nerviosismo.

Ethan salió corriendo en dirección al siguiente tramo de la escalera. A su espalda podía oír la reverberación de las pisadas de unas botas.

Cuando alcanzó el rellano del segundo piso, se metió por una puerta.

Llegó a un pasillo silencioso, vacío y escasamente iluminado.

Cada seis metros, colgaban de las paredes unos candelabros que parecían farolillos.

En el centro de cada puerta había una placa de latón con números.

¿Era un edificio de apartamentos?

Comenzó a recorrer el pasillo, tratando de abrir cada uno de los pomos.

Cerrado.

Cerrado.

Cerrado.

Cerrado.

De un momento a otro se abriría la puerta que daba a la escalera.

Cerrado.

Cerrado.

El séptimo pomo que probó, el del apartamento número 19, cedió.

Apretó con fuerza el machete que llevaba en la mano por si al otro lado había alguien esperándolo, y abrió la puerta con el pie.

Un apartamento pequeño y oscuro.

Aparentemente vacío.

Se metió dentro y cerró la puerta justo cuando se abría la de la escalera.

Rápidamente, puso la cadena.

Se quedó en la entrada y oyó cómo la puerta de la escalera volvía a cerrarse.

Los pasos avanzaban ahora con más lentitud por el suelo de madera.

Ya sin prisa.

Ni frenesí.

Casi podía visualizar al hombre del impermeable amarillo avanzando metódicamente por el pasillo. Debía de suponer que se había metido en uno de los apartamentos, pero no tenía modo de saber cuál.

Y ahora que esta puerta también estaba cerrada...

Los pasos se acercaron...

... y se detuvieron al otro lado de la puerta. El tipo estaba tan cerca que su sombra partía en dos la luz que entraba por debajo.

¿Cómo diantre había averiguado dónde estaba?

Mierda.

El barro de sus pies.

La sombra del suelo desapareció y la madera del pasillo crujió.

Ethan retrocedió tambaleándose y se metió en la cocina abierta que había en el rincón de la derecha.

Oyó la madera astillándose.

Y cómo cedía la cadena.

La luz del pasillo irrumpió en el oscuro apartamento.

El tipo del impermeable amarillo había echado la puerta al suelo.

De pie, con la espalda pegada a la nevera, Ethan podía ver la silueta del hombre en la moqueta del apartamento.

La sombra se alargó cuando el hombre cruzó el umbral y comenzó a recorrer lentamente el pequeño pasillo que daba al salón.

Unos pocos pasos antes de llegar a la cocina, se detuvo.

Ethan se obligó a contener el aliento para que no lo descubriese; entonces pudo oír la respiración pesada del tipo, y el agua que goteaba de su impermeable.

Tras un leve clic, un haz de luz iluminó el salón y comenzó a recorrer la pared del fondo, donde unas estanterías rodeaban dos grandes ventanas con las cortinas cerradas.

A través de ellas, Ethan advirtió que el bullicio de la calle Main iba a más.

La luz de la linterna iluminó un sofá de piel y una mesilla de centro. Sobre ésta descansaba una humeante taza que llenaba el apartamento con la soñolienta dulzura de la manzanilla.

La luz iluminó entonces una fotografía enmarcada (un bosquecillo de álamos con los colores del otoño y las montañas nevadas al fondo), y luego pasó a la cocina: alumbró el horno, los armarios, la cafetera, e hizo relucir el fregadero de acero inoxidable en su camino hacia Ethan.

Éste se agachó y, avanzando a cuatro patas por el suelo de linóleo, se escondió detrás de la isla de la cocina.

El hombre dio un paso adelante. Ethan observó que el haz de luz iluminaba la nevera, justo donde él había estado cinco segundos atrás.

Los pasos avanzaron.

En la puerta del microondas que había en el mostrador de la cocina, Ethan vio el reflejo del hombre del impermeable. Estaba en el salón, de cara a una puerta de la pared norte que daba a un dormitorio.

Ethan se puso lentamente en pie. El ruido de la muchedumbre en la calle ahogó el crujido de sus rodillas. El hombre había comenzado a avanzar hacia el dormitorio con cautelosa determinación.

Ethan rodeó la isla y salió de la cocina.

Se detuvo delante de la mesilla de centro.

El tipo del impermeable amarillo permanecía en el umbral del dormitorio, a tres metros, iluminando la habitación con la linterna.

Ethan apretó con fuerza el mango de cinta adhesiva del machete y pasó el pulgar de la otra mano por el filo de la larga hoja.

Podría haber estado más afilada. Mucho más afilada. Tendría que arremeter con fuerza.

«Vamos. Atácalo. Ahora, mientras todavía cuentas con el factor sorpresa.»

Vaciló.

En su vida, había causado mucho sufrimiento y muerte, pero en la cabina de un helicóptero Black Hawk la cruda intimidación de la violencia quedaba diluida. Lanzar misiles Hellfire guiados por láser a un objetivo que se encontraba a tres kilómetros no era lo mismo que matar a un civil con un machete.

Una cosa no estaba muy lejos de un videojuego. La otra...

De repente, el hombre se dio la vuelta y se lo quedó mirando.

Ambos hombres comenzaron a respirar más rápido.

—¿Por qué estáis haciendo esto? —preguntó Ethan.

El hombre no respondió.

Él no podía verle la cara.

Apenas podía distinguir su perfil, la sombra del cuchillo en su mano izquierda, y las botas iluminadas por la linterna que apuntaba al suelo.

Ethan abrió la boca para repetir la pregunta, y de repente la linterna lo apuntó directamente a la cara, cegándolo.

Algo resonó en el suelo.

La oscuridad regresó.

No podía ver nada a causa de la sobrecarga de luz en la retina. Lo rodeaba una oscuridad sin formas ni detalles.

Sí oyó los pasos del hombre acercándose, el crujido del suelo de madera que había bajo la moqueta y el roce de sus pantalones vaqueros con cada zancada.

Ethan retrocedió al tiempo que comenzaba a recobrar la visión.

Pudo atisbar al tipo del impermeable amarillo a un metro, con el brazo echado hacia atrás, a punto de arremeter con el cuchillo de carnicero.

Ethan embistió primero. Lo hizo con fuerza y rapidez.

La hoja no encontró resistencia, y la inercia hizo que perdiera el equilibrio. «He fallado. Estoy muerto», pensó.

El hombre pasó a su lado, tambaleándose torpemente por la sala, hasta que finalmente se apoyó en el mostrador de la isla de la cocina.

Ethan recobró el equilibrio y, al coger mejor el machete para asegurarse de que no se le cayera, advirtió que de su hoja caían gotas de sangre.

Levantó la mirada.

El hombre había dejado caer el cuchillo y permanecía de cara a Ethan con el cuerpo recostado en la isla de la cocina. Se sujetaba el lado izquierdo del cuello con ambas manos mientras hacía un ruido sibilante parecido al del aire comprimido al escapar de un neumático.

Ethan se dirigió al umbral de la habitación, se agachó y recogió la linterna de la moqueta.

Alumbró al hombre del impermeable amarillo.

La cantidad de sangre era impactante.

Sobre el plástico amarillo de la chaqueta parecía que hubiera una tela de araña roja. Se expandía en docenas de hilos distintos como imágenes a cámara rápida de un virus replicándose. Las gotas de sangre habían formado un charco en el suelo. El hombre del impermeable amarillo tenía un corte de unos quince centímetros en el cuello. De un extremo de la herida, la sangre salía lentamente. Pero, del otro, lo hacía en un chorro rojo brillante cuyo arco iba disminuyendo a medida que lo hacían sus pulsaciones.

El hombre tenía la cara pálida y observaba a Ethan sin expresión alguna. Se

limitaba a parpadear lentamente, como si estuviera absorto en alguna fascinante ensoñación.

Finalmente, resbaló de la isla y cayó al suelo llevándose por delante un taburete.

Ethan abrió el armario del dormitorio y cogió unos pantalones vaqueros, una camiseta de manga larga y una sudadera negra con capucha. La camiseta y los pantalones le iban un poco pequeños, pero le cabían. Las zapatillas deportivas que encontró eran otro asunto. Podía calzárselas y atar los cordones, pero caminar con ellas resultaba agónico y no tardarían en salirle ampollas.

Las botas del hombre muerto, aunque mucho más grandes, parecían prometedoras.

Tras añadir varias capas de calcetines a sus pies, se las puso.

Sentaba bien estar vestido e incluso mejor encontrarse en ese apartamento, a resguardo de la lluvia. Sentía una fuerte tentación de pasar otra media hora allí y curarse bien las heridas, pero tenía que ponerse en marcha. Si aparecía un grupo grande de personas en esa planta, no tendría escapatoria.

Cogió la linterna y el machete, y se dirigió al fregadero.

Se pasó todo un minuto con la boca bajo el grifo, saciando su sed pero procurando no llenarse demasiado.

Abrió la nevera.

Era extraño.

Había botellas de leche. Vegetales frescos. Un cartón de huevos. Carne envuelta en papel de carnicero.

Pero nada envasado.

Extendió el brazo, cogió una bolsa de zanahorias y una pequeña barra de pan, y se los metió en los bolsillos de los pantalones.

Un ruido lo detuvo cuando se dirigía hacia la puerta: voces y gritos procedentes de la calle Main.

Corrió hacia una de las ventanas y apartó ligeramente la cortina para echar un vistazo fuera.

En la calle se había desatado la locura.

Los edificios y los escaparates de las tiendas se encendían y apagaban bajo una incesante sucesión de luces y sombras provocadas por una enorme hoguera que, a pesar de la lluvia, ardía en medio de la calle, alimentada con retoños de pino y largos tablones de madera arrancados del revestimiento de las casas. Dos hombres arrastraron un banco de madera hacia el fuego y lo arrojaron a la pira para regocijo de la muchedumbre empapada de lluvia que atestaba la manzana. La concentración de cuerpos era mayor cuanto más cerca se hallaban de las llamas.

La gente que estaba viendo no se parecía en nada a los habitantes del pueblo que había conocido hasta entonces.

La mayoría iban ataviados con extravagantes disfraces.

De las muñecas y los cuellos de las mujeres colgaban joyas falsas y chillonas. Lucían collares de cuentas, perlas y tiaras, e iban con la cara exageradamente maquillada, cubierta de purpurina, y con los ojos pintarrajeados. Y, a pesar del frío y de la lluvia, apenas llevaban ropa. Parecían un grupo de prostitutas de fiesta.

La apariencia de los hombres era igualmente absurda.

Uno iba con un *blazer* y sin pantalones.

Otro, con un sombrero de Papá Noel en la cabeza, pantalones negros, tirantes rojos y sin camisa. En la mano blandía un bate de béisbol de color blanco en el que había estampados unos grotescos dibujos de monstruos que Ethan apenas podía distinguir a esa distancia.

Una figura inmensa llamó su atención. Estaba de pie sobre un macetero de ladrillo, y su cabeza y sus hombros sobresalían por encima de la muchedumbre. El gigantesco hombre iba ataviado con la piel de un oso pardo —en el que se podía distinguir una estrella de latón—, y llevaba una especie de auriculares con astas y la cara maquillada con estridentes pinturas de guerra. De uno de sus hombros colgaba una escopeta y del otro una espada envainada.

Era Pope.

El hombre inspeccionaba la multitud como si fuera algo que le perteneciera. Con el reflejo de la hoguera, sus ojos brillaban como un par de estrellas.

Lo único que tenía que hacer era levantar la mirada y, a la luz de la hoguera, vería a Ethan en la ventana de un apartamento del tercer piso.

Éste sabía que debía marcharse, pero no podía apartar la mirada.

Un grupo de gente que se encontraba fuera del campo de visión de Ethan profirió unos gritos que llamaron la atención de Pope. Una gran sonrisa se dibujó en el rostro del policía.

De un bolsillo interior de la piel de oso, sacó una botella transparente y sin etiqueta que contenía un líquido marrón, la alzó hacia el cielo y dijo algo que la muchedumbre recibió con vítores y el puño en alto.

Mientras Pope le daba un largo trago a la botella, la multitud comenzó a apartarse, formando un pasillo en mitad de la calle Main. Todos se esforzaban por ver algo.

Aparecieron tres figuras que avanzaban en dirección a la hoguera.

Las dos de los extremos —hombres vestidos con ropa oscura que llevaban machetes colgando de una correa del hombro— sostenían por los brazos a la persona que iba en medio.

Beverly.

Ethan sintió que algo se removía en su interior, como si un núcleo fundido de rabia se materializara en la boca de su estómago.

Advirtió que ella no se tenía en pie. Arrastrada por aquellos individuos, sus pies se deslizaban por el asfalto. Tenía uno de los ojos cerrado por lo que debía de haber

sido un golpe salvaje, y lo que alcanzaba a ver de su rostro estaba cubierto de sangre.

Pero estaba consciente.

Consciente y aterrada. Permanecía con la mirada fija en el suelo mojado, como si intentara hacer caso omiso a todo lo demás.

Los dos hombres la llevaron a unos diez metros de la hoguera y la empujaron hacia adelante.

Pope gritó algo al tiempo que Beverly se derrumbaba en el suelo.

La gente más próxima a ella formó un círculo a su alrededor de unos seis metros de diámetro.

A través de la ventana, Ethan advirtió que la mujer estaba llorando.

Su agudo llanto parecía el de un animal herido o algo igual de desesperado.

Por todas partes, la gente intentaba abrirse camino entre la multitud con los hombros, tratando de llegar a las primeras filas del círculo. La cantidad de cuerpos que formaban el perímetro era cada vez mayor.

Pope volvió a guardar la botella en la piel de oso y cogió la escopeta.

La cargó y apuntó al cielo.

El disparo resonó entre los edificios e hizo temblar el cristal de la ventana.

La muchedumbre se calló.

Nadie se movía.

Se podía oír la lluvia.

Con gran dificultad, Beverly se puso en pie y se limpió un hilo de sangre que le caía por la mejilla. Incluso desde la ventana del tercer piso, Ethan advirtió el temblor de su cuerpo; el miedo absoluto que consume a la persona que sabe exactamente cuán horrible es lo que le espera.

Beverly se balanceaba bajo la lluvia, decantándose cada vez más hacia la izquierda.

Se volvió lentamente, renqueante, y contempló los rostros que la rodeaban. Aunque Ethan no podía oír lo que les decía, el tono de su voz era inequívoco.

Les estaba implorando.

Desesperada.

Gotas de lluvia, lágrimas y sangre caían por sus mejillas.

Pasó un minuto entero.

Alguien se abrió paso entre la multitud.

Todos estallaron en vítores.

Y aplausos.

Era el hombre descamisado de los tirantes rojos y el sombrero de Papá Noel.

Al principio, permaneció en el borde como si estuviera haciendo acopio de todas sus fuerzas. Como un boxeador en su rincón, instantes antes del infierno.

Alguien le tendió una botella.

Él le dio un largo trago.

Luego agarró con fuerza su bate de béisbol pintado y se dirigió al centro del

círculo.

Hacia Beverly.

Ella retrocedió, acercándose al extremo del círculo.

Alguien le dio un fuerte empujón, enviándola directamente hacia el hombre del bate.

Ethan no lo vio llegar.

Tampoco Beverly.

Pasó muy rápido, como si el hombre lo hubiera decidido en el último segundo.

Un movimiento único y fluido.

El sonido del arce golpeando el cráneo de la mujer provocó que Ethan cerrara instintivamente los ojos y se volviera.

La muchedumbre rugió.

Cuando los volvió a abrir, Beverly estaba arrastrándose en el suelo.

Ethan sintió una oleada de bilis en la garganta.

El hombre del sombrero de Papá Noel dejó el bate en el suelo y se metió entre la gente.

El bate rodó por el asfalto en dirección a Beverly.

Ella extendió el brazo para intentar cogerlo. No llegó por unos centímetros.

Una mujer ataviada con un biquini negro, tacones negros, una corona negra y unas alas de ángel también negras dio un paso al frente.

Se pavoneó.

La muchedumbre rugió.

La mujer se acercó entonces al lugar en el que yacía Beverly.

Se agachó, mostró una amplia sonrisa dentada a Beverly y, tras coger el bate, lo alzó con ambas manos sobre su cabeza como si fuera el hacha de guerra de una reina demoníaca.

«No, no, no, no, no...»

La golpeó en el centro mismo de la espalda.

Gritos de alegría resonaron en la calle mientras Beverly se retorció de dolor en el suelo.

Ethan habría dado cualquier cosa por poder sobrevolar en ese momento la calle Main a los mandos de un helicóptero Black Hawk y disparar las dos mil balas por minuto de su ametralladora GAU-19 para despedazar a esos hijos de puta.

Se apartó de la ventana, cogió la mesita de centro con ambas manos y, arrojándola contra la pared, destrozó la madera e hizo añicos el tablero de cristal.

El esfuerzo no consiguió sino alimentar su rabia.

Sentía ansias de violencia. Una pequeña voz en su interior le impelía a bajar a la calle con el machete. Sí, no tardarían en reducirlo, pero no había nada que deseara más que abrirse paso a machetazos entre la multitud. Cometer una masacre él solo.

«Pero entonces morirás. No volverás a ver a tu familia. Y no descubrirás de qué va todo esto.»

Regresó a la ventana.

Beverly yacía inmóvil en la calle. Un charco de sangre se extendía alrededor de su cabeza.

El círculo se iba haciendo cada vez más pequeño.

Hasta que, de repente, la multitud se abalanzó sobre ella.

Marcharse era una traición, pero no podía seguir viendo lo que sucedía en la calle Main. Y no había nada que pudiera hacer para evitarlo: eran quinientas personas contra una.

«No puedes hacer nada por ella. Ha muerto. Vete ahora que puedes.»

Mientras se dirigía hacia la puerta, oyó el grito de dolor y de absoluta desesperanza que profirió Beverly. No pudo evitar que asomaran lágrimas a sus ojos.

«Tranquilízate. Podría haber alguien esperándote al otro lado de la puerta. Debes mantenerte alerta.»

Salió al pasillo.

Vacío.

Cerró la puerta del apartamento.

El bullicio de la calle Main pasó a ser un tenue murmullo.

Se secó los ojos y rehízo el camino por el que había llegado.

En el rellano del segundo piso, aguzó el oído y miró por la barandilla.

No se oía nada.

Ni se movía nada.

La calma era tal que resultaba siniestra.

Comenzó a bajar la escalera.

Al llegar a la planta baja, abrió la puerta ligeramente para echar un vistazo fuera.

Un hilo de luz alumbró el callejón.

Salió y cerró la puerta tras de sí.

Llovía más que antes.

Durante treinta segundos, permaneció inmóvil, esperando a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad.

Luego se cubrió la cabeza con la capucha y comenzó a caminar hacia el sur por el callejón.

A lo lejos, podía ver cómo caía la lluvia en el halo esférico de la luz de la farola, pero, por lo demás, la oscuridad entre los edificios era tan absoluta que ni siquiera se veía los pies.

La muchedumbre rugió como no lo había hecho hasta entonces.

Sus pensamientos volvieron a Beverly. Sería mejor que no pensara en lo que le debía de estar sucediendo. Sujetó con fuerza el mango del machete y apretó los dientes.

De repente, oyó unos pasos más adelante y se detuvo de golpe.

Se encontraba a diez metros del lugar en el que el callejón desembocaba en la siguiente calle y estaba seguro de que nadie podía verlo en aquella oscuridad.

Un hombre ataviado con un impermeable oscuro se dirigía hacia el oeste procedente de la calle Main.

Se detuvo bajo una farola y se volvió hacia el callejón.

Sostenía un hacha y una linterna.

Ethan podía oír el repiqueteo de las gotas de lluvia sobre su chaqueta.

El hombre cruzó la calle y entró en el callejón.

Encendió la linterna y lo alumbró.

—¿Quién anda ahí? —dijo.

Ethan podía ver el vapor de su propio aliento en el frío aire.

—Soy yo —respondió éste, y comenzó a caminar hacia el hombre—. ¿Lo has visto?

—¿Quién dices que eres?

La linterna seguía alumbrándole el rostro. Esperaba que el hombre lo viera sonreír y que no se diera cuenta de lo que estaba a punto de sucederle.

El hombre abrió los ojos como platos al ver los moratones, los restos de sangre, los puntos y el estropicio general del rostro de Ethan, pero su reacción —echar el hacha hacia atrás para arremeter con ella— llegó medio segundo tarde.

Ethan atacó con la hoja del machete en paralelo al suelo y lo abrió en canal.

Las piernas del hombre flaquearon y cayó de rodillas. Ethan lo remató con tres machetazos devastadores.

Luego salió corriendo con un subidón de adrenalina tal que parecía haber tomado una anfetamina.

Dejó atrás el callejón y cruzó corriendo la calle Siete.

A la derecha, media docena de puntos de luz situados a unas dos manzanas de distancia avanzaban hacia el centro del pueblo.

A la izquierda, unas cincuenta personas torcían la esquina con Main e iban encendiendo las linternas a medida que se adentraban en la oscuridad de la calle secundaria.

Ethan aceleró y se metió en el siguiente callejón. No se veía nada, pero por encima de su jadeante respiración pudo oír cómo esas cincuenta personas apretaban a correr tras él.

Al echar un vistazo hacia atrás, comprobó que un muro de luces se adentraba en el callejón.

Sus portadores gritaban.

A Ethan le quedaba poco para llegar a la calle Ocho.

Debía cambiar el rumbo. Comenzó a calcular las distintas posibilidades, pero no podría hacer nada hasta que viera qué le esperaba más adelante.

Llegó a la calle Ocho.

A la izquierda, nadie.

A la derecha, una única luz a dos manzanas.

Torció a la derecha y, sin dejar de correr a toda velocidad, se dirigió hacia el otro

lado de la calle.

Saltó el bordillo y, al aterrizar en la acera, casi tropezó con un saliente de cemento, pero de algún modo consiguió mantener el equilibrio.

Veinte metros después, llegó a la siguiente manzana, al oeste de la calle Main. Echó otro vistazo hacia atrás antes de girar y vio que el grupo de luces salía del callejón.

Con suerte, no lo habrían visto.

Torció la esquina.

Bendita oscuridad.

Avanzó por la acera, corriendo bajo la negra sombra de los pinos.

La siguiente calle también estaba vacía, y un rápido vistazo a su espalda le confirmó que ya sólo lo seguían un puñado de luces a las que debía de llevar unos buenos veinte segundos de ventaja.

Ethan dejó atrás otra manzana y siguió corriendo en dirección sur.

En un momento dado, la calle terminó.

Había llegado al final del pueblo.

Se detuvo y, jadeante, se inclinó con las manos en las rodillas.

Se acercaba gente por detrás y también por el oeste.

Supuso que podría correr dos manzanas cuesta arriba de vuelta a la calle Main, pero no parecía una buena idea.

«Sigue adelante. Estás echando a perder la ventaja que has conseguido.»

Ante él, la silueta de una mansión victoriana se recortaba contra el bosque de pinos.

«Sí.»

A pesar de que le ardían las piernas, retomó la carrera y, tras cruzar la calle, comenzó a rodear la casa.

Tres zancadas antes de llegar a los pinos, oyó que un niño gritaba:

—¡Se dirige al bosque!

Echó un vistazo hacia atrás.

Veinte o treinta personas con linternas en las manos aparecieron por la esquina de la mansión corriendo hacia él como si de una sola entidad se tratara. Por un momento, se preguntó por qué sus proporciones parecían estar mal.

Sus piernas eran demasiado cortas, las cabezas demasiado grandes y las luces estaban más cerca del suelo.

«Niños. Se debe a que son niños.»

Se adentró corriendo en el bosque e inmediatamente reparó en el aire perfumado con la fragancia agrídulce del pino mojado.

En el pueblo ya era difícil ver algo, pero ahí era del todo imposible.

Se vio obligado a encender la linterna y a dejar que su tambaleante haz lo guiara entre los árboles, los troncos podridos, los retoños y las ramas bajas, que le azotaban el rostro.

Los niños entraron en el bosque tras él. Podía oír sus pisadas aplastando hojas mojadas y rompiendo ramas caídas. Tenía una vaga idea del lugar en el que se encontraba el río. Si seguía corriendo hacia la izquierda, seguro que llegaba hasta él, pero se estaba comenzando a perder y su sentido de la orientación se deshacía como un nudo flojo.

—¡Lo veo! —exclamó una niña.

Ethan echó un fugaz vistazo atrás, pero lo hizo en el peor momento posible: estaba cruzando un tramo de árboles caídos y maleza, y tropezó con unas ramas y raíces enredadas. Al caer al suelo, tanto la linterna como el machete salieron despedidos.

Oyó pasos a su alrededor.

Se acercaban a él por todas partes.

Intentó ponerse en pie, pero su tobillo derecho se había quedado atrapado en una enredadera y tardó cinco segundos en liberarlo.

La linterna se había apagado al caer, y no podía ver dónde estaba. Tampoco el machete. En realidad, no podía ver nada. Desesperado, palpó el suelo por si los encontraba, pero sólo dio con raíces y enredaderas.

Se puso en pie y se abrió camino a tientas a través de la maleza. Las luces y las voces estaban cada vez más cerca.

Sin linterna, era como si estuviera ciego.

Avanzaba con los brazos extendidos para no chocar contra un árbol.

Unos frenéticos haces de luz se agitaron delante de él, ofreciéndole un fugaz atisbo del terreno: un bosque de pinos repleto de una maleza que pedía a gritos un incendio purgador.

Las risas de los niños —despreocupadas, atolondradas, maníacas— resonaban entre los árboles.

Parecía la versión de pesadilla de algún juego de su infancia.

Llegó a lo que parecía un campo o un prado. Seguía sin ver nada, pero la lluvia caía ahora con más intensidad, como si el follaje del bosque ya no lo protegiera.

Más adelante, le pareció oír el rumor del río, pero quedó rápidamente ahogado por una respiración jadeante que se acercaba por detrás.

Algo impactó en su espalda. No fue un golpe particularmente fuerte, pero sí lo suficiente para hacerle perder el equilibrio. Entonces recibió el siguiente.

Y el siguiente...

Y el siguiente...

Y el siguiente...

Y el siguiente. Finalmente, Ethan cayó al suelo y dio con la cara en el barro. Todo quedó ahogado por las risas de los niños. El ataque procedía de todas partes y por todos los ángulos: puñetazos superficiales que no podían hacerle daño, cortes poco profundos, algún objeto contundente ocasional y mucho más desconcertante golpeándole la cabeza, y todo ello cada vez con más frecuencia, como si lo estuviera

atacando un banco de pirañas.

Alguien le clavó algo en un costado.

Soltó un grito.

Los niños se burlaron de él.

Y le volvieron a clavar algo.

Con el rostro enrojecido por la rabia, sacudió el brazo izquierdo para liberarlo y luego hizo lo mismo con el derecho.

Puso las palmas en el suelo.

Intentó levantarse.

Algo duro —una roca o un tronco— le golpeó en la parte posterior de la cabeza con bastante fuerza para hacerle saltar los empastes.

Sus brazos cedieron.

Y su rostro volvió a dar con el barro.

Más risas.

—¡Golpéalo en la cabeza! —dijo alguien.

Él volvió a levantarse, esta vez gritando, y debió de coger por sorpresa a los niños, porque durante un instante los golpes cesaron.

Era todo el tiempo que necesitaba.

Tras colocar los pies debajo del cuerpo, se puso en pie y le dio un puñetazo a la primera cara que vio. Era la de un niño alto, de unos doce o trece años, al que dejó fuera de combate.

—¡Atrás! —dijo furioso.

Había suficiente luz para comprobar al fin con qué se las estaba viendo: se encontraba rodeado por dos docenas de niños de entre siete y quince años. La mayoría con linternas y diversas armas improvisadas como palos, piedras, cuchillos de cocina, y uno con el palo de una escoba sin cepillo y con el extremo astillado.

Parecía Halloween. Iban ataviados con un heterogéneo conjunto de disfraces caseros con ropa sacada del armario de sus padres.

Ethan casi agradecía haber perdido el machete, porque, si no, habría descuartizado a esos pequeños desgraciados.

A su izquierda había un espacio, un eslabón débil en el círculo por el que podría pasar. Sólo tendría que derribar a dos niños que apenas le llegaban a la cintura.

Pero ¿entonces qué?

La cacería volvería a comenzar. Lo perseguirían por el bosque hasta que muriera como un ciervo herido.

Se dio la vuelta lentamente y su mirada se encontró con la del chico más intimidante del grupo, un postadolescente rubio armado con un calcetín tensado al máximo por una esfera de aspecto amenazadora (puede que una pelota de béisbol o quizá una bola de cristal sólido). El chico llevaba un traje que debía de pertenecer a su padre, pues le iba varias tallas grande y las mangas le llegaban a la punta de los dedos.

Ethan soltó un rugido y se abalanzó sobre él con el brazo echado hacia atrás para darle un puñetazo. El chaval retrocedió unos pasos, tropezó, se cayó y salió corriendo en cuanto volvió a ponerse en pie, mientras gritaba a pleno pulmón que lo habían encontrado.

Al ver que su líder salía por piernas, la mitad de los niños hicieron lo mismo.

Ethan cargó contra los que se quedaron. Se sintió un poco como un alce intentando desperdigar una manada de coyotes depredadores, pero finalmente los echó a todos menos a uno. Los niños desaparecieron entre los pinos, gritando como si el diablo fuera tras ellos.

El niño que se había quedado atrás se lo quedó mirando bajo la lluvia.

Seguramente era el más joven del grupo; debía de tener siete o como mucho ocho años.

Iba vestido como un *cowboy*: sombrero rojo y blanco, corbata de lazo y camisa de estilo vaquero.

Sostenía una linterna y una piedra, y permanecía de pie sin expresión alguna en el rostro.

—¿No me tienes miedo? —preguntó Ethan.

El niño negó con la cabeza, lo que provocó que el ala de su sombrero goteara. Al levantar la mirada, el haz de luz de la linterna iluminó las pecas de su rostro y Ethan comprobó que había mentado. Sí tenía miedo. El labio inferior le temblaba incontrolablemente. Era la expresión más valiente que el niño era capaz de poner, y no pudo evitar admirarlo. También preguntarse por qué razón se había quedado.

—Debería dejar de correr, señor Burke.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Podría tener una vida maravillosa aquí, y ni siquiera se da cuenta.

—¿Qué es este lugar?

—Sólo un pueblo —dijo el niño.

Se oyeron unas voces adultas. Era un nuevo escuadrón de linternas. Sus haces de luz emergieron entre los pinos como estrellas nacientes.

—¿Dónde está tu casa? —preguntó Ethan.

El niño ladeó la cabeza, desconcertado por la pregunta.

—¿Qué quiere decir?

—¿Dónde vivías antes de venir a Wayward Pines?

—Siempre he vivido aquí.

—¿No has salido nunca de este pueblo? —inquirió Ethan.

—No se puede —dijo el niño.

—¿Por qué?

—Porque no.

—No lo acepto.

—Por eso va a morir. —Y, de repente, el niño gritó—: ¡Está aquí! ¡Daos prisa!

De golpe, todas las linternas se volvieron hacia el prado.

Ethan salió corriendo en la dirección opuesta y se adentró en el bosque por el otro lado del prado, sin preocuparse siquiera de protegerse la cara ni de echar un vistazo a sus perseguidores. Corriendo en la oscuridad, perdió toda noción del tiempo y de la orientación. Se esforzaba por mantener la cabeza fría ante la oleada de pánico que lo impelía a tumbarse y a colocarse en posición fetal, y que finalmente amenazaba con hacerle perder la cabeza.

A causa del miedo.

A causa del dolor.

Porque nada de esto tenía el menor sentido.

No fue el ruido del río lo que lo detuvo, sino el olor.

Una repentina dulzura en el aire.

El terreno descendió de golpe y, tras dejar atrás la embarrada orilla, sus pies llegaron a la helada corriente del río. La fría agua se le comenzó a meter en las botas como si de acero líquido se tratara.

A pesar del frío, no vaciló y siguió adelante, alejándose de la orilla y adentrándose cada vez más en el río.

El agua le alcanzó la cintura, helándole hasta el tuétano y provocando que se le escapara un grito ahogado. La corriente era muy fuerte y tiraba de él río abajo.

Siguió avanzando mediante pasos lentos y cuidadosos. Las piedras del lecho cedían bajo su peso y se perdían arrastradas por la corriente.

Entre paso y paso, se preparaba para el siguiente, inclinándose para que no lo arrastrara la corriente.

Al llegar a la mitad del río, el agua ya le llegaba al pecho.

Empujándolo río abajo.

La oscuridad era casi total y no tenía ni idea de qué rocas sobresalían del agua, sólo sabía que si chocaba con una podría morir.

Intentó vencer a la corriente con fuertes brazadas.

Por mucho que se esforzara, las botas anegadas le impedían avanzar.

Más que impulsarlo, su peso tiraba de él.

Tras un frenético minuto en el que sus músculos llegaron al borde del motín, notó que las suelas de sus botas comenzaban a moverse por el lecho.

Siguió avanzando inclinado contra la corriente hasta que el agua volvió a llegarle a la cintura.

Doce pasos después, ya le llegaba a las rodillas. Finalmente, salió del río y se derrumbó en la orilla.

Se colocó de costado. Estaba sin aliento, agotado, y le temblaba todo el cuerpo.

Miró al otro lado del río.

Por todas partes, aparecieron nuevos haces de luz.

Y oyó gritar a sus dueños. Parecían decir su nombre, pero, a esa distancia, el ensordecedor ruido de las aguas bravas le impedía estar seguro.

Quería moverse, sabía que debía hacerlo, pero era incapaz de ponerse en pie.

Necesitaba permanecer tumbado otro minuto y recobrar el aliento.

Al poco, había más luces en la otra orilla de las que podía contar. La mayor concentración se encontraba a unos veinte metros del punto en el que se había metido en el agua, pero cada vez había más gente al norte y al sur, iluminando la corriente en una docena de lugares distintos.

Se puso de rodillas.

Las manos le temblaban como si sufriera párkinson.

Comenzó a caminar a gatas, clavando los dedos en la arena mojada.

Había pasado inmóvil apenas un minuto y ya se le habían agarrotado las articulaciones.

Finalmente, llegó a una roca grande, se aferró a ella y se puso en pie.

Tenía las botas llenas de agua.

Debía de haber cien personas al otro lado del río, y a cada segundo aparecían todavía más luces en la orilla. La mayoría de los haces de las linternas tenían un alcance medio, pero algunos tenían potencia suficiente para llegar hasta la otra orilla. Sus compactos tubos de luz resultaban claramente visibles, así como la lluvia que caía a través de ellos.

Ethan se alejó del agua con la esperanza de poner más distancia entre él y las luces, pero a los tres metros llegó a un muro de piedra.

Comenzó a caminar a su lado al tiempo que las voces de varios cientos de personas se elevaban por encima del ruido de las aguas bravas.

A unos tres metros, una luz iluminó la pared del acantilado.

Rápidamente, se escondió detrás de una roca grande y, con cuidado, miró por un lado cómo el haz recorría el acantilado que tenía a su espalda.

Una catarata de luz alumbró entonces la corriente. Desde donde se encontraba, pudo ver que unas pocas personas lo buscaban en el río con el agua por las rodillas, pero nadie intentaba cruzarlo.

Estaba comenzando a alejarse de la roca cuando oyó una voz amplificada por un megáfono.

—Ethan, regresa y te lo perdonaremos todo.

La habría reconocido en cualquier lugar. Era la voz profunda y gutural del *sheriff* Pope, que rebotaba en las paredes de los acantilados y volvía al bosque de pinos que había detrás de la muchedumbre.

—No sabes lo que estás haciendo.

«En realidad, sé perfectamente lo que estoy haciendo.»

Aprovechando que ninguna linterna alumbraba cerca de él, se puso en pie y, con paso tambaleante, comenzó a caminar hacia el sur junto a la pared del acantilado.

—Si vuelves, no te haremos daño.

«Sí, claro, ahora voy.»

—Te doy mi palabra.

A Ethan le habría gustado tener un megáfono.

Otras voces gritaban su nombre al otro lado del río.

—¡Ethan, por favor!

—¡No sabes lo que estás haciendo!

—¡Regresa!

Pope siguió llamándolo, pero él continuó avanzando bajo la lluvia y en total oscuridad. Cuanto más se alejaba de la gente, más imposible resultaba ver nada.

Iba renqueando y arrastrando los pies. Para orientarse, sólo se podía ayudar del ruido del río a su izquierda.

A su espalda, voces cada vez más débiles y puntos de luz cada vez más pequeños.

Su cuerpo había agotado todas sus reservas de adrenalina, y podía sentir la inminencia del inevitable desmayo.

Un apagón total del sistema.

Pero no podía detenerse. Todavía no.

El deseo de tumbarse en la arena junto al río y dormir era casi irresistible, pero esa gente quizá decidía cruzar.

Tenían linternas, armas y lo superaban en número.

Él no tenía nada.

El riesgo era demasiado grande.

Así pues, siguió adelante con la poca gasolina de la que disponía en su depósito.

Ethan no tenía forma de saber cuánto tiempo llevaba caminando a solas en la oscuridad.

Una hora.

Quizá dos.

Puede que menos.

Avanzaba tan lentamente que no podía haber recorrido más de un kilómetro y medio, de eso estaba seguro. Cada pocos minutos, se detenía y miraba río abajo por si veía alguna luz y aguzaba el oído por si oía alguna pisada en las rocas.

Pero cada vez que echaba la vista atrás, veía lo mismo —absoluta oscuridad—, y si alguien lo estaba siguiendo, el rugido del río le impediría oírlo.

La lluvia pasó a ser una llovizna, luego un intermitente sirimiri y finalmente dejó de llover por completo.

Ethan seguía caminando, avanzando a tientas, con las manos en alto para no chocar con ninguna roca y dando pasos lo más pequeños posibles para que, cada vez que inevitablemente sus pies se topaban con algún impedimento, la inercia no lo tirara al suelo.

Y, de repente, pudo ver.

En un momento dado, se abrió un claro en las nubes que dejó pasar la luz de una enorme y gibosa luna. La superficie mojada de las rocas relucía como si las hubieran lacado.

Ethan se sentó en una. Las piernas le temblaban, al límite de sus fuerzas.

La anchura del río se había reducido casi a la mitad, pero allí la corriente era más fuerte y las aguas bravas se abrían paso con gran furia entre las rocas.

Grandes pinos —de veinte o veinticinco metros de altura— se elevaban al otro lado del río.

De repente, fue consciente de la sed que tenía.

Tras dejarse caer de rodillas, se acercó a la orilla del río y hundió la cara en un pequeño charco.

El agua sabía deliciosamente pura y dulce, pero estaba extremadamente fría.

Entre trago y trago, echó un vistazo río abajo.

Aparte de la infernal corriente, no se movía nada en ninguna orilla.

Necesitaba dormir. Podría haberse tumbado en las rocas y se habría quedado dormido al cabo de unos segundos, pero sabía que sería una locura.

«Debo encontrar un refugio antes de que se vaya la luz de la luna. Antes de que ya no pueda andar más.»

De hecho, algunas nubes aisladas estaban comenzando a tapar de nuevo la luna. Se obligó a ponerse en pie.

Cruzar el río por allí podía resultar fatídico, sobre todo teniendo en cuenta lo débil que estaba. Tendría que buscar refugio a ese lado del río, aunque eso iba a ser un desafío. Al otro lado, un viejo bosque de pinos se extendía varios kilómetros por la ladera de la montaña. En un bosque como ése, estaba seguro de que podría encontrar algún lugar para cobijarse, aunque fuera cubriéndose bajo una celosía de ramas caídas. Con una cantidad de ramas suficiente, éstas lo cobijarían de la lluvia y quizá incluso conseguiría retener suficiente calor corporal para crear un pequeño oasis.

Pero eso no iba a pasar.

A ese lado del río, la orilla ascendía doce metros hasta la base del acantilado de roca rojiza que rodeaba Wayward Pines.

Los salientes de la pared se perdían en la oscuridad.

No estaba en condiciones de escalar.

Ethan se tambaleó.

Tenía el estómago lleno de agua.

Los pies se le habían hinchado y palpitaban. Debería haberse parado hacía una hora para vaciar las botas de agua, pero temía que, si se sentaba, no tendría fuerzas para volver a ponérselas y seguir adelante.

El camino se hacía más difícil a ese lado. Apenas había terreno llano. Era todo rocoso y hacía una pronunciada pendiente.

Llegó a una arboleda de altos pinos.

El terreno rocoso dio paso a una tierra suave y húmeda cubierta por una almohada de agujas de pino muertas. «Podría ser peor, dormiré aquí.» No era un lugar ideal, estaba demasiado cerca del río, no tenía ramas para cubrirse y si alguien lo había seguido sin duda lo encontraría. Pero al menos tendría algo de protección bajo aquellos viejos pinos.

Decidió echar un último vistazo a su alrededor. Si no veía nada de interés, pasaría allí la noche.

Miró la pendiente que conducía a la base del acantilado.

Allí arriba le pareció ver una zona más oscura.

No lo pensó ni lo cuestionó, simplemente trepó hasta ella.

Ascendió a cuatro patas, primero entre los pinos y luego por una zona de rocas desmenuzadas.

La pendiente era cada vez más pronunciada.

Al poco, su respiración volvía a ser jadeante y el sudor le caía por la frente y se le metía en los ojos.

Cerca del acantilado, las rocas se volvían cada vez menos firmes y más finas. Los pies le resbalaban a cada paso como si estuviera trepando una duna de arena.

Llegó al acantilado.

El cielo volvió a oscurecerse. Las nubes habían cubierto prácticamente toda la luna y en el aire se podía percibir el olor de la lluvia.

Allí estaba, la zona negra que había visto desde el río era un pequeño recoveco. Se extendía un metro y medio o dos metros, y el interior estaba seco y quedaba protegido de la intemperie.

Trepó por el saliente y se metió dentro.

La pared del fondo hacía una pendiente natural y se reclinó en ella. El cielo oscuro quedó enmarcado por las paredes de la pequeña cueva. Desde allí no podía ver el río, y su ruido había quedado reducido a un murmullo.

Cuando la luz de la luna desapareció por completo, el bosque de pinos que había al otro lado del río dejó de verse y Ethan se quedó de nuevo en la más absoluta oscuridad.

Comenzó a llover.

Se sentó y con dedos temblorosos intentó desatarse las botas que había cogido del hombre al que había asesinado en el apartamento. Le llevó varios minutos desatar el nudo y quitárselas. Sacó al menos medio litro de agua de cada una y luego se quitó las capas de calcetines, los escurrió y los dejó encima de una roca para que se secaran.

Su ropa estaba empapada.

Se quitó la sudadera, los pantalones vaqueros e incluso los calzoncillos, y se pasó diez minutos escurriendo la ropa hasta que quedó únicamente húmeda.

Se cubrió entonces el pecho con la sudadera, las piernas con la camiseta y dobló los vaqueros para que le sirvieran de almohada. Recostado contra la pared del fondo de la cueva, se colocó de lado y cerró los ojos.

Nunca había tenido tanto frío.

Al principio, temió que eso le impidiera dormir. Su cuerpo temblaba con tal violencia en su inútil esfuerzo por calentarse que tuvo que agarrar las mangas de la sudadera para que no se cayera.

Pero, por mucho frío que tuviera, estaba agotado.

Al cabo de cinco minutos, se quedó dormido.

El tobillo derecho de Ethan está sujeto con unos grilletes y encadenado a un cáncamo que hay en el suelo.

Se encuentra sentado a un destartado escritorio sobre el que descansan tres objetos.

Una hoja DIN-A4 en blanco.

Un bolígrafo negro.

Un reloj de arena cuyos granos negros caen de un bulbo a otro.

Aashif le ha avisado de que, cuando la arena se agote, regresará, y si lo que ha escrito en el papel no le convence, morirá de lingchi.

Sin embargo, Ethan sabe que, aunque tuviera un conocimiento claro de una ofensiva inminente y escribiera las fechas, las localizaciones, los objetivos y los detalles del ataque terrestre, no sería suficiente.

Nada lo sería. Independientemente de lo que escriba, morirá, y lo hará de un modo horrible.

Lo único que conoce de Aashif es su voz y esos malvados ojos marrones en los cuales no advierte ningún deseo de averiguar nada, sino de infligir dolor.

El pretexto del interrogatorio es un preámbulo.

Algo para que Aashif se ponga a tono.

Es un sádico. Probablemente de Al Qaeda.

De algún modo, Ethan ha conseguido no pensar en ello mientras se encontraba colgado de las muñecas en la sala de tortura, pero, ahora que está ahí sentado a solas, no alberga la menor duda.

No importa lo que escriba, dentro de menos de una hora su vida será infinitamente peor.

Hay una ventana en la habitación, pero está tapada con tablones de madera.

A través de las diminutas rendijas que hay entre los tablones se filtran brillantes hilos de luz solar iraquí.

El calor es asfixiante, y Ethan no deja de sudar por cada uno de sus poros.

El momento es tan real que resulta insoportable. Se siente abrumado por la sobrecarga sensorial.

El ladrido de un perro.

La risa lejana de un niño.

A kilómetros de allí, el siniestro ruido de los tiroteos, parecido al de una cigarra.

El zumbido de una mosca en la oreja izquierda.

El olor a masgouf cocinándose en los alrededores.

Los gritos de un hombre en las entrañas del campamento.

«Nadie sabe que estoy aquí. Al menos, nadie que me pueda ayudar.»

Piensa en Theresa —en casa, embarazada—, pero la emoción y la añoranza es más de lo que puede soportar teniendo en cuenta lo que le espera. La tentación de

rememorar su última conversación —una llamada VoIP desde la base— es poderosa, pero lo destrozaría.

«No puedo hacerlo. Todavía no. Quizá en mis últimos momentos.»

Ethan deja el bolígrafo a un lado.

«Sólo necesito algo con lo que ocupar la mente. No puedo permanecer sentado aquí pensando en lo que está por venir. Porque eso es lo que él quiere. Es de lo que trata todo esto.»

Se despertó de golpe.

Durante un minuto, no tuvo la menor idea de dónde estaba. No dejaba de temblar y el cuerpo le ardía de fiebre.

Se incorporó y extendió los brazos en la oscuridad circundante. En cuanto sus dedos tocaron las rocosas paredes de la cueva, las últimas horas volvieron a su mente y recordó el horror en el que se había convertido su vida.

Mientras dormía, se había destapado, y ahora la ropa con la que se había cubierto yacía desperdigada en el suelo de piedra, fría y húmeda. La extendió para que se pudiera secar mejor, y luego se asomó por el borde de la cueva para echar un vistazo.

Había dejado de llover.

Las estrellas brillaban en el cielo nocturno.

Nunca había sentido el menor interés en la astronomía, pero se sorprendió a sí mismo buscando alguna constelación que le sonara, al tiempo que se preguntaba si las estrellas que veía se encontraban en el lugar correcto.

«¿Es éste el mismo cielo que siempre he visto?»

A quince metros a sus pies, se oía el rumor del río.

Bajó la mirada hacia la corriente y, cuando los vio, se le heló la sangre.

El primer impulso de Ethan fue volver a meterse en la cueva, pero se resistió a ello, temiendo que cualquier movimiento repentino pudiera llamar la atención.

«Me cago en Dios, me han seguido. Al final, han cruzado el río.»

Los podía ver entre esos gigantescos pinos que había en la orilla del río; estaban tan bien escondidos en las sombras que no podía calcular su número.

Al ritmo de un perezoso, centímetro a centímetro, se metió en la cueva, agachándose hasta que su pecho quedó pegado al suelo, que estaba helado, y su cabeza apenas asomaba por el borde de la cueva.

Las figuras desaparecieron en las sombras y, por un momento, aparte del ruido del río, el mundo quedó en completo silencio. Ethan comenzó a preguntarse si realmente había visto algo. Teniendo en cuenta todo por lo que había pasado en los últimos cinco días, sufrir alucinaciones se podía considerar un bienvenido regreso a la cordura.

Treinta segundos después, algo volvió a salir de las sombras de los pinos en dirección a las rocas desmenuzadas que había en la base de la pendiente.

«¿Qué diantre?»

Sólo había uno y, a pesar de que tenía el tamaño de un hombre, no se movía como tal: avanzaba a cuatro patas. Además, no tenía pelo y su pálida piel relucía bajo la luz de las estrellas.

Un sabor metálico —consecuencia del miedo— le inundó la boca cuando se dio cuenta de que sus proporciones no eran las normales: los brazos eran el doble de largos de lo usual.

La cosa levantó la cabeza e, incluso a esa distancia, Ethan pudo distinguir su desmesurada nariz apuntando hacia el cielo.

Estaba olfateando.

Ethan se apartó rápidamente de la abertura y se metió en el interior de la cueva. Sentado, con la espalda pegada a la pared, dobló las piernas, las abrazó y, sin dejar de temblar, aguzó el oído por si oía pasos acercándose o piedras moviéndose.

Pero lo único que oyó fue el rugido del río y, cuando volvió a echar un vistazo, aquella cosa que había visto —o que creía haber visto— ya no estaba.

En las pocas horas que quedaban de oscuridad, no consiguió dormir.

Tenía demasiado frío.

El cuerpo le dolía demasiado.

Y estaba demasiado aterrorizado por todo lo que había vivido como para regresar al mundo de los sueños.

Se tumbó en la roca, abrumado por un deseo. Una necesidad.

Theresa.

En casa, él solía despertarse en mitad de la noche y ella siempre estaba vuelta hacia él, rodeándolo con un brazo. Incluso en las noches más duras. Las noches en las que llegaba a casa tarde. Las noches en las que discutían. Las noches en las que la había traicionado. Ella siempre llevaba mucho más a la mesa que él. Ella lo amaba a la velocidad de la luz. Sin vacilaciones. Ni remordimientos. Ni condiciones. Ni reservas. Mientras él reprimía sus sentimientos y le ocultaba una parte de sí mismo, ella se entregaba del todo. Siempre.

Hay momentos en los que uno ve a la persona que ama como realmente es, sin tener en cuenta las proyecciones que uno haga ni el pasado que ambos hayan podido compartir. Momentos en los que uno la ve con la mirada fresca, como lo haría un desconocido, y vuelve a sentir lo mismo que la primera vez que cayó enamorado de ella. Antes de las lágrimas y las vulnerabilidades. Momentos en los que todavía hay posibilidad de perfección.

Él nunca había tenido una imagen más nítida de su esposa, ni nunca la había querido más —ni siquiera al principio— que en ese momento, en ese lugar frío y oscuro, mientras imaginaba que la abrazaba.

Contempló cómo las estrellas se oscurecían a medida que el sol iba enrojeciendo el cielo y, cuando éste finalmente asomó por encima del acantilado que había al otro lado del río, dejó que lo bañaran los rayos deliciosamente cálidos que entraban en su escondrijo y caldeaban la piedra.

Bajo la luz del amanecer, pudo comprobar finalmente los daños que había sufrido en su huida de Wayward Pines.

Innumerables moratones con una mancha de color negro amarillento en el centro cubrían sus brazos y piernas.

Varias heridas de pinchazos cubrían el hombro izquierdo y el costado derecho.

Despegó la cinta adhesiva de la pierna izquierda y dejó al descubierto la parte posterior del muslo, de donde Beverly había extraído el microchip. La presión de la cinta había conseguido detener la hemorragia, pero la piel que rodeaba la incisión estaba inflamada. Necesitaría antibióticos y unos cuantos puntos para evitar que se infectase.

Se pasó las manos por la cara y tuvo la sensación de que no era la suya. La piel estaba hinchada y la nariz —que le habían roto dos veces en las últimas veinticuatro horas— le dolía terriblemente. También tenía las mejillas repletas de cortes poco profundos que se había hecho con las ramas al correr por el bosque, y en la parte posterior de la cabeza le había salido un chichón, cortesía de uno de esos niños que le habían tirado piedras.

Pero nada se podía comparar al tremendo dolor que sentía en los músculos de las piernas. Sin duda, los había llevado más allá de su límite.

Se preguntó si sería capaz de andar.

A media mañana, cuando la ropa ya se había secado un poco, Ethan se vistió, se puso las botas (que todavía estaban húmedas), y descendió de la cueva hasta la falda del acantilado.

El recorrido hasta el río le proporcionó un brutal anticipo de lo que le esperaba durante el resto del día y, para cuando llegó a la orilla, los músculos ya le volvían a arder.

No tenía otra opción que descansar. Cerró los ojos y dejó que los rayos del sol se derramaran sobre su cara cual agua caliente.

Podía percibir el olor a agujas de pino secas bajo la luz del sol.

El dulzor del agua fría.

El nítido rumor del río al descender por el cañón.

El repiqueteo de las piedras bajo la corriente.

El penetrante azul del cielo.

El calor del sol lo animó y, a pesar de todo, estar en la naturaleza apelaba a lo más profundo de su alma.

La noche antes estaba demasiado cansado para hacer nada que no fuera yacer

inmóvil en la piedra.

Ahora, volvía a tener hambre.

Cogió las zanahorias y un poco del pan que llevaba en los bolsillos.

De nuevo en pie, rastreó las proximidades en busca de una rama de pino. Cuando lo hizo, rompió uno de sus extremos para poder utilizarla de bastón. Luego se pasó varios minutos haciendo estiramientos para intentar reducir el dolor que sentía en los músculos, pero era una batalla perdida.

Finalmente, comenzó a recorrer el cañón a un ritmo que pensaba que podría mantener. Diez minutos después, sin embargo, el cansancio acumulado por el esfuerzo del día anterior lo obligó a aminorar el paso.

Medio kilómetro le pareció como si fueran cinco.

A cada paso dependía más y más de su bastón, y se aferraba a él como si fuera un salvavidas, o su única pierna hábil.

A primera hora de la tarde, la naturaleza del cañón había comenzado a cambiar. El río se había estrechado hasta ser apenas un arroyo y los pinos eran más pequeños, había menos y estaban más desperdigados. Los pocos que veía, además, estaban torcidos y atrofiados, víctimas empequeñecidas de los rigurosos inviernos.

Tenía que detenerse con demasiada frecuencia y, al cabo de poco, se pasaba más tiempo descansando que caminando. Constantemente se quedaba sin aliento y, cuanto más ascendía, más le ardían los pulmones por la falta de oxígeno.

Al atardecer, se tumbó en una superficie rocosa cubierta de líquen que había junto a lo que quedaba del río, apenas una rápida corriente de un par de metros de anchura que recorría un lecho de coloridas piedras.

Habían pasado cuatro horas desde que había dejado la cueva, y el sol ya había comenzado a esconderse por detrás de la pared del cañón, al otro lado del río.

Cuando desapareció, la temperatura descendió de golpe.

Permaneció allí tumbado mientras el cielo perdía sus colores, acurrucado para protegerse del inminente frío, y con la sombría sensación de que no iba a volver a levantarse.

Tras colocarse de costado, se puso la capucha.

Y cerró los ojos.

Tenía frío, pero al menos la ropa estaba seca. Intentó poner orden a los innumerables pensamientos y emociones que se arremolinaban en su cabeza. El cansancio lo había empujado hasta el borde del delirio. Y, de repente, sintió el calor del sol en la capucha.

Abrió los ojos y se incorporó.

Todavía se encontraba en la superficie rocosa que había junto al arroyo, pero ahora el sol estaba asomando por encima de la pared del cañón que había a su espalda.

«He dormido toda la noche.»

Se acercó a rastras al río y bebió. El agua estaba tan fría que incluso le hizo daño en la cabeza.

Se comió una zanahoria y un poco de pan, y luego se puso en pie y orinó. Sorprendentemente, se sentía mejor. El dolor en sus piernas era menos incapacitante, casi soportable.

Cogió el bastón.

Las paredes del cañón se estrecharon y el arroyo se convirtió en un chorrito antes de desaparecer del todo en la fuente de la que procedía.

Sin la corriente, el silencio era casi total.

No se oía nada, salvo el crujido de las piedras bajo sus botas.

El solitario graznido de un pájaro.

Su propia respiración jadeante.

Las paredes a cada lado se volvían cada vez más empinadas, y ya no había más árboles ni arbustos.

Sólo rocas desmenuzadas, líquenes y cielo.

A mediodía, Ethan había abandonado el bastón y se había visto obligado a avanzar a gatas por el terreno más escarpado con el que se las había tenido que ver hasta el momento. Mientras recorría con dificultad una curva del cañón, empezó a oír un ruido. Se apoyó en una roca del tamaño de un coche pequeño y aguzó el oído para intentar oír algo por encima de su jadeante respiración.

Ahí estaba.

Era artificial.

Constante.

Un zumbido de escasos decibelios.

La curiosidad lo animó a seguir adelante y continuó ascendiendo con rapidez hasta que llegó a la esquina. El zumbido se oía cada vez mejor, lo que no hacía sino aumentar su curiosidad.

Cuando finalmente vio de qué se trataba, una oleada de euforia recorrió su cuerpo.

El cañón continuaba su pronunciado ascenso durante otro kilómetro o dos. Las paredes de los acantilados culminaban en picos irregulares y crestas dentadas, una implacable crueldad en un paisaje que parecía casi alienígena.

A unos quince metros, se encontraba el origen del zumbido: una valla de seis metros de altura coronada con un rollo de alambre de espino que, en su punto más estrecho, se extendía sesenta metros a lo largo del cañón. En un letrero que había en la valla se podía leer:

ALTO VOLTAJE.
RIESGO DE MUERTE.
REGRESE A WAYWARD PINES.
MÁS ALLÁ DE ESTE PUNTO MORIRÁ

Ethan se detuvo a un metro y medio de la barrera, y la inspeccionó con atención. La valla estaba formada por unos paneles cuadrados cuyos lados hacían unos diez centímetros de largo. De cerca, el zumbido sonaba todavía más amenazador, y confería a la valla un aire verdaderamente intimidante.

Ethan percibió entonces un olor a podrido. No tardó en averiguar su origen. Un roedor de gran tamaño —probablemente una marmota— había cometido el error de cruzar la verja por un agujero que había en el suelo. Parecía que hubiera estado friéndose entre los alambres durante ocho horas. Estaba completamente chamuscado. Un pobre pájaro, creyendo probablemente que había dado con comida fácil, había cometido el error de intentar morder los restos del animal y había sufrido el mismo destino.

Ethan levantó la mirada hacia las paredes del cañón.

Eran muy escarpadas, pero se fijó en los asideros, especialmente los del lado derecho, y llegó a la conclusión de que alguien que estuviera motivado y no tuviera demasiado miedo a las alturas sería capaz de escalarlos.

Ethan se acercó a la pared y comenzó a trepar.

No era la mejor roca, y algunos de los asideros parecían estar en un estado pésimo, pero había muchos y se encontraban lo bastante cerca entre sí para que no tuviera que colocar todo su peso en ninguno durante demasiado tiempo.

Al poco, se encontraba a siete metros del suelo. No pudo evitar sentir un leve hormigueo al ver el alambre de espino electrificado a escasa distancia de las suelas de sus botas.

Atravesó con cuidado un saliente de roca sólida y finalmente llegó al lado prohibido de la valla. La altura le ponía nervioso, pero todavía más la realidad de lo que acababa de hacer: cruzar ilegalmente esta frontera.

Una molesta vocecita en lo más hondo de su cabeza no dejaba de susurrarle que se acababa de exponer voluntariamente a un terrible peligro.

Ethan llegó sano y salvo al otro lado del cañón y prosiguió su camino. A medida que se alejaba, el zumbido de la valla fue decreciendo y su cuerpo entró en un intenso y desconcertante estado de alerta. Lo mismo le había sucedido en Iraq: su capacidad

sensorial parecía aumentar en los momentos previos a las misiones que al final iban mal. Le comenzaban a sudar las palmas de las manos, el pulso se le aceleraba, los sentidos del oído, olfato, gusto y demás entraban en un estado de sobreexcitación. Nunca se lo había dicho a nadie, pero, cuando perdió el helicóptero Black Hawk en Faluya, supo que iban a recibir el impacto de la granada cinco segundos antes de que ésta explotara.

La zona que había al otro lado de la valla era verdaderamente inhóspita. La roca estaba tan desmenuzada que parecía haber sido asolada por rayos.

El cielo estaba completamente despejado.

Esa ausencia de nubes no hacía más que subrayar la sensación de absoluta desolación.

Después de varios días en Wayward Pines, le parecía surrealista estar así de solo, tan lejos de otras personas, pero en el fondo una nueva preocupación lo reconcomía. El cañón parecía ascender otros treinta metros hasta una alta y ventosa cresta. Si no le fallaban las fuerzas, puede que la alcanzara al anochecer. Pasaría otra larga y fría noche intentando dormir en la roca descompuesta. Pero ¿entonces qué? Pronto se quedaría sin comida y, a pesar de que todavía le quedaba agua en el estómago de la última vez que había bebido, el esfuerzo al que estaba sometiendo a su cuerpo lo dejaría seco en muy poco tiempo.

Aunque, más que la inminente amenaza del hambre y la sed, temía lo que pudiera haber más allá de esa lejana cresta que había en lo alto del cañón.

Kilómetros y kilómetros de tierra yerma. A pesar de que todavía recordaba algo del entrenamiento de supervivencia que había realizado en el ejército, la realidad era que estaba agotado. La idea de caminar por esas montañas de vuelta a la civilización le resultaba descorazonadora.

Y, sin embargo, ¿qué otra opción tenía?

¿Regresar a Wayward Pines?

Prefería morir congelado que volver a poner un pie en ese lugar.

Al rato, llegó a una zona del cañón obstaculizada por unas enormes rocas, de modo que tuvo que avanzar saltando cuidadosamente de una a otra. En un momento dado, volvió a oír una corriente de agua bajo sus pies, pero se trataba de un arroyo invisible e inalcanzable, pues estaba escondido en el negro espacio que había bajo la pila de rocas.

De repente, vio que algo en lo alto de la pared izquierda del cañón emitía un brillante destello de luz solar.

Se detuvo, ahuecó una mano sobre los ojos y aguzó la mirada. Desde el lugar en el que se encontraba, en las entrañas del cañón, lo único que podía ver era una superficie metálica cuadrada en lo alto de la pared. Sus proporciones eran demasiado perfectas y exactas para no tratarse de algo artificial.

Continuó saltando de roca en roca, ahora a mayor velocidad e intensidad, y sin dejar de mirar el objeto mientras avanzaba. Seguía sin poder determinar su

naturaleza.

Más adelante, el tamaño de las rocas disminuía y se volvía más accesible. El terreno era ahora transitable.

Estaba planteándose si podría escalar hasta esa pieza de metal cuando el crujido de una roca al caer al suelo interrumpió sus pensamientos.

Durante un aterrador instante, Ethan creyó que estaba teniendo lugar un corrimiento de tierra y que miles de toneladas de rocas le caerían encima y lo aplastarían.

Pero el ruido se había originado a su espalda, no encima. Se volvió y miró el lugar del que provenía, suponiendo que una de las rocas por las que había pasado finalmente se había movido y descolocado.

Aun así, había algo siniestro en el hecho de registrar otro sonido aparte de su respiración dificultosa o el movimiento de las rocas en sus alrededores inmediatos. Se había acostumbrado al silencio de esta solitaria desembocadura.

Sus ojos se posaron primero en la valla electrificada, que se encontraba a medio kilómetro, y luego en algo que se movía a una distancia mucho más cercana, unos cien metros. Al principio, pensó que debía de tratarse de una de esas marmotas, pero saltaba de roca en roca demasiado rápido y con una agilidad ingravida y felina. Al aguzar la mirada, advirtió que no tenía pelaje. Estaba cubierto por una piel pálida y lechosa. Parecía albino.

Ethan retrocedió instintivamente al advertir que había subestimado su tamaño. No se movía sobre las rocas pequeñas. Lo hacía por las rocas gigantes por las que él acababa de pasar, lo cual significaba que debía de tener el tamaño de un ser humano y que avanzaba a una velocidad intimidante, sin apenas detenerse entre cada uno de sus saltos.

Ethan tropezó con una piedra y volvió a ponerse en pie. La respiración se le había acelerado.

Esa cosa estaba tan cerca que podía oír su jadeante respiración y el ruido que hacían sus garras contra la piedra cada vez que aterrizaba en una nueva roca. A cada salto, estaba más cerca. Ahora se encontraba ya a unos cincuenta metros, y Ethan sintió que un ardor se comenzaba a extender por su estómago.

Era lo que había visto la noche anterior desde la cueva.

Era lo que había soñado.

Pero ¿qué diantre era?

¿Cómo podía existir algo así?

Apretó a correr más rápido de lo que se había atrevido en todo el día, echando la vista atrás cada pocos segundos.

Esa cosa saltó de la última de las grandes rocas y aterrizó en el suelo con la elegancia de una bailarina. Avanzaba a cuatro patas y a toda velocidad, con el cuerpo a ras de suelo, como un jabalí. El áspero ruido que hacía su respiración jadeante se oía cada vez más cerca. La distancia entre ellos disminuía a una velocidad tan

alarmante que Ethan acabó llegando a la conclusión de que no servía de nada intentar escaparse.

Finalmente, pues, se detuvo y se dio la vuelta para encararlo. No sabía si tratar de entender lo que estaba ocurriendo o simplemente prepararse para luchar por su vida.

La criatura se encontraba a veinte metros. Cuanto más cerca estaba, menos le gustaba a Ethan lo que veía.

Tenía el torso corto.

Unas piernas largas y unos brazos todavía más largos en cuyas puntas resaltaban unas garras negras.

Debía de pesar unos cincuenta o cincuenta y cinco kilos.

Musculoso.

Enjuto.

Y, por encima de todo, humanoide. Bajo la luz del sol, su piel era traslúcida como la de un bebé de ratón y dejaba a la vista la red de venas azules y arterias púrpura. Incluso su corazón era ligeramente visible: una palpitación rosada justo a la derecha del pecho.

Cuando estaba a diez metros, Ethan se preparó para lo peor. La criatura bajó su pequeña cabeza para atacar, de las comisuras de su boca sin labios colgaban hilos de saliva sangrienta, y sus ojos de color crema no apartaban la vista de su objetivo.

Antes incluso de que se le echara encima, pudo percibir el hedor que emanaba: fétida carne putrefacta sazonada con sangre podrida.

El monstruo soltó un grito —un alarido extrañamente humano— y se abalanzó sobre él. Ethan intentó hacerse a un lado en el último instante, pero la criatura lo había previsto y, extendiendo una de sus extremidades, lo agarró por la cintura. Sus garras penetraron con facilidad en la gruesa tela de la sudadera y se le clavaron en el costado.

El dolor fue insoportable. La inercia de la criatura hizo que perdiera el equilibrio y saliera despedido hacia las rocas con suficiente fuerza para dejarlo momentáneamente sin respiración.

Esa criatura tenía la ferocidad de un pitbull.

La rapidez de un relámpago.

Y una fuerza brutal.

Ethan levantó los brazos para intentar protegerse el rostro de aquellas zarpas con cinco uñas tan afiladas como las de un ave de presa y que desgarraban fácilmente su ropa y su piel.

En cuestión de segundos, la criatura había conseguido montarse a horcajadas sobre él y clavarle las pezuñas en las pantorrillas, manteniéndolo sujeto en el suelo.

En medio de la refriega, pudo verle bien el rostro.

Agujeros de la nariz grandes y cavernosos.

Ojos pequeños y opacos.

Cráneo sin pelo y una piel tan tersa y fina que se podían ver incluso los lugares en

que los huesos de la cabeza encajaban como piezas de un puzle.

Encías coronadas con una doble hilera de colmillos pequeños y afilados.

Al poco, Ethan tenía la sensación de que llevaba horas luchando con esa cosa —el tiempo se había ralentizado y avanzaba de una forma pausada y aterradora—, pero en realidad sólo habían pasado unos pocos segundos. Finalmente, recurrió a su entrenamiento de combate y su mente comenzó a elevarse por encima del miedo y la confusión, sobreponiéndose al pánico que lo había paralizado. Cuanto más peligrosa y caótica era una situación, con más claridad tenía uno que evaluar qué debía hacer para sobrevivir, y hasta el momento él había fracasado. Había permitido que este encuentro consumiera casi todas sus fuerzas y, si no tomaba el control del miedo y empezaba a reservar sus energías, al cabo de sesenta segundos carecería de la capacidad —mental o física— de contraatacar.

La criatura le hizo entonces el corte más profundo hasta el momento: su garra le atravesó la ropa y le rasgó los abdominales.

Luego comenzó a hurgar en el estómago de Ethan y éste notó cómo sus dientes atravesaban la sudadera. Con gran horror, se dio cuenta de lo que estaba intentando hacer: destriparlo con sus garras afiladas como cuchillos y darse un festín en el cañón mientras él lo veía y se desangraba.

Para evitarlo, le dio un torpe pero fuerte puñetazo en un costado de la cabeza.

La criatura levantó la mirada y emitió un poderoso bramido de rabia.

Luego levantó la garra derecha y arremetió contra su cuello.

Ethan consiguió esquivar el golpe con el brazo izquierdo y extendió el derecho al suelo, buscando desesperadamente con los dedos alguna arma.

El brillo de pura rabia en los ojos de la criatura era inconfundible.

Dejó de hurgarle en el estómago y su espantoso rostro se dirigió entonces hacia el cuello de Ethan.

«Pretende morderme en la garganta.»

Finalmente, la mano de Ethan encontró una piedra y sus dedos la agarraron con firmeza.

Arremetió con todas sus fuerzas. La pesada piedra tenía el tamaño de un pisapapeles, y cuando su roma superficie impactó en el costado de su cabeza, el monstruo vaciló, sus pupilas negras como el carbón se dilataron en esos ojos lechosos y, presa de la estupefacción, se le aflojó la mandíbula.

Ethan no vaciló.

Le volvió a golpear en la dentada boca y le rompió unos cuantos colmillos marrones e irregulares. La criatura se tambaleó hacia atrás. Entonces le golpeó otra vez más, en esta ocasión en su cavernosa nariz.

El monstruo cayó al suelo. Le sangraban la nariz y la boca, y aullaba incrédulo, agitando débilmente los brazos ya sin la fuerza ni la velocidad necesarias para hacerle a Ethan corte alguno.

Éste se sentó a horcajadas encima de la cosa. Una mano sujetó a la criatura por el

cuello mientras la otra seguía aferrada a la piedra.

Tras tres demoledores golpes en el cráneo, el monstruo dejó de moverse.

Ethan tiró la piedra manchada de sangre y se dejó caer de costado, respirando hondo y con la cara cubierta de sangre y alguna astilla de hueso.

Se sentó en el suelo y se levantó la camiseta.

«Dios mío.»

Parecía que hubiera tenido una pelea a cuchilladas. Esas garras le habían hecho largos y feos cortes en el torso. El del estómago era el más grave: un surco de quince centímetros le cruzaba el abdomen. Un poco más profundo, y lo habría abierto en canal.

Bajó la mirada para ver qué diantre era esa criatura.

Ni siquiera sabía cómo comenzar a describirlo.

Las manos no le dejaban de temblar. Todavía tenía demasiada adrenalina en el cuerpo.

Se puso en pie.

El cañón volvía a estar en calma.

Levantó la mirada hacia la pared más cercana. El misterioso objeto metálico seguía resplandeciendo al sol. No podía estar seguro, pero a esta distancia parecía encontrarse a veinticinco o treinta metros de altura, y, por alguna razón, en esos momentos él sentía un poderoso deseo de salir cuanto antes de las entrañas del cañón.

Se limpió el rostro con las mangas de la sudadera y se alejó de la pared para poder verla mejor. Tardó un momento en estudiar todas las rutas posibles y finalmente se decidió por una que lo llevaría por una serie de salientes decrecientes y por una amplia hendidura que recorría la pared del acantilado hasta el objeto.

Se dirigió hacia la pared.

Minutos después de la pelea, la adrenalina seguía recorriendo su cuerpo.

Estaría bien poder utilizar esa energía en la escalada.

Extendió el brazo hacia el primer saliente, se agarró en el borde y comenzó a trepar.

Las heridas en el estómago le dolían muchísimo, lo que estaba agravado por el hecho de que los músculos de esa zona fueran esenciales en prácticamente cualquier movimiento.

Pero hizo caso omiso al dolor.

Cuando llevaba recorridos unos seis metros, llegó a un saliente en el que podía permanecer fácilmente en pie y se reclinó contra la roca.

Hacía años que no escalaba y su incompetencia resultaba evidente. Esos primeros metros habían supuesto un desgaste físico inasumible. Estaba trepando con las manos en vez de contar con la fuerza de las piernas, y ya estaba completamente bañado en sudor. El agua salada se le metía en cada herida, cada arañazo y cada corte.

Con cuidado, se dio la vuelta y colocó las manos en la roca. El sol no daba en el saliente y la roca estaba fría como el hielo. Desde el suelo, esta sección le había

parecido bastante fácil, con muchos asideros y rocas protuberantes que facilitaban la escalada. Pero ahora, a seis metros del suelo del cañón y a punto de vérselas con una escalada prácticamente vertical, los asideros no parecían tan seguros, y la distancia hasta el siguiente saliente —donde podría tomarse un minuto de necesario descanso— era de al menos diez metros.

Cerró los ojos y respiró hondo para devolver las pulsaciones a su estado normal.

«Puedes hacerlo. Tienes que hacerlo.»

Se agarró entonces al asidero más pequeño que había encontrado hasta el momento, y trepó hasta una superficie ligeramente inclinada con suficiente arenilla para proporcionarles a las suelas de sus botas unos segundos de agarre.

A medida que seguía ascendiendo, su miedo iba en aumento. Hacía lo posible por ignorar la silenciosa voz alojada en la parte posterior de su cabeza como una astilla y que no dejaba de susurrarle que había dejado atrás la altura que le podía costar una pierna rota y que ahora la menor equivocación la pagaría con la muerte.

Sus movimientos eran cada vez más arriesgados, y los asideros y puntos de apoyo, cada vez más pequeños.

Al principio, vacilaba más entre cada movimiento y probaba una y otra vez cada asidero. Ahora ya no. Se le habían comenzado a agarrotar las piernas, lo cual anunciaba inminentes calambres. Si sufría uno mientras escalaba la pared, bien podría ser su final.

Así pues, ahora escalaba tan rápido como podía, agarrándose al primer asidero decente que encontraba, intentando que no lo afectara la creciente distancia que lo separaba del suelo del cañón, y diciéndose a sí mismo que, si caía, mejor sería que muriera al instante, porque, como se rompiera una pierna o la espalda en esta zona inhóspita, su muerte sería lenta y agónica.

Y, sin embargo, cuanto más alto ascendía, más miedo tenía. Intentaba resistirse al impulso de mirar abajo, pero no podía evitar sentir una mórbida fascinación por lo mucho que había recorrido.

Su mano derecha alcanzó finalmente el tercer saliente.

Colocó la rodilla izquierda en el borde para subirse a él.

Para cuando se dio cuenta de que no había ninguna cosa a lo que su mano izquierda se pudiera sujetar, ya no podía hacer nada al respecto.

Durante un interminable segundo, se quedó colgando en el aire con una rodilla en el borde del saliente mientras la gravedad tiraba lentamente de él hacia el terrible vacío que había bajo sus pies.

Preso de la desesperación, se impulsó hacia adelante y se aferró con ambas manos a la roca. Con la izquierda, encontró entonces una rugosidad a la altura del pecho.

Por un momento, dudó de si el asidero le proporcionaría suficiente fuerza para vencer el tirón de la gravedad y regresar al saliente. Sus dedos comenzaron a resbalar y los nudillos a palidecer del esfuerzo.

Finalmente, consiguió detener la caída y, con las puntas de los dedos, tiró de sí

mismo hacia adelante hasta que su frente rozó la pared.

Le llevó todas sus fuerzas levantar la pierna derecha y subir al saliente.

Éste era mucho más pequeño que el anterior, y sus pies asomaban por el borde.

Era imposible sentarse o permanecer allí durante demasiado tiempo.

La hendidura que recorría la pared hasta la pieza metálica comenzaba justo encima. Parecía suficientemente amplia para meterse dentro si conseguía llegar a ella, pero todavía no se sentía con fuerzas para seguir trepando.

Había estado a punto de morir y todavía le temblaba el cuerpo de la cabeza a los pies.

Un grito repentino hizo que se olvidara de golpe del miedo que sentía.

Desconcertado, bajó la mirada al fondo del cañón.

Había hecho añicos el cráneo de esa criatura.

¿Cómo era posible que...?

Un momento.

La criatura no se movía y su boca ya no podía producir un aullido como ése.

Cuando el siguiente grito —éste no tan estridente— resonó por el cañón, se volvió hacia la valla electrificada.

«Dios mío.»

Cinco criaturas más avanzaban por el cañón casi en formación. Mediante rápidos y elegantes saltos recorrían a toda velocidad el tramo de grandes rocas.

Ethan pegó la espalda a la pared para evitar caerse.

Con la velocidad de un perro, el líder de la manada dejó atrás las rocas y, al llegar junto al que Ethan había matado antes, se detuvo de golpe y bajó la cabeza al suelo para olfatear el cráneo aplastado de su pariente.

Mientras los demás se acercaban, el líder levantó la cara hacia el cielo y soltó un largo y desolado gemido parecido al aullido de un lobo.

Los otros cuatro llegaron finalmente a su lado y, al cabo de unos segundos, estaban todos aullando como un coro de luto. Ethan, que permanecía inmóvil escuchándolos, tenía cada vez más frío; el sudor se enfriaba en su piel, y en la cara tenía restos de sangre de la criatura que se habían secado y parecían pequeñas costras.

Intentaba comprender lo que estaba viendo y oyendo, pero le resultaba imposible.

No podía entender lo que sucedía. Su imaginación no daba para tanto.

Cuando los aullidos finalizaron, las criaturas comenzaron a conversar entre sí en la lengua más extraña que hubiera oído nunca.

Sus chillidos rápidos y estridentes parecían el siniestro graznido de un pájaro espeluznante.

El mundo de Ethan empezó a dar vueltas bajo sus pies y se aferró con fuerza a la roca.

Las cinco criaturas se pusieron a olfatear el terreno que rodeaba el cadáver con el trasero elevado y los rostros husmeando entre las rocas.

Intentó no caer presa del pánico cuando se dio cuenta de que, aunque las criaturas

se marcharan, él ya no podría volver a bajar. Ni siquiera del saliente en el que se encontraba. La única salida posible de la pared (cuya escalada estaba resultando más complicada de lo previsto) era hacia arriba.

De repente, uno de los monstruos soltó un agudo y penetrante aullido.

Los demás se acercaron a él a toda velocidad y todos comenzaron a graznar frenéticamente. Al final, el más grande del grupo —fácilmente, el doble del que le había atacado— se separó de los demás con la nariz pegada al suelo.

Hasta que la criatura llegó a la base del acantilado, Ethan no comprendió lo que estaba pasando.

«Mi rastro.»

La criatura pegó la nariz a la roca y luego se irguió sobre las dos patas traseras.

Entonces empezó a levantar la mirada...

... hasta que la posó sobre Ethan.

«Están siguiendo mi rastro.»

El cañón se quedó en silencio.

Un segundo después, cinco pares de ojos lechosos lo estaban estudiando.

Ethan podía oír los fuertes latidos de su corazón. Era como si alguien intentara salir a golpes de una habitación acolchada.

Un único pensamiento ocupaba su mente en un bucle infinito:

«¿Pueden trepar?».

A modo de respuesta, la criatura más grande del grupo, la que había encontrado su rastro, se echó hacia atrás y dio un salto de un metro y medio.

Se pegó a la pared como si estuviera cubierto de velcro, introduciendo las puntas de las garras en unas diminutas grietas que Ethan no podría haber usado nunca.

La criatura levantó entonces la mirada hacia él mientras los demás comenzaban a ascender por la roca.

Ethan examinó la hendidura que había encima de la cabeza hasta que encontró un asidero.

Se encontraba fuera de su alcance, así que para llegar a él tuvo que dar un salto y aferrarse a un grupo de cristales oscuros y afilados. A su espalda, podía oír el repiqueteo de las garras sobre la roca.

Con gran dificultad, consiguió meter la otra mano en la hendidura y trepar hasta ella.

Era estrecha, de apenas un metro, pero pegó las botas a sus paredes con la suficiente presión para mantenerse suspendido.

Bajó la mirada.

La criatura ya había llegado al segundo saliente. Trepaba con rapidez y sin miedo. Y no daba señal alguna de fatiga.

Las demás la seguían de cerca.

Ethan centró la atención en lo que había arriba: una suerte de canal vertical cerrado por tres lados. No había asideros, pero supuso que podría trepar por él

haciendo presión con las extremidades en las paredes.

Comenzó a ascender. El canal era estrecho, lo que le proporcionó una bienvenida —aunque falsa— sensación de seguridad.

Cada pocos metros, echaba un vistazo hacia abajo. Las paredes del canal le impedían ver bien, pero pudo distinguir a la criatura que iba en primer lugar. Ésta estaba escalando sin esfuerzo el tramo entre el segundo y tercer saliente, una sección de la pared que a él le había costado horrores.

Ethan, por su parte, se encontraba a veinte metros del suelo del cañón y todavía le quedaban seis para llegar a la grieta. Le ardían los muslos.

No sabía cuánto le faltaba para llegar a esa pieza metálica que lo había metido en esta situación. Por otro lado, si hubiera estado en el cañón cuando las criaturas habían aparecido, en esos momentos se lo estarían comiendo vivo. Así pues, si lo pensaba bien, ese reluciente objeto que había provocado esta temerosa escalada había prolongado, si no directamente salvado, su vida.

El monstruo llegó al tercer saliente y, sin tomarse un momento para descansar o plantearse cuál sería su siguiente paso, saltó del estrecho estante de roca.

Metió una única garra de su pata izquierda en el interior de la hendidura y, en una muestra de fuerza verdaderamente increíble, se impulsó en esa superficie de un milímetro cuadrado y llegó al principio del canal.

Sus miradas se encontraron cuando el monstruo comenzó a trepar apoyándose en salientes tan insignificantes que Ethan los había tenido que descartar. Esa cosa escalaba el doble de rápido que él.

Ethan no podía hacer otra cosa que seguir adelante.

Con gran dificultad, avanzó otro metro y medio.

Tres.

El monstruo se encontraba a unos siete metros. A esa distancia, Ethan podía ver perfectamente el latido de su enorme corazón rosado, oscurecido por la piel como si estuviera detrás de un cristal grueso y opaco.

A un metro y medio, el canal parecía conducir a una aterradora pared lisa y vertical.

Le pareció que en lo alto había algún que otro asidero, pero Ethan se dio cuenta de que, si seguía avanzando a ese ritmo, la criatura iba a alcanzarlo antes de llegar.

Para ir más rápido, decidió entonces escalar estos últimos tres metros colocando una mano detrás de la otra.

Justo antes de llegar a lo alto, uno de los asideros se aflojó y casi perdió el equilibrio.

Consiguió recobrarlo antes de caer.

Pudo sentir el viento que entraba en la abertura del canal.

Y, de repente, vio que algo reflejaba la luz del sol.

Se quedó inmóvil.

Bajó la mirada.

Por un instante le pareció imposible salvarse.

El monstruo se encontraba a unos cinco metros y había dos criaturas más detrás de él. Ethan extendió el brazo hacia el asidero que casi lo mata.

Arrancó el trozo de roca y lo elevó por encima de su cabeza.

Era más grande de lo que había pensado: un kilo de granito mezclado con cuarzo.

Tras asegurar su posición, apuntó y la arrojó.

La piedra impactó en pleno rostro de la criatura justo cuando ésta iba a agarrarse a un nuevo asidero.

No lo consiguió.

Y se despeñó.

Mientras caía, sus garras fueron arañando las paredes.

Pero iba demasiado rápido para poder agarrarse a nada.

Se llevó por delante la criatura que había debajo y estas dos hicieron lo propio con la tercera. Se las oyó gritar durante unos dos segundos, hasta que rebotaron en el tercer saliente y salieron disparadas contra las rocas que había debajo. Ahí quedaron hechas un embrollo de apéndices y cráneos rotos.

Ethan consiguió finalmente salir del canal y levantó la mirada hacia el reluciente objeto, que se encontraba a unos pocos metros.

Debía de estar al menos a unos treinta metros del suelo del cañón, y se le revolvió el estómago. Desde esta nueva atalaya, advirtió que la pared de enfrente ascendía otros ciento cincuenta o ciento ochenta metros hasta llegar a una cresta que parecía intransitable.

Si la pared por la que estaba subiendo era igual, ya podía saltar al vacío en ese mismo momento, pues carecía de las fuerzas necesarias para escalar otros treinta metros, y mucho menos ciento cincuenta.

Las otras dos criaturas continuaron trepando por la pared. En vez de seguir a las demás por el canal, lo habían rodeado cada una por un lado. Avanzaban más lentamente, pero seguían vivas y se encontraban a apenas unos diez metros de Ethan.

Éste extendió la mano y se agarró al saliente que había justo debajo del objeto metálico. Colocó ambos codos en lo que era la repisa de piedra más amplia que había encontrado hasta el momento y se subió a ella. Finalmente, tuvo el objeto ante sí. Se trataba de un respiradero de acero que sobresalía de la roca varios centímetros. Hacía aproximadamente medio metro de ancho y en su interior las aspas de un ventilador giraban en el sentido contrario al de las agujas del reloj.

Ethan podía oír el repiqueteo de las garras en la roca.

Agarró el respiradero por los lados y tiró de él.

No se movió. Estaba soldado al conducto de ventilación.

Pasó entonces la mano por la superficie de la pared hasta que encontró lo que buscaba: una gran roca de granito que parecía estar medio suelta.

La cogió y golpeó el respiradero justo en el punto en que se unía al conducto.

La soldadura se hizo trizas y el borde superior izquierdo del respiradero quedó

suelto.

Las criaturas estaban a tres metros, tan cerca que podía percibir el olor a putrefacción de su última matanza como si de un perfume salvaje se tratara.

Volvió a elevar la roca por encima de la cabeza y golpeó la esquina derecha con ella.

El respiradero se soltó y cayó por el acantilado rebotando por las rocas. Por poco no se lleva por delante a una de las criaturas.

Lo único que se interponía entre Ethan y la oscuridad de un conducto de ventilación eran las aspas del ventilador.

Las golpeó con la roca y detuvo su movimiento.

Tres fuertes golpes separaron completamente la unidad de su soporte.

Ethan sostuvo entonces la roca en alto y se la arrojó a la criatura que estaba más cerca justo cuando sus garras estaban a punto de alcanzar el saliente.

El monstruo cayó al vacío con un aullido.

La otra criatura siguió la caída con la mirada y luego se volvió hacia Ethan.

Éste sonrió y dijo:

—Ahora te toca a ti.

La criatura se lo quedó mirando con la cabeza ladeada, como si lo hubiera entendido o al menos lo estuviera intentando. Permanecía aferrada a la roca que había justo debajo del saliente. Ethan esperaba que hiciera un movimiento, pero de momento se limitaba a mantener la posición.

Ethan miró a su alrededor en busca de alguna otra roca suelta en la pared del acantilado, pero no vio ninguna.

Cuando volvió a mirar al monstruo, éste seguía encaramado a la pared.

Perfectamente acomodado.

Se planteó entonces si trepar un poco más hasta dar con otra roca manejable.

«Mala idea. Luego tendrías que descender para regresar a este saliente.»

Finalmente, se agachó, se desató la bota izquierda, se la sacó y luego hizo lo mismo con la derecha.

La sostuvo en alto. No tenía el peso de una roca, pero quizá sirviera. Cogiéndola por el talón, echó el brazo hacia atrás con gran teatralidad y miró al monstruo directamente a los ojos.

—Sabes lo que te va a pasar, ¿verdad?

Hizo como que se la lanzaba.

La criatura no saltó de la roca, tal y como Ethan había esperado, sino que se limitó a pegarse todavía más a la pared.

La siguiente vez no simuló el tiro, pero arrojó la bota con tanta fuerza que pasó por encima de la cabeza de la criatura y cayó directamente al cañón.

Cogió entonces la otra bota, apuntó y la tiró.

Esta vez le dio de lleno en la cara.

La bota rebotó y cayó por las rocas mientras la criatura, todavía aferrada a la

pared, miraba a Ethan y siseaba.

Tenía una expresión asesina.

—¿Cuánto tiempo crees que podrás aguantar? —le preguntó—. Debes de estar cansándote. —Ethan le extendió la mano, fingiendo que se la ofrecía—. Te ayudaré a subir hasta aquí. Sólo has de confiar en mí. —La criatura lo miraba enfurecida; su indudable inteligencia resultaba tanto más temible cuanto no sabía hasta dónde llegaba.

Ethan se sentó en la roca.

—Me quedaré aquí —dijo—. Hasta que caigas.

Observó cómo latía su corazón.

Y cómo parpadeaba.

—Eres feo de cojones —le dijo con una risa ahogada—. Lo siento, no he podido evitarlo. Es de una película. En serio, ¿qué diantre eres?

Pasaron quince minutos.

Se acercaba el crepúsculo.

El sol había comenzado a descender y el suelo del cañón ya estaba a oscuras.

En las alturas ya hacía frío.

Sobre su cabeza había unas pocas nubes, pero en medio de ese cristalino cielo azul resultaban insignificantes; parecían más bien añadidos improvisados.

Las cinco garras de la pata izquierda de la criatura comenzaron a temblar. Se podía oír cómo temblaban contra su microscópico asidero. Algo en la mirada del monstruo había cambiado. Seguía destilando rabia, pero ahora había algo más: ¿miedo?

Volvió la cabeza de un lado a otro para inspeccionar la pared que quedaba a su alcance.

Antes, Ethan había hecho lo mismo y había llegado a la misma conclusión.

—Así es, colega. Este saliente. Mi saliente. Es tu única opción.

Pero, justo cuando Ethan iba a abrir la boca para sugerirle a la criatura que lo dejara estar, ésta saltó de su asidero, se elevó un metro y describió un amplio arco con la garra derecha.

Le habría podido destrozar la cara, pero Ethan se agachó a tiempo —las garras sólo le rozaron la parte superior de la cabeza— y luego se incorporó dispuesto a darle una patada y a desembarazarse de ella.

Pero no hizo falta.

En su debilitado estado, el monstruo nunca tuvo posibilidad alguna de alcanzar el saliente; sólo había hecho un último intento de llevarse a Ethan con él.

La criatura no pareció sorprenderse por la caída y no hizo sonido alguno ni agitó brazos o piernas.

Se limitó a mirar a Ethan mientras caía inmóvil, como si se tratara de una zambullida, al fondo del cañón.

Completamente resignado a su destino; puede incluso que en paz con él.

El día anterior no salió de su dormitorio.

Ni siquiera se levantó de la cama.

Se había preparado para la muerte de Ethan.

Sabía que sucedería.

Pero ver amanecer en un mundo sin él había podido con ella de todos modos. Por alguna razón, la luz del día lo había vuelto real. La gente paseando por la calle, o incluso las ruidosas urracas en el comedero de pájaros del patio lateral; era la continuidad de las cosas lo que destrozaba aún más su corazón ya roto. La maquinaria del mundo seguía girando mientras ella vivía la ausencia de Ethan como un tumor negro en el pecho. El dolor era tan desgarrador que apenas podía respirar.

Ese día se había atrevido a salir fuera y ahora permanecía sentada en la suave hierba de su patio trasero. Llevaba horas mirando las montañas, contemplando cómo la luz se reflejaba en ellas e intentando no pensar nada.

El ruido de unos pasos que se acercaban rompió su ensimismamiento.

Se volvió.

Pilcher iba hacia ella.

Desde que estaba en Wayward Pines, lo había visto por el pueblo en numerosas ocasiones, pero no habían hablado nunca. La habían advertido al respecto desde el principio. No habían intercambiado una palabra desde aquella noche lluviosa en Seattle, cuando apareció en la puerta de su casa con una descabellada proposición.

Pilcher se sentó en la hierba junto a ella.

Se quitó las gafas, las dejó sobre su pierna y dijo:

—Me han dicho que no acudiste a tu día de cosecha en la cooperativa.

—No he salido de casa en dos días.

—¿Y qué pretendes conseguir con ello? —preguntó él.

—No lo sé. Pero no soporto las miradas de la gente. No podemos hablar sobre él, claro está, pero puedo advertir la compasión con la que me miran. O, peor todavía, me ignoran. Se comportan como si no hubiera pasado nada. Como si él nunca hubiera existido. Ni siquiera le he dicho a mi hijo que su padre está muerto. No sé por dónde empezar.

Pronto anochecería.

En el cielo no había una sola nube.

La hilera de retoños de álamo que separaba su patio trasero del patio del vecino se había vuelto dorada de un día para otro, y el viento agitaba sus hojas con forma de moneda. Podía oír el carillón de madera que había junto la puerta del porche trasero. Eran momentos como éste —esta perfección visual enfatizada por una realidad que nunca podría comprender— los que temía que un día la volverían loca.

—Has llevado bien todo esto —dijo Pilcher—. Lo último que quería era tener problemas con Ethan. Espero que me creas.

Ella se volvió hacia Pilcher y lo miró directamente a sus ojos negros.

—Ya no sé qué es lo que creo —dijo ella.

—¿Tu hijo está dentro?

—Sí, ¿por qué?

—Quiero que vayas a buscarlo. Tengo un coche aparcado delante de la casa.

—¿Adónde nos llevas?

Él negó con la cabeza.

—¿Vas a hacerle daño a Benjamin?

Pilcher se puso en pie.

Bajó la mirada hacia ella.

—Si quisiera hacerte daño, Theresa, os vendría a buscar en mitad de la noche y nadie más volvería a oír hablar de vosotros. Pero eso ya lo sabes. Ahora ve a buscarlo. Os espero en la entrada dentro de dos minutos.

Ethan se quedó mirando el conducto de ventilación.

Le iba a costar entrar. Era posible que con la sudadera puesta no pudiera.

Se la quitó y la tiró por el saliente. Se le erizó el vello de los brazos. Supuso que tendría que impulsarse con los pies y decidió quitarse también los calcetines para no resbalar.

Metió la cabeza por la abertura.

Al principio, no le cabían los hombros; sin embargo, después de un minuto contoneándose, finalmente consiguió meter medio cuerpo. Iba con los brazos extendidos por delante de la cabeza y se impulsaba con los pies.

Cuando por fin todo su cuerpo estuvo dentro del conducto, una oleada de pánico lo recorrió de arriba abajo. Tenía los hombros apretujados entre las paredes del conducto y cayó en la cuenta de que ahora ya no podía retroceder. Al menos no sin desencajarse los hombros.

Sólo podía avanzar mediante el minúsculo impulso que conseguía realizar con los dedos de los pies, y éstos no tenían marcha atrás.

Avanzaba deslizándose centímetro a centímetro por la superficie del conducto.

Seguía sangrando.

Y, después del esfuerzo de la escalada, tenía los músculos doloridos y los nervios crispados.

Ante sí sólo había la más absoluta oscuridad. El túnel reverberaba con el eco de sus movimientos.

Salvo cuando se detenía.

Entonces se hacía un silencio absoluto, interrumpido únicamente por repentinos golpes metálicos que sobresaltaban su corazón, aunque sólo se trataba del metal expandiéndose y contrayéndose a causa de las fluctuaciones de temperatura.

Cuando llevaba cinco minutos, intentó volver la cabeza hacia la abertura. De repente, había sentido el deseo de echar un último vistazo a la luz —un consuelo mínimo—, pero no pudo girar el cuello.

Siguió avanzando a rastras.

Aprisionado y en completa oscuridad.

En algún momento, treinta minutos, cinco horas, o quizá un día..., tendría que parar.

Tenía los dedos de los pies acalambrados por el esfuerzo.

En un momento dado, tuvo que detenerse.

Temblaba.

Estaba exasperadamente sediento.

Y desesperadamente hambriento, pero la comida que llevaba en el bolsillo era

inalcanzable.

El único sonido que oía era el golpeteo en el metal de los latidos de su corazón.

Se quedó dormido.

O perdió la consciencia.

O quizá murió durante un minuto.

Cuando volvió a despertarse, se revolvió violentamente contra las paredes del conducto. Envuelto como estaba en la más absoluta oscuridad, no tenía ni idea de dónde se encontraba ni de quién era.

Durante un aterrador momento, pensó que lo habían enterrado en vida. Respiraba con tal ansiedad que parecía que alguien le estuviera gritando al oído.

Siguió avanzando a rastras durante lo que le parecieron días.

Sus ojos habían comenzado a ver extrañas formas de luz que aparecían con mayor frecuencia cuanto más tiempo hacía que llevaba a oscuras.

Vívidos estallidos de color.

Auroras imaginarias.

Una fascinante luminiscencia en medio de la negritud.

Cuanto más se arrastraba en esa angosta oscuridad, más insistente se volvía un pensamiento: Nada de esto es real.

Ni Wayward Pines, ni el cañón, ni esas criaturas, ni siquiera tú mismo.

«Entonces ¿qué es esto?, ¿dónde estoy?»

En un túnel largo y oscuro. Pero ¿adónde crees que vas?

«No lo sé.»

¿Quién eres?

«Ethan Burke.»

No, ¿quién eres?

«El padre de Ben. El marido de Theresa. Vivo en un vecindario de Seattle llamado Queen Anne. Fui piloto de un helicóptero Black Hawk en la segunda guerra del Golfo. Después de eso, trabajé como agente del Servicio Secreto. Hace siete días, llegué a Wayward Pines...»

Eso sólo son hechos. No dicen nada de tu identidad, de tu naturaleza.

«Amo a mi esposa, pero le fui infiel.»

Esto está mejor.

«Quiero a mi hijo, pero nunca estaba con él. No era más que una estrella lejana en su cielo.»

Todavía mejor.

«Tenía buenas intenciones, pero...»

Pero ¿qué?

«Pero fracasé. Hice daño a quienes quería.»

¿Por qué?

«No lo sé.»

¿Estás perdiendo la cabeza?

«A veces creo que todavía estoy en aquella sala de tortura, que nunca llegué a salir de ella.»

¿Estás perdiendo la cabeza?

«Dímelo tú.»

No puedo.

«¿Por qué?»

Porque yo soy tú.

Al principio, pensó que se trataba de otro fantasmal espectáculo de luces, pero no había erráticos estallidos de color. Ni fuegos artificiales ópticos.

Sólo una mota azul a lo lejos, tan débil como una estrella moribunda.

Cuando cerró los ojos, desapareció.

Cuando los abrió, volvió a verla. Parecía el único vestigio de cordura que le quedaba en este claustrofóbico mundo. No era más que un punto de luz, pero podía hacer que desapareciera y reapareciera, y, por diminuta que fuera esta pizca de control, era algo a lo que aferrarse.

Un ancla. Un puerto de arribada.

«Por favor. Sé real.»

La tenue luz azul se hizo más grande, y su expansión llevó consigo un débil zumbido.

Ethan se detuvo para descansar. Una suave vibración recorría ahora el conducto y su cuerpo.

Después de pasar varias horas a oscuras, esta nueva sensación resultaba tan reconfortante como el latido de una madre.

Poco después, la estrella azul cambió de forma y pasó a ser un pequeño cuadrado.

Éste fue creciendo hasta dominar todo el campo de visión de Ethan, la expectativa le reconcomía las entrañas.

Se encontraba a tres metros.

Luego a uno y medio.

Finalmente, pudo extender los brazos por la abertura del conducto. Los hombros le crujieron. Esta nueva libertad de movimiento le resultó tan dulce como un trago de agua.

Había llegado a otro conducto. Éste era vertical, el doble de ancho y en él

desembocaban otros conductos.

Una suave luz azul iluminaba ese conducto de aire principal. Procedía de una bombilla que había más abajo.

Al fondo, divisó una entrada de aire.

Desde donde se encontraba hasta las aspas del ventilador había una caída de unos treinta metros.

Era como mirar por un pozo.

A intervalos de tres metros, más conductos alimentaban el principal. Algunos de ellos eran considerablemente más grandes.

Ethan levantó la mirada. El techo estaba a medio metro.

«Mierda.»

Sabía lo que debía hacer a continuación, y no le hacía ninguna gracia.

Ethan decidió descender por el conducto vertical con la misma técnica que había utilizado para escalar el canal: haciendo presión con los pies en las paredes del conducto.

Sus pies desnudos se agarraban bien al metal y, a pesar de la amenaza de caer sobre las aspas en movimiento —que esperaban el más mínimo error—, se sentía casi embriagado por haber escapado del angosto conducto.

Avanzaba lentamente, tomándose su tiempo, manteniendo la presión en las paredes con los brazos mientras bajaba las piernas y volviendo entonces a hacer presión con las puntas de los pies.

A los diez metros, llegó a la abertura del primer conducto horizontal y descansó un momento. Se sentó en el borde y contempló el movimiento de las aspas mientras se comía las zanahorias y el pan que le quedaban.

Había estado tan concentrado en su supervivencia que hasta ese momento no se preguntó para qué debía de servir esta infraestructura.

En vez de seguir descendiendo, echó un vistazo al conducto en el que estaba sentado y vio que a intervalos regulares había unos paneles de luz. Se extendían hasta donde llegaba su vista.

Ethan se dio la vuelta y reptó los seis metros que lo separaban del primero.

Se detuvo en el borde y una oleada de excitación mezclada con miedo le recorrió el cuerpo.

No era un panel de luz.

Era un respiradero.

Se asomó y vio un suelo de baldosas negras y blancas.

El aire que entraba tenía la agradable calidez de la brisa oceánica en pleno julio.

Esperó durante un largo rato.

Observando.

No pasó nada.

Oía el aire, su respiración, el metal expandiéndose y contrayéndose, y nada más.

Finalmente, cogió la rejilla del respiradero.

La retiró con facilidad. No estaba sujeta por ningún tornillo, clavo o soldadura.

Tras dejar la rejilla a un lado, se agarró al borde e hizo el acopio de fuerzas necesario para descender.

Ethan se descolgó del respiradero hasta que sus pies desnudos tocaron el suelo de baldosas blancas y negras. El pasillo era largo y estaba vacío. Se podía oír el zumbido de las luces fluorescentes y el suave silbido del aire en el conducto de ventilación, pero nada más.

A éstos hubo que añadir el de las suaves pisadas de sus pies en las baldosas cuando comenzó a recorrer el pasillo.

Cada seis metros, había una puerta numerada. La que se encontraba inmediatamente a la derecha estaba ligeramente abierta y un hilo de luz se dibujaba en el suelo del pasillo.

Colocó la mano en el pomo de la puerta —la número 37— y aguzó el oído.

No se oía ninguna voz. Ni ningún movimiento. Nada que le indicara que era mejor dar media vuelta.

Abrió la puerta un par de centímetros más y echó un vistazo en la habitación.

En la pared del fondo, había una cama individual con un somier metálico. A su lado, un escritorio decorado con fotografías enmarcadas y un jarrón con tulipanes. Su mirada se posó entonces en una estantería que iba del suelo al techo. Y, luego, en una reproducción de Matisse y un caballete. Junto a la puerta, había una bata de toalla en un colgador de la pared. A sus pies, un par de zapatillas rosadas con forma de conejo.

Siguió avanzando por el silencioso pasillo.

Ninguna de las puertas estaba cerrada, y todas las que se atrevió a abrir daban a un minimalista espacio parecido al de la primera habitación, apenas personalizado con unos pocos toques individuales.

Tras una distancia sorprendentemente larga, el pasillo llegaba al fin a una escalera. Ethan se asomó por ella y contó tres pisos hasta el fondo.

En una placa que había en la pared se podía leer: TERCER PISO.

Bajó hasta el siguiente descansillo, que conducía a un pasillo idéntico al de arriba.

De repente, una ruidosa carcajada resonó por el pasillo.

Ethan se volvió a meter rápidamente en la escalera y pensó en huir. Podía regresar al tercer piso y utilizar una silla de uno de los apartamentos para trepar de vuelta al conducto de ventilación. Pero la risa se extinguió y, un minuto después, el pasillo seguía vacío.

Recorrió diez metros más y finalmente se detuvo delante de una puerta batiente. En cada una de sus hojas había una pequeña ventana.

Un grupo de tres hombres y dos mujeres ocupaban una de las doce mesas de una modesta cafetería. El olor a comida hizo que el estómago de Ethan rugiera.

—Sabes que eso no es cierto, Clay —dijo una de las mujeres señalando a un hombre con un tenedor en el que había puré de patatas.

Ethan siguió avanzando por el pasillo.

Pasó por delante de una lavandería.

Una sala de juegos.

Una biblioteca.

Un gimnasio vacío.

Vestuarios de hombres y mujeres.

Una sala de ejercicios en la que dos mujeres corrían una al lado de la otra en sendas cintas mientras un hombre hacía pesas.

Ethan llegó a la escalera que había al final del pasillo y descendió el tramo que conducía al primer piso.

Cuando alcanzó la primera puerta, se detuvo y echó un vistazo por su ventanilla circular.

En el centro había una camilla rodeada de luces, carritos repletos de instrumentos quirúrgicos, monitores cardíacos, soportes intravenosos, unidades de cauterización y succión, y una mesa de fluoroscopia; todo inmaculadamente limpio y reluciente bajo una luz tenue.

Las siguientes tres puertas no tenían ventanillas y estaban identificadas con letreros: LAB. A, LAB. B y LAB. C.

Al final del pasillo, resplandecía una ventana. Se detuvo a su lado.

Al otro lado del cristal se oía a alguien tecleando y hablando en voz baja.

Ethan se asomó con cuidado.

La habitación estaba prácticamente a oscuras. El resplandor procedía de la gran cantidad de monitores que había dentro: veinticinco, distribuidos en una estantería que descansaba sobre una gran consola parecida a las de los lanzamientos de cohetes.

A tres metros de donde se encontraba Ethan, había un hombre sentado de cara a los monitores. Sus dedos se movían a la velocidad de la luz por un teclado mientras las imágenes en las pantallas cambiaban constantemente. Llevaba unos auriculares, y Ethan podía oír su voz, pero no entendía lo que decía.

Ethan estudió el carrusel de imágenes de una de las pantallas.

La fachada de una casa victoriana.

El porche de otra casa.

Un callejón.

Un dormitorio.

Una bañera vacía.

Un cuarto de baño con una mujer peinándose delante de un espejo.

Un hombre sentado a una mesa de cocina comiendo un tazón de cereales.

Un niño leyendo un libro sentado en un retrete.

Una panorámica de la calle Main de Wayward Pines.

El parque infantil.

El cementerio.

El río.

El interior de la cafetería.

El vestíbulo del hospital.

El *sheriff* Pope sentado con los pies encima del escritorio, hablando por teléfono.

El campo de visión de Ethan estaba limitado por el marco de la ventana, pero llegaba a divisar el extremo izquierdo de otra estantería con monitores y podía oír el ruido de otra persona tecleando.

Sintió un estallido de rabia en lo más profundo de sus entrañas.

Colocó la mano en el pomo y comenzó a girarlo. Nada le habría gustado más que acercarse disimuladamente a ese tipo que espiaba la vida privada de esas personas y rebanarle el pescuezo.

Pero se detuvo.

«Todavía no.»

Dejó atrás el centro de vigilancia y bajó por la escalera hasta llegar al pasillo de la planta baja.

Si bien desde el lugar en el que se encontraba no podía distinguirlo con claridad, más allá de la siguiente escalera el pasillo parecía dirigirse a otra sección del complejo.

Siguió adelante.

Cada tres metros, pasaba por delante de una puerta sin manilla ni ninguna otra cerradura más que la de una llave de tarjeta.

Al llegar a la tercera puerta de la pared de la izquierda, se detuvo.

Miró por la oscura ventanilla: sólo una habitación vacía.

Al llegar a la décima, hizo lo mismo. Volvió a detenerse y miró en su interior ahuecando las palmas de las manos a los lados para distinguir mejor lo que hubiera dentro.

De repente, una de esas criaturas con las que había tenido que luchar en el cañón se abalanzó sobre el cristal enseñándole los dientes y gruñendo.

Del susto, Ethan retrocedió tambaleando hacia la pared opuesta mientras esa cosa seguía aullando al otro lado del cristal (que era lo bastante grueso para ahogar gran parte del ruido que hacía).

Y entonces oyó unos pasos en la escalera por la que acababa de bajar.

Salió corriendo tan deprisa como pudo. Su velocidad era tal que los fluorescentes del techo parecían una hilera continua de luz artificial.

Al llegar a la escalera que había en el otro extremo del pasillo, echó un vistazo hacia atrás y vio a dos figuras de negro a unos cien metros. Una de ellas lo señaló y gritó algo. Luego ambas salieron corriendo tras él.

Ethan bajó corriendo la escalera.

Más adelante, las hojas de una puerta corredera automática de cristal se estaban cerrando.

Consiguió pasar al otro lado antes de que se cerraran.

Las épicas proporciones del lugar al que acababa de entrar lo tomaron por sorpresa. Eran tan descomunales sus dimensiones que no pudo evitar detenerse.

El suelo ya no era de baldosas, sino de fría roca. Se encontraba en la entrada de una caverna del tamaño de unos diez almacenes. Debía de medir al menos trescientos mil metros cuadrados y, en algunos lugares, la distancia del suelo al techo debía de llegar a los veinte metros. En toda su vida, sólo había visto un lugar más impresionante: la planta que Boeing tenía en Everett, Washington.

Del techo colgaban unos gigantescos globos de luz, cada uno de los cuales iluminaba una sección de unos trescientos metros cuadrados.

Había cientos.

De repente, las puertas de cristal se abrieron a su espalda, y pudo oír los pasos de esos hombres vestidos de negro. Al parecer, ya habían recorrido la mitad del pasillo.

Ethan se adentró en la caverna y se metió por un pasadizo en cuyas paredes había unas estanterías repletas de maderos de todas las dimensiones. Estas estanterías debían de tener una altura de unos doce metros y la extensión de un campo de fútbol. Supuso que contenían suficientes tablonos para reconstruir cinco veces Wayward Pines.

Varias voces resonaron por la caverna.

Ethan echó un vistazo a su espalda y a unos sesenta metros vio a dos personas que corrían hacia él.

Salió con rapidez del estrecho cañón que formaban los estantes.

Más adelante, había cientos de depósitos cilíndricos de unos diez metros de altura y otros tantos de diámetro. Debían de tener una capacidad de decenas de miles de metros cúbicos. Cada uno estaba etiquetado con unas enormes letras mayúsculas tan altas como él.

ARROZ.
HARINA.
AZÚCAR.
GRANO.
SAL YODADA.
MAÍZ.
VITAMINA C.
SOJA.
LECHE EN POLVO.
MALTA.
CEBADA.
LEVADURA.

Ethan se internó en el laberinto de depósitos. A su espalda oía pasos —muy cercanos—, pero le resultaba imposible ubicar su posición.

En un momento dado, se detuvo y se apoyó en uno de los depósitos. Para que no oyeran el ruido de su respiración jadeante, se tapó la boca con el antebrazo.

Un hombre ataviado con un mono de color negro pasó corriendo a varios metros con un *walkie-talkie* en una mano y algo que parecía una picana en la otra.

Ethan esperó diez segundos y luego salió corriendo en otra dirección. Recorrió otros treinta metros entre los depósitos hasta que llegó a un aparcamiento de coches.

Entre los vehículos había desde modelos de principios de los ochenta hasta otros

actuales, pasando por algunos que no había visto nunca, de líneas curvas y que parecían más prototipos radicales que un coche pensado para circular por la calle.

Todos sin excepción lucían brillantes cromados y pinturas sin mácula. Bajo los globos de luz, tenían un aspecto tan nuevo y reluciente como si hubieran salido de la línea de montaje unos segundos atrás.

Un grupo de hombres apareció en el otro extremo del aparcamiento.

Ethan se escondió rápidamente entre dos Jeep Cherokee rojos. No sabía si lo habían visto, pero estaba seguro de que llevaban armas automáticas.

Avanzó a rastras varios metros y luego se asomó con cuidado por la ventanilla del conductor de un Impala de principios de los ochenta.

Estaban más cerca de lo que esperaba, apenas a unos diez metros, e iban todos armados con subfusiles. Dos de ellos iban iluminando con sendas linternas el interior de cada vehículo mientras el tercero se agachaba y alumbraba los bajos.

Ethan salió corriendo en dirección opuesta. Ya no iba a rastras, sólo agachado y procurando que no se le viera la cabeza a través de las ventanillas de los coches.

Cerca del final del aparcamiento, vio un Crown Vic con las ventanillas traseras tintadas. Se detuvo y, con gran precisión, cogió la manilla y abrió la puerta sin hacer ruido alguno.

La luz del techo se encendió, se metió dentro y cerró la puerta tras de sí un poco demasiado fuerte.

Incluso desde el interior del coche, pudo oír el eco del portazo recorriendo la caverna.

Escondido a oscuras detrás del asiento del conductor, Ethan se asomó por encima del reposacabezas para echar un vistazo por el parabrisas.

El trío de hombres permanecía de pie, intentando ubicar de dónde provenía el portazo.

Finalmente, se separaron. Dos se alejaron, pero el tercero se dirigió directamente hacia el coche en el que se encontraba Ethan.

Al ver que el individuo se acercaba, se agazapó detrás del asiento y se hizo un ovillo.

Los pasos se acercaron.

Tenía la cabeza entre las rodillas.

No podía ver nada.

Los pasos llegaron a su lado. El tipo estaba al otro lado de la puerta, a apenas unos centímetros.

No siguió avanzando.

Se había detenido.

El impulso de levantar la cabeza para ver qué estaba pasando era tan fuerte que casi se dejó llevar por él.

Se preguntó si el hombre estaría alumbrando el interior del Crown Vic con la linterna.

Y también hasta qué punto la luz de la linterna podría atravesar las ventanas tintadas.

Si no podía ver bien el interior, ¿abriría la puerta?

Finalmente, los pasos se alejaron. Él siguió inmóvil otros cinco minutos hasta que dejó de oírlos.

Entonces se incorporó y miró por el parabrisas.

Los hombres se habían ido.

No se veía a nadie.

Abrió la puerta y salió del coche. Si aguzaba el oído, podía oír voces, pero estaban mucho más lejos, en alguna otra zona de la caverna.

Ethan avanzó a rastras otros treinta metros y llegó al final del aparcamiento.

Ante él se encontraba la pared de la caverna y un túnel suficientemente amplio para dos carriles.

Se puso en pie y se dirigió al túnel.

Estaba vacío y bien iluminado, y, desde donde se encontraba, una carretera de immaculado asfalto descendía en línea recta con una pendiente de un diez o doce por ciento.

Encima de la abertura arqueada había un letrero de letras blancas sobre un fondo verde, como los de la red norteamericana de carreteras.

Pero éste sólo indicaba una dirección...

WAYWARD PINES 3,5

Ethan se volvió hacia los coches y pensó que quizá podía tomar prestado uno de los modelos antiguos, más fáciles de puentear.

Algo llamó entonces su atención: una luz azul que provenía de una puerta de cristal que había a unos quince metros.

Advirtió entonces que el ruido de pasos y voces iba en aumento. Todavía estaban lejos, más allá de los coches. Ethan creyó ver el haz de una de las linternas iluminando uno de los depósitos, pero no estaba seguro.

Avanzó pegado a la pared de la caverna.

Ésta hacía una ligera curva.

Al llegar delante de la puerta de cristal, se detuvo.

La puerta automática se abrió mientras él leía la palabra estarcida en el cristal.

SUSPENSIÓN

Entró.

La puerta se cerró tras él.

En la sala hacía mucho más frío que en la caverna. Debía de estar a pocos grados. Podía ver incluso el vaho de su aliento. La luz era de un azul frío, como los rayos del sol a través del hielo marino, y el aire algo turbio por el pálido gas que permanecía

suspendido a unos tres metros de altura, lo bastante espeso para ocultar del todo el techo, como si de una nube se tratara. Aun así, el olor de esta habitación era limpio y puro como el de una noche tras una ventisca.

Sólo rompían el silencio el siseante ruido del gas y unos suaves pitidos.

La sala tenía aproximadamente las dimensiones de un supermercado y estaba ocupada por multitud de hileras de unas unidades de color gris oscuro. Había cientos, y cada una era del tamaño de una máquina de refrescos. Del techo de todas ellas salía un chorro de gas blanco: parecían humeantes chimeneas.

Ethan se acercó al primer pasillo y examinó una de las máquinas.

Un panel de cristal de cinco centímetros la recorría de arriba abajo por la mitad. Dentro no se veía nada.

A la izquierda del cristal, había un teclado con varios indicadores digitales, todos ellos a cero.

A la derecha, una placa identificativa digital:

JANET CATHERINE PALMER
TOPEKA, KANSAS
FECHA DE SUSPENSIÓN: 3-2-82
RESIDENTE: 11 AÑOS, 5 MESES, 9 DÍAS

Ethan oyó que la puerta corredera de cristal se abría. Rápidamente, se volvió para ver quién estaba entrando, aunque la niebla de gas se lo impidió. Decidió entonces seguir avanzando por el pasillo, adentrándose más en la niebla y sin dejar de leer las placas identificativas de cada máquina. Las fechas de suspensión iban avanzando por la década de los ochenta.

Se detuvo delante de una unidad mientras a lo lejos oía voces mezcladas con el sonido del gas y los pitidos.

A través del panel de cristal pudo ver que parecían haber rellenado con arena negra el interior de la máquina. También podía ver un dedo inmóvil. Su punta descansaba contra el cristal bajo una huella dactilar.

Los indicadores mostraban lo que parecía ser la línea plana de un monitor cardíaco y una temperatura de 21,1111 °C.

En la placa identificativa podía leerse:

BRIAN LANEY ROGERS
MISSOULA, MONTANA
FECHA DE SUSPENSIÓN: 5-5-84
INTENTOS DE INTEGRACIÓN: 2

La siguiente máquina estaba vacía; sin embargo, Ethan reconoció el nombre de pila. Se preguntó si era ella:

BEVERLY LYNN SHORT
BOISE, IDAHO
FECHA DE SUSPENSIÓN: 3-10-85

INTENTOS DE INTEGRACIÓN: 3
LIQUIDADA

Alguien se estaba acercando rápidamente. Ethan se alejó de la unidad de Beverly y se dirigió al siguiente pasillo mientras los pensamientos se arremolinaban en su cabeza.

«¿Qué diantre significa todo esto?»

Debía de haber al menos media docena de personas en la habitación, todas persiguiéndolo, pero le daba igual.

Necesitaba ver una unidad más.

Tenía que verla.

Las voces se acercaban cada vez más, pero a mitad del pasillo de la cuarta hilera se detuvo.

Y se quedó mirando una máquina vacía.

Su máquina vacía.

JOHN ETHAN BURKE
SEATTLE, WASHINGTON
FECHA DE SUSPENSIÓN: 24-9-12
INTENTOS DE INTEGRACIÓN: 3
EN PROCESO DE LIQUIDACIÓN

Leer su nombre no lo hacía más real.

No sabía qué hacer con la información que tenía delante.

No le encontraba ningún sentido.

Por primera vez en lo que parecía mucho tiempo, no sintió la necesidad de salir corriendo.

—¡Ethan!

Conocía esta voz, aunque le llevó un rato ubicarla.

Ponerle un rostro.

—¡Tenemos que hablar, Ethan!

Sí, desde luego.

Era Jenkins. El psiquiatra.

Ethan comenzó a caminar.

Se sentía como si llevara días desenredándose, pero ahora el cordel estaba a punto de acabarse y no podía evitar preguntarse qué sucedería entonces.

—¡Ethan, por favor!

Ya ni siquiera miraba los nombres, ni si la máquina estaba ocupada o vacía.

Sólo una cosa importaba, la terrible sospecha que le carcomía las entrañas.

—¡No queremos hacerle daño! ¡Que nadie lo toque!

Ethan siguió caminando en dirección a la última máquina de la última hilera, en la esquina más lejana de la habitación.

Varios hombres iban tras él.

Podía sentir su presencia en la niebla.

Ya no había posibilidad alguna de escapatoria, aunque, claro, ¿importaba ya eso?

Llegó a la última máquina y colocó la mano sobre el cristal preparándose para lo que iba a ver.

Al otro lado del estrecho panel se podía distinguir la cara de un hombre rodeada de arena negra.

Con los ojos abiertos.

Sin pestañear.

Ni aliento que empañara el interior del cristal.

Ethan leyó la placa identificativa y el año de suspensión: 2032. Se volvió al tiempo que el doctor Jenkins aparecía entre la niebla. El pequeño y modesto hombre iba flanqueado por cinco de esos hombres de negro ataviados con lo que parecía un completo equipo antidisturbios.

—Por favor, no nos obligue a hacerle daño —dijo Jenkins.

Ethan echó un vistazo al último pasillo. Aparecieron dos figuras más.

Estaba rodeado.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Comprendo que lo quiera saber.

—¿Ah, sí?

El psiquiatra lo estudió un momento.

—Tiene un aspecto terrible, Ethan.

—¿Qué me hicieron? ¿Congelarme?

—Fue suspendido químicamente.

—¿Qué narices significa eso?

—Simplificando al máximo, utilizamos sulfuro de hidrógeno para inducir un cuerpo a la hipotermia. Una vez que su temperatura central está a nivel ambiente, lo enterramos en arena volcánica y elevamos el nivel de gas sulfúrico hasta una concentración que mata todas las bacterias aeróbicas. Luego atacamos las anaeróbicas. Básicamente, destruimos cualquier cosa que favorezca la senectud celular. Mediante todo esto, conseguimos que el cuerpo alcance un estado altamente eficaz de animación suspendida.

—Entonces ¿me está diciendo que, al menos por un tiempo, estuve muerto?

—No... Por definición, la muerte es algo que no se puede deshacer. Nos gusta considerar más bien que apagamos el cuerpo de un modo que nos permite volver a encenderlo. Reiniciarlo. Tenga en cuenta que le estoy ofreciendo una versión simplificada de un proceso muy delicado y complejo que nos costó décadas perfeccionar.

Jenkins se acercó a Ethan con la cautela que habría utilizado para acercarse a un animal rabioso. Sus matones hicieron lo mismo, pero él les indicó con la mano que retrocedieran. Cuando estuvo a medio metro, extendió lentamente el brazo hasta que le tocó el hombro con la mano.

—Comprendo que todo esto es difícil de asimilar. Soy consciente de ello. No está loco, Ethan.

—Ya lo sé. Siempre lo he sabido. ¿De qué va todo esto, pues? ¿Qué significa?

—¿Le gustaría que se lo enseñara?

—¿Usted qué cree?

—Está bien, Ethan. Está bien. Pero le advierto que... voy a pedirle algo a cambio.

—¿Qué?

Jenkins no contestó. Se limitó a sonreír y tocó algo que había al lado de Ethan. Éste oyó un clic y se dio cuenta de lo que sucedía medio segundo tarde. Como si se hubiera zambullido en un lago helado, todos sus músculos se contrajeron a la vez, las rodillas se le agarrotaron y sintió una intensa quemazón en el brazo.

Cayó al suelo y todo su cuerpo comenzó a temblar. Jenkins le hincó entonces la rodilla en la parte inferior de la espalda.

A pesar de la perturbación electromuscular, Ethan sintió el pinchazo de una aguja en un costado del cuello. Jenkins debió de encontrar una vena, porque casi inmediatamente el dolor de la descarga de la pistola eléctrica desapareció.

El dolor que sentía desapareció.

La sensación de euforia le sobrevino con fuerza y rapidez. Ethan se esforzó para ver más allá de ella y no perder el contacto con el miedo por lo que estaba sucediendo.

Pero la droga era demasiado hermosa.

Demasiado pesada.

Lo condujo a una dicha indolora.

Apenas han pasado dos segundos desde que el último grano de arena ha caído del bulbo superior del reloj cuando la puerta se abre de nuevo.

Aashif le sonrío desde el umbral.

Es la primera vez que Ethan lo ve sin capucha, y la verdad es que no le parece alguien capaz de hacer las cosas que ha prometido que le hará.

En su rostro afeitado asoma la sombra de una incipiente barba.

Tiene el pelo negro y lo lleva en una media melena peinada hacia atrás con brillantina.

—¿Cuál de tus padres era blanco? —le pregunta Ethan.

—Mi madre era inglesa —dice Aashif mientras entra en la habitación. Cuando llega al escritorio, se detiene y se queda mirando la hoja en blanco. La señala—. Confío en que por el otro lado no esté en blanco. —Le da la vuelta, la estudia un momento, y niega con la cabeza mientras levanta la mirada hacia Ethan—. Tenías que escribir algo que me hiciera feliz. ¿Es que no has entendido mis instrucciones?

—Tu inglés es bueno. Te he comprendido perfectamente.

—Entonces quizá no crees que te voy a hacer lo que he dicho.

—No, te creo.

—¿Entonces? ¿Por qué no has escrito nada?

—Pero si lo he hecho.

—¿Con tinta invisible?

Ethan sonrío. Tiene que hacer acopio de todas sus fuerzas para reprimir el temblor que amenaza con evidenciarse en sus manos.

Levanta la izquierda.

—He escrito esto —dice, y muestra el tatuaje que se ha hecho en la palma de la mano con la punta del bolígrafo. Es de color azul oscuro y le ha quedado bastante chapucero. La mano todavía le sangra en algunos puntos. Pero, teniendo en cuenta las circunstancias y el escaso tiempo disponible, ha sido lo mejor que ha podido hacer—. Sé que pronto estaré gritando. Sufriendo un dolor insoportable. Cada vez que te preguntes qué estoy pensando y yo no sea capaz de hablar, puedes mirar mi mano y leer estas palabras. Es un dicho norteamericano. ¿Entiendes bien su significado?

—Ni te lo imaginas —susurra Aashif, y, por primera vez, Ethan advierte en los ojos del hombre una emoción que escapa a su control.

A pesar del miedo, el soldado no puede evitar sentirse satisfecho por haber conseguido agrietar la impasibilidad de ese monstruo, consciente de que quizá será su única victoria en esta brutal transacción.

—En realidad, sí —dice Ethan—. Me torturarás, me mutilarás y finalmente me matarás. Sé perfectamente lo que me espera. Sólo pido una cosa.

Esto provoca una sutil sonrisa.

—¿Qué?

—Deja de decirme lo macho que eres, cabrón de mierda. Empieza de una vez y demuéstramelo.

Durante todo el día, Aashif lo hace.

Unas horas después, Ethan recupera el conocimiento.

Aashif deja la botella de sales aromáticas en la mesa, junto a los cuchillos.

—Bienvenido de nuevo. ¿Te has visto a ti mismo? —le pregunta el hombre.

Ethan ha perdido toda noción del tiempo. No tiene ni idea de cuánto lleva en esta habitación de paredes marrones y sin ventanas que huele a muerte y a sangre rancia.

—Mírate la pierna. —El rostro de Aashif está cubierto de sudor—. He dicho que te mires la pierna.

Como Ethan se niega a hacerlo, Aashif mete sus ensangrentados dedos en un recipiente de barro y saca un puñado de sales.

Las tira a la pierna de Ethan.

Éste grita a través de la mordaza.

El dolor es insoportable.

Pierde la consciencia.

—¿Comprendes ya hasta qué punto me perteneces, Ethan? ¿Y que siempre lo harás? ¿Me oyes?

Nada más cierto.

Ethan se encuentra en otro mundo, intentando seguir una línea de pensamiento que lo conduce a su mujer, al futuro nacimiento de su hijo en el hospital, pero el dolor no deja de traerle de vuelta al presente.

—Puedo ponerle fin —le susurra Aashif al oído—. Pero también puedo mantenerte con vida durante días. Lo que quiera. Sé que duele. Sé que sientes más dolor del que creías que nadie pudiera experimentar. Pero ten en cuenta que sólo se trata de una pierna. Y que esto se me da muy bien. No dejaré que te desangres. No morirás hasta que yo así lo decida.

Es innegable que entre ambos se ha creado una intimidad.

Aashif corta.

Ethan grita.

Al principio, éste apartaba la mirada, pero ahora no puede dejar de mirar.

Aashif lo obliga a beber agua y a comer alubias tibias metiéndoselas en la boca mientras no deja de hablarle en un tono de lo más despreocupado, como si fuera un barbero y Ethan hubiera ido a que le cortara el pelo.

Más tarde, Aashif se sienta en un rincón y observa a Ethan. Estudia su obra con una mezcla de diversión y orgullo.

Se seca el sudor de la frente y se pone en pie. Del dobladillo de su dishdasha gotea sangre.

Apaga la luz y sale de la habitación.

Ethan permanece toda la noche colgado, a oscuras.

A la espera.

A veces, oye unos pasos fuera que se detienen delante de la puerta, pero ésta nunca se abre.

El dolor es insoportable, pero no le impide pensar con claridad en su esposa y el hijo que nunca conocerá.

Desde este calabozo, habla en voz baja con Theresa y se pregunta si ella le puede oír.

Gime y llora, intentando asimilar la idea de que éste es su final.

Incluso años después, este momento —colgado a oscuras con su dolor y sus pensamientos mientras espera la llegada del día siguiente— seguirá obsesionándolo.

A la espera de que Aashif regrese.

Preguntándose cuál será el aspecto de su hijo o hija.

Cuál será su nombre.

Cómo se las arreglará Theresa sin él.

Cuatro meses después, ella le llegará a decir mientras desayunan en su cocina de Seattle: «Es como si nunca hubieras vuelto del todo a mí, Ethan».

Y él responderá: «Lo sé», mientras se oyen los lloros de su hijo a través del monitor de vigilancia y piensa que el daño que le hizo Aashif no fue únicamente físico.

Finalmente, la puerta se abre, lo que permite la entrada de un afilado hilo de luz que consigue devolverle la consciencia. Con ésta, también regresa el dolor.

Cuando sus ojos se ajustan a la hiriente luz del sol, no es la silueta de Aashif lo que ve, sino el voluminoso perfil de un militar estadounidense completamente

equipado y que sostiene una carabina M-4 con mira telescópica. Del cañón de ésta salen volutas de humo.

Theresa cree que las heridas en la pierna se deben al choque del helicóptero.

El militar es un sargento apellidado Brooks. Tras cargar con Ethan a su espalda, sube el estrecho tramo de escalera que va desde el calabozo subterráneo hasta una cocina en la que unos trozos de carne arden en una sartén.

Desayuno interruptus.

Tres hombres árabes yacen muertos en el vestíbulo y cinco militares estadounidenses ocupan la pequeña cocina. Uno de ellos está arrodillado junto a Aashif intentando vendarle el muslo izquierdo con una tira de tela. Por lo visto, le han disparado.

Brooks deja a Ethan en una silla y le dice al médico del equipo:

—Apártate de él. —Luego se vuelve hacia Aashif y le pregunta—: ¿Quién ha torturado a este soldado?

Aashif responde a la pregunta diciendo algo en árabe.

—No hablo tu puto idioma —le contesta el sargento.

—Ha sido él —dice Ethan—. Él es quien me ha hecho esto.

Por un momento, en la cocina sólo se percibe el tufo a carne quemada y a la pólvora del tiroteo.

—Dentro de un par de minutos vendrá a recogernos un helicóptero —le informa Brooks a Ethan—. Éste es el único soplapollas que queda y nadie en esta habitación dirá nada de lo que hagas.

—Puedes estar jodidamente seguro de ello —dice el soldado que se encuentra junto al fogón y que sostiene un rifle de francotirador.

—¿Me puedes poner de pie? —pregunta Ethan.

Brooks lo levanta de la silla y lo ayuda a cruzar la cocina en dirección a Aashif.

Cuando llegan a su lado, el militar desenfunda su pistola.

Ethan la coge y comprueba el cargador.

Unos meses después, llegará a la conclusión de que, si esto hubiera sido una película, no lo habría hecho. No se habría rebajado al nivel de aquel monstruo. Pero la fea verdad es que, en ese momento, ni siquiera se le pasa por la cabeza no hacerlo. Y, aunque no dejará de soñar con el accidente y con todo lo que Aashif le hizo, este momento nunca lo obsesionará. Sólo deseará que hubiera durado más.

Ethan está desnudo y se mantiene en pie gracias a Brooks, pues sus piernas parecen haber pasado por las manos de un carnicero.

Le dice a Aashif que lo mire.

Puede oír el característico sonido de un helicóptero Black Hawk acercándose en

la distancia.

Aparte de eso, el silencio es absoluto.

El torturador y el torturado mantienen contacto visual durante un largo segundo.

—Todavía eres mío, ¿sabes? —dice Aashif.

Luego sonrío y Ethan le dispara en plena cara.

Cuando vuelve a recuperar la consciencia, está apoyado contra la ventanilla de un Black Hawk, a cien metros de las calles de Faluya. La morfina se propaga por sus venas y Brooks le grita al oído que está a salvo, que regresa a casa, y que dos días atrás su mujer dio a luz a un niño.

Ethan abrió los ojos.

Tenía la cabeza apoyada en una ventanilla y viajaba por encima de un terreno montañoso a unos doscientos cincuenta kilómetros por hora. Al regresar de Iraq y antes de enrolarse en el Servicio Secreto, había pilotado una ambulancia aérea durante seis meses, y reconoció no sólo el ruido de las turbinas Lycoming sobre su cabeza, sino las dimensiones de la cabina de un helicóptero BK117. Había pilotado este modelo para la organización Flight for Life.

Al levantar la cabeza e intentar rascarse la nariz, descubrió que tenía las manos esposadas a la espalda.

Estaba en una cabina de pasajeros normal y corriente: cuatro asientos divididos en dos hileras situadas una frente a otra y una zona de carga situada en la parte trasera del fuselaje, oculta tras una cortina.

Jenkins y el *sheriff* Pope iban sentados delante, y a Ethan le alegró ver que el agente todavía llevaba la nariz vendada.

La enfermera Pam —que había cambiado su uniforme por unos pantalones militares negros, una camiseta negra de manga larga y una escopeta táctica H&K— iba sentada a su lado. Una media luna de puntos de sutura le recorría una parte del cráneo, la sien y media mejilla. Beverly había sido la responsable, y Ethan sintió una punzada de rabia al recordar lo que le habían hecho a esa pobre mujer.

—¿Cómo se encuentra, Ethan? —La voz de Jenkins resonó en sus auriculares.

Aunque todavía se sentía algo aturdido por la medicación, la cabeza se le había comenzado a aclarar.

Pero no contestó.

Se lo quedó mirando.

—Le pido disculpas por lo de ayer, pero no podíamos correr ningún riesgo. Ha dejado bien claro lo que es capaz de hacer, y no quería arriesgarme a perder ninguna vida más. Sea la suya o las de mis hombres.

—¿Perder vidas? ¿Eso es lo que le preocupa a usted ahora?

—También nos hemos tomado la libertad de rehidratarlo, alimentarlo, vestirlo con ropa nueva y curarle las heridas. He de decir que ahora tiene mucho mejor aspecto.

Ethan echó un vistazo por la ventanilla: un interminable bosque de pinos se extendía por los valles y las colinas que ocasionalmente se elevaban por encima de la vegetación y que formaban verticales escarpaduras rocosas.

—¿Adónde me llevan? —preguntó Ethan.

—Mantengo la palabra que le di.

—¿A quién?

—A usted. Le voy a enseñar de qué va todo esto.

—No compr...

—Lo hará. ¿Falta mucho, Roger?

—Aterrizaremos dentro de quince minutos —dijo la voz del piloto por los auriculares.

El panorama era impresionante.

Hasta donde le alcanzaba la vista, no había carreteras ni casas.

Sólo colinas de bosques y algún garabato de agua ocasional que atravesaba los árboles en forma de arroyo o río.

Pronto, dejaron atrás el bosque de pinos y, a juzgar por el cambio de sonido de la doble turbina, Ethan supuso que el piloto había iniciado el descenso.

Tras unos quince kilómetros sobrevolando unas áridas laderas marrones, llegaron a un enorme bosque de coníferas.

A sesenta metros de altura, el helicóptero se inclinó y comenzó a dar vueltas en círculos sobre el mismo kilómetro cuadrado durante varios minutos mientras Pope estudiaba el terreno con unos binoculares.

—Todo en orden —dijo finalmente por el micrófono.

Aterrizaron en un claro rodeado de altos robles de hojas otoñales. Las aspas del helicóptero agitaban la hierba en largas ondas que se expandían en círculos concéntricos.

Ethan miró el campo mientras el motor se apagaba.

—¿Me acompaña a dar una vuelta? —dijo Jenkins.

Pam extendió el brazo, y desabrochó el cinturón de seguridad y el arnés del hombro que sujetaban a Ethan.

—¿Las esposas también? —preguntó ella.

Jenkins se volvió hacia Ethan.

—¿Se comportará?

—Claro —dijo, y se inclinó hacia adelante para que Pam pudiera alcanzar la cerradura.

Los brazaletes se abrieron.

Extendió los brazos y se masajeó las muñecas.

Jenkins se volvió hacia Pope, abrió la palma de la mano y dijo:

—¿Has traído lo que te pedí?

El *sheriff* depositó en su mano un revólver de acero inoxidable lo bastante voluminoso para cargarlo con cartuchos 357 Magnum.

Jenkins parecía tener dudas.

—Te he visto disparar —dijo Pope—. No tendrás ningún problema. Hazlo en el corazón, o mejor todavía, en la cabeza, y todo irá bien.

Pope metió la mano debajo del asiento y sacó un AK-47 con un cargador de cien disparos. Ethan vio que le quitaba el seguro.

Jenkins se quitó los auriculares y luego descorrió la cortina que separaba la cabina de pasajeros de la de mando para dirigirse al piloto:

—Estaremos en el canal cuatro. Nos oírás si tenemos que salir a toda prisa.

—Mantendré el dedo en el arranque.

—Avísenos por radio a la menor señal de peligro.

—Sí, señor.

—¿Arnie le ha dejado alguna arma?

—Dos, de hecho.

—No tardaremos.

Jenkins abrió la puerta de la cabina y bajó del helicóptero.

Tras Pope y Pam, lo hizo Ethan. Primero descendió al patín de aterrizaje y luego a la suave hierba, que le llegaba a la altura de la cintura. Se acercó a Jenkins y los cuatro comenzaron a avanzar con rapidez por el campo. Pope iba delante con el rifle de asalto y Pam en la retaguardia.

El sol había empezado a ponerse y había dado paso a un atardecer despejado y dorado.

Todo el mundo parecía intranquilo y nervioso, como si estuvieran de patrulla.

—Desde que llegué a Wayward Pines, no han dejado de joderme. ¿Qué diantre estamos haciendo en medio de la nada? ¡Quiero saberlo ahora mismo! —dijo Ethan.

Al adentrarse en el bosque, la abundante maleza fue desapareciendo.

El ruido de los pájaros era cada vez más alto.

—Pero, Ethan, no estamos en medio de la nada.

Éste atisbó entonces entre los árboles algo que no había visto antes a causa de la vegetación. Se abrió paso con las manos entre los arbustos y los retoños que conformaban la maleza del bosque. Jenkins fue detrás de él.

Cuando Ethan llegó a la base, se detuvo y levantó la mirada.

Por un momento, no comprendió qué era lo que estaba viendo. En las plantas inferiores, las vigas estaban cubiertas por varios metros de enredaderas. Los colores marrón y verde de las plantas camuflaban la forma de la estructura, integrándola con tal perfección en el bosque que, si uno no se fijaba, no se veía.

Más arriba, podían verse las vigas de acero. Tenían tanta herrumbre que prácticamente eran rojas. Se debía a siglos de oxidación. En el mismo corazón del edificio había tres robles. Habían crecido retorciéndose y contorsionándose entre las ruinas, y algunas de sus ramas proporcionaban apoyo a las vigas. Sólo la estructura de las seis plantas inferiores —el corroído esqueleto de un edificio— permanecía en pie. Muchas de las vigas de las plantas superiores estaban dobladas y retorcidas como tirabuzones de pelo caoba; la mayoría se había venido abajo mucho tiempo atrás.

El ruido de los pájaros procedente de las ruinas era tremendo. Había nidos por todas partes, como si se tratara de un aviario de varios pisos.

—¿Recuerda cuando me dijo que quería que lo trasladaran a un hospital de Boise? —preguntó Jenkins.

—Sí.

—Bueno, lo he traído a Boise. Al centro mismo de la ciudad.

—¿Qué diantre está diciendo?

—Está viendo el edificio del U. S. Bank. El rascacielos más alto de Idaho. Aquí es donde se encontraba la oficina del Servicio Secreto en Boise, ¿no? ¿En la decimoséptima planta?

—Está usted mal de la cabeza.

—Sé que esto parece un bosque, pero en realidad estamos en medio de Capitol Boulevard. El capitolio estatal se encuentra medio kilómetro más adelante, aunque para encontrar algún rastro tendría que cavar.

—¿Qué es esto? ¿Una especie de truco?

—Ya se lo he dicho.

Ethan lo agarró por el cuello de la camisa y lo atrajo hacia sí.

—Deje de tomarme el pelo.

—Ha permanecido en animación suspendida. Ya vio las unidades...

—¿Durante cuánto tiempo?

—Ethan...

—Cuánto tiempo...

Jenkins hizo una breve pausa y Ethan se dio cuenta de que una parte de él no quería oír la respuesta.

—Mil ochocientos catorce años...

Ethan soltó a Jenkins.

—Cinco meses...

Retrocedió tambaleante.

—Y diecisiete días.

Miró las ruinas.

Miró el cielo.

—Será mejor que se siente —dijo Jenkins. Mientras Ethan se recostaba en unos helechos, Jenkins se volvió hacia Pope y Pam—. Dadnos un minuto. Pero tampoco os alejéis demasiado.

Se marcharon.

—La cabeza le da vueltas —dijo—. Intente dejar de pensar en lo que le acabo de decir y escúcheme un momento.

Había llovido hacía poco. Ethan notaba la humedad del terreno a través de los pantalones marrones que le habían prestado.

—Déjeme preguntarle algo —dijo Jenkins—. Cuando piensa en el descubrimiento más importante de la historia, ¿qué le viene a la cabeza?

Ethan se encogió de hombros.

—Vamos. Sígame el juego.

—Los viajes espaciales, la teoría de la relatividad, no lo...

—No. El mayor descubrimiento en la historia de la humanidad fue descubrir cómo se extinguiría.

—¿La especie?

—Así es. En 1971, un joven genetista llamado David Pilcher realizó un desconcertante descubrimiento. Tenga en cuenta que esto tuvo lugar antes del *splicing* del ARN y antes del polimorfismo del ADN. Pilcher descubrió que el genoma humano (esto es, aquello que esencialmente contiene la totalidad de nuestra información hereditaria, y que programa el crecimiento de las células) estaba cambiando. Se estaba corrompiendo.

—¿A causa de qué?

—¿A causa de qué? —Jenkins se rio—. A causa de todo. De lo que le habíamos hecho a la Tierra, y de todo lo que le haríamos en los siglos venideros. Extinción de los mamíferos. Deforestación. Derretimiento del hielo polar. Ozono. Incremento de los niveles de dióxido de carbono en la atmósfera. Lluvia ácida. Zonas muertas oceánicas. Sobrepesca. Plataformas petrolíferas. Guerras. La fabricación de miles de millones de automóviles propulsados por gasolina. Los desastres nucleares: Fukushima, Three Mile Island, Chernóbil. Las más de dos mil pruebas nucleares. Residuos tóxicos. Exxon-Valdez. El vertido de BP en el golfo de México. Todos los venenos que contenían la comida y el agua.

»Desde la Revolución Industrial, tratamos nuestro mundo como si fuera una habitación de hotel y nosotros estrellas de *rock*. Pero no lo somos. En el contexto evolutivo, somos una especie débil y frágil. Nuestro genoma puede estropearse y abusamos tanto de este planeta que al final corrompimos esa valiosa huella de ADN que nos hacía humanos.

»Pero este hombre, Pilcher, previó lo que iba a suceder. Quizá no específicamente, pero sí a grandes rasgos. Previo que, en sucesivas generaciones, a causa de los sustanciales cambios medioambientales que estábamos provocando, se produciría una anagénesis taquitélica. Expresándolo en términos que pueda comprender, un rápido cambio macroevolucionario. ¿A qué me refiero? A que, en treinta generaciones, el ser humano se convertiría en *otra cosa*. O, en términos bíblicos, Pilcher creía que iba a tener lugar un diluvio universal, así que decidió construir un arca. ¿Me sigue?

—Para nada.

—Pilcher pensó que, si podía preservar un grupo de humanos puros antes de que la corrupción alcanzara una masa crítica, éstos podrían eludir los cambios en la evolución que conducirían a la destrucción de la civilización humana y nuestra especie. Ahora bien, para conseguirlo, iba a necesitar una robusta tecnología de animación suspendida.

»Montó un laboratorio y se gastó miles de millones de dólares en I+D. En 1979, consiguió crear la tecnología necesaria y comenzó a fabricar mil unidades de

suspensión. Mientras tanto, buscó un pueblo en el que establecerse y almacenarlo todo. Cuando descubrió Wayward Pines, supo que había dado con el lugar perfecto. Apartado. Situado en un terreno defendible. Rodeado por esas altas montañas. De difícil acceso. Compró todas las propiedades residenciales y comerciales, y comenzó a construir un complejo subterráneo en las montañas circundantes. Fue un proyecto gigantesco. Tardó veintidós años en terminarlo.

—¿Cómo consiguió que los suministros se hayan mantenido en buen estado durante todo este tiempo? —preguntó Ethan—. La madera y la comida no pueden haber aguantado casi dos mil años.

—Hasta que el equipo se reanimó, el almacén subterráneo, los dormitorios y el centro de vigilancia, esto es, literalmente, cada centímetro de este complejo, se mantuvieron preservados al vacío. No fue un proceso perfecto, y perdimos una parte del material, pero sobrevivió lo suficiente para reconstruir la infraestructura de Wayward Pines que el tiempo y los elementos habían dañado por completo. El sistema de cavernas que utilizamos contenía un mínimo de humedad en el aire y, como fuimos capaces de matar el noventa y nueve por ciento de todas las bacterias, resultó ser tan eficiente como la misma suspensión.

—¿De modo que el pueblo es autosuficiente?

—Sí, funciona como un pueblo amish o una sociedad preindustrial. Y, como ha visto, disponemos de enormes depósitos de alimentos básicos que empaquetamos y llevamos al pueblo.

—He visto vacas. ¿También crearon cámaras de suspensión para el ganado?

—No, sólo congelamos algunos embriones. Luego utilizamos úteros artificiales.

—Eso no existía en 2012.

—Pero sí en 2030.

—¿Dónde está Pilcher ahora?

Jenkins sonrió.

—¿Es usted? —preguntó Ethan.

—En cuanto a sus colegas Kate Hewson y Bill Evans, desaparecieron en Wayward Pines cuando me estaban buscando. Algunos de mis negocios llamaron la atención del Servicio Secreto. Por eso está usted sentado aquí ahora.

—¿Secuestró a unos agentes federales y los encerró?

—Sí.

—Y a muchos otros.

—Dejando de lado a mi equipo, seleccionado con sumo cuidado y extravagantemente compensado, no pensé que fuera a haber muchos voluntarios para una empresa de esta naturaleza.

—De modo que secuestró a la gente que venía a Wayward Pines.

—Algunos vinieron al pueblo e hice que se quedaran. A otros fui a buscarlos.

—¿Cuántos?

—En cincuenta años reclutamos a seiscientos cincuenta personas.

—Es usted un psicópata.

Pilcher pareció plantearse si en la acusación había algo de cierto. La mirada de sus ojos fríos y oscuros era intensa y meditabunda. Era la primera vez que Ethan se fijaba realmente en el rostro de ese hombre, y advirtió que su cabeza afeitada y su piel contradecían su edad. Debía de tener sesenta y pocos años. Quizá más. Hasta entonces, había considerado que su forma de hablar, extremadamente precisa y controlada, era un truco, un ardid de loquero, pero ahora veía claro de qué se trataba: la clara evidencia de un inmenso intelecto. Sentado bajo el follaje de los robles, cayó en la cuenta de que se encontraba ante la mente más aguda que hubiera conocido nunca.

—Yo no lo veo así —dijo finalmente Pilcher.

—¿No? Entonces ¿cómo?

—Soy más bien... el salvador de la especie.

—Separó a la gente de sus familias.

—Todavía no lo entiende, ¿verdad?

—¿El qué?

—Lo que Wayward Pines es realmente. Se trata del último pueblo de la Tierra. Una cápsula del tiempo de nuestra forma de vida. Del sueño americano. Los residentes, el equipo, yo, usted..., es todo lo que queda de la especie *Homo sapiens*.

—¿Y cómo sabe eso?

—Durante estos años he enviado afuera varios equipos de reconocimiento. Los que han conseguido regresar nos han informado de las condiciones más hostiles imaginables. Sin la protección y la infraestructura de un lugar como Wayward Pines, nadie podría sobrevivir. Desde que mi equipo despertó de la suspensión hace catorce años, hemos tenido una radiobaliza transmitiendo continuamente una llamada de socorro en todas las frecuencias de emergencia conocidas. Incluso tomé la decisión de emitir las coordenadas de Wayward Pines con la remota esperanza de que hubiera otros humanos ahí fuera. Nadie ha aparecido en nuestra puerta. Nadie se ha puesto en contacto con nosotros. Antes le he dicho que esto es Boise, pero en realidad no lo es. Boise ya no existe. Ni Idaho, ni Estados Unidos. Los nombres ya no significan nada.

—¿Cómo terminó todo?

—Nunca lo sabremos. Entré en suspensión poco después que usted para poder disfrutar de unos veinticinco años en Wayward Pines cuando me despertara. Y, pasado 2032, ya estábamos todos dormidos en la caverna. ¿Mi suposición? Según los cálculos que realicé entonces, alrededor de 2300 debieron de aflorar anomalías importantes, y hacia 2500 ya se nos podía clasificar como una especie completamente distinta. Cada generación se fue acercando más a algo que pudiera sobrevivir en este mundo tóxico. Algo menos humano.

»Ya se puede imaginar las repercusiones sociales y económicas. Toda una especie nacida a partir del desmoronamiento de la humanidad. Imagino que hubo genocidios. Puede que el final llegara tras cuarenta terribles años. O quizá mil. A lo mejor, una

guerra nuclear aniquiló a miles de millones de personas en un mes. Estoy convencido de que muchos pensaron que había llegado el final. Pero nunca llegaremos a saberlo. Sólo podemos estar seguros de lo que hay ahí fuera.

—¿Y qué es lo que hay?

—Aberraciones. Los llamamos «abis». Esas criaturas de piel traslúcida que casi lo matan en el cañón. Desde que desperté de la suspensión, sólo he salido tres veces de Wayward Pines, incluida ésta. Es muy arriesgado. Lo más lejos que hemos llegado es a Seattle. O lo que antes era Seattle. Tuvimos que transportar combustible. Casi no regresamos. Basándome en lo que vi, calculo que debe de haber cientos de millones de esas criaturas sólo en este continente. Como sabe, son depredadoras y, si mi proyección es acertada, ha de existir también algún tipo de ciervo u otro rumiante. Es posible incluso que algún descendiente del bisonte vuelva a deambular por las llanuras en grandes cantidades.

»Como no podemos salir del valle para llevar a cabo investigaciones, disponemos de una muestra muy pequeña para averiguar qué especies han sobrevivido durante los últimos dos mil años. Los pájaros parece que no se vieron afectados. Y algunos insectos. Aunque siempre terminamos descubriendo que falta algo. No hay grillos, por ejemplo. Ni luciérnagas. Y, en los últimos catorce años, no he visto una sola abeja.

—¿Qué son esos abis?

—Es fácil considerarlos mutantes o aberraciones, pero el nombre que les dimos es poco apropiado. La naturaleza no ve las cosas desde el punto de vista de si son buenas o malas. Simplemente, recompensa la eficacia. Ésa es la hermosa simplicidad de la evolución. Ajusta el diseño al entorno. Al destruir nuestro mundo, nos transformamos en una especie descendiente del *Homo sapiens* que se adaptó, mediante la selección natural, para sobrevivir a la destrucción de la civilización humana. Si comparamos nuestras secuencias de ADN, sólo siete millones de letras son distintas; eso no llega a un 1 por ciento.

—Dios mío.

—Desde un punto de vista logístico, los abis resultan tremendamente problemáticos. Son mucho más inteligentes que los grandes simios y exponencialmente más agresivos. Estos últimos años hemos capturado unos cuantos. Los hemos estudiado y hemos intentado comunicarnos con ellos, sin éxito. Su velocidad y fuerza se acerca más a la del hombre de Neandertal. Con treinta kilos, son letales. Y algunos de ellos llegan a los cien. Tuvo usted suerte de sobrevivir.

—Por eso construyó vallas alrededor de Wayward Pines.

—Resulta aleccionador descubrir que ya no estamos en lo alto de la cadena alimentaria. Ocasionalmente, algún abi consigue atravesar la valla, pero hay sensores de movimiento en los alrededores del pueblo y tenemos todo el valle bajo vigilancia de francotiradores, día y noche.

—Entonces ¿por qué no...?

—¿Acabamos con usted? —Jenkins sonrió—. Al principio, quería que lo hiciera la gente. Cuando llegó al cañón, sabíamos que en la zona había una manada de abis. Usted iba desarmado. ¿Para qué malgastar munición?

—Y los residentes... ¿no saben nada de esto?

—No.

—¿Qué creen?

—Al igual que usted, se despertaron aquí después de un accidente (con heridas, claro está, en distintas partes). Mediante nuestro programa de integración, han asimilado que no es posible salir. Y tenemos reglas y estrategias para minimizar las complicaciones que puedan surgir cuando alguien de 1984 es vecino de alguien de 2015. Para que prosperen y se reproduzcan, los residentes no pueden saber que son lo único que queda de nuestra civilización. Han de vivir como si el mundo siguiera existiendo.

—Pero no es así. ¿Qué sentido tiene, pues? Cuando los despertaron de la suspensión, ¿por qué no se limitaron a decirles: «¡Felicidades! ¡Sois los únicos supervivientes!»?

—Es lo que hicimos con el primer grupo. Tras reconstruir el pueblo, los llevamos a la iglesia y les contamos cuál era la situación.

—¿Y?

—A los dos años, el treinta y cinco por ciento se había suicidado. Otro veinte por ciento salió del pueblo y murió. Nadie se casó. Ninguna mujer se quedó embarazada. Perdí a noventa y tres personas, Ethan. No puedo... No, la humanidad no puede permitirse perder a tanta gente. No cuando la especie está en peligro y sólo quedan ochocientas once personas. No digo que nuestro método sea perfecto, pero es el sistema más efectivo que se nos ha ocurrido para aumentar nuestra población.

—Pero eso no evita que se pregunten qué sucede o dónde están realmente, ¿verdad?

—Algunos lo hacen, pero somos una especie adaptable. Como buenos seres humanos, con el tiempo la mayoría de las personas llegan a aceptar su entorno, siempre y cuando no estén desprovistas de toda esperanza.

—No creo que acepten que el mundo sigue existiendo si no los deja que lo vean.

—¿Cree en Dios, Ethan?

—No.

—La mayoría lo hacía. Adoptaba códigos morales. Creaba religiones. Mataba en nombre de dioses que nunca había visto ni oído. ¿Cree en el universo?

—Claro.

—Ah, ¿entonces ha estado en el espacio y ha visto con sus propios ojos esas lejanas galaxias?

—Ya veo por dónde va.

—Wayward Pines no es más que un mundo en miniatura. Un pequeño pueblo del que uno no ha salido nunca. El miedo y la fe en lo desconocido siguen siendo válidos,

pero a una escala más pequeña. Los límites del mundo del que usted proviene eran el espacio y Dios. En Wayward Pines, los límites son las paredes de los acantilados que protegen el pueblo y la misteriosa presencia de las montañas, es decir, yo.

—No es un auténtico psiquiatra.

—Carezco de formación formal, pero es el papel que interpreto en el pueblo. Me resulta útil para ganarme la confianza de los residentes, mantenerme en contacto con el ánimo del pueblo, y confortar a la gente cuando pasa por alguna dificultad o tiene dudas.

—Hizo que la gente matara a Beverly.

—Así es.

—Y al agente Evans.

—Me obligó a ello.

—E intentó que me mataran a mí.

—Pero escapó. Demostró ser más capaz de lo que yo había pensado al principio.

—Ha creado una cultura de violencia.

—Eso no es nuevo. Mire, cuando la violencia se convierte en la norma, la gente se adapta a ella. Es algo parecido a las peleas de gladiadores, los cristianos arrojados a los leones o los ahorcamientos del Lejano Oeste. El autocontrol no es necesariamente algo malo.

—Pero esta gente no es realmente libre.

—La libertad es un concepto tan del siglo xx... ¿Acaso va a decirme que la libertad individual es más importante que la supervivencia de nuestra especie?

—Podrían decidir por sí mismos. Al menos habría dignidad en ello. ¿No es eso lo que nos hace humanos?

—La decisión no es suya.

—Ah, ¿es de usted?

—La dignidad es un hermoso concepto, pero ¿qué sucede si toman la decisión equivocada? Como el caso del primer grupo. Si no queda especie alguna que pueda perpetuar ese ideal, ¿de qué sirve?

—¿Por qué no me ha matado?

Pilcher sonrió como si estuviera contento de que finalmente hubiera abordado ese tema. Ladeó la cabeza.

—¿Ha oído eso?

—¿El qué?

—El silencio.

Los pájaros se habían callado.

De repente, el bosque se había quedado en silencio.

Pilcher se puso en pie y desenfundó su pistola. Luego cogió el *walkie-talkie* y lo acercó a su boca.

—Pope, ven. Cambio.

—Voy. Cambio.

—¿Dónde estás? Cambio.

—A unos doscientos metros al norte. ¿Todo bien? Cambio.

—Tengo la sensación de que ha llegado el momento de regresar al pueblo. Cambio.

—Oído. Ahora llegamos. Cambio y corto.

Pilcher comenzó a caminar hacia el claro.

Unos metros a sus espaldas, Ethan oyó el ruido que hacían Pope y Pam abriéndose camino entre las ramas y las hojas.

—Ha sido muy arriesgado por mi parte volar hasta aquí para que viera las ruinas de Boise. Espero que aprecie el gesto. A lo largo de estos años, hemos tenido algún que otro problema con los residentes, pero ninguno como usted. ¿Qué cree usted que valora más?

—No tengo ni idea.

Ethan divisó la pradera entre los robles.

Las hojas rojas de los árboles se balanceaban suavemente en las ramas.

—El control. En Wayward Pines hay un contingente clandestino que en público parece acatar las normas pero que en secreto quiere hacerse con el poder. Llámelo... una insurgencia. O una rebelión. Sus miembros quieren liberarse, descorder la cortina, cambiar el modo en el que se hacen las cosas. Como comprenderá, eso significaría el fin de Wayward Pines. Nuestro fin.

Dejaron atrás los árboles. El helicóptero se encontraba a unos cien metros. Su pintura dorada relucía bajo el sol del atardecer.

«Qué día de otoño más perfecto», pensó Ethan.

—¿Qué quiere de mí? —le preguntó a Pilcher.

—Que me ayude. Posee usted una rara habilidad.

—¿Por qué me da la sensación de que no tengo elección alguna?

—Claro que la tiene.

Ethan sintió una ráfaga de brisa en la cara. La hierba del prado se inclinó hacia el suelo.

Llegaron al helicóptero y Pilcher abrió la puerta para que Ethan subiera primero.

Cuando estuvieron sentados cara a cara, Pilcher dijo:

—Lo único que ha querido hacer desde que se despertó en Pines es marcharse. Le estoy ofreciendo esa oportunidad, con una gratificación añadida. Ahora mismo. Mire a su espalda.

Ethan se volvió hacia la zona de carga y recorrió la cortina.

Los ojos se le humedecieron.

Desde el principio, había evitado plantearse ese asunto. Si lo que le había contado Pilcher era cierto, no volvería a ver a su familia. No serían nada más que viejos huesos.

Y ahora, ahí estaban: Theresa y Ben, inconscientes y atados a un par de camillas con una bolsa negra de tela en medio.

Su hijo ya no parecía un niño.

—Cuando lo puse a usted en suspensión, pensé que tenía potencial, así que fui a buscar a su familia.

Ethan se secó los ojos.

—¿Cuánto tiempo hace que están en Wayward Pines?

—Cinco años.

—Mi hijo... es...

—Ahora tiene doce años. Ambos se han integrado bien. Pensé que sería mejor que estuvieran asentados antes de intentar traerlo a usted.

Ethan no se molestó en ocultar la rabia de su voz. Sus palabras sonaron como un gruñido.

—¿Por qué ha esperado tanto?

—No lo he hecho, Ethan. Éste es nuestro tercer intento.

—¿Cómo es eso posible?

—Uno de los efectos de la suspensión es la amnesia retrógrada. Cada vez que uno se reanima, la mente se retrotrae al punto previo a la primera suspensión. En su caso, el accidente de coche. Aun así, sospecho que algunos recuerdos permanecen y quizá emergen en sueños.

—¿He intentado escapar antes?

—La primera vez, consiguió cruzar el río y casi lo matan los abis. Intervinimos y lo salvamos. La segunda, nos aseguramos de que descubriera a su familia creyendo que eso ayudaría. Pero intentó escapar con ellos. Casi mueren todos.

—¿De modo que esta vez decidió joderme la cabeza?

—Pensamos que si podíamos provocarle psicosis quizá tendríamos alguna posibilidad, así que le inyectamos unos poderosos antipsicóticos.

—De ahí los dolores de cabeza...

—Intentamos incluso utilizar la historia de su tortura en su contra.

—¿De qué está hablando?

—Tengo su expediente militar. El informe de lo que le pasó en Faluya. Tratamos de aprovecharlo durante el interrogatorio de Pope.

—Está usted... enfermo.

—No esperaba que consiguiera entrar en el búnker. Íbamos a dejar que los abis se encargaran de usted. Pero cuando lo vi en la habitación de las unidades de suspensión, se me ocurrió algo. Es usted terco. Lucha hasta el final. Nunca iba a aceptar la realidad de Wayward Pines. Me di cuenta de que tenía que dejar de luchar contra usted, y que, en vez de ser un problema, quizá podía resultar útil.

—¿Por qué no se limitó a contarme todo esto?

—Porque no sabía qué haría cuando lo supiera. ¿Suicidarse? ¿Escaparse? ¿Intentar sobrevivir por sí solo? Sin embargo, ahora me doy cuenta de que no es usted como los demás.

—¿A qué se refiere?

—En su mayor parte, la gente del pueblo no puede asimilar la verdad de lo que hay ahí fuera. Pero usted, en cambio, no puede asimilar la mentira. El no saber. Es usted el primer residente al que le he contado todo esto. Por supuesto, ha sido demoledor para su familia ver las dificultades que ha tenido.

Ethan se volvió hacia Pilcher y le lanzó una mirada asesina.

—¿Por qué los ha traído aquí?

—Le estoy ofreciendo la posibilidad de elegir, Ethan. Ellos no saben nada del mundo que hay fuera de Wayward Pines. Pero usted sí. Si así lo quiere, lo dejaré aquí, en este campo, con su familia. Le he preparado una bolsa de lona con comida y suministros, e incluso algunas armas. Es usted un hombre que quiere las cosas a su manera, y lo respeto. Si esto es lo más importante para usted, adelante. Puede reinar aquí en el infierno, o servir en el cielo, en Wayward Pines. La elección es suya. Pero si regresa al pueblo, si quiere esa seguridad y apoyo para su familia y para usted, será bajo mis condiciones. Y mis condiciones, Ethan, implican severas sanciones. Si me falla, o me traiciona, lo obligaré a ver cómo cojo a su hijo y...

Un repentino ruido interrumpió a Pilcher. Al principio, Ethan pensó que alguien había encendido un martillo neumático en el bosque, pero luego el miedo lo hizo caer en la cuenta.

Era el ta-ta-ta del AK-47.

—¡Arrancad el helicóptero! ¡Ya vienen!

Pilcher se volvió hacia la cabina de mando.

—Sáquenlos de aquí —dijo.

—Estoy en ello, jefe.

Ethan oyó que las turbinas del helicóptero BK117 se ponían en marcha, y luego el atronador estruendo de la escopeta de Pam, que seguía en el bosque. Se volvió hacia los árboles al tiempo que el ruido del tiroteo iba en aumento.

Al poco, dentro del helicóptero había demasiado ruido para poder hablar, así que se puso los auriculares y le indicó a Pilcher que hiciera lo mismo.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Ethan.

—Ayúdeme a dirigir Wayward Pines. Desde dentro. No es un trabajo fácil, pero está usted hecho para ello.

—¿No es Pope quien se encarga de eso?

Las revoluciones por minuto de la turbina seguían aumentando y la cabina había comenzado a vibrar. De repente, Ethan vio un movimiento en los árboles.

Pope y Pam aparecieron en el claro, corriendo de regreso al helicóptero.

Tres abis saltaron de los árboles detrás de ellos. Pope se hizo cargo de dos de ellos con una larga ráfaga, al tiempo que Pam metía un par de balas en el pecho del tercero.

Ethan se inclinó hacia el otro lado de la cabina y miró por la ventanilla.

—Pilcher.

—¿Qué?

—Deme su arma.

—¿Por qué?

Ethan le señaló los abis que acababan de aparecer en el otro lado del claro. Había al menos cuatro, y corrían a toda velocidad hacia Pam y Pope.

—¿Está conmigo, Ethan?

—Los van a matar.

—¿Está conmigo?

Ethan asintió.

Pilcher le puso la 357 en la mano.

Ethan se quitó los auriculares y exclamó en dirección a la cabina de mando:

—¿Cuánto falta?

—Treinta segundos.

Entonces abrió la puerta y saltó a la hierba.

El ruido y el viento causados por los rotores resultaban ensordecedores.

Pope y Pam estaban a unos cincuenta metros. Corrían hacia el helicóptero sin dejar de disparar.

Ya habían matado una docena de criaturas —sus pálidos cuerpos yacían desparramados por la hierba—, y todavía llegaban más.

Más de los que Ethan podía contar.

Éste corrió en la dirección opuesta.

A veinte metros del helicóptero, se detuvo y separó las piernas.

Bajó la mirada hacia el revólver que tenía en la mano. Un Ruger de doble acción con un cilindro de seis disparos.

Lo levantó.

Apuntó por la mira.

Llegaban cinco abis a toda velocidad.

El frenesí de la ametralladora y la escopeta era tal que el ruido que hacían se podía oír por encima de las turbinas. Ethan amartilló la pistola.

Los abis se encontraban a treinta metros. «Cuando quieras, puedes comenzar a disparar. Y nada de malgastar balas. Necesitas matarlos de un disparo», pensó Ethan.

En cuanto tuvo el primero a tiro, le voló la tapa de los sesos, lo que provocó un gran reguero de sangre.

Al menos estaba disparando balas de punta hueca.

Los otros cuatro siguieron corriendo, sin inmutarse.

Veinte metros.

Se deshizo de los dos de la izquierda con un disparo en la cara a cada uno.

Al cuarto le dio en la garganta.

El último abi se encontraba a diez metros.

Tan cerca que podía olerlo.

Ethan disparó, pero la bala sólo le rozó una pierna. Rápidamente, volvió a apuntar mientras el abi se dirigía hacia él a toda velocidad.

Amartilló la pistola y apretó el gatillo justo cuando el monstruo saltaba para

abalanzarse sobre él. A tan poca distancia, su grito se oyó más alto que las turbinas.

La bala le atravesó la dentadura y el cráneo, al tiempo que caía sobre Ethan.

Éste se quedó inmóvil.

Aturdido.

Allá donde mirara veía destellos de luz y todo lo oía amortiguado y ralentizado, lo cual le permitía distinguir con claridad cada uno de los sonidos que conformaban la caótica sinfonía que había a su alrededor.

Disparos de escopeta.

La ametralladora.

Los rotores en marcha.

Los gritos de los abis.

«Levántate, levántate, levántate», se dijo a sí mismo.

Se quitó de encima el abi muerto y se incorporó. Intentó mirar al otro lado del claro, pero seguía teniendo la vista borrosa. Parpadeó varias veces y agitó la cabeza. Poco a poco, el mundo comenzó a ganar nitidez, como si estuviera manipulando el foco de unos binoculares.

«Dios mío.»

Ya debía de haber al menos cincuenta criaturas.

Y varias docenas más salían de los árboles a cada segundo.

Todas se dirigían al centro del claro, donde se encontraba el helicóptero.

Ethan se puso en pie y se inclinó hacia la izquierda. A causa del impacto, su equilibrio era precario.

Tambaleándose, comenzó a caminar hacia el helicóptero.

Pam ya estaba dentro.

Pope se encontraba a varios metros del patín de aterrizaje, intentando mantener a raya a los abis. Se había llevado el rifle al hombro y ahora procuraba apuntar. Ethan supuso que le debían de quedar pocas balas.

Al llegar a su lado, le dio unos golpecitos en el hombro y dijo:

—¡Vamos!

Pilcher abrió la puerta y Ethan subió a la cabina.

Se abrochó el cinturón de seguridad y echó un vistazo por la ventanilla.

Un ejército de abis había llegado al claro.

Había cientos.

A diez segundos del helicóptero y acercándose como una horda de chuchos.

Mientras él se ponía los auriculares, Pilcher cerró la puerta de la cabina y dijo:

—Vámonos, Roger.

—¿Qué hay del *sheriff*?

—Pope se queda.

Por la ventanilla, Ethan vio que Arnold tiraba su AK-47 e intentaba abrir la puerta, pero la manilla no cedía.

Levantó entonces la mirada hacia Pilcher. De repente, lo entendió todo.

Volvió a mirarlo, ahora con miedo.

Pope exclamó entonces algo que nadie pudo oír.

—¿Por qué? —preguntó Ethan.

Pilcher no apartó la mirada de Pope.

—Quería gobernar.

Pope golpeó el cristal de la ventanilla con los puños, manchándolo de sangre.

—No es que quiera meterte prisa, Roger, pero si no nos sacas de aquí vamos a morir todos.

Ethan notó que los patines de aterrizaje se movían y luego que el helicóptero alzaba el vuelo.

—No puede dejarlo aquí —dijo Ethan, mientras contemplaba cómo el *sheriff* se cogía al patín de aterrizaje con el brazo izquierdo.

—Ya está decidido —dijo Pilcher—. Y tú eres mi nuevo *sheriff*. Bienvenido a bordo.

Una multitud de abis se congregó debajo de Pope. Saltaban e intentaban alcanzarlo con las garras, pero el *sheriff* se había cogido bien al patín de aterrizaje y sus pies colgaban fuera del alcance de las criaturas.

—Roger, desciende uno o dos metros, si no te importa —dijo Pilcher.

El helicóptero bajó a trompicones (estaba claro que el piloto hacía años que no volaba), acercando a Pope a las criaturas del suelo.

Cuando el primer abi agarró a Pope por la pierna, la cola del helicóptero dio una sacudida por el peso.

Otro alcanzó la otra pierna y, durante un horrendo segundo, Ethan pensó que conseguirían arrastrar el helicóptero al suelo.

Roger reaccionó y rápidamente ascendió a veinticinco metros de altura.

Ethan advirtió la mirada de pánico de Pope.

Ahora estaba cogido de una sola mano, con los nudillos pálidos por el esfuerzo. Tres abis colgaban de sus piernas.

Su mirada se encontró con la de Ethan.

Exclamó algo que quedó ahogado por el ruido de las turbinas.

Finalmente, se soltó. Cayó durante medio segundo y desapareció bajo un frenesí de criaturas.

Ethan apartó los ojos de la ventana.

Pilcher lo estaba mirando.

Escudriñándolo.

El helicóptero se inclinó pronunciadamente y enfiló hacia el norte en dirección a las montañas.

Fue un vuelo sin sobresaltos. Durante el trayecto, la atención de Ethan estuvo dividida entre la vista de la ventanilla y su familia, que seguía dormida en la zona de

carga.

La tercera vez que los miró, Pilcher dijo:

—Están bien, Ethan. Se despertarán esta noche, a salvo y en la cama. Eso es lo que importa, ¿verdad? Ahí fuera, lo más seguro es que murierais todos.

Comenzaba a oscurecer.

Ethan estaba agotado, pero, cada vez que cerraba los ojos, sus pensamientos salían disparados en cien direcciones distintas y a una velocidad vertiginosa.

Así pues, se limitó a mirar por la ventanilla.

Daba al oeste.

El sol ya se había puesto y los perfiles de las montañas se recortaban contra el cielo vespertino como si del filo deforme de una sierra se tratara.

En el bosque de pinos que había debajo no se veía nada.

Ni un solo punto de luz en lugares antaño habitados por los hombres.

La oscuridad los envolvió por completo.

Bajo las tenues luces de la cabina y el leve resplandor del panel de instrumentos al otro lado de la cortina, Ethan bien podría haber estado a la deriva en un mar negro.

O en el espacio.

Su familia se encontraba detrás de él, y ese hecho resultaba reconfortante, pero, al apoyar la cabeza en el helado cristal de la ventanilla, no pudo evitar sentir una profunda punzada de miedo.

Y de desesperación.

Estaban solos.

Muy solos.

Cayó en la cuenta con un estremecimiento.

Estos últimos días, había estado luchando para recuperar su vida fuera de Wayward Pines, pero ésta ya no existía.

Desde hacía casi dos mil años.

Sus amigos.

Su casa.

Su trabajo.

Prácticamente todo aquello que lo definía.

¿Cómo podía uno asimilar algo así?

¿Cómo podía seguir adelante ante un descubrimiento como éste?

¿Qué lo impulsaba a levantarse de la cama y respirar?

«Tu familia. Las dos personas que duermen a tu espalda.»

Ethan abrió los ojos.

Al principio, le costó creer lo que veía.

A lo lejos, un manantial de luz brillaba en medio de toda esa oscuridad.

Era Wayward Pines.

Las luces de las casas y de los porches.

Las farolas y los faros de los coches.

Todos confluyendo en el suave resplandor nocturno de un pueblo.

De la civilización.

Comenzaron a descender, y Ethan recordó que en ese valle había una casa victoriana en la que vivían su esposa y su hijo.

En la que él también podría vivir.

Con una acogedora cama en la que dormir.

Y una cocina que olería a la comida que guisaran.

Un porche en el que sentarse durante los largos atardeceres de verano.

Un patio en el que podría jugar a la pelota con su hijo.

Quizá incluso un tejado de zinc, y nada le gustaba más que el repiqueteo de la lluvia en el zinc. Especialmente de noche y en la cama, con su esposa entre los brazos y su hijo durmiendo al final del pasillo.

Las luces de Wayward Pines iluminaban los acantilados que rodeaban el pueblo y, por primera vez, esas pronunciadas paredes le parecieron acogedoras.

Fortificaciones contra el horror que había al otro lado.

El refugio del último pueblo de la Tierra.

¿Se llegaría a sentir en casa?

¿Había algo malo en que lo hiciera?

¿Crees que el ser humano puede destruir el planeta? Qué embriagadora vanidad. La Tierra ha sobrevivido a todo. Y, sin duda, también nos sobrevivirá a nosotros. Para la Tierra, un millón de años no es nada. Este planeta vive y respira a una escala mucho mayor. Somos incapaces de concebir sus lentos y poderosos ritmos, y carecemos de la humildad para intentarlo. Apenas hemos residido aquí un mero instante. Si mañana desapareciéramos, la Tierra no nos echaría de menos.

MICHAEL CRICHTON

Epílogo

Está sentado en su silencioso despacho, con las botas encima del escritorio, estudiando la estrella de latón que tiene en la mano mientras pasa los dedos por las letras WP incrustadas en el centro. Las letras están hechas con una piedra negra; obsidiana, quizá.

Mañana tiene una importante reunión con Pilcher y su equipo, pero hoy ha sido un día sin novedad alguna.

Y extraño.

Durante ocho horas, ha permanecido sentado en su oficina, absorto en sus pensamientos. El teléfono lo ha interrumpido una única vez: Belinda, la recepcionista, lo ha llamado al mediodía para preguntarle si quería que le fuera a buscar algo para almorzar.

Observa cómo el segundero y el minuterero llegan a las doce.

Son las cinco en punto.

Tras retirar las botas del escritorio, se levanta, se pone su sombrero Stetson, y se mete la estrella de latón en el bolsillo. Puede que mañana se sienta capaz de ponérsela.

O quizá no.

Como cualquier primer día de algo nuevo, ha sido largo y está contento de que termine.

Echa un fugaz y ávido vistazo a las tres viejas vitrinas repletas de armas y, tras salir de su despacho, enfila el pasillo en dirección a la recepción.

El escritorio de Belinda está cubierto de cartas.

—Me voy —dice él.

La mujer de pelo blanco coloca un as de picas y levanta la mirada con una afectuosa sonrisa en el rostro que no desvela ni una sola pista de quién es realmente.

—¿Qué tal el primer día?

—Ha estado bien.

—Que tenga una buena noche, *sheriff*. Lo veo mañana por la mañana.

Es una noche fresca y despejada.

El sol ya se ha puesto por detrás de las montañas y el incipiente frío bien podría ser heraldo de la primera helada de la estación.

Ethan camina por la acera de un tranquilo vecindario.

—¡Buenas noches, *sheriff*! —exclama un anciano sentado en un balancín bajo un porche cubierto.

Ethan se lleva la mano al sombrero a modo de saludo.

El hombre levanta una humeante taza.

Lo hace como si brindara.

A lo lejos, se oye un breve diálogo entre una madre y un hijo:

—¡Matthew! ¡La cena!

—¡Venga, mamá! ¡Sólo cinco minutos más!

—¡No! ¡Ahora mismo!

Sus voces resuenan por el valle y se desvanecen.

La siguiente manzana está completamente ocupada por un jardín comunitario. Varias docenas de personas que llenan unos enormes cestos con fruta y vegetales.

La fragancia a manzanas maduras inunda la brisa.

Por todas partes, las luces de las casas se encienden y sus habitantes comienzan a preparar la cena.

A través de las ventanas entreabiertas, oye repiqueteo de platos, fragmentos de conversaciones, hornos que se abren y se cierran.

Todo el mundo sonrío y saluda.

Es como si un cuadro de Norman Rockwell hubiera cobrado vida.

Cruza la calle Main y recorre varias manzanas de la calle Seis hasta que llega a la dirección que Pilcher le dio.

Es una casa victoriana de dos pisos, de color amarillo canario con los bordes blancos. Tiene una ventana con forma de lágrima justo debajo del caballete del tejado de zinc.

A través de la gran ventana de la planta baja, ve a una mujer de pie en el fregadero de la cocina que vierte una olla de pasta hirviendo en un colador. El vapor se eleva hacia su rostro.

Al verla, siente una punzada de impaciencia en el pecho.

Es su esposa.

Recorre el sendero del patio delantero, asciende tres escalones de piedra y llega al porche.

Llama a la puerta mosquitera.

Un momento después, se enciende la luz.

Ella le abre la puerta llorando y se lo queda mirando desde el otro lado de la puerta mosquitera mientras se oye cómo alguien desciende la escalera a toda velocidad.

El hijo de Ethan llega junto a ella y coloca la mano en los hombros de su madre.

—Hola, papá.

No es la voz de un niño pequeño.

—Dios mío, eres más alto que tu madre.

La puerta mosquitera sigue cerrada. Al otro lado de la malla de alambre, Theresa tiene prácticamente el mismo aspecto, si bien lleva el pelo más largo que nunca.

—He oído que te han hecho *sheriff*—dice Ben.

—Así es. —Se hace un largo silencio preñado de emoción—. Theresa...

Ella se seca los ojos con ambas manos.

—Huele muy bien —dice Ethan.

—Estoy haciendo espaguetis.

—Me encantan tus espaguetis.

—Lo sé —dice con voz quebrada.

—¿Te han dicho que venía?

Ella asiente.

—¿Estás aquí de verdad, Ethan?

—Sí.

—¿Esta vez para siempre?

—Nunca volveré a separarme de ti.

—Hemos esperado tanto tiempo. —Ella no deja de secarse los ojos—. Ben, ve a remover la salsa, por favor.

El chico corre hacia la cocina.

—¿Puedo entrar? —pregunta Ethan.

—Te perdimos en Seattle. Luego lo hicimos aquí. No sé si podría volver a soportarlo. Ni si él podría.

—Theresa, mírame. —Ella lo hace—. No pienso separarme nunca más de ti.

A él le preocupa que ella le pregunte qué ha pasado. Por qué no está muerto. Es una pregunta que ha estado temiendo y para la que se ha estado preparando todo el día.

Pero ella no se la hace.

En vez de eso, abre la puerta.

Más que ninguna otra cosa, él temía encontrarse ante un rostro endurecido. Pero, bajo el resplandor de la luz del porche, no advierte amargura alguna. Sí el paso del tiempo. Descubre unas incipientes arrugas alrededor de la boca que antes no estaban ahí. Y también alrededor de esos brillantes ojos verdes que con tanto odio lo miraron años atrás. En ellos hay muchas lágrimas. Pero también mucho amor.

Sobre todo amor.

Ella tira de él y le hace cruzar el umbral de su casa.

Cierra la puerta mosquitera.

Dentro de la casa, el chico está llorando.

Él tampoco puede contener las lágrimas.

Los tres se entrelazan en un abrazo sin intención alguna de soltarse.

En la calle, justo en el momento exacto en que las farolas se encienden, también lo hace un ruido procedente de algún lugar de los setos que crecen a lo largo del porche. Se repite a intervalos perfectos con la constancia de un metrónomo.

Es el canto de un grillo.

Comentario final de Blake Crouch

El 8 de abril de 1990, el canal ABC emitió el episodio piloto de la icónica serie «Twin Peaks», de Mark Frost y David Lynch, y por un momento, el misterio de «¿Quién mató a Laura Palmer?» tuvo a Estados Unidos completamente subyugado. Yo tenía doce años por aquel entonces, y nunca olvidaré la sensación que se apoderó de mí al ver esta extravagante serie sobre un espeluznante pueblo con un café condenadamente bueno y una tarta de cerezas sensacional. Un pueblo en el que nada era lo que parecía.

Al final cancelaron «Twin Peaks», y su brillante director y actores se dedicaron a otras cosas, pero la innegable magia presente en esos primeros episodios todavía me obsesiona dos décadas después. Ocasionalmente, series como «Doctor en Alaska», «Picket Fences», «Expediente X» y «Perdidos» han dado muestras de esa cualidad inquietante y hermosa que definía «Twin Peaks», pero lo cierto —al menos para este fan— es que no han logrado acercársele.

Dicen que todo arte —sea éste literario, musical o visual— es una reacción a otro arte, y yo creo que es cierto. Por buena que fuera «Twin Peaks», la naturaleza de la serie y, en particular, su abrupto y prematuro final me dejaron enormemente insatisfecho. Poco después de su cancelación, me sentía tan desconsolado que intenté escribir una mítica tercera temporada sólo para mí mismo, y así poder alargar la experiencia.

No conseguí llevar a buen puerto ese esfuerzo, como tampoco concluiría los muchos otros intentos que —mientras maduraba como persona y escritor— llevé a cabo para volver a capturar las sensaciones que mi yo de doce años había experimentado en 1990.

Wayward Pines: El paraíso es la culminación de los esfuerzos realizados estos últimos veinte años por crear algo que me haga sentir del mismo modo que «Twin Peaks» lo hizo. De ninguna manera estoy sugiriendo que *Wayward Pines: El paraíso* sea tan bueno como la obra maestra de Lynch, ni que consiga que el lector evoque las sensaciones que le pudiera haber provocado esa serie. «Twin Peaks» es tan rematadamente única que cualquier intento de recrear su aura está condenado al fracaso. Sin embargo, siento la necesidad de expresar lo mucho que *Wayward Pines: El paraíso* está inspirado por la creación lynchiana de un pequeño pueblo en medio de la nada, bello por fuera pero con un oscuro mundo oculto.

Wayward Pines: El paraíso nunca habría existido, y puede que yo no me hubiese convertido en escritor, si mis padres no me hubieran dejado acostarme tarde los jueves por la noche esa primavera de 1990 para ver una serie irrepetible.

Así que gracias, mamá y papá. Gracias, señores Lynch y Frost. Y, por supuesto, gracias al inimitable agente Dale Cooper.

Wayward Pines: El paraíso no es «Twin Peaks», ni por asomo, pero no estaría

aquí sin ella.

Espero que disfruten de mi serie.

BLAKE CROUCH
Durango, Colorado
Julio de 2012

Agradecimientos

Mi agente, David Hale Smith, y todo el mundo en Thomas & Mercer han dado un ciento diez por ciento para ayudar a que este libro despegara. Es un privilegio conocer y trabajar con un grupo de gente tan talentoso y que está cambiando para mejor el modo en que leemos.

Mi sincero agradecimiento a Andy Bartlett, Jacque Ben-Zekry, Rory Connell, Vicky Griffith, Mia Lipman, Paul Diamond, Amy Bates, Jeff Belle, Daphne Durham, Jon Fine, Alex Carr, Philip Patrick, Alan Turkus, Sarah Gelman, Jodi Warshaw y, finalmente, a mis KDPeeps: Brian Mitchell, Brian Carver y el inimitable Nader Kabbani.

Soy increíblemente afortunado de tener como amigos a escritores fantásticos y a lectores tremendamente astutos que me ofrecieron una asombrosa ayuda en los primeros borradores de *Wayward Pines: El paraíso*, y mejoraron el libro en todos los aspectos. Muchas gracias, pues, a mi colega Joe Konrath, a Maria Konrath, a mi hermano, Jordan Crouch, a mi genial portadista, Jeroen ten Berge, a Ann Voss Peterson, a Suzanne Tyrpak, a Selena Kitt y a Marcus Sakey. Y un agradecimiento muy especial a Barry Eisler por su lectura, particularmente sagaz.

Finalmente, quiero enviar abrazos y besos a mi querida familia: Rebecca, Aidan y Annslee. Gracias por compartirme con este libro que me moría por escribir. Os quiero.



BLAKE CROUCH. Nació en 1978 en la ciudad de Statesville, Carolina del Norte. Es autor de más de una docena de novelas de suspense que se encuentran entre las más vendidas de Amazon, entre ellas la trilogía *Wayward Pines*, que ha dado origen a la serie de televisión producida por M. Night Shyamalan y protagonizada por Matt Dillon, que se emitió por la cadena FOX en 2015.

Sus relatos cortos de ficción han aparecido en numerosas antologías de cuentos, y su novela *Wayward Pines: El paraíso* fue nominada para el International Thriller Award de 2013.

Actualmente reside en Durango, Colorado.

Notas

[1] Nombre del pueblo ficticio en el que estaban ambientadas dos populares series de televisión estadounidenses, «The Andy Griffith Show» y «Mayberry R. F. D.», así como el telefilme «Return to Mayberry». (*N. del T.*) <<

[2] Espíritu femenino mitológico que gime y llora. (*N. del T.*). <<